

Selección RNR

BEL DICIEMBRE

*Esperando  
su perdón*



Romance Histórico

Esperando su perdón

Bel Diciembre



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## CAPÍTULO 1

Los gendarmes rompieron la puerta con la maza manteniéndolo a él algo retrasado. La sala a la que accedieron era amplia, con solo algunas columnas dispersadas, sin paredes que hicieran de separaciones. Sin embargo, había lienzos que colgaban desde el techo y esculturas por doquier.

En el suelo, a modo de alfombra y sobre unos finos somieres, hombres y mujeres mezclados empezaron a incorporarse tras despertarse por el ruido que habían hecho al entrar. Ninguno mostraba sorpresa, ni miedo, más bien incomodidad y disgusto.

La policía los obligó a situarse alrededor de la sala, pegados a las únicas paredes que había.

—¡Vizconde! —lo llamó entonces uno de los policías.

Michael miró hacia donde surgía la voz y vio que estaba junto a unas cortinas que parecían separar aquella amplia estancia de otra más reservada, aunque la obvia ausencia de muros no podía hacer privado ningún espacio.

Se dirigió hacia allí y, al llegar, el policía apartó la tela para hacerlo entrar. La luz era más tenue porque la misma ropa cubría las ventanas, lo que le daba un aspecto azulado. En medio de la estancia, una cama enorme lo ocupaba todo.

Entonces la vio. Lo estaba mirando con ojos de terror. Se cubría los pechos desnudos con la colcha. Sus rizos rubios caían sobre sus hombros y, al ver aquella piel nacarada, se descubrió a sí mismo pensando algo tan absurdo como que, tal vez, tendría frío. A su lado, un hombre también desnudo lo miraba con cierto aire de superioridad pese a hacerlo desde una posición más baja.

—¿Es esta su mujer, milord?

El comisario que también se hallaba en el interior del habitáculo, lo había preguntado, pero más bien parecía una afirmación. Le había cogido a ella la barbilla y la había levantado sin ningún miramiento como si así pudiera verle la cara mejor.

—Al final, no estaba en peligro de muerte —dijo otro de los policías mofándose.

Michael sintió unas horribles náuseas en la boca de su estómago, pero hizo todos los esfuerzos para impedir que nadie pudiera darse cuenta. Solo ella, que lo seguía mirando con cara de horror, había notado algo. Estaba seguro.

—Espero que traigan una orden —habló entonces el hombre desnudo a quien ya había reconocido como Mario Tancredi, el cantante de ópera.

El policía que había a su lado le asestó un golpe con el fusil y en unos segundos un rastro de sangre surgido de la boca de aquel tipo manchaba la colcha. Ella tembló. Volvió a descubrirse a sí mismo pensando, de forma absurda, si no tendría frío.

—Esperaremos fuera para que pueda vestirse —dijo el comisario señalando de nuevo hacia su mujer

—No se preocupe. —Y hasta Michael se sorprendió oyendo la propia voz fría e impersonal que había surgido de su garganta—. Pueden quedarse. Mi esposa no tiene vergüenza.

El policía que había hecho la broma soltó una sonrisilla. Florence abrió un momento la boca, como si fuera a protestar, pero en seguida la volvió a cerrar. La vio cómo buscaba a su alrededor, hasta que su mirada se detuvo en un punto del suelo. Allí estaba su ropa interior. Obligatoriamente, tenía que levantarse para recogerla puesto que no la podía alcanzar desde la cama. Se dio cuenta de que el resto de la ropa también estaba desperdigada por el suelo, mezclada con la ropa de él.

«La pasión tiene esas cosas», pensó con amargura. «Te olvidas de dejar la ropa en condiciones para que no quede arrugada».

Notó un leve movimiento y la volvió a mirar. Dudaba si arrastrar consigo la colcha. Pero, si lo hacía, su amigo iba a quedar al descubierto y parecía compadecerse de él, que estaba intentando contener la hemorragia del labio.

De nuevo Michael volvió a sentir unas horribles náuseas y, esta vez, apretó la mandíbula muy fuerte.

Ella se levantó. Apareció desnuda con todo su esplendor. Sus pechos erguidos, su vientre plano, sus piernas esbeltas. El pelo cayendo por su espalda en aquellos rizos dorados. ¡Cómo podía ser tan preciosa!

Miró de reojo al policía guasón. Se había quedado con la boca abierta y sus ojos la recorrían sin ningún tipo de pudor. El comisario, sin embargo, había bajado la vista. Mario Tancredi, desde la cama, le dirigió una mirada de odio y, sin que nadie se lo esperase, se levantó, cogió la colcha y la cubrió a ella.

Michael tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no lanzarse al cuello de aquel tipo que ahora estaba mostrando su desnudez sin ninguna turbación. El policía fue a detenerlo, pero el comisario le hizo un gesto con la mano para hacerlo desistir. Seguro, era mejor así.

Minutos después, Florence se había vestido, pero ya no lo miraba. Permanecía con los ojos en el suelo, una de sus manos posadas sobre la muñeca de la otra y la posición totalmente inmóvil, con los hombros un poco encogidos, como esperando recibir la reprimenda.

El comisario levantó de nuevo las cortinas y salieron del espacio para volver a pasar por la sala. Habían agrupado a todo el mundo en una de las esquinas y estaban registrando el local.

—Cariño. —Surgió una voz de mujer del grupo que permanecía retenido

Michael se giró y vio una mujer de voluptuosas formas, una cara ovalada, unos ojos enormes y almendrados, y el cabello de un pelirrojo extremo, que empezaba a forcejear con uno de los policías para intentar llegar hasta donde ellos se encontraban.

—No pasa nada, Olga —dijo entonces Florence—. Todo está bien, de verdad.

La mujer dejó de empujar y ellos siguieron caminando hacia la puerta. Los gritos de los gendarmes se reanudaron.

Michael se extrañó ante la voz de Florence. Tenía un tono que le costaba reconocer y volvió a dejarse llevar por pensamientos absurdos. Esa vez, imaginó que todo era un error, que aquella no era su mujer.

Fuera, un coche de caballos los esperaba. «La policía no cuenta con recursos suficientes como para tener un vehículo de motor», pensó Michael, permitiendo de nuevo que su mente le jugase una mala pasada.

La luz del día ya era evidente, pero el cielo estaba encapotado por completo.

«Quizás tendrá frío». Otro nuevo desvarío y deberían llevarlo al hospital mental.

Durante el trayecto, siguieron en silencio. La presencia del comisario, que los miraba desde el asiento de enfrente, no propiciaba ninguna conversación y, en el fondo, lo agradeció. Pero, al entrar en el vestíbulo de su casa, pareció evidente que alguien tendría que empezar a hablar.

Brick los atendió con la corrección habitual, sin un atisbo de turbación, recogiendo abrigos y sombreros. Su fiel mayordomo inglés no perdía la compostura pasara lo que pasara. Y haber estado un día y una noche entera sin conocer el paradero de la señora de la casa no iba a modificar eso.

La señora Doubtfire sí que apareció corriendo pese a todos sus quilos demás, mostrando su inquietud.

—Milady, ¡qué alegría! ¡Cómo estábamos de preocupados!

Sin embargo, en seguida se contuvo. Muy probablemente la seriedad de los rostros de ambos fuera suficiente para entender que, en aquellos momentos, debía apartarse y quedarse en las estancias que le eran propias; aunque era posible que también hubiera colaborado Brick desde detrás con un simple gesto autoritario.

Fuera como fuera, se encontraron ambos solos en el vestíbulo al pie de las escaleras. Michael volvió a mirarla. Permanecía con aquella posición de recato que tanto le había atraído de ella cuando la conoció. Se la veía tan correcta y formal que nadie hubiera creído que hacía escasos minutos había estado completamente desnuda en la cama de otro hombre.

—Me voy a dormir —dijo entonces él—. Yo no he podido hacerlo en toda la noche. Cuando me despierte, hablaremos de esto.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Así que empezó a subir las escaleras, primero con elegancia y, hacia la mitad, de dos en dos. Tenía que escapar de allí de inmediato. Estaba convencido de que no podría dormir, pero necesitaba apartarse de su presencia, al menos durante unos minutos.

Elizabeth se quedó en el vestíbulo incluso un buen rato después de que él hubiera desaparecido, sin saber qué hacer. No se atrevía a ir a su habitación por no molestarlo; pero tampoco parecía que pudiera tener derecho a moverse por ninguna de esas estancias después de lo que había pasado.

Una tristeza infinita le estaba recorriendo todo el cuerpo. ¡Dios mío! ¿Qué

había hecho? ¿Cómo podía haberse comportado de aquella forma?

Apenas recordaba nada de la noche anterior. Intentó concentrarse en aquellos pequeños retazos de imágenes que habían ido apareciendo; pero el efecto de todo lo que había bebido y lo que había tomado todavía parecía estar en ella impidiéndole pensar con claridad.

La señora Doubtfire volvió a aparecer por la puerta que daba a las estancias de los criados, mirándola con ternura.

—¿Hago que le preparen un baño, milady?

—Sí, estaría muy agradecida. Pero arriba no. Prefiero no molestar al vizconde.

Mientras tomaba el baño en la estancia de los invitados que había situada en la planta baja, volvió a intentar pensar en lo que había ocurrido. No era fácil.

Sabía que había ido al ensayo general de la ópera y que estando allí habían llegado todos los amigos de Olga para celebrar su contratación como primera bailarina de la compañía de Keene. Decidieron irse al Joe's Club y ella manifestó su intención de volver a casa porque era tarde. Sin embargo, Olga la había abrazado y le había pedido que se quedase.

A partir de ese momento, todo estaba en una nebulosa. Sabía que habían caminado desde el Joe's Club hasta la vivienda de Tancredi. Se recordaba a sí misma bebiendo un líquido ámbar semidulce de unos pequeños vasos y presa de un ataque de risa, aunque sin poder recordar el motivo. También aspiró el humo de aquel aparato que calentaba una sustancia. Opio lo habían llamado.

Pero, a medida que se esforzaba en escarbar en su memoria, fueron apareciendo otras evocaciones: la relajación extrema, unas manos acariciando sus hombros, una voz melodiosa susurrándole palabras de amor... Y, de pronto, la mirada de Michael. Fría, glacial y despectiva.

La sensación de vergüenza volvió a apoderarse de ella como le había ocurrido cuando apareció la policía. Empezó en su vientre y subió por todo su interior hasta agarrarse a su corazón. Levantó los brazos por encima de su cabeza al tiempo que intentaba ocultarla entre sus rodillas. Empezó a temblar. La temperatura del agua había bajado, pero sabía que no era por eso. Apretó los dientes y los párpados, que se habían cerrado sobre sus ojos. Pensó que quería desaparecer, volver el tiempo atrás, morir allí mismo... Levantó entonces la cabeza y empezó a restregarse la piel con el guante de crin con

toda la fuerza que fue capaz

—Niña —susurró la señora Doubtfire que había entrado sin hacer ruido para llevarle la toalla.

Abandonó el raspado y se dejó secar. Tenía la piel enrojecida, pero ni siquiera notaba el escozor. Era mayor el bochorno interior.

Se vistió con un traje que, según le explicó la señora Doubfire, todavía no lo habían colocado en su habitación después de pasar por la lavandería. Era el rosa con cobertura de gasa blanca que se había puesto para la entrega de alimentos para pobres de hacía tres días. En esos momentos ella era una mujer decente que hacía obras de caridad.

No quiso desayunar pese a que le sirvieron bollos y café caliente. Se dirigió al vestíbulo principal y se sentó en los bancos frente a la escalera que ascendía a las habitaciones. No sabía dónde esperar a Michael, pero le parecía que tenía que estar lo más a la vista posible.

El silencio de la sala era espectacular. Parecía como si los más de veinte sirvientes hubieran desaparecido totalmente. Además, no se habían abierto ventanas ni se habían descorrido las cortinas como se solía hacer cada mañana. Era como si todo el mundo supiera ya que ella había cometido el peor de los pecados, el más abyecto, el que jamás podría volver a permitirles mostrarse al exterior.

Recordó en ese momento a George y a Kathy. Era extraño. Hasta entonces no había pensado en sus hijos.

Se alegró de que no estuvieran. No volverían hasta el día siguiente después de pasar el fin de semana con su hermano Patrick. Se habían ido con él como hacían habitualmente, en un acuerdo tácito que les convenía a todos. A su hermano y a su cuñada porque así suplían sus carencias al no haber podido tener hijos. A los niños porque disfrutaban de fines de semana fuera de la ciudad lo cual no podían hacer por lo regular debido a las obligaciones continuas de Michael al frente de la naviera. Y a ellos porque les permitía disfrutar de unos días sin las obligaciones paternales.

Ese fin de semana, Michael le había dicho que tenía que trabajar y ella se había molestado, aunque solo acertó a formular una leve queja que su marido apenas contempló. Se había hecho ilusiones de que pudiera acompañarla a la exposición de Robert Henri. Pero al final no fue así y en la puerta de la sala se

encontró a Tancredi.

Cerró los ojos con fuerza. De nuevo ese horrible sentimiento volvía a hacerla temblar mientras notaba como el rostro le ardía. ¿Cómo iba a poder soportarlo? ¿Cómo iba a mirar a la cara a su marido? ¿Y a sus hijos?

Aplicó todas las reglas que le habían enseñado de niña para contener las emociones. Respirar hondo, aprisionarse la muñeca derecha, poner la mente en blanco, obligarse a estar muy quieta y despegarse del cuerpo.

De pronto, el sonido de unas pisadas atenuadas por la alfombra de las escaleras la situó de nuevo en el vestíbulo de su casa. Michael apareció en lo alto del tramo final. Estaba impecablemente vestido, como siempre, con un traje azul marino, chaleco gris y camisa blanca. Se había detenido al verla allí sentada y, cuando Florence vio de nuevo su gélida mirada, bajó la suya de inmediato, aunque, al mismo tiempo, se levantó del banco atenta a seguirlo donde él considerase.

Oyó cómo descendía las escaleras y de reojo cómo se dirigía hacia el salón de recepciones que había en el lado oeste. Lo siguió intentado que sus pisadas no fueran las que resonaran en el suelo de madera. No sentía que pudiera tener ningún derecho a ello.

Michael entró en el salón y dejó la puerta abierta en clara señal de que ella podía entrar. Él se dirigió hacia la chimenea que continuaba apagada. Había poca luz puesto que los postigos continuaban entornados. Se quedó en pie por lo que Florence también lo hizo.

No sabía si debía empezar a hablar, pero lo peor era que tampoco sabía qué decir. No había pensado, durante todo aquel rato que lo había estado esperando, que tendría que haber elaborado un discurso que sirviera a modo de explicación y de disculpas. Pero ¿cómo iba a poder disculparla?

Levantó un poco la cabeza y se dio cuenta de que él la estaba mirando. Sus ojos tenían ojeras alrededor y estaban algo enrojecidos lo que indicaba que no había podido dormir. Su boca cerrada con firmeza parecía torcerse en un gesto de desagrado. Una de sus manos se apoyaba en la repisa, pero lo hacía con fuerza porque sus nudillos estaban blancos. La otra desaparecía en el bolsillo de su pantalón.

Una bola enorme se había apoderado de la garganta de Florence y le parecía que no iba a poder formular una sola palabra, aunque lo intentó y empezó a

abrir la boca. Entonces Michael hizo un gesto casi imperceptible con la mano de la repisa y ella se detuvo.

—Antes de nada, tengo que hacerte una pregunta

La voz de Michael tenía un tono más grave y, al mismo tiempo, le pareció más poderosa y omnipresente. Se encogió y esperó mientras la congoja en su interior la atenazaba cada vez más

—¿Tomaste precauciones o podrías estar embarazada?

Florence sintió como si un cubo entero de agua helada hubiese caído desde el cielo. No se esperaba aquella pregunta y, lo peor de todo, ni siquiera había atisbado a pensar que un embarazo pudiera estar en esos momentos germinándose en su interior.

La garra de la vergüenza unida, ahora, a la de un terror brutal volvió a apoderarse de su vientre. En el mismo lugar donde podría haber ahora la semilla de Tancredi invadiéndolo todo. Pero ¿tomó precauciones? Su cabeza empezó a dar vueltas intentando recordar. De nuevo la sucesión de imágenes borrosas e inconexas. La cama, las sábanas, risas en el fondo, jadeos en su oreja, cosquilleo...

Una enorme turbación la invadió. Estar recordando aquello allí, frente a Michael, era casi como si hubiera estado copulando bajo su mirada. Y no se acordaba. Era imposible recordar si habían utilizado algún método o si Tancredi había eyaculado fuera de ella.

—No... no... no lo sé

—¿Qué no sabes? —insistió.

—No... no sé si utilicé... no sé si... Tal vez, sí. Tal vez... podría estar embarazada.

Michael pareció tomarse unos segundos antes de contestar, pero Florence no podía saber qué ocurría. Su vista se había clavado en el suelo alfombrado y sentía como si fuera incapaz de levantar la cabeza.

—Hasta que no lo sepas, no tendremos esta conversación. Mientras tanto, te ruego que evites los encuentros conmigo. Haré trasladar tus cosas a la habitación de esta planta.

Se encaminó hacia la puerta y desapareció.

Florence se quedó quieta en medio de la sala. El deseo de desaparecer volvió a ser impresionantemente fuerte. Era incapaz de pensar en nada más, ni

siquiera en cuándo fue que tuvo el último período para calcular cuánto tendría que esperar para saber si estaba embarazada.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando la señora Doubtfire entró en la sala y la encontró en la misma posición. La tomó de los hombros y la condujo hasta su nueva habitación. Toda su ropa ya estaba allí y al mirar por la ventana se percató que se había hecho otra vez de noche.

Entró una de las doncellas y la desvistió con cuidado. Habían dejado una bandeja con comida sobre una de las mesitas, pero le era imposible comer nada. Aquella garra horrible seguía comprimiéndole todo su interior.

Se acostó y cerró los ojos. En un primer momento creyó que le sería imposible dormir con aquella opresión, sin embargo, de pronto, un sopor increíble la hizo sucumbir.

A partir de ese momento su cotidianeidad se transformó en una única cosa: rezar por que le apareciera la menstruación.

Se levantaba todas las mañanas y, sin apenas salir de su habitación, se quedaba sentada en el silloncito que daba al jardín posterior dejando pasar las horas. Alguna vez había intentado acceder a otras dependencias, siempre velando porque Michael no estuviera presente en la casa; pero se había encontrado unos espacios a los que les había estado vedado volver a ver la luz del sol y sentía tal frío interior que debía volver a refugiarse en su pequeña estancia. Seguramente había sido él quien había dado las instrucciones de mantener la casa a oscuras y Florence se preguntó si era un síntoma de la vergüenza que él debía sentir también.

El servicio le traía bandejas de comida cada poco tiempo, pero apenas las probaba, aunque se esforzaba más cuando la señora Doubtfire aparecía y la obligaba a comer con la amenaza de que no la dejaría ver a los niños.

Ese era el único momento de paz, aunque las primeras veces también estuvo presidido por el miedo a encontrar en sus hijos algún rastro de la mirada que Michael le había dirigido.

Los niños se mostraban muy considerados con ella confiados de que se trataba de una enfermedad larga pero leve, tal y como les había dicho la señora Doubtfire. Kathy, desde su maravillosa inocencia de tres años, le traía cada día una muñeca que, vestida como una enfermera, podría curarla. George mostraba mayor preocupación, aparentando mucha más edad que sus ocho

años recién cumplidos.

Pero estaban con ella unos pocos minutos. El tiempo justo entre haber vuelto del parque, al que iban cada día al finalizar la escuela, y la cena que tomaban en la cocina atendidos por el servicio. Solo los fines de semana estaban algo más con ella, pero la habitación en la que se encontraba era más reducida y no apropiada para ellos. Intentaba entretenerlos con lectura o algún que otro juego de mesa, pero en seguida se cansaba o se incrementaba el dolor que se había instalado en la boca de su estómago de manera permanente. Así que la señora Doubtfire, siempre atenta, finalizaba la visita y los llevaba al jardín o a sus habitaciones.

Así transcurrieron dieciocho largos días. Dieciocho mañanas y dieciocho noches. Todas protagonizadas por una angustia creciente, brutal y despiadada. ¿Qué ocurriría si estaba embarazada? Debería irse de casa. No podría ver apenas a sus hijos. Nunca obtendría el perdón de Michael.

Por fin, en la mañana del día diecinueve, Florence sintió un dolor agudo en su vientre e, inmediatamente después, la menstruación hizo su aparición. Por lo regular, no era así como aparecía. Apenas sí notaba ese momento. Pero había estado tan pendiente, tan obsesionada por no estar embarazada, que creía poder percatarse de cualquier pequeño cambio que hubiera en su interior.

Sin pararse a pensarlo, se lavó con precipitación y se vistió sin esperar a la doncella para salir luego casi a la carrera de la habitación. Sabía que Michael todavía estaría desayunando antes de irse a la naviera, así que no podía esperar ni un solo segundo más para decírselo.

La carrera por el vestíbulo se detuvo de golpe al verse escrutada por la mirada austera de Brick, tan correcto siempre en las formas como correspondía a un buen mayordomo inglés. Michael también era un verdadero obseso de la compostura. Odiaba los excesos, sobre todo en público. Y entonces se obligó a sí misma a serenarse. De nuevo, aplicando las técnicas que le habían enseñado de niña. Recordando que la dama perfecta siempre se mostraba impecable y sosegada. Se arrepintió de no haberse recogido el pelo en el perfecto moño que siempre había mostrado, lo que delataba el apresuramiento; pero, si volvía a peinarse, tal vez Michael se fuera. Así que no quiso arriesgarse.

Avisó de su llegada con unos golpecitos en la puerta hechos con sus nudillos y, después de unos segundos, abrió la puerta.

Michael estaba en un extremo de la mesa. Tenía el diario en la mano. Vestía el traje gris que a ella tanto le gustaba y que realzaba su elegancia. La miró desde aquella posición y Florence se alegró de no estar más cerca. Así no distinguía del todo el sentido exacto de su mirada.

—Michael —empezó a hablar y, en ese momento, se dio cuenta de que durante todo aquel tiempo tampoco había preparado lo que tendría que decirle ni cómo pedirle perdón. Sin embargo, se obligó a continuar—. Quiero informarte de que no estoy embarazada.

Él no pareció mover un solo músculo de la cara ni mostrar una sola emoción, aunque seguía estando lo suficientemente lejos como para que no pudiera percatarse. Florence oyó, en ese momento, un sonido a su lado y se dio cuenta de que uno de los lacayos estaba muy cerca y se veía muy incómodo ante lo que estaba presenciando, sobre todo teniendo en cuenta que ella había tenido que alzar la voz algo más de lo necesario si hubiera estado al lado de su marido.

—Bien —dijo entonces él—. Esta noche te espero, después de cenar, en la biblioteca. Ahora vete.

Florence solo asintió con la cabeza y desapareció de la habitación lo más rápido que pudo. Había cometido muchos errores. Si su institutriz hubiera estado allí, se habría escandalizado y desmayado. Aparecer con el cabello suelto, interrumpir una comida tan esencial como el desayuno, alzar la voz, hablar de la naturaleza de la mujer delante de los criados...

Aquella noche lo haría mejor. Se prepararía durante todo el día para ser la dama inglesa más exquisita que hubiera en la faz de la tierra. Recuperaría así algo del respeto de su marido o, al menos, se atrevería a pedirselo a largo plazo. Nada de ostentaciones sentimentales. Nada de grandes aspavientos. Formalidad, corrección, discreción, propósito de enmienda. Así iba a comportarse.

## CAPÍTULO 2

Michael de Ressay había preferido no cenar en casa aquella noche. Lo había hecho en el restaurante que había junto a la naviera, aunque lo cierto era que solo había consumido unas pocas cucharadas de un espeso consomé y dejó toda la ternera sin probar.

Llevaba todo el día sintiendo como si su estómago estuviera aprisionado en un puño. El alivio que había experimentado cuando la oyó confirmar que no estaba embarazada se transformó en un pánico interior.

Habían estado retrasando aquel momento, tal y como él mismo había exigido, pero ahora parecía que iba a ser todo más difícil. El que ella no estuviera encinta solucionaba muchas cosas, pero podía empeorar otras.

Estaba claro que no habría ya un elemento real y patente por el que tuvieran que deshacer su matrimonio. Le había estado dando muchas vueltas. No hubiera podido vivir con ella y con el hijo de otro hombre. Aunque, en algún momento, maldiciéndose por ser tan débil, se descubrió a sí mismo pensando que, si ella se lo rogaba, tal vez permitiese que el bebé creciese en las estancias del servicio. Otras veces, se veía a sí mismo exigiéndole que abandonase a la criatura en un hospicio e imaginaba con esperanza, y como si se tratase de una absurda novela romántica, que su amor por él era tan fuerte que, efectivamente, accedía a abandonarlo.

Pero, en todos esos supuestos, la posición de Florence siempre hubiera delatado una necesidad: la de estar bajo su protección. Quedarse con él se hubiera convertido en algo imperioso. Una mujer separada y con el hijo de otro en su vientre no era una buena tarjeta de visita. La amenaza del ostracismo, e incluso de algo peor, la hubiera llevado a rogarle su perdón.

Ahora, sin embargo, ya no era tan evidente. ¿Y si ella le comunicaba que

quería el divorcio? Solo de pensarlo un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Recordó que, en los últimos tiempos, había habido muchos detalles que, si bien inicialmente se le habían pasado desapercibidos, ahora se revelaban como auténticas pistas de que ella no sentía por él la misma devoción que los había unido en un principio.

La perfecta, recatada y siempre comedida Florence se había mostrado testaruda con la elección de la escuela donde debían llevar a George y a Kathy, insistiendo en hacerlo en una escuela del mismo Nueva York. No lo esperaba para cenar cuando él se retrasaba y también hacía sus propios planes cuando él le comunicaba que trabajaría los fines de semana en la naviera. Pero, sobre todo, ya no venía nunca a su lecho por iniciativa propia.

Ella siempre se había sentido retraída en aquellos momentos de intimidad; sin embargo, pese a intentar contenerse, había demostrado ser alguien apasionado en la cama. Desde el principio y encontrando siempre una excusa, algunas noches aparecía en su habitación. A él le encantaba que lo hiciera. Tanto que, a veces, pese a estar deseando yacer con ella, prefería esperar que Florence tomara la iniciativa. Curioso ante la justificación que habría ideado, expectante ante su acercamiento tímido. No había podido hablarlo nunca con ella porque parecía avergonzarla sobre manera; pero él había notado cómo llegaba al éxtasis muchas veces.

De pronto la realidad se coló en su mente con la imagen de ella desnuda en la cama de Tancredi. ¿Habría llegado al orgasmo con él? ¿Habría suspirado y jadeado? ¿Le habría pedido más? Y ahí estaban. Las náuseas. Un golpe en el estómago que le revolvía todo su interior.

Aquella noche iban a hablar y Michael se preguntaba si ella le iba a confesar que estaba enamorada de aquel hombre, que ya no lo amaba, que se iría de casa.

Las reticencias a llegar pronto a casa se habían convertido en absolutos lastres. Él, Michael Firth, vizconde de Ressay, dueño y señor de la naviera más importante de toda Nueva York, estaba absolutamente atemorizado de encontrarse con su esposa. A alguien a quien debería odiar, a quien debería repudiar, a quien debería expulsar de su vida.

Al final, más tarde de lo que hubiera sido razonable, llegó al 1009 de la Quinta Avenida. La casa estaba, como siempre el último tiempo, sumida en la

oscuridad, pero no encendió ninguna luz. Podía llegar hasta la biblioteca sin necesidad de hacerlo. Quizás, si ella no se enteraba de que había llegado, el encuentro no tendría lugar.

Pero, justo cuando tenía la mano en el picaporte de la puerta, aspiró su aroma y notó su presencia. Lo estaba esperando en el banco exterior. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Habría cenado? ¿Habría rezado porque él no apareciese?

Entró en la biblioteca y vio que, por fortuna, la chimenea estaba encendida. Ya era suficientemente frío aquel encuentro como para que también lo fuera la estancia. Accionó el interruptor de la pequeña lámpara que había sobre la mesa principal. Su potencia no era muy alta, pero lo consideró suficiente y no encendió el resto de pequeñas lámparas que había en aquella sala.

Se sentó en uno de los sofás perpendiculares a la chimenea. Pese a que era de tres plazas, lo hizo de tal forma, ocupando muy buena parte de él, que no daba pie a que ella pudiera ubicarse ni siquiera en un extremo. Florence solo podía optar por sentarse en el otro sofá que se encontraba en frente, a unos tres metros, o quedarse de pie. Escogió la última, adoptando aquella postura de sumisión: cabeza baja, mano sobre mano, hombros encogidos, completa quietud.

Durante unos minutos parecía que no iba a ocurrir nada. Solo se oía el chisporroteo del fuego, aunque a Michael le resonaba su propio corazón en las sienes. Florence llevaba un vestido de gasa gris y detalles rosa salmón en la cintura, las mangas y la falda. Nada estridente. Perfectamente adecuado para una esposa y madre.

—Llevo todo el día pensando qué debo decirte y cómo puedo explicarte lo que ocurrió.

Michael por poco se sobresalta al oírlo, aunque se suponía que para eso estaban allí. No había levantado la mirada y eso provocaba un efecto especial, como si, en realidad, no se dirigiese a él.

—Solo puedo decirte —continuó— que me vi transportada a un mundo muy distinto. A un mundo en el que las correcciones formales parecen no tener valor. Donde la espontaneidad, la franqueza, la brutalidad, incluso, están mucho más valorada que un correcto «buenos días». Te sientes... Te sientes más libre, pero también más inconsciente, menos responsable, más... más tú.

Florence se detuvo y Michael dudó si consideraba que ya había acabado o no. No estaba entendiendo nada de aquel discurso. ¿A dónde iba a parar? ¿Qué significaba eso de que era más ella?

—Creo que es... que fue como cuando estas embriagado. Aquel día yo... aquel día también tomé alguna sustancia. O más de una, creo. No recuerdo bien qué. Pero hacía más tiempo que estaba bajo los efectos de algo que me hacía aparecer de otra forma. Me sentía como una crisálida

¿Crisálida? ¿Qué le estaba diciendo? Michael sintió de nuevo la garra del terror atravesando su pecho. Lo iba a dejar. Le iba a decir que se había dado cuenta de que todo su matrimonio había sido un error. Que todo lo que tenían era menos que nada.

—En nuestro mundo todo es tan... tan perfecto y, al mismo tiempo, tan falso. No tengo verdaderos amigos, aunque podría no estar sola jamás. Si me compro un vestido, desconozco si gusta de verdad o si hace juego con mis ojos. Sé que me van a decir que es fantástico, aunque solo sea porque lo identifican como diseñado por madame Violet. Y, de pronto, me vi sumergida en otro espacio, donde me expresan con claridad si algo no les gusta y esperan que yo haga lo mismo.

—¿Me estás diciendo que quieres que te traten mal? —Sus palabras habían surgido de su boca como un susurro amenazante. Ella le miró por un instante y volvió a retirar la vista de inmediato.

—No, no. No es así. Yo... Creo que no estoy consiguiendo hacerme entender. —Lanzó un suspiro profundo. «Ahora es cuando me dice que se acabó»—. Lo siento mucho. No fui consciente de todo lo que podía perder al sumergirme en ese mundo. Pero ahora sí lo soy y te ruego que me perdones.

Florence volvió a detener el discurso. Había pronunciado esas palabras con sumisión, pero Michael dudaba si en ellas había verdaderos sentimientos. ¿Lo siento? Y ¿ya está?

—Si tú me lo permites, creo que puedo demostrarte que puedo ser de nuevo alguien respetable. Sé que necesitamos tiempo, pero puedo hacerlo. Me esforzaré porque todo vuelva a ser como antes. No quiero perder la vida que tenemos

«Volver a ser como antes». «Perder la vida que tenemos». Florence no le hablaba de amor, no se postraba a sus pies diciéndole que no había sentido

nada por aquel maldito tipo, no lloraba ni gesticulaba. Expresaba un interés. De manera sumisa, pero absolutamente exenta de sentimientos. Sin embargo, él no podía hacer nada. Viéndola ahí parada, con su actitud de niña a punto de ser reprendida, su cabello sedoso que siempre le había recordado a los rayos del sol, su tez blanca y esa delgadez más pronunciada de los últimos días, lo convertía en un pelele muerto de celos y ansioso de un amor no correspondido. ¿Dejó de quererlo o nunca lo había hecho? A fin de cuentas, cuando la conoció, ella estaba comprometida con su amigo Martin. Él quiso creer que el verdadero amor había aparecido venciendo obstáculos tan fuertes como una promesa y una fuerte amistad. Sin embargo, lo cierto era que la aparición del amor de juventud de Martin había hecho evidente que algo pendiente quedaba entre la pareja y, quizás, Florence solo se conformó con él, para no verse sumida en la vergüenza de ser rechazada. Además, su mayor rango social hizo perfecto ese cambio.

—No saldrás de casa si no te doy permiso. —Michael estaba utilizando el mismo tono autoritario que ejercía en la naviera para dar instrucciones y era evidente que estaba haciendo su efecto porque ella pareció encogerse más, aunque asintió al mismo tiempo con la cabeza—. No recibirás visitas si yo no estoy presente. Solo podrás salir al jardín con los niños. Cumplirás de nuevo con tus obligaciones en la casa. Cada mañana me servirás el desayuno y, si te doy permiso, lo compartirás conmigo. Me esperarás para cenar siempre y, si no llego a la hora acostumbrada, podrás hacerlo, pero en la cocina.

Florence seguía asintiendo con la cabeza cada vez que él explicitaba una de sus condiciones y esa actitud sumisa, en lugar de calmarlo, lo iba enfureciendo por momentos. Era la actitud de alguien que, efectivamente, creía tener mucho que perder. Claro que tener una de las mansiones más grandes y lujosas de todo Nueva York no era una tontería.

—Te ocuparás de los niños cuando vengan del colegio y estarás con ellos en todo momento hasta que llegue su hora de cenar. Los fines de semana, solo lo harás cuando yo te lo indique. Continuarás en la habitación de esta planta. — La voz había descendido de tono, pero no por ello sonaba menos amenazante—. Y no volverás a pintar.

En ese momento ella levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos brillaron. Se mordió el labio inferior y pareció como si fuera a decir algo. La única

reacción visible. Curioso, pensó Michael. Nada más parecía importarle. Esperó unos segundos esperando verla protestar. Sin embargo, volvió a adquirir aquella pose y aquella actitud.

No habría más conversación entre ellos de momento. La traición, la deslealtad, más de ocho años de matrimonio, dos hijos en común... todo había quedado cubierto por unas pocas instrucciones que iban a ser el resumen de su vida a partir de aquel momento, como si fuera un manto de ceniza gris, y ella lo aceptaba, sin más. Decidió irse. No sabía si podría contener el nudo que se le había formado en la garganta si se quedaba más tiempo allí y ya sería el colmo del patetismo que fuese él quien acabase llorando como un niño. Se dirigió hacia la puerta.

—¿Podrás perdonarme algún día? —dijo ella justo antes de que franquease la puerta.

Se giró para mirarla. Había levantado la vista, pese a que su actitud seguía siendo de total capitulación.

—El problema no es si podré perdonarte. —«Pequeña». Por fortuna, se había contenido en el último momento de utilizar ese denominativo—. El problema es si dejaré de sentir estas náuseas cada vez que te miro.

El terror asomó a sus ojos justo en el instante último que volvió a bajar la mirada. Le pareció notar también que había empalidecido algo más y que el labio inferior le temblaba. Pero solo fue un momento. Tuvo que salir de allí corriendo. Efectivamente, las náuseas estaban a punto de convertirse en vómitos.

A partir de aquel momento, sus instrucciones se cumplieron a rajatabla. Cuando bajaba a desayunar, la veía ya en la puerta del comedor, vestida y peinada a la perfección, y sin alzar la voz le pedía permiso para entrar con él. El único incidente se produjo el segundo día, cuando intentaba comer las tostadas y le estaba resultando imposible degustarlas porque el aroma de ella se le colaba en la nariz y lo ocupaba todo. Intentó no obsesionarse, pero al final no pudo más.

—¿Es necesario que te pongas ese perfume? —le espetó.

Ella lo miró asustada. Era posible que hubiera utilizado un tono de voz mucho más áspero de lo que hubiera querido. La vio dudar y al final murmuró una excusa, se levantó y se fue. A la noche, cuando llegó a cenar, el rastro

oloroso de perfume había desaparecido, pero en su lugar apareció la fragancia suave y jabonosa que, sabía reconocer, desprendía su piel. Supo entonces que aquello podía convertirse en una tortura, así que le pidió que, a partir de aquel momento, ocupase la silla del otro extremo de la mesa. Lo suficientemente lejos para que su esencia no llegase a sus fosas nasales. Aunque no siempre lo conseguía.

Esa fue también una de las causas por las que, de manera cada vez más asidua, dejó de venir a cenar. Sabía por Brick que ella solía esperarlo de pie, ante la puerta del comedor, hasta que las agujas del reloj superaban las once y estuvo tentado de pedirle que dejara de esperarlo, pero, cuando lo iba a hacer, siempre aparecía la imagen de sí mismo aquella fatídica noche, cuando fue él quien la esperó a ella y creyó morir ante el miedo de que le hubiera pasado algo, mientras ella estaba retozando como una vulgar mujerzuela en la cama de otro hombre.

Mantuvo la costumbre de permitir que sus hijos fuesen un fin de semana cada mes, aproximadamente, con su cuñado. Cuando eso ocurría, él también desaparecía de la casa. Se iba a la naviera y trabajaba. Su mejor refugio. La mejor manera de no pensar en lo que estaba pasando. Era mucho peor los otros días, cuando debía atender a los niños. Pese a que había optado por una solución fácil como era encargarse de los paseos a caballo por Central Park o acudir a algunos de los numerosos eventos infantiles que se organizaban por la ciudad, no dejaban de tener su lado oscuro cuando llegaba a casa. Entonces, le indicaba a la señora Doubtfire que se los llevase a Florence y él se encerraba en su habitación, aunque no podía evitar asomarse a la ventana en algunas ocasiones, atraído por las risas infantiles. Entonces la veía a ella y se consumía viendo cómo los incitaba a jugar, cómo los acariciaba, cómo los abrazaba... Cómo les daba a ellos todo lo que a él le estaba vedado.

Con todo, lo peor fue seguir atendiendo las convocatorias sociales sin su compañía. La comunidad en la que se movían de forma habitual era muy selecta, formada por hombres y mujeres ingleses o con fuertes orígenes en la isla madre, pero sobre todo aristócratas. Se trataba de una élite que no aceptaba las costumbres más relajadas estadounidenses pese a vivir en el núcleo mismo de esa nueva sociedad americana. Y, por ello, se trataba de una casta mucho más intolerante. Lo que había ocurrido con Florence era

absolutamente conocido y formaba parte de los continuos comentarios y rumores de cualquier encuentro. Ya fuera un baile, una reunión cultural o un acto caritativo, cuando él aparecía notaba cómo los cuchicheos se intensificaban y las miradas eran lo bastante expresivas como para entender que lo compadecían y lo despreciaban a partes iguales.

Él se mantuvo firme. No era la primera vez que se producía una infidelidad entre esas ilustres personas y sabía que, al final, las aguas volverían a su cauce; pero tenía que reconocer que se le estaba haciendo muy oneroso aguantar cada día. Sabía que era su obligación. Él pertenecía a esa mini sociedad. Los necesitaba tanto como ellos a él puesto que la mayoría de sus negocios y de sus intereses económicos eran compartidos. Así que no le quedaba más remedio que sobrellevarlo intentando recordar, de los otros escándalos, cuánto tiempo más debía pasar.

En esos pensamientos se encontraba una de aquellas veladas que, vestido con su frac más elegante, se encontraba mirando cómo otras parejas bailaban en el majestuoso salón que lord Brighton tenía en la única mansión que podía competir con la suya en cuanto a lujo y tamaño. El grupo de mujeres liderado por la más influyente y temida reina de los chismorreos, lady Rose, llevaba un rato mirándolo sin disimular demasiado. Él estaba junto a los tres hermanos McGrove, caballeros escoceses que habían llegado a la ciudad hacía poco más de un año y que se sabía que tenían media Escocia bajo su propiedad. Pretendían ampliar su radio de acción a las tierras de Canadá y convencerlo para que se uniese a ese propósito; pero hacía rato que su mente se había perdido en la zozobra continua en la que vivía desde hacía casi dos meses, desde aquella maldita noche.

—No lo va a conseguir, vizconde.

La voz que había surgido a su lado apenas había alcanzado los decibelios suficientes para oírla, pero en seguida la reconoció. Se trataba de lady Hermione, duquesa de Rainbow. El título le venía por matrimonio, pero el duque hacía más de siete años que había regresado a Inglaterra. Estaban separados después de un escándalo que la tuvo a ella por protagonista junto con un conde que, finalmente, murió en extrañas circunstancias. Había sido protagonista de un sinfín de comentarios en aquellas veladas. Él lo recordaba con vaguedad porque cuando todo transcurrió ellos hacía relativamente poco

que habían llegado a Estados Unidos y, pese a que habían atendido a los chismorreos para integrarse con más rapidez en aquel grupo, su objetivo estaba más centrado en intereses crematísticos. Pese a todo, lady Hermione era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de una belleza extrema y muy respetada. Algunos habían especulado con nuevos amantes en ausencia del marido, pero lo cierto era que no se la había pillado en tacha ninguna y que su gran fortuna y el título que todavía conservaba, puesto que nunca habían oficializado el divorcio, eran suficientes para acallar cualquier comentario y seguir contando con ella en todo evento organizado.

—¿Disculpad? —le preguntó

—Así no lo vais a conseguir, milord —volvió a repetir enigmáticamente

—No creo poder entenderla

—Vizconde, a las hienas hay que darles lo más rápido posible de comer para que se dispersen —dijo señalando con la mirada al grupo de mujeres—. Si solo le ofrecéis pequeños bocados, estáis alimentando el ansia y la codicia e incentivando que, cada vez, aparezcan más hienas a saciar.

Michael fijó su mirada en ella intentando discernir si aquel comentario se refería a lo que ocupaba su pensamiento noche y día, y si estaba formulado desde la amistad o desde la maldad. En aquel mundo era muy difícil distinguir entre un amigo y un enemigo.

—Tenéis que traerla —continuó ella ahora mucho más explícita—. Ocultándola no la estáis protegiendo, solo estáis difiriendo y agravando el momento en el que se lancen sobre ella y la hagan pedazos. Traedla y preparaos para resistir. Mostraos compungidos, pero no humillados. Firmes, pero no altaneros. Pasado un tiempo, todo volverá a ser como antes.

«Volver a ser como antes». Eso era lo que le había pedido Florence. No tenía muy claro que el motivo por el que no la hubiera traído a esas veladas hubiera sido protegerla; pero sí que había creído erróneamente que con su sola presencia tendrían suficiente y la duquesa parecía tener razón. Ellas cada vez eran más atrevidas con sus insinuaciones y sus maridos tampoco se quedaban a la zaga, aunque se retenían más, temerosos de que él rompiera los vínculos económicos que los unían.

—¿Cuánto tiempo? —Se arrepintió nada más formular la pregunta puesto que delataba su turbación. Sin embargo, la mirada comprensiva de aquella

mujer le dio esperanzas de que no lo utilizaría.

—Eso depende, milord. No menos de un mes, creo yo. Su caso es más complicado. Ella se ha atrevido a desafiar algo más que el honor de usted. Lo ha hecho con el honor de todos ellos puesto que su pareja ha sido un ser inferior, de bajos orígenes, pobre, miembro de la farándula y ni siquiera de procedencia anglosajona. Además, también está lo de su halo de perfección. Lady Florence era la personificación de la elegancia y de la corrección. Su sola presencia ponía en evidencia las faltas de todas ellas. Así que la envidia las corroe y ahora tienen, por fin, la venganza. Deben doblegarla y vejlarla

—Y mientras tanto ¿qué debo hacer yo?

—Aquí tiene dos opciones. Puede limitarse a dejarlas hacer sin intervenir y, en todo caso, si observa en algún momento que la humillación pudiera alcanzarlo también a usted, hacerlo a través de sus maridos poniendo en riesgo alguna de sus inversiones; pero nunca de manera directa. También puede contribuir a que todo vaya más rápido, siendo vos quien la degrade públicamente. Hacer público una amante puede ser una manera. Eso también os ayudaría a restablecer vuestra dignidad.

—Es todo cuestión de estrategia, ¿no?

—Veo que empezáis a comprender, vizconde.

—¿Y si ella no lo aguanta?

Lady Hermione giró su cabeza para mirarlo directo a los ojos y, al tiempo, levantó una ceja mostrando curiosidad.

—No podéis evitarlo, ¿verdad? Seguíis enamorado de ella. Siempre que os observaba veía una pareja prototipo de la distinción y de la serenidad, pero algunas veces el brillo aparecía en vuestros ojos. Duraba tan solo un segundo, pero lo suficiente para ver lo que sentíais el uno por el otro.

—Creo que no sois demasiado intuitiva. El comportamiento de mi mujer no deja espacio a la duda sobre hacia donde dirige sus sentimientos.

Ella esperó unos segundos antes de responder sin dejar de mirarlo.

—Veo que también vos debéis hundir la mandíbula en la carnaza para poder serenaros, milord. Os aconsejo la segunda opción. No será más satisfactoria, pero acallará vuestro odio más rápido. —Y cuando comenzaba a moverse, indicando que la conversación había acabado, todavía le llegó a decir—: Daré una fiesta el sábado próximo. Puede ser un buen sitio para desatar a las

bestias. Ya sabéis que no sería la primera vez que esas paredes presiden ese tipo de carnicerías.

Aquella noche, la mansión del 1009 de la Quinta Avenida estaba más silenciosa que nunca. Brick le volvió a informar de la espera de Florence frente a la puerta del comedor. No le advertía nunca si tenía un evento al que asistir. Era más placentero saberla allí. Se dirigió a la biblioteca para servirse un whisky. Se lo bebió de un solo trago y tuvo que servirse otro para ver si esa vez lograba digerirlo con más tranquilidad.

La cabeza le daba vueltas alrededor de las palabras de la duquesa. Tenía razón. Era la única solución para que empezara la cuenta atrás del olvido.

La pregunta era si él sería capaz alguna vez de olvidar, si aquello sería suficiente para volver a la normalidad o si esa normalidad era ya suficiente para él. Florence no solo no le había hablado de amor, tampoco parecía molesta ante la falta de su cariño. Se limitaba a dejar pasar los días, comportándose de la manera más discreta posible.

Pero tampoco tenía ningún sentido quedarse en aquel limbo. Estaba decidido. La llevaría al baile de la duquesa y se iniciaría la cuenta atrás. Aquella que marcaría definitivamente el inicio del fin de aquella absurda situación.

No sabía si avisarle de lo que iba a ocurrir, aunque quizás no fuera necesario. Florence pertenecía a aquella sociedad igual que él. Había visto la reacción de amigos y conocidos ante escándalos similares. Sabría asimilar lo que iba a suceder.

Cuando al día siguiente le anunció que debía prepararse para aquel mismo sábado, le pareció ver una reacción en el fondo de su mirada. Quizás de esperanza. Quizás de miedo. No lo sabía. En seguida apareció el rostro imperturbable de la perfecta dama, aquella que no permitía que un solo sentimiento revelase más de lo que estaba permitido.

Verla tan contenida le producía mayor dolor. Si era tan capaz de saber guardar las formas, ¿qué la había conducido a comportarse de una manera tan indigna y tan irresponsable? Solo el enamoramiento explicaría aquella reacción y, de nuevo, la imagen de su cuerpo desnudo en aquella cama, junto a otra piel y a otros músculos, le produjo unas náuseas tremendas.

Cuatro días más tarde, la esperaba en el salón. Apareció preciosa, con un

fino vestido de diferentes tonalidades de azul sin traspasar nunca la intensidad del color del cielo, escote en barca, mangas de farol con un alargo que le cubría hasta los codos y unos guantes blancos. Ese vestido lo había llevado el día de su octavo aniversario de bodas cuando la había llevado a cenar al West Side. Era perfecto para una dama. Pero ella ya no lo era ni debía parecerlo.

—No vas vestida adecuadamente —le espetó.

Se dirigió, sin pedir permiso, a sus habitaciones y removiendo en el vestidor encontró lo que buscaba. Se trataba de un vestido que ella misma había comprado un año antes, en un ataque de espontaneidad, justo cuando su afición por la pintura empezaba a provocar aquellos cambios de comportamiento. Pero nunca lo había estrenado. Le había confesado que le parecía demasiado atrevido y que, en todo caso, solo lo haría cuando fuera para ellos dos solos. Pero nunca se había dado la ocasión.

Se trataba de un vestido de gasa con escote en uve que era capaz de enseñar el nacimiento de los senos. Las mangas acampanadas y la falda ajustada insinuando sus formas. No era el típico vestido que abundaría aquella noche. Se trataba más bien de uno correspondiente a la nueva moda americana que los aristócratas ingleses criticarían por poco recatado.

Florence no protestó. Se limitó a ponérselo con la ayuda de su doncella, mientras Michael la espera fuera. Lo que no se esperó, sin embargo, fue el impacto que le produjo al verla. Estaba espectacular y tuvo que reprimirse para no quitárselo allí mismo y hacerla suya. Ya habían pasado dos meses desde el incidente y Michael no se había saciado con ninguna mujer. Aquello podía ser una tortura.

Tragó saliva y se preparó para aguantar el suplicio.

## CAPÍTULO 3

El salón de baile resplandecía con un sinfín de bombillas, en una demostración de la capacidad económica de su dueña. Una orquesta de más de treinta personas, con todos los instrumentos musicales, tocaba vales casi exclusivamente de tipo vienés, aunque se permitían alguna intromisión de algún que otro Boston[1] que posibilitaba un baile mucho más tranquilo.

La costumbre exigía que el hombre transportase a la mujer asida a su brazo para hacer la entrada y sentir ese leve contacto se le estaba haciendo insoportable. Pero, cuando accedieron al interior y causaron la primera reacción, Michael se dio cuenta que aquella noche tendría muchos más momentos insoportables.

La orquesta no pareció inmutarse, pero la inmensa mayoría de los bailarines en la pista ralentizaron el ritmo o, incluso, algunos llegaron a detenerse del todo para observarlos. Lady Hermione se dirigió a ellos, como buena anfitriona, para saludarlos con una sonrisa y ordenó que les sirvieran copas de cava que él aceptó, pero Florence declinó.

Avanzaron unos pasos acompañados por la duquesa, quien los condujo directamente a la esquina donde se encontraba lady Rose. Sin duda estaba cumpliendo su promesa. Cuanto antes pasaran por aquello, mucho mejor. Había cuatro damas más y un hombre. Este resultó ser John Fitzgerald, el odioso hermano de la cuñada de Florence, que había conseguido filtrarse en aquel mundo ganando el título de conde en una partida de cartas, aunque no llevara aparejado ninguna propiedad o renta.

—Vaya, vaya —dijo lady Rose—. Si son los vizcondes de Ressay. Hacía demasiado tiempo que no se los veía juntos. ¿Alguna indisposición, tal vez?

Se había dirigido directamente hacia Florence y, mientras le hablaba, no

había dudado en repasar con la vista su vestido. Michael se había deshecho de la mano sobre su antebrazo y había conseguido poner algunos centímetros más de distancia de ella. Aquella noche había vuelto a ponerse el maldito perfume.

—Algunas migrañas, lady Rose —contestó ella con la voz apagada—. Nada importante.

—¡Oh! —intervino, entonces, lady Francesca, conocida por haber conseguido destrozarse el matrimonio de su hijo y expulsar a su nuera de aquella sociedad—. ¿Tan intensas han sido? Solo conozco un caso similar tan agudo y persistente, pero se trataba de una adicta al opio.

Michael vio como ella palidecía ligeramente. No era una afrenta excesiva puesto que no formaba parte de las posibilidades en las que se encontraba. Sin embargo, observó cómo su garganta hacía pasar la saliva y justo en ese momento recordó, con suma precisión, que, en aquella sala, desperdigadas entre los hombres y mujeres del suelo, había varias pipas de opio y que ella le había confesado haber consumido alguna sustancia. En todo aquel tiempo no había llegado a reflexionar sobre aquel detalle. ¿Había fumado ella? Él nunca lo había probado, pero había oído que sumía a las personas en tal estado de semi-inconsciencia que eran incapaces de racionalizar sus acciones y mucho menos recordarlas. Sin embargo, si así fuese, ¿por qué no había insistido en alegarlo como justificación?

—Pues, a ver si va a empeorar hoy, lady Florence. —Lady Rose al ataque de nuevo—. Sometéis demasiada cantidad de vuestra piel al riesgo de un resfriado.

—No os preocupéis —intervino entonces Fitzgerald—. Tengo entendido que esta mujer está acostumbrada a no cubrirse demasiado.

Las últimas palabras provocaron una carcajada generalizada en el grupo. No se trataba solo de lo que había dicho, ni de a qué se había referido, sino también del hecho que había evitado de manera intencional el trato respetuoso llamándola tan solo mujer.

Florence se mantuvo inalterable aferrándose a las palabras de su vieja institutriz. «Compórtate siempre con contención y, cuando sientas deseos de correr, entonces, oblígate a respirar muy, muy lento».

Las risas animaron a otro grupo, que hacía rato la estaban escudriñando, a acercarse. Michael aprovechó para alejarse más y Florence sintió como si el

frío se apoderase de su ser. Él parecía observarlo todo con más curiosidad que otra cosa. No lo habían hablado, pero ambos sabían que aquello era lo que iba a pasar esa noche. Por eso la había hecho vestirse con un vestido que no confundiera respecto de sus intenciones. Debía estar suficientemente visible y expuesta. Sin embargo, no sentirse adecuadamente vestida ante toda aquella gente agravaba aquella sensación de vergüenza extrema. Se concentró en aguantar las afrentas, respondiendo solo lo justo. Estaba siendo muy difícil contener a las alimañas. Se iban animando y cada vez iban más lejos con sus insultos velados.

Miró a su alrededor buscando a Michael. Necesitaba recordar por qué estaba soportando todo aquello. Lo vio en un extremo del salón. Lady Hermione le estaba explicando algo con cierta intimidad puesto que se le acercaba al oído. Aquella mujer era mayor, pero todavía muy hermosa. Decían que estaba acostumbrada a tener amantes y los buscaba fuertes y vigorosos. ¿Sería Michael su próxima presa? ¿Y si habían iniciado una relación? Ella había estado dos meses fuera de todo aquel mundo y él había tenido que soportar, absolutamente solo, las miradas reprobatorias y los rumores maledicentes. Hubiera sido lógico que necesitara ayuda y compañía. Un dolor se le instaló en el pecho al pensarlo, así que retiró la vista.

Mientras había estado sumida en esos pensamientos, no se había dado cuenta de que el grupo que la rodeaba se había alejado unos pasos. Ahora estaban riéndose al tiempo que la miraban con descaro. Dirigió la vista hacia la pista de baile manteniéndose todo lo erguida que podía, aunque la angustia que atenazaba su estómago estaba haciendo muy difícil contener las ganas de replegarse sobre sí misma.

En un extremo del salón estaba su cuñada Olivia. No se había acercado a ella. La miraba desde lejos con evidente reprobación. Ella y la mayoría de mujeres de su edad, supuestamente amigas suyas. Aquellas con las que, hasta hacía muy poco, había compartido horas en los parques acompañadas de los hijos respectivos e intercambiado recetas de pasteles, a las que visitado algunas tardes.

Un poco más allá vio a su hermano Patrick. Le hizo un leve gesto con los ojos como si estuviera dándole ánimos. Eso la conmovió y le provocó muchas más ganas de llorar que el bochorno por el que estaba pasando.

—¿Me concedería este baile, milady?

Afortunadamente, pudo evitar a tiempo manifestar el sobresalto que aquella voz suave y melodiosa le había provocado. Se trataba de lord Trenton. Un hombre de unos treinta y cinco años a quien conocía poco puesto que vivía en Nueva York tan solo desde hacía un año escaso y no se había prodigado en sus apariciones sociales. Sabía que era viudo y que había estado muchos años por tierras sudamericanas.

—No, gracias, lord Trenton —contestó—. Creo que estaré un poco más aquí.

Sin hacer ningún caso a la negativa, le tomó la mano y la puso sobre su antebrazo para conducirla a la pista. Florence estuvo a punto de resistirse, pero miró a su alrededor y vio cómo el grupo de lady Rose no perdía un ojo sobre lo que estaba ocurriendo y pensó que no debía dar un motivo más. Bailar con un hombre que no fuera su marido no era indecente. Lo había hecho otras veces, aunque, normalmente, se había tratado de amigos de Michael. Lo buscó de nuevo con la mirada y no lo encontró. Se dio cuenta que casi toda la sala estaba expectante ante lo que ella iba a hacer en ese momento.

—Milord —balbuceó—, le reitero que...

—Sssshht —dijo él muy bajito—. No se resista.

Habían llegado ya a la pista. Hacía unos segundos que había empezado uno de los valeses ingleses que se bailaban con más lentitud. Eso la expondría más a las miradas, pero no estaba haciendo nada malo. Estaba en un baile. En un baile se bailaba. ¿Qué hubiera ocurrido dos meses atrás? Lo hubiera hecho. ¿Por qué no ahora, por tanto?

Notó cómo le ponía una mano en la cintura y la acercaba a su cuerpo. ¿Estaba guardando las distancias oportunas? Era un buen bailarín. La conducía sin problemas por la sala.

—Le quedaba muy poco —le dijo

—¿Disculpe?

—No disimule, milady. Estaba a punto de desmayarse.

—No lo crea, lord Trenton.

—Estoy acostumbrado a recoger a damiselas en apuros.

—No estoy en apuros y, si necesitase que alguien me recogiese, está mi marido.

—Su marido hace un rato que se perdió en una de las salas del piso superior

con la dueña de la casa.

Florence estuvo a punto de detenerse, pero él parecía haber intuido el efecto que iban a provocar sus palabras y la había agarrado firmemente. ¿No era demasiada la firmeza? ¿No estaba demasiado cerca?

—Milord, le agradezco sus atenciones, pero estoy cansada. Deseo que me conduzca de nuevo fuera de la pista.

—Vamos, muñeca. No se haga la estrecha conmigo. ¿O es que tienen que cantarle un aria mientras se la follan?

Aquello fue como si la hubieran golpeado en todo el estómago y, pese a que Trenton intentó evitarlo de nuevo, ella se deshizo con brusquedad de aquellas manos que ahora ya le parecían garras y, sin importarle las miradas de sorpresa que había generado, se encaminó hacia la salida.

—¿Se va? ¿Tan pronto? —Era lady Hermione quien estaba hablándole

—Sí, sí. No me encuentro bien.

En ese momento, apareció Michael por detrás de aquella mujer. Volvió a ver aquella mirada suya, la de la absoluta repulsa, y un escalofrío que no pudo contener la recorrió entera.

—Nos quedamos. No hemos acabado todavía —dijo él con arrogancia

—Por favor —suplicó.

Estaban siendo observados por todos los ojos de aquella sala. Florence sabía que el objetivo de aquella noche no se estaba cumpliendo. Ella tenía que mostrar sumisión. Haber dejado plantado a Trenton en la sala y pretender irse del baile tan pronto y sin el permiso de su marido no era un ejemplo de buen comportamiento.

—Compórtate, Florence —siseó.

La vista empezó a nublársele y sintió como si el suelo sobre el que pisaban se moviese.

—Michael, querido —dijo entonces lady Hermione —Creo que podré excusaros convenientemente.

Odiaba a esa mujer. Odiaba que fuera ella la que estuviera atendiendo sus necesidades. Lo miró a él suplicante.

—De acuerdo —dijo entonces él.

Minutos más tarde estaban en el coche a motor que el vizconde utilizaba para acudir a esas fiestas. Era el vehículo descubierto pese a que la noche era fría.

Brick conducía con cuidado. La circulación en una ciudad donde había todavía una gran cantidad de coches de caballos no era fácil.

—¿No te ha gustado el baile? —dijo entonces él con lo que le pareció intuir algo de cinismo.

La pregunta era ambigua. ¿Estaba preguntándole por la velada o por el vals con lord Trenton?

—Ha sido como esperaba —respondió ella con la misma ambigüedad.

—Siempre perfecta, ¿verdad, Florence?

No tenía muy claro si debía responder a esa pregunta o solo la había formulado para sí mismo. Él mantenía la vista clavada en la espalda de Brick como si no se fiase de cómo conducía.

—¿Tenías que bailar con Trenton?

Volvió a mantenerse en silencio. No sabía qué pretendía, pero intuía que no lo iba a entender.

—¡Brick! —Había gritado excesivamente, aunque debía hacerse oír por encima del sonido del motor—. Dirígete al West End con la primera. Haremos una parada.

Florence no quiso cuestionar la orden. Se limitó a cubrirse algo más con la manta, sin demasiado éxito, para evitar el frío puesto que sus hombros continuaban al descubierto con aquel vestido demasiado escotado.

Minutos más tarde, Brick detuvo el vehículo y Michael se apeó con rapidez. Ella miró a su alrededor. Aquél no era un buen barrio. No le hacía gracia aquella parada. Él la estaba mirando con un brillo especial.

—Serán unos minutos —dijo

—¿Cómo? ¿Dónde...?

Y entonces se dio cuenta. Habían parado justo en la puerta de un club de alterne. Las risas que surgían del interior, no dejaban lugar a ninguna duda, pero por si no era suficiente, un cartel enorme con la figura de una mujer mostrando impudicamente los pechos era la última evidencia necesaria.

—Michael, ¿qué vas a hacer?

—Ya te he dicho que serán solo unos minutos. Son profesionales. Saben lo que se hacen.

—Brick me llevará a casa

—No, querida. Os quedáis aquí. Esperando.

Florence notó como su tez enrojecía. Se mordió el labio inferior y cerró un momento los ojos. No podía ser verdad. No podía estar haciendo eso.

—Michael, por favor —le susurró.

Pero él ya no la oía. Solo vio su espalda recta dirigiéndose hacia el prostíbulo. Justo antes de entrar, unos hombres vestidos también con frac salieron del interior.

—¿Ressy? —dijo uno de ellos visiblemente borracho.

—Lord Higgins —saludó él sin perder la compostura como si estuvieran en el evento más elegante de todo Nueva York.

—No lo hacía en estos lares —insistió

—Nunca es tarde —respondió Michael

—¡Mirad, chicos! Este hombre es un fuera de serie.

Los hombres la estaban mirando con una sonrisa maliciosa y, hasta cierto punto, lasciva. Florence volvió a contener las ganas de salir corriendo.

—¿Vas a hacerla esperar aquí mientras...?

El hombre que hablaba en ese momento era lord Reight. Había compartido con él y su mujer varias veladas. Se comportaba siempre de manera exquisita. Y, sin embargo, en ese momento, estaba moviendo las caderas imitando la cópula en un gesto obsceno. Michael lo estaba mirando y ella vio cómo su reacción también era de rechazo. Mientras tanto, los demás se estaban riendo a grandes risotadas.

—¡Ressy! Eres nuestro héroe.

Él no respondió. Se limitó a mirarla durante un segundo y ella todavía tuvo esperanzas de que él regresase a su lado. Sin embargo, se dio media vuelta y entró en el salón.

Florence desvió la vista hacia la espalda de Brick, se concentró en la tela negra de su chaqueta y empezó a respirar como le habían enseñado de niña, mientras mantenía la postura muy recta y los brazos inmóviles sobre su regazo.

Las risotadas de aquellos hombres seguían resonando en sus oídos, pero no tenía muy claro de si era porque todavía se encontraban allí riéndose de ella o porque le habían calado tan hondo que no podría dejar de oírlas en horas.

Percibió cómo Brick sacaba el revólver del interior de su chaleco y depositaba el arma a su lado. Aquel hombre era un fiel servidor y estaría dispuesto a cualquier cosa antes de que la hiriesen. Sin embargo, le entraron

ganas de decirle que no se preocupase, que lo mejor que le podría pasar en ese momento sería que la agrediesen físicamente, al menos así dejaría de sentir esa vergüenza tan profunda.

—¡Cariño!

La voz la había hecho salir del estado de reclusión interior en el que se había metido intentando olvidar dónde estaba y por qué. Desconocía cuánto tiempo llevaba allí, pero por el entumecimiento de sus articulaciones, seguramente podría haber sido una media hora.

—¡Olga!

Su amiga la estaba mirando con una mezcla de aprensión y lástima. Iba vestida con un impresionante vestido de satén dorado que dejaba, de manera alarmante, sus tobillos al descubierto. Ella era así, espontánea, atrevida y auténtica. Iba acompañada de varios hombres y un par de mujeres en un evidente estado de embriaguez. No recordaba sus nombres, pero sabía que había coincidido con ellos en algún momento. Como casi todos los amigos y conocidos de Olga Saparova, debían ser gente del mundo del espectáculo.

—¡Mi niña! —volvió a decirle utilizando apelativos cariñosos pese a que era cinco años menor que ella—. ¿Qué haces aquí?

—Enseguida me voy —le respondió de forma ambigua.

—No es un buen sitio ni una buena hora, mi vida.

—No te preocupes. Brick cuida de mí —respondió señalando con la cabeza a su sirviente.

—¿Y Brick no puede mejor vigilarte en casa? Esto está lleno de maleantes y tú te ves preciosa y excesivamente enjoyada.

—No, no. En seguida nos iremos.

—Pero...

En esos momentos, los amigos de Olga, que habían avanzado unos pasos, empezaron a impacientarse y estaban llamándola. Muy probablemente, para ellos, la noche apenas había empezado.

—Ve. Te están esperando —aprovechó Florence.

Olga cambió la expresión abandonando la sonrisa fácil y la ternura de su gesto. Entornó los ojos como así la pudiera escudriñar mejor y entrar en su interior.

—Dime exactamente qué estás haciendo aquí.

—Olga, no te preocupes.

—¿Qué haces en la puerta de un lupanar, Frencey?

Había utilizado uno de los diminutivos con los que la conocían todos en aquel ambiente. ¡Hacía tanto tiempo que no lo oía!

—Estoy esperando a mi marido.

Lo había susurrado tan embargada por la degradación que suponía el reconocimiento de lo que estaba ocurriendo que por un momento pensó que, quizás, no la había oído y podría retractarse.

—¡Bastardo! —espetó Olga—. ¿Quién narices se habrá creído que es ese cretino estirado y arrogante?

—Olga, por favor.

—¿Por favor? ¿Te estás viendo, Frencey? Estás esperando que ese malnacido meta su ...

—Te lo ruego. No lo compliques más. Tengo que conseguir su perdón. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Porque tú eres una mujer con mayúsculas y ese petimetre no te llega ni a media altura. Porque su única virtud es haber sido capaz de tragarse ese palo que le deben dar a todos los malditos aristócratas.

—Te lo suplico, vete.

—¿Es que no ves lo que te está haciendo? Mírate al espejo cuando llegues a casa. Te estás consumiendo.

—Señorita, por favor. —Era Brick quien había intervenido—. Le pido respetuosamente que se aparte del coche, el vizconde ha de subirse.

Florence dio un respingo al entender sus palabras y alzando la vista vio a Michael a solo un metro del coche justo tras Olga. ¿La habría oído? Su semblante no delataba nada. Su amiga se giró y lo miró. No podía ver de qué manera, pero conociéndola le habría dirigido la peor de las miradas. Él, sin embargo, adoptó una expresión que ella conocía bien y que sometía a todos aquellos a quienes trataba de seres transparentes y sin valor.

Subió al coche y se ubicó cuidando de sentarse de manera que no la rozase en absoluto y, sin necesidad de ninguna orden, Brick arrancó el motor y se fueron de allí. No se atrevió a girarse para volver a ver a su amiga.

Durante el trayecto él no pronunció una sola palabra, manteniéndose con la vista al frente como si ella no estuviese. Tampoco al llegar a la casa hizo

ningún comentario. Cada uno se dirigió a sus habitaciones sin ni siquiera mirarse a la cara.

La oscuridad de su alcoba le resultó tan tenebrosa que un miedo interior empezó a apoderarse de ella y fue más fuerte que toda la sensación de vergüenza y humillación. Era el miedo a que todo aquel esfuerzo no estuviera realmente conduciendo a nada.

Abrió la luz y se miró al espejo. Le devolvió la imagen de una mujer consumida. Estaba mucho más delgada; tanto que el corsé le iba grande y las ojeras no habían podido ser cubiertas con el polvo de arroz. Su pelo no tenía vida ninguna y le había acabado resbalando del recogido un mechón liso, sin ningún tipo de ondulación.

Olga tenía razón. Estaba macilenta y demacrada como si algo le estuviese absorbiendo la energía. Y, sin embargo, todo ese consumo no parecía servir para nada. Lo que había ocurrido aquella noche, para cualquier otro, sería llegar a los límites de lo soportable.

Cerró los ojos y lo imaginó en los brazos de una mujer, una de aquellas muchachas de formas redondeadas y risa fácil y, al instante, un tremendo dolor se alojó en su pecho. No podía dejar de pensar que había estado en aquel prostíbulo en el que, probablemente, había escogido a la más bella, la había besado, la había acariciado...

Sabía que estaba infringiéndole un castigo. Imaginaba que ese dolor que ella estaba sintiendo debía ser muy parecido al que él padeció cuando la encontró en la cama de Tancredi. Pero saberlo capaz de realizar una acción como esa de manera tan consciente, tan premeditada y tan calculada para hacerle sufrir le producía una enorme desazón.

El odio nunca podría ser combatido con odio, de la misma manera que el error nunca se enmendaba con un error.

Si seguían así, difícilmente podría recomponer su matrimonio y una angustia atenazó su garganta ante la evidencia de sus pensamientos.

Intentaría hablar con él de nuevo. Tal vez, si le volvía a pedir perdón...

## CAPÍTULO 4

Cuando la claridad del día se introdujo en la habitación de Florence, hacía mucho rato que ella estaba despierta. En realidad, apenas había dormido y, cuando lo había hecho, las pesadillas habían triunfado sobre el sueño reparador.

Se dirigió al comedor y esperó pacientemente en la entrada. Se había propuesto intentar hablar con él y, quizás, el momento del desayuno podía ser adecuado.

Sin embargo, después de haber esperado casi una hora entera, un lacayo le informó que el vizconde había salido muy temprano aquella mañana, antes incluso de que amaneciera. La conversación, si había de tener lugar, sería por la noche.

Se escabulló a su habitación y se quedó mirando al jardín intentando dejar la mente en blanco para no sufrir más, aunque sin darse cuenta seguía imaginando a Michael abrazado a cualquier mujer. Seguía sumida en esos horribles pensamientos cuando unos gritos y unos golpes la sacaron de su letargo. Alguien estaba aporreando la puerta exterior.

Más curiosa que temerosa, se dirigió hacia el vestíbulo principal y se encontró con uno de los lacayos y Brick intentando mantener firme la puerta que se movía bajo el efecto de los golpes.

Se asomó a la ventana y vio como un grupo de transeúntes se estaba deteniendo en la calle para ver el espectáculo y, cuando giró la cabeza hacia la puerta, la imagen la dejó helada: Mario Tancredi.

—¡Brick! —ordenó—, déjalo entrar

—Milady, el señor dijo que...

—¡Déjalo entrar, por Dios! Va a destrozar la puerta y los vecinos están

llenando las calles. Conseguiré que se vaya sin armar más escándalo.

Mario Trancedi entró como una tromba en cuanto notó que la puerta cedía, pero la imagen de ella, en mitad del vestíbulo, serena, elegante y absolutamente erguida, lo detuvo en seco.

—Frence —susurró—, ¿qué te está pasando?

—No me ocurre nada, Mario. Estoy perfectamente.

—Olga te vio anoche.

—Lo sé

—Estabas en la calle, frente a un prostíbulo.

—Ella también estaba allí. Si no, no nos habiéramos encontrado.

—Frencey...

—Deja de llamarme así. Me llamo Florence, vizcondesa de Ressay, y te exijo que te vayas por donde has entrado y no vuelvas más.

—Yo puedo salvarte.

—No necesito ser salvada.

—Frencey, por favor. Estás tan delgada...

—No es asunto tuyo. Vete y abstente de volver a montar un escándalo semejante en mi casa, en la casa de mi marido.

Florence se dirigió hacia la puerta donde todavía la esperaba Brick y la abrió desoyendo cualquier palabra más. Él optó por obedecer. En el último momento quiso acariciar su mejilla, pero ella se separó rápidamente.

Después, cerró la puerta y respiró hondo. Levantó la vista y miró a Brick.

—Se lo explicaré yo al señor.

—Milady, hágalo en cuanto entre, él... él me pregunta siempre y yo...

—No se preocupe, Brick, sé con quién tiene la lealtad y no lo culpo. Estaré aquí, esperándolo.

Y así fue. Se situó en el banco del vestíbulo y dejó pasar las horas. No se movió de allí tampoco cuando llegaron sus hijos. Alegó que estaba cansada y le pidió a la señora Doubtfire que los atendiese. No se quería exponer a que llegara aquel día más pronto y que no fuera ella a la primera persona que encontraba. Si no era la primera en informarle de lo que había pasado, todo podía empeorar. Rezó para que ninguno de los vecinos que habían presenciado el espectáculo le hubiera ido con el chismorreó, aunque era difícil teniendo en cuenta que él solía pasar todo el tiempo en la naviera.

Cuando ya eran más de las siete, lo que auguraba que, posiblemente, fuera una de aquellas noches que no iba a ir a cenar, Florence oyó un grito en uno de los pisos superiores y supo que se trataba de Kathy.

Subió de dos en dos las escaleras y se encontró a la pequeña lloriqueando en el pasillo. Había tenido una pesadilla en la que su mamá desaparecía.

—Estoy aquí, pequeña. Siempre contigo. Siempre a tu lado.

La acostó y se esperó hasta asegurarse que su respiración volvía a la normalidad. Entonces salió sin hacer ruido y empezó a bajar las escaleras.

En ese momento, oyó la puerta de la entrada y su corazón empezó a golpearle con fuerza. Se lanzó escaleras abajo. Eran dos pisos. Llegaría a tiempo.

Sin embargo, justo cuando iniciaba el descenso del último tramo se dio cuenta de que era demasiado tarde. Brick tenía el sombrero y los guantes de Michael en su mano y la miró a ella con expresión aterrorizada.

Michael también giró la cabeza hasta verla para, después, muy lentamente volverla hacia su fiel sirviente y dirigirle una de aquellas gélidas miradas.

—Brick —dijo con un tono de voz que no admitía dudas—, te he pedido novedades.

Florence acabó de bajar las escaleras y se situó lo suficientemente cerca para poder hablar sin tener que alzar la voz.

—Michael —pronunció—, deja que yo te lo...

Él alzó una mano indicándole que se callase, sin dignarse a volver la vista. Seguía con los ojos clavados en Brick, que no temblaba, pero estaba a punto.

—El señor Mario Tancredi ha estado aquí, vizconde.

Ella vio cómo su mandíbula se movía producto de la firme encajada de dientes. Expulsó aire por la nariz recordándole a un animal furioso.

—¿En el interior de la casa?

—Lo he hecho pasar yo —intervino—, estaba gritando fuera...

Esta vez se interrumpió sin ningún gesto. Bastó únicamente ser atravesada por la mirada de odio e ira que le acababa de dirigir Michael. Era mucho más cruel, violenta y despiadada que las que hasta ese momento le había regalado. Ella se estremeció. Parecía como si tuviera a un desconocido frente a ella.

—Vete a tu habitación —dijo entonces con una voz gutural y tenebrosa.

—Michael, déjame que...

—Ahora.

Optó por no discutir. En ese momento no iba a hacerlo entrar en razón. Si conseguía que se tranquilizase, seguramente entendería los motivos de su pequeña desobediencia. Le había permitido entrar sin su autorización, pero aquello no podía ser considerado recibir una visita. Más bien era despachar a un invitado incómodo.

En su habitación se colocó el camisón con ayuda de su doncella, pero no se metió en la cama. Estaba demasiado ansiosa y todavía tenía esperanzas de que él la hiciese llamar para recibir una explicación. Tomó uno de los libros que había sobre la cómoda y que había intentado leer cientos de veces desde que su vida había dado aquel giro de ciento ochenta grados, sin conseguirlo nunca.

Cuando empezó a notar sueño miró el reloj de la repisa de la chimenea y vio que eran más de las doce de la noche. Difícilmente podrían tener ya aquella conversación. Ni la que habían dejado pendiente el día anterior, ni la que debería haberse producido ante la visita de Tancredi.

Debía descansar. Hacía mucho que no dormía una noche entera, pero los dos últimos días estaban siendo agotadores y empezaba a notar los efectos del insomnio en su nula capacidad de racionalizar cualquier situación.

Pero, justo cuando había empezado a abrir el embozo de la cama, oyó como unos pies se arrastraban por el pasillo. No creía que pudiera ser su marido. Su andar siempre era elegante y enérgico. Pese a ello se mantuvo expectante hasta que, por fin, el picaporte de su puerta empezó a girar.

El corazón se le disparó. Solo podía ser él y más a aquellas horas; pero, hasta el momento, todos sus encuentros habían ido de mal en peor y estaba algo temerosa. Sin embargo, el temor se transformó en algo más profundo cuando lo vio en el marco de la puerta.

Todavía iba vestido, pero se había quitado la chaqueta, tenía las mangas arremangadas hasta los codos, la corbata totalmente deslizada, el chaleco arrugado y la camisa parcialmente fuera del pantalón. Este, además, mostraba manchas oscuras de algún tipo de líquido que le había caído por la pernera. Pese a ello, lo peor era su expresión. Los ojos enrojecidos parecían inyectados en sangre puesto que destilaban un odio feroz. La boca entreabierta en una mueca que habría podido pasar por una sonrisa si no fuera porque sus labios temblaban. Y, para finalizar aquella imagen dantesca, la embargó un fuerte olor a alcohol. Era su marido, pero podría haber sido la contra imagen

de aquel hombre guapo, elegante y varonil que siempre había tenido a su lado.

—Has bebido —le dijo en un susurro y temió que hubiera sonado a reproche.

—Desnúdate —pronunció por toda respuesta.

—¿Cómo?

—Desnúdate —volvió a decir.

—Michael, has bebido.

—¡Quítate ese maldito camisón! —vociferó entonces y, al hacerlo, los efectos etílicos provocaron que llegara a escupirle.

Florence se estremeció visiblemente. No sabía si más por el temor que le estaba produciendo o por el rechazo. ¿A quién tenía delante?

—Michael, no. Ve a dormir. Mañana...

—¡Desgraciada zorra!

Y mientras lanzaba aquel insulto avanzó tres pasos. Los mismos que ella reculó llegando hasta la esquina de la habitación. Él la miró y sonrió como si fuera un lobo a punto de hacer trizas a su presa.

—Solo te lo voy a decir una vez más, puerca. Desnúdate.

El insulto resonó en sus oídos. Nunca jamás había visto a Michael comportarse de una manera tan soez. Estaba claro que estaba borracho, pero, aun así, ¿aquello era justificable?

—Michael, por favor. No sabes lo que estás haciendo. Esto no va a conducir a nada. Más bien lo empeorará.

Se sorprendió de que la dejase acabar una frase o un pequeño discurso. Quizás estaba empezando a dejar actuar a su acostumbrada racionalidad y flema. Pero, cuando segundos más tarde avanzó con extrema lentitud los tres pasos que los separaban, Florence supo que se había equivocado.

Estaba tan cerca que la falda de su camisón rozaba su pantalón y recibía directamente el aliento rancio del exceso de whisky. La miró un segundo más y todavía volvió a hacer aquel gesto que se parecía a una risa tanto como a una mueca de disgusto. Entonces, puso sus manos sobre la tela y, abriéndolas con fuerza, todos los botones saltaron y el camisón salió volando.

Se había quedado totalmente desnuda y su primer ademán fue intentar cubrirse, sin embargo, la cogió de la muñeca y la arrastró hasta la cama donde, dándole un empujón, la hizo caer.

—¡Ábrete de piernas!

No podía ser verdad lo que le estaba ocurriendo. ¿Iba a ser forzada por su propio marido? ¿Por Michael? ¿Por uno de los seres que le había mostrado mayor ternura, mayor delicadeza ante sus necesidades?

Una parte de su mente empezó a gritarle que saliera corriendo de allí o que luchara con todas sus fuerzas. La otra le dijo que toda la culpa de aquello era solo suya, que se lo merecía todo por haberlo traicionado de una manera tan abyecta.

No quería mirarlo. No quería que la imagen que siempre había tenido de Michael como alguien absolutamente cortés, educado y cariñoso, se enturbiase con aquel espectro degradado. Así que giró la cabeza para mirar el cabezal y cerró los ojos con fuerza.

—¿Apartas la vista? Así podrás imaginar que estás con tu amante, ¿verdad, perra?

La cogió del cabello y la forzó a levantar un poco la cabeza de manera que no tuvo más remedio que volver a abrir los ojos. De nuevo la figura de un ser que odiaba por todos los poros de su piel ocupó toda su retina y rogó porque pudiera olvidar pronto lo que iba a ocurrir. Tirando todavía de sus cabellos la obligó a girar sobre sí misma y colocarse boca abajo.

—Yo tampoco quiero ver la ramera en la que te has convertido.

Empezó a oír el inconfundible sonido que anunciaba que él se estaba desprendiendo de la ropa y sin poder evitarlo su cuerpo se puso a temblar. Él se detuvo. Lo había notado por la ausencia absoluta de sonido. ¿La estaba mirando? ¿Volvía alguna parte de su serenidad? Los temblores se estaban convirtiendo en algo doloroso. Era como si tuviese un frío extremo. Y, de pronto, un ruido anticipó por un segundo el estertor de un vómito sobre la cama justo a su lado. Levantó la vista y lo vio a él con los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada en una nueva arcada. Esta vez, se movió lo suficiente para que el fluido cayese en el suelo.

Se lo veía sufrir. Agarrándose al dosel de la cama, sin camisa, evidenciando las convulsiones que su estómago estaba haciendo, con ligeras gotas de sudor sobre su frente. El olor ácido se coló en sus fosas nasales mezclado con el claro efluvio del alcohol fermentado. Debía sentir asco, pero lo único que podía experimentar era una infinita tristeza. Hasta ese punto de degradación

había llegado su matrimonio.

La respiración de Michael pareció volverse más acompasada. Entonces la miró. Lo hizo primero, como si se extrañase de su presencia y después, deslizando la vista por todo su cuerpo con algo parecido a la amargura.

Se apartó de la cama, recorrió con la vista la habitación y cuando localizó la camisa, la recogió del suelo. Después salió sin decir una sola palabra.

Florence todavía se quedó unos instantes de pie mirando hacia la puerta. Después, de manera automática se dirigió a su vestidor y se puso un nuevo camión antes de llamar a la doncella.

Cuando casi una hora más tarde ya se había limpiado todo, aireado la habitación y cambiado las sábanas; aquel olor nauseabundo todavía persistía en su nariz. Intuía que pasaría mucho tiempo antes de que desapareciese y, curiosamente, pensó que seguía sin sentir repulsión. Tan solo congoja. Y cayó en un sueño profundo que la mantuvo inmóvil el resto de la noche.

El nuevo amanecer encontró a Michael desnudo sobre su cama. La cabeza le dolía y el amargo sabor de la resaca le raspaba la garganta. Sintió la fetidez que desprendía su propio cuerpo y llamó con furia al servicio y ordenó que le preparasen un baño.

Después de hacerlo, antes de bajar al comedor, se entretuvo un instante en mirar por la ventana y vio el jardín totalmente nevado. Lo había hecho durante toda la noche de manera profusa y, todavía en ese momento, unos copos ligeros seguían enturbiando el ambiente.

Apoyó las manos y la frente sobre el frío vidrio esperando que así bajase un poco ese dolor agudo que estaba invadiendo todo su ser. Sin embargo, lo peor no era esa parte física, sino la angustia con la que recordaba cada segundo de lo que había estado a punto de hacer la noche anterior.

Bajó al comedor. Ella no estaba esperándolo en la puerta y, por un momento, dudó si debía dirigirse a su habitación y ver si se encontraba mal. Sin embargo, acabó optando por entrar y sentarse en su sitio habitual.

Un lacayo le sirvió las tostadas y el zumo de naranja. Empezó a comer con cierto automatismo, pero no dejaba de atisbar la puerta esperando que ella apareciese. ¿Estaría enferma o habría decidido abandonarlo? Cualquiera de esas dos opciones le estaba generando un vacío interior que la comida, que seguía ingiriendo ahora casi compulsivamente, no podía rellenar.

Cuando estaba a punto de finalizar, la puerta se abrió y ella apareció. Se había vestido con un sencillo conjunto de camisa de seda en crudo que le cubría con elegancia el cuello, con mangas hasta la muñeca, y una falda en tonos ocres. El cabello recién peinado lo mantenía recogido también de manera sobria. Su tez estaba muy pálida, pero no había restos de las ojeras que últimamente protagonizaban su expresión.

—Tenemos que hablar, Michael

Esas simples palabras le devolvieron los recuerdos de la noche anterior. Su estómago se removió y se espantó ante la idea de que de nuevo acabase vomitando frente a ella. No debería haber comido tanto ni de manera tan compulsiva. Apretó la mandíbula y se concentró en respirar de modo acompasado. Ella interpretó su silencio como una invitación a continuar, aunque le hubiera gustado tener fuerzas para impedirselo. Al menos, hasta que hubiera dominado totalmente a su estómago.

—Esto no está funcionando —decía y su voz sonaba melodiosa, serena y tranquila—. Sabía que sería difícil obtener tu perdón, pero está resultando más complicado de lo que pensaba y, en lugar de estar más cerca de conseguirlo, tengo la impresión que estamos cada vez más lejos.

Se detuvo un momento. Mantenía la mirada en un punto de la mesa sin mirarlo. Él casi se alegró de que así fuera. De esta forma no advertiría el miedo que se estaba apoderando de él. «Me va a dejar, me va a dejar». Y sabía que no era para menos, pero, al mismo tiempo, tenía que contener las ganas de gritarle que no lo hiciera, que aguantase un poco más, que él también estaba deseando que ese maldito odio que se había instalado en su interior, y que lo corroía todo, desapareciese.

—No digo que no tenga que esforzarme más, pero me parece que no sé hacerlo en el sentido adecuado y que cuanto más lo intento, más despreciable te resulto.

La voz se le había quebrado ligeramente, pero, como siempre, mantenía la compostura. «Aguanta un poco más, pequeña. Aguanta un poco más. Conseguiré deshacerme de esta inquina».

—Por eso he pensado que, quizá, si me apartase durante un tiempo... No sé..., si pudiéramos poner un poco de distancia, a lo mejor, la aversión que sientes por mí dejaba de crecer y...

—¿Distancia?

La pregunta había surgido de su interior de manera intempestiva y sabía que había sonado más amenazante que otra cosa. Pero la confirmación de que le estaba anunciando que lo iba a dejar había acabado de remover su estómago y la formuló con el tiempo justo para poder poner una mano sobre su boca y contener las náuseas. Ella lo miró un momento a los ojos al oír la pregunta, pero inmediatamente bajó la vista, esta vez sí al suelo, y empezó a temblar. No le podía haber pasado desapercibido su gesto. ¿Era miedo? ¿Era repugnancia?

—He pensado irme un tiempo a casa de Martin y Margaret.

El nombre de su amigo entró en su cerebro cual cuchillo acerado y heló todo su interior. «Martin». No había podido proponer la casa de su hermano Patrick o escoger por compañeros a Charles y Lizzy, sus otros grandes amigos con los que habían compartido los primeros años en Norteamérica. Tenía que ser Martin, el hombre con el que había estado comprometida, el hombre al que, tal vez, nunca había dejado de amar y al que tuvo que renunciar por la aparición de Margaret.

—... y los niños se llevan bien y tú podrás venir pasado un tiempo.

Se dio cuenta que ella había estado hablando y que él no había oído nada mientras el nombre de su mejor amigo retumbaba en su cabeza. La ira empezó a apoderarse de él. La sintió crecer desde su corazón hasta ocuparlo todo, cual cáncer destructivo. Intuía que debía intentar detener su avance, pero, al mismo tiempo, un placer morboso se estaba apoderando de él.

—¡Brick!

El grito la asustó hasta el punto de dar un respingo y eso le generó cierto regocijo. «Ahora te vas a enterar».

—Indícale al servicio que hagan el equipaje de la señora. Lo quiero todo empacado en dos horas y cuando digo todo, digo absolutamente todo.

Su fiel sirviente solo asintió con la cabeza y desapareció de nuevo por la puerta. Ella lo estaba mirando con una mezcla de extrañeza y prevención.

—No es necesario que sea todo. Yo puedo indicar que...

—Te vas, ¿no es cierto?

—Pero no necesitaré...

—Ya lo has oído. Tienes dos horas para desaparecer

—¿Cómo que dos horas?

—En cuanto esté hecho tu equipaje, te quiero fuera de esta casa.

—Michael, no hablarás en serio.

—Totalmente.

—No estaba hablando de irme necesariamente hoy. No he comprado los billetes. Ni siquiera sé si habrá plaza en el tren para los tres.

—¿Los tres?

Michael se regodeó cuando vio el ligero temblor que su pregunta le había causado.

—Sssssí... Los niños...

—Te vas sola

—Pero...

—Y mañana presentaré la demanda de divorcio.

Ahora sí. Ahora era terror lo que vio en sus ojos. Ahora iba a conseguir que toda aquella corrección, aquella moderación y prudencia se desmoronaran. La quería ver llorar, suplicarle que la perdonase, decirle que lo amaba y maldecir al desgraciado que la sedujo. Sin embargo, su voz siguió sonando igual de serena.

—Michael, yo no he hablado de divorcio. Tan solo de una distancia temporal.

—No soy de medias tintas.

Ella respiró hondo y miró por un momento hacia la ventana. Seguía imperturbable. ¿No tenía sentimientos? La acababa de amenazar con destruir un matrimonio de más de ocho años.

—Déjame pedir a mí el divorcio.

Notó cómo la cólera teñía su rostro, inflamaba sus venas y comprimó todos sus músculos hasta volverse doloroso. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo no se daba cuenta de que tenía que lanzarse a sus pies, patalear, implorar...? En su lugar, aquella fría mujer se permitía el lujo de exigirle quedar indemne ante la sociedad de su deslealtad.

—Ni hablar. Alegaré adulterio.

Palideció.

—Michael, si haces eso, nunca podré ver a los niños

—¿De verdad?

Una sonrisa cínica le había surgido de los labios y ella se había quedado

mirando su boca como si no se lo creyese.

—Te recuerdo —continuó él— que tienes dos horas... Bueno, perdón, una hora y cincuenta minutos.

Se levantó indicando que la conversación había acabado. Necesitaba irse de allí o un estallido de furia surgiría de su interior devorándolo todo.

—Michael, por favor. —«Por fin, ¿suplicaría ahora?»—. Ya te he dicho antes que no tiene que ser hoy...

—Sí. Será hoy. Desaparece de esta casa.

—No tengo dónde ir.

—Ese no es mi problema.

—Devuélveme la dote.

«Maldita y fría mujer». Pero todavía tuvo tiempo de morderse los carrillos y aguantar el deseo de coger toda la vajilla y destrozarla contra la pared. Si ella no perdía la compostura, tampoco lo haría él

—Reclámamela ante los tribunales. Y te recuerdo que tienes una hora y cuarenta y cinco minutos para salir de mi casa.

—Michael, espera. —Había cierta desesperación en su voz—.Vamos a intentar reconsiderar todas las opciones.

—¿Todas las opciones?

Todavía tuvo un segundo de consciencia que le advirtió que se fuera de allí, hasta que el odio lo invadió por completo. De un manotazo hizo caer al suelo todo lo que había sobre la mesa. El estruendo provocó que el lacayo de la sala saltase sobre sí mismo y que el que había siempre en la puerta entrase para ver si podía ayudar. Ella, sin embargo, se había limitado a abrir los ojos.

—Ahí —le dijo señalando la mesa

—¿Qué pretendes?

—Reconsiderar mi opción. Ahí —volvió a ordenar

—Pero...

—Eres mi esposa, ¿no? Ponte sobre la mesa y levántate la falda

Florence cerró los ojos, se mordió el labio y su palidez creció tan rápidamente que, por un momento, Michael temió que se desmayase. Segundos más tarde, volvió a mirarlo y él vio que ya había acabado todo.

Sin pronunciar una sola palabra más, se giró con elegancia y salió de la habitación. Michael se esforzó en esperar a oír la puerta de la calle antes de

dirigirse al bufet y, para asombro de los lacayos, golpear con furia todo lo que había hasta conseguir que ni una sola pieza de la cara vajilla vienesa quedase entera.

## CAPÍTULO 5

—No estoy seguro de haberle entendido bien.

Jenkins tembló ante sus palabras. Sabía que las había pronunciado con mucha lentitud, como si en lugar de hacerle una pregunta indirecta le estuviera formulando una amenaza; pero ese era exactamente el efecto que pretendía conseguir.

Aquel hombre hacía ya seis años que era su abogado y, en parte, uno de sus colaboradores más fieles. Al menos el más fiel para los asuntos legales. Para los otros tenía a Jack Grimm, a quien había rescatado de las calles y que le sería siempre leal, hasta la mismísima muerte y le pidiera lo que le tuviera que pedir. Jenkins, sin embargo, era un abogado de prestigio al que empezó contratando para algunos asuntos y acabó poniéndolo a su servicio de manera exclusiva.

Le confiaba la redacción de todo tipo de acuerdos, fueran mercantiles o laborales, pero, además, se había convertido en el administrador de sus títulos y propiedades en Inglaterra, aquellas que le rentaban casi tanto como los beneficios anuales que le dejaba la naviera.

—Lo siento, vizconde. Nadie podía imaginar que reaccionaría así. No hay precedentes.

—Me dijo que sería un proceso rápido

—Y debía haberlo sido.

—Llevo demasiado tiempo esperando.

—El juicio se iniciará pasado mañana. No podíamos prever que se presentaría con abogado. El magistrado también está asombrado.

—¿Podré confiar al menos en su pronóstico de resultado o eso también está en riesgo?

—Vizconde, yo...

Le dirigió una de sus miradas asesinas. Hacía ya dos meses que había puesto la demanda de divorcio y llevaba todo ese tiempo soportando los comentarios en los medios públicos y los chismorreos en todos los encuentros sociales. Sabía que iba a ser un proceso que generaría expectación y lo había hecho consciente de las consecuencias. Esperaba que la reputación de ella quedara hecha trizas y así estaba siendo, pero no soportaba más estar él también en el centro de todos los comadreos, por mucho que quedara al margen del desprestigio.

—Jenkins, ¿no le pago suficiente?

—Milord, nunca me quejaré de cómo recompensa mi trabajo; pero debo confesarle que este tema ha escapado de mi control. Como le dije, el magistrado nombrado nos es muy favorable, pero a lo largo de la historia, nunca había ocurrido que en una demanda de divorcio la parte contraria contraatacara y menos siendo mujer acusada de adulterio.

—¿Se atreve a negar los hechos?

—No, por eso es tan curioso. Los reconoce y acepta el divorcio, pero pide la custodia de los niños o el derecho de visita.

—Y ¿se lo podrían conceder?

—No hay antecedentes, vizconde, pero no los hay ni a favor ni en contra. Dudo que le concedan la guardia y custodia puesto que no tiene bienes ni manera cómo sustentarlos, pero no lo tengo tan claro respecto del derecho de visita. Va a depender del juez. Y he de decirle que ha contratado un buen abogado.

—¿Con qué dinero? —La pregunta, esta vez, iba dirigida directamente a Grimm, que se encontraba en una esquina de la sala en silencio absoluto.

—Con ninguno —respondió, sin embargo, Jenkins—. O'Brian es un gran abogado entrado en desgracia por su actual debilidad por la bebida, pero había sido letrado de personas muy destacadas y se caracteriza por continuar llevando temas que considera de justicia social en sus momentos de sobriedad, que tampoco son muchos. Cuando O'Brian se mete en un asunto, lo hace, la mayoría de las veces, a cambio de un plato de comida y el gusto de enfrentarse a la clase bien a la que odia con todas sus fuerzas. Desgraciadamente para nosotros, lleva lo suficiente sin beber para que se haya visto con capacidad

para asumirlo.

—No perderé, Jenkins. —Las palabras habían vuelto a surgir con una frialdad que podría haber acabado helando hasta la habitación en la que se hallaban.

—Habría una manera de mejorar nuestras opciones —balbuceó el abogado.

—Y ¿a qué espera?

—Se trataría de ampliar la demanda y alegar, además del adulterio, la conducta inmoral. Desmontaríamos una defensa que, estoy seguro, se basa en que el adulterio fue un error puntual, pero que sigue siendo una buena madre. Sin embargo, la conducta inmoral exige demostrar que es un comportamiento continuado.

—Explíquese mejor.

—Necesito detalles. Todo tipo de particularidades, hasta las más minúsculas y, de ser posible, lo más lejanas en el tiempo.

—De acuerdo

—Y... otra cosa

Michael levantó una ceja dando a entender que empezaba a sentirse incómodo con tanta incertidumbre.

—Tendremos que llamar a más testigos y el juicio se alargará algo más de lo previsto. Calculo que serán dos o tres sesiones. Eso todavía atraerá a más prensa y a más curiosos. No deje de recordar que se trata de audiencia pública. Deberá estar preparado para la expectación que va a generar.

—¿Más? —respondió con un tono de cinismo—. Avancemos en todo lo que necesita y acabemos con esto de una vez.

Cuando dos días más tarde entraban en la sala donde el juicio se iba a celebrar, Michael constató que el abogado no había exagerado. La sala estaba atestada, tanto que había mucha gente que permanecía de pie. Reconoció entre los asistentes a muchos de los que encontraba en las salas de baile y en los clubs privados, y se sorprendió a sí mismo regodeándose con la evidencia de que habían de compartir el mismo tipo de bancos con un gran número de periodistas y todo tipo de curiosos, fueran de la clase social que fuesen. Él estaba pasando por la ignominia de verse sometido a un proceso bajo el sistema legal americano sobre cuestiones que afectaban a su intimidad; pero toda aquella gente tenía que pagar también su precio por ser testigos directos

de aquel espectáculo.

Los reporteros eran, sin embargo, los más molestos. Apenas respetaban las distancias que se habían marcado para no mezclar los estrados con el resto del público, tal era su ansia por tomar una foto o intentar escuchar los comentarios susurrantes que le estaba haciendo su abogado como últimas recomendaciones para afrontar el juicio.

La expectación tenía una razón muy evidente. Para la sociedad norteamericana, incluso la más adinerada, aquel acontecimiento era la oportunidad de devolver la arrogancia con la que consideraban que eran tratados por el grupo de ingleses al que él pertenecía. Efectivamente, los británicos afincados en Nueva York podían reconocer las ventajas que proporcionaba vivir en una sociedad tan ávida de oportunidades, tan atrevida en sus propuestas y tan inconsciente con sus negocios. Hacer dinero allí era fácil y rápido, sobre todo partiendo de fortunas y patrimonios consolidados y que quedaban a buen recaudo en la isla madre. Sin embargo, les molestaban las formas rudas y la falta de protocolo y distinción. Así que se caracterizaban por organizar sus fiestas privadas, solo accesibles para personas con algún título aristocrático o descendientes por todas las líneas sucesorias de un inglés puro.

Ahora uno de esos aristócratas daba un buen espectáculo. Sometía a su esposa pública y voluntariamente a la humillación y la vergüenza. Cada minuto de aquel proceso iba a ser comentado, fotografiado, caricaturizado y presidiría las principales tertulias.

A eso se enfrentaba él y estaba perfectamente preparado. Sin embargo, cuando vio entrar a Florence tuvo dudas. Llevaba un vestido sencillo, que en algún momento debió ser blanco y que se ajustaba de manera desigual a un cuerpo que, a todas luces, había perdido peso. Su expresión delataba cierta inseguridad y en ningún momento dirigió la vista hacia donde él se encontraba. Había entrado por uno de los laterales y apenas nadie se había dado cuenta. Pero tuvo que ocupar los asientos centrales reservados para ella y su abogado, y eso la colocó en el punto de mira de toda la sala. Se sentó en posición erguida e, incluso, levantó un poco la barbilla cuando los rumores de la sala se incrementaron a medida que corría la voz de que ya había llegado.

Minutos más tarde también hizo su entrada el juez Harrelson, un hombre de

más de sesenta años, profundamente conservador y tradicional, amante de la discreción, de la medida y la moderación; que no dudó en mirar lo que tenía frente a sí con evidente reprobación para acabar dirigiendo su vista hacia Florence y su abogado. Sin duda, ese hombre estaba inicialmente de su lado, pensó Michael.

El juicio empezó con una serie de cuestiones meramente formales que solo parecían entender los abogados y que sometió a todo el mundo al aburrimiento. Michael se esforzaba en mantener la vista al frente para no tenerla a ella en su campo de visión.

Los primeros testimonios estaban a cargo de Jenkins como demandantes. No había querido conocer los detalles de lo que iba a ocurrir porque no soportaba seguir hablando de nada que tuviera relación con ella. Solo rogaba que aquel juicio finalizara pronto y cerrar esa página de su vida de forma definitiva.

Llamaron al policía guasón, quien no dudó en dar todo tipo de detalles sobre la situación en la que encontraron a Florence estimulado por las preguntas de Jenkins. Oír la historia de nuevo de la boca de aquel hombre le estaba produciendo, de nuevo, náuseas y no era para menos. La imagen que estaba dando podía haberse aplicado a cualquier redada de prostíbulo. Entonces, le tocó el turno a O'Brian.

—Agente Smith, solo una pregunta ante la detallada y extensa descripción de los hechos que ha realizado, ¿recuerda usted si la demandada estaba riendo? Quiero decir, ¿se la veía feliz? ¿reaccionó con protestas airadas? Tal vez ¿los insultó?

—¡Oh, no! Ni muchísimo menos. Parecía un animalillo asustado. Yo creo, además, que no sabía muy bien ni siquiera dónde se encontraba, incluso tuvo que buscar la ropa para poder vestirse de nuevo.

—No hay más preguntas, gracias

Michael reconoció en ese momento dónde estaba el valor de aquel abogado. Después de un retrato sórdido y vulgar, aquella respuesta devolvía la imagen de una mujer delicada e inconsciente. Se esforzó en intentar recordar cuál había sido su propia percepción, pero el dolor y las náuseas se incrementaron, así que abandonó el intento.

También prestó declaración el comisario en jefe de la operación. En manos de Jenkins aquella noche fue el colofón de una intervención largo tiempo

esperada contra un grupo de maleantes y gente de baja calaña. Sin embargo, O'Brian logró modificar esa perspectiva cuando el comisario se vio obligado a reconocer que todos fueron dejados en libertad puesto que no habían cometido ningún delito ni tenían más vicios que un excesivo consumo de opio y alcohol, sustancias que, pese a que algún sector las consideraba perniciosas, no eran consideradas ilegales. Después, consiguió que el comisario hablase de los efectos del opio y que reconociera que anulaban la voluntad de las personas y generó la inquietud sobre cómo alguien podía ser calificado de responsable cuando se hallaba bajo los efectos de esa sustancia.

Le tocó entonces el turno a la directora de la escuela de sus hijos. Formaba parte de la estrategia por demostrar que la conducta de Florence hacía mucho tiempo que había dejado de ser la de una modélica madre y esposa. La directora declaró que, de hacía un tiempo a esa parte, había dejado de ir a recoger a sus hijos a la salida de la escuela y enviaba a una de las doncellas. También hizo saber a la sala que en la última ocasión que había realizado una entrevista, solo había aparecido él. Nuevamente O'Brian sembró la duda sobre aquella imagen de abandono progresivo, demostrando que el día de la entrevista, Florence se hallaba en cama con un catarro importante y que la costumbre de ir a buscar a sus hijos a la puerta del colegio no era bien valorada por el grupo selecto de padres y madres que llevaban a sus hijos a aquel centro, ya que todos consideraban, en general, que era una labor del servicio.

Finalizó así el primer día de sesión y el magistrado los instó a comparecer al día siguiente. Cuando Michael se levantó notó todo su cuerpo entumecido y tuvo que reconocer que lo había sometido a una continua tensión casi sin darse cuenta. Pasó por el pasillo central de la sala negándose a responder ninguna de las miles de preguntas que le hacían los cronistas y sometido a la mirada de la mayor parte del público, a la que se enfrentó con la mirada altiva. Sabía que ella se había quedado más retrasada y se descubrió a sí mismo preguntándose si su carácter tímido soportaría aquel momento. ¿Qué más le daba?, se reprendió segundos después.

Aquella noche dio muchas vueltas en la cama. Ciertamente no consideraba que hubiera dormido bien ninguna noche desde que la descubrió en casa de Tancredi, pero aquella parecía peor. ¿Se trataba de la ansiedad ante la

anticipación del final de aquel capítulo de su vida? El divorcio iba a marcar, sin duda, un antes y un después. Si algo hasta ese momento era provisional y transitorio; en el momento que el juez decretase la disolución del matrimonio se transformaría en definitivo.

El segundo día pasaron por el estrado uno de los lacayos de su propia casa, que refirió la pasión de Florence por la pintura describiéndola casi como alguien semitrastornado; el taquillero de la ópera que informó a toda la sala, incluido al propio Michael, que algunas veces ella había accedido sola a alguna representación por la tarde; o lady Francesca, que disfrutó de lo lindo informando de los rumores que habían llegado hasta ella respecto de la posible asistencia de Florence a un espectáculo circense, su participación en un baile indecoroso la Navidad anterior, el convencimiento de que pertenecía a la Asociación Nacional por el Sufragio de la Mujer o su cada vez menos entusiasta colaboración con las acciones caritativas de los sábados por la tarde.

De nuevo el abogado defensor intervino poco pero acertadamente. Incluso llegó a causar alguna risa entre el público cuando se evidenció que lady Francesca se había inventado la mayor parte de las acusaciones, la otra mitad solo respondía a exageraciones y, torciendo el gesto, bajó de su atril con tal ímpetu que casi acaba desparramada por el suelo.

El último testigo llamado a declarar por Jenkins fue Olivia, la esposa de Patrick Howland, marqués de Fathom y hermano de Florence. Las primeras preguntas solo posicionaron su relación con la demandada, pero, en seguida, aquella mujer hizo de la costumbre de dejarles a los niños para que pudieran llevárselos a su casa de los Hamptons, un síntoma de la depravación y negligencia de ella como madre. Michael se sintió incómodo. Él había sido quien había propuesto aquel arreglo ante las continuas quejas de su hijo George respecto a quedarse en Nueva York obligados por su propio trabajo. ¿Qué pensaría ella de aquellas medias verdades? Los testimonios estaban propuestos por su abogado, de manera que, muy probablemente lo creyera el artífice de aquello. Sin embargo, su única falta había sido dejarlo en manos de su abogado, ¿no era así?

—Acláreme esa cuestión, marquesa, ¿me está diciendo que la demandada le hablaba de asuntos íntimos de naturaleza sexual en presencia de los niños?

Ressy levantó la vista hacia la cuñada de Florence más curioso que extrañado de comprobar hasta dónde podía llegar aquella mujer. No recordaba que nunca hubiesen tenido ningún tipo de disputa. Más bien creía que se apreciaban. Al menos eso había parecido por las continuas sonrisas mutuas que se prodigaban. Nunca hubiera creído que accediera a declarar en nombre de ninguno de los dos, pero hacerlo difundiendo mentiras superaba los límites de su propia imaginación. Florence era apasionada; pero también extremadamente tímida y apenas podía hablar con él de aquellos temas, mucho menos iba a hacerlo con su cuñada.

—Sí, señor letrado. Me confesó tener instintos depravados. Decía que soñaba con... con el acto íntimo y que, cuando tenía relaciones con su marido, disfrutaba. Llegó a hablarme de... de una especie de convulsión y reconoció que, muchas veces, era ella quien iba a la alcoba de su esposo. Quería saber si eso era normal porque tenía miedo que el vizconde la repudiase por lasciva. Ya le dije que debía acudir a la iglesia sin premura para confesarse y cesar en ese comportamiento inmediatamente. Pasados unos días me manifestó que el sacerdote también la había amonestado firmemente y que estaba comportándose con mayor corrección. Pero a la vista está que su naturaleza envilecida ganó la batalla.

Michael sintió como si todo su interior hubiese quedado vacío y tuvo que aferrarse a la silla para evitar mirar hacia su izquierda y comprobar qué estaba haciendo Florence. La revelación de las visitas de ella a su dormitorio era cierta y que aquella mujer se lo hubiera inventado y al mismo tiempo hubiera acertado no era creíble. También era cierto que ella podía llegar al orgasmo con cierta facilidad y recordaba que le resultaba increíblemente encantador que siempre se turbase como si fuera la primera vez. Después de más de ocho años de juegos de alcoba, ¿podía ser verdad que ella no hubiera aceptado esa capacidad como algo bueno? ¿Cómo había podido confundir él ese azoramiento con simple timidez y no pensar en la angustia que le producía sentirse lujuriosa? ¿Había llegado a confiar antes en su cuñada o en el sacerdote que en él mismo para expresar sus dudas sobre su propio comportamiento? ¿Qué debía estar pasando en el interior de ella mientras escuchaba los rumores reprobatorios de toda aquella sala atestada de gente y saber que al día siguiente se sabría por toda la ciudad gracias a la labor de los

diarios?

—Y todo eso ¿con los niños delante? —estaba preguntando Jenkins.

—Sí, abogado. No puede usted imaginarse la inquietud que me generó que aquellas criaturas fuesen testigos directos de la depravación de su propia madre.

Cuando le tocó el turno a O'Brian, este tuvo que esperar a que el magistrado hiciera orden en la sala que, aparentemente conmocionada por aquellas últimas revelaciones, se había alborotado.

—Distinguida marquesa —dijo con voz suave—, ¿vive usted en una casa pequeña?

—¿Cómo? —Los ojos de Olivia parecían salirse de las órbitas ante la pregunta—. Señor, sepa usted que mi marido ostenta una de las fortunas más importantes del país y vivimos en Carhart House, en la 95.

—Vaya, eso es una gran mansión.

—Lo es, no lo dude

—¿Y dispone de una sala para las visitas?

—Indudablemente.

—¿Y de jardín?

—Pues claro que sí

—¿Y de biblioteca? ¿Salón comedor? ¿Sala de juegos?

—Señor, tiene tres bibliotecas, cuatro comedores, una sala de juegos infantil y dos para los caballeros, sala de baile... ¿Quiere que le siga describiendo mi casa?

—No. Pero debo reconocer que no estoy familiarizado con esas proporciones ni con los buenos modales. —Y después de ver cómo Olivia hacía un mohín, continuó—: Nos ha explicado que atendía muy a menudo a sus sobrinos, ¿se le hacía muy oneroso?

—En absoluto, son mis sobrinos y desde el principio les dimos todo lo que pudieran necesitar. Como le he dicho, incluso contamos con sala de juegos para ellos tanto aquí, en Nueva York, como en los Hamptons y contratamos a una institutriz y a una doncella solo para esas criaturas.

—Me maravilla su devoción, marquesa. Pero la educación de unos niños tan pequeños cuando no se han tenido propios, tal vez tenga matices diferentes, ser un poco más tolerante o permisiva

—Ni hablar. Eso sería pernicioso para ellos

—Pero ¿es correcto que los niños accedan al comedor o a las salas de adultos?

—Jamás y mucho menos en mi casa.

—¿Y qué los adultos se encuentren en las salas de niños?

—Señor, lamento tener que darle unas lecciones tan básicas; pero si algo hemos respetado siempre mi marido y yo es que los niños ocupen sus espacios y sean atendidos convenientemente por el personal especializado.

—Pero aquel día hizo una excepción.

—No hago excepciones señor. No sé de qué me está hablando.

—Del día que mantuvo esa conversación tan incómoda con su cuñada.

Olivia de Fathom palideció y se mordió el labio inferior. Sus ojos se desorbitaron y miró con cierto terror hacia Jenkins, quien se removió en su asiento.

—No, no. Yo...

—¿Estaban o no estaban los niños delante mientras la vizcondesa le hacía esas confesiones?

—Estaban en el jardín.

—¿Y ustedes?

—En la sala azul.

—¿Desde la sala azul se accede al jardín?

—Se puede ver.

—¿Pero se accede?

—No, señor.

—¿A cuánta distancia cree que se encontraban del jardín?

—No... no lo sé, desconozco como medir las distancias.

—¿Era invierno o verano?

—Otoño.

—¿Las ventanas estaban abiertas o cerradas?

—Cerradas

—Y ustedes ¿en qué tono de voz hablaban? Tal vez ¿gritaban?

—En mi casa no se grita nunca, señor letrado,

—Me alegro. Pero, si ustedes no estaban en la misma sala que los niños, estos se encontraban jugando en el exterior, las ventanas estaban cerradas y no

gritaron, ¿me puede decir cómo es posible que esas criaturas pudieran oír la conversación que se estaba desarrollando? Tal vez sus sobrinos tengan poderes sobrenaturales.

La sala entera estalló en una carcajada generalizada y Michael se sorprendió sintiéndose agradecido por aquello. Haber desacreditado el testimonio de aquella mujer suponía reducir bastante las posibilidades sobre la intimidad de su lecho.

El magistrado ordenó entonces un receso que marcaba también la finalización de los testigos propuestos por el demandante y dar paso a los de la defensa.

Florence se quedó sentada en la silla esperando que todo el mundo saliese. No podía volver a pasar por el suplicio del día anterior, cuando había caminado por aquel pasillo estrecho mientras todas las miradas se concentraban en su persona. Lo peor, sin embargo, fue cuando el anonimato que daba la multitud posibilitó que, a mitad de camino, se oyese con toda claridad un «zorra» que empezó a repetirse y repetirse hasta multiplicarse y hacerse más y más degradante.

Estaba siendo tremendamente duro soportar todo aquello. Su abogado ya se lo había advertido cuando empezaron a plantearse la posibilidad de transgredir una norma no escrita que exigía aceptar en silencio y sin ningún tipo de réplica una demanda de divorcio por adulterio que la iba a condenar a estar sin sus hijos.

No tenía nada que perder. Su reputación ya había caído, puesto que todos sus conocidos y amigos sabían lo que había ocurrido y le habían dado la espalda, de la misma manera que también lo había hecho su hermano.

Michael la despreciaba y, si no conseguía intentar ver a sus hijos, la acabarían olvidando o, lo que era peor, odiándola por haberlos abandonado.

Era cierto que volver a remover las ansias de chismorreos y las murmuraciones era un precio a pagar; pero los ánimos de Olga, el apoyo de Tancredi, que se había revelado como un verdadero amigo, aunque ella sabía que todavía ansiaba algo más que su amistad, y el convencimiento de O'Brian, a quien habían conocido gracias al dueño del club donde trabajaba Olga; eran suficientes para vencer cualquier obstáculo.

Quedaba todavía mucho juicio por delante, pero, sin embargo, los resultados

estaban siendo bastante esperanzadores. Su abogado se mostraba exultante y le estaba contagiando el optimismo.

Pese a ello, le advirtió que su declaración podía ser mucho más complicada y que Jenkins sería despiadado con ella.

Cuando, una media hora más tarde la sala volvió a llenarse de gente, ella respiró hondo. Había llegado el momento más delicado.

## CAPÍTULO 6

Cuando regresaron, Florence ya estaba sentada en el estrado. O'Brian había indicado que no aportarían más testigos que el de la propia demandada y Michael ya no pudo evitar mirarla puesto que la tenía enfrente. Llevaba el mismo vestido que el primer día. Lo lucía con cierta dignidad, pero era obvio que o se lo habían prestado o lo había comprado en algún mercado de segunda mano.

Su abogado empezó a preguntarle y su voz surgió suave y melodiosa. ¿Cómo había podido olvidar aquel sonido? ¿O era que, tal vez, había cambiado?

Florence habló de su dedicación por los niños y reconoció su afición por la pintura confesando que le suponía cierta debilidad. También llegó el momento de hablar de su infidelidad y Michael fue consciente de cómo tomaba aire y mantenía a raya su vergüenza mientras explicaba que, efectivamente, aquel día había cometido la peor de las vilezas, aunque no podía dar demasiadas explicaciones dado que solo conservaba imágenes parciales sin poder llegar a hilvanar un relato coherente. Fue entonces cuando admitió haber consumido tanto alcohol como opio sin poder precisar la cantidad.

Después, se refirió a aquellos días en los que habían intentado convivir y asumió todas las culpas sobre la imposibilidad de hacerse perdonar, hasta llegar a la noche de su reaparición en sociedad.

—¿Cómo se sintió aquella noche, vizcondesa?

—Avergonzada —Y al decirlo la palidez se incrementó un poco más.

—¿Estaba su marido a su lado?

Michael notó que la pregunta la había sorprendido porque levantó la vista que había bajado cuando se había iniciado el relato de aquella noche y su expresión denotó cierta incomodidad.

—Estaba allí, claro —respondió.

—Sí, sé que asistieron juntos. Pregunto si permaneció todo el rato a su lado o solo estaba en la sala.

—Bueno... estuvo... estuvo primero, pero después, como en todo ese tipo de eventos, la gente se mueve con libertad y hay varios entretenimientos.

—Sin duda que debía haber varios, pero estaba claro que aquel día ibais a ser la protagonista de uno de esos entretenimientos, ¿no? Quedar sometida a la reprobación pública. Ser humillada, vejada y, con seguridad, insultada. ¿No es eso lo que hace la alta sociedad con aquellos que contravienen las normas?

—Ssssí... supongo. Yo sabía que eso...

—Vos lo sabíais y también su marido, ¿no es cierto?

Florence lo miró fijamente, pero no contestó. El abogado no se intimidó.

—¿No hubierais preferido tener un brazo en el que apoyaros?

—Tal vez, señor, y también seguramente mi marido lo hubiera necesitado durante todas aquellas veladas previas en las que compareció solo. La indignidad me correspondía a mí y yo sabía que tenía que soportarlo.

—¿También tenía que soportar cualquier cosa ante la puerta del lupanar del West End?

Michael sintió cómo su corazón se disparaba. Jenkins también se había removido en el asiento. Él sabía qué había pasado aquella noche. Se lo había relatado mirando hacia la ventana para no delatar el arrepentimiento que sentía por aquel comportamiento suyo. El abogado le había expresado su miedo a que el incidente llegase a la sala, lo colocaría a él en un mal aprieto. Pero Ressay le había asegurado que ella jamás lo utilizaría y se quedó para sí que tampoco explicaría lo que pasó la siguiente noche en su alcoba. Sin embargo, ahí estaba la pregunta.

—No sé de qué me habla —respondió Florence con tal dureza que, si no hubiera sido porque la estaba mirando, hubiera creído que no era ella.

—¿No estuvo en la puerta de...?

—Creo que es usted mi letrado y me incomoda que me ponga en duda. No sé de qué me está hablando —volvió a repetir ella y de nuevo Michael tuvo que parpadear para reconocer que era la tímida y recatada Florence quien lo hacía.

O'Brian pareció entender el mensaje y abandonó ese derrotero que, a la vista de la reacción de Florence, habría sido sugerido por su amiga Olga. Se

concentró entonces en el día que ella se había ido de casa y en que describiese cómo se vio desesperada intentando buscar un sitio donde vivir. Jenkins ya le había avisado de que esa descripción dramática se iba a dar y él la conocía porque Jack Grimm lo había informado con todo tipo de detalle. Las dos horas que le había dado no fueron suficientes, pero tampoco hubiera tenido con veinticuatro, dado que su hermano se negó a acogerla y ella no tenía ni un penique. El sacerdote le había cerrado las puertas y su intento de encontrar una pensión topaba con la imposibilidad de pagar por adelantado lo que le pedían. Así que acabó en el pequeño apartamento de su amiga Olga en el Greenwich Village, compartiendo treinta escasos metros cuadrados, y dónde había tenido que permanecer hasta hacía escasamente quince días en los que, gracias a la pequeña remuneración que recibía de las clases que estaba dando en una academia para señoritas en Chelsea, podía pagarse un apartamento propio también minúsculo. Oído el relato de su boca, sin embargo, y pese a que ella mantuvo la compostura y no utilizó adjetivos que delatasen ninguna emotividad, era conmovedor.

Le tocó entonces el turno a Jenkins quien se acercó a ella con la lentitud de un depredador.

—Vizcondesa, ¿dónde conoció al vizconde?

—En Londres.

—¿Y se casaron allí?

—No. En Maidstone. Londres estaba sometido a una intensa polución y habíamos tenido que marcharnos.

—¿Y cómo lo conoció? ¿En uno de esos bailes de temporada?

—No. Nos conocimos en casa de los Scandy, donde yo me alojaba en ese momento. Aunque, efectivamente, estábamos en plena temporada.

—¿Es habitual que un joven se presente en casa de una muchacha sin haberse presentado o haber sido invitado?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—El conde tuvo una dolencia y tuvimos que avisar al médico de la familia. El vizconde y el doctor eran amigos, y se prestó a acercarlo en su carruaje.

—¿Se trataba de un hombre joven ese doctor?

Florence se removió en su silla. Sabía perfectamente hacia donde estaba

conduciendo Jenkins el interrogatorio. Lo hacía muy lento, pero iba directo

—Sí

—¿Y también lo conoció usted entonces?

—No. Nos habíamos conocido anteriormente.

—¿Y habían forjado una buena amistad?

—¿A dónde quiere ir a parar, letrado? —interrumpió entonces el juez—. No tendremos toda la tarde.

—No, señoría y tampoco es mi intención. En seguida acabo. —Y dirigiéndose de nuevo hacia ella le espetó—: ¿Quiere explicarle a la sala qué tipo de relación tenía con el doctor?

—Estábamos comprometidos —dijo casi en un susurro—, aunque no de manera oficial. Mis padres no lo sabían y esperábamos verlos para anunciarlo.

—Sin embargo, acabó casada con su amigo. ¿Qué ocurrió?

—Nos enamoramos.

—¿Y eso no perturbó la amistad entre ellos o no imaginó que podía hacerlo?

—No se... yo... no pensé; pero ellos han seguido siendo amigos

—¿Sí? ¿Cómo puede ser que un hombre sea abandonado por su prometida y no se ofenda?

—Martin..., el doctor estaba realmente enamorado de otra mujer.

—¡Vaya! ¿Es esto un trío?

—Por supuesto que no. Golsmith siempre ha sido un hombre honorable —se apresuró ella en contestar

—Pero se había comprometido con usted amando a otra mujer. ¿Le parece eso honorable? Yo diría que eso no le debió gustar.

—No estuve pendiente yo... yo había conocido al vizconde y también había comprendido que mi afecto estaba en él y...

—Perdone, milady, pero más bien parece que la mujer desechada se lanzó a los brazos del amigo que, muy convenientemente, además, tenía mejor posición social al tratarse de un aristócrata.

—Nunca tuve en cuenta que Michael fuera un noble.

—¿No? Pero sin duda esto la dejó en muchísima mejor situación. Y así podía también vengarse de su prometido.

—No necesitaba vengarme. Hemos seguido siendo amigos.

—¿A sí? ¿Y quién buscaba esa amistad? ¿Usted o su exprometido? ¿Se

encontraban a solas sin sus respectivos cónyuges en aras de esa bonita amistad que al parecer han mantenido?

—¡No!

Había gritado y, nada más hacerlo, se arrepintió. O'Brian le había advertido varias veces que debía mantenerse imperturbable. Las mujeres histéricas no eran del agrado del magistrado. Jenkins, sin embargo, estaba satisfecho como lo delataba la sonrisita que le apareció.

—Hay otra cuestión que necesito aclarar. —Tomó aire dominando como pocos los silencios y las pausas para crear más expectación—. Verá, antes, cuando su cuñada ha prestado declaración, su abogado rápidamente ha querido desmentir que sus hijos hubieran podido oír ninguna de aquellas confesiones. —Volvió a respirar muy profundamente mirándola con firmeza—. Sin embargo, necesito una aclaración ¿es cierto o no es cierto que le confesó a la esposa de su hermano que tenía deseos libidinosos y que era consciente que su conducta era sumamente impúdica?

Las últimas palabras casi se las había escupido y Florence tembló y se mordió el labio inferior. Michael tuvo que agarrarse a la silla para no levantarse y coger a su propio abogado del cuello. La sala se había quedado en silencio.

—Responda, vizcondesa —dijo entonces el magistrado.

—Le pregunté —habló ella con tono susurrante— si era correcto sentir esa atracción

—Pero, ¿era verdad que acudía usted a la alco...?

—¡Jenkins!

No había podido evitarlo. Tenía que hacer callar a aquel idiota y no soportaba pensar que ella creyese que, en ningún momento, él había hablado de cómo había sido su relación más íntima. El grito impidió que su abogado continuase, pero el magistrado lo miró con evidente gesto de reprobación y murmuró una disculpa.

—Veamos, milady. —La voz de su abogado volvió a resonar, lo que impidió que los rumores de la sala continuasen—. Nos ha encogido el corazón con su descripción de cómo tuvo que buscar vivienda, pero se ha callado usted un detalle muy importante.

Ella lo miró esperando la pregunta.

—Tengo aquí una nota que me ha proporcionado su hermano, el marqués de Fathom. —Y se sacó del bolsillo interior un pequeño papel—. Se trata de la respuesta que el vizconde de Ressay le dio cuando le pidió explicaciones por la expulsión de su casa que usted le había relatado. ¿Quiere leerla, milady, para que todo el mundo sepa qué dice?

Florence cogió la nota que le ofrecía y, en ese momento, vio cómo le temblaba la mano. Michael también recordaba exactamente qué decía.

—«Apreciado marqués. Nada más lejos de mi intención que echar a mi esposa de esta casa. Puede regresar en este mismo instante siempre que recuerde que debe cumplir con todas sus obligaciones. Así se lo he hecho saber a ella misma justo antes de partir y no dudes que ese sigue siendo mi firme deseo».

Él la había redactado preso de la ira y del odio con especial cuidado en poner aquellas palabras que tenían que transmitirle a ella con precisión qué se le iba a exigir solo con poner un pie en su casa. «Ponte sobre la mesa y levántate la falda». Si ella hablaba del intento de violación...

—¿Por qué no volvió, vizcondesa? Su marido claramente expresó que la iba a aceptar.

—No contestaré a esa pregunta. —Y lo dijo mirando a su abogado como si le pidiese ayuda.

—¿Reconoce entonces que su marcha no fue condicionada por su marido si no que fue usted quien lo abandonó?

—Reconozco que fui yo quien se fue de casa y que no fui capaz de conseguir el perdón de mi marido —replicó ella.

Jenkins la miró como si sopesase las opciones de seguir insistiendo en ese detalle.

—Una última pregunta, milady. ¿Puede mostrarme el colgante que lleva al cuello?

Ella se echó casi instintivamente la mano a esa zona del cuerpo y, entonces, Miquel vio que, efectivamente, una cinta azul que hasta ese momento le había pasado desapercibida, puesto que estaba pegada al ribete del vestido, rodeaba su nuez. Le costó unos segundos obedecer hasta que empezó a estirarla. Al final, apareció algo que brillaba, aunque desde donde él se encontraba no podía ver qué era.

—Vizcondesa, ¿eso es un anillo?

—Sí, letrado.

—¿Bisutería?

—No.

—¿De qué está hecho?

—Oro blanco y diamantes.

El abogado silbó.

—Eso tiene mucho valor, ¿no, milady? ¿Un regalo reciente?

—No, señor.

—¿Entonces?

—Me lo regaló mi marido cuando nació nuestra segunda hija.

—¿Y se lo ha devuelto hace poco?

—No.

—¿No? ¿Quiere decir que lo llevaba el día que se fue de casa? ¿Ese día que no tenía dinero y que tuvo casi que mendigar que se la cobijase en casa de una mujer que es conocida por bailar semi-desnuda en un club nocturno?

Florence bajó la cabeza en lugar de responder. Jenkins indicó al magistrado que no haría más preguntas y se dirigió con una sonrisa hacia su sitio al lado de Michael.

—Con la venia, señoría —dijo entonces O'Brian—, ¿puedo repreguntar?

El juez se limitó a señalar con la mano dándole paso.

—Dígame, milady —pronunció el abogado con dulzura—, ¿vendería alguna vez ese anillo?

—Nunca —susurró.

—¿Por qué? ¿Qué significado tiene para usted?

—Yo... había perdido mi alianza y mi marido me recordó que aquellos aros no simbolizaban realmente lo que era nuestro matrimonio. Lo cierto era que habían sido comprados con precipitación. Pero cuando me entregó este anillo al nacer Kathy, me dijo que sus cuatro diamantes sí debían ser la expresión de lo que éramos, una familia completa.

—No hay más preguntas, señoría.

El magistrado dio entonces por finalizada la sesión y los conminó a que fueran puntuales al día siguiente. Se habían acabado los testimonios y se centrarían en los alegatos finales de las partes.

Michael estaba enfurecido. Desde luego, aquel O'Brian era alguien que sabía lo que hacía y Jenkins, pese haberlo intentado, había quedado desacreditado en demasiadas ocasiones. Él mismo lo reconoció también cuando se vieron en el despacho del abogado al salir de los juzgados. Grimm los acompañaba como casi siempre en los últimos dos meses, cuando su estado de ánimo no le permitía tener la paciencia de arreglar sus asuntos por la vía de la negociación serena y acababa atajando valiéndose de la información privilegiada que Grimm conseguía por vías no siempre demasiado legítimas.

—No voy a perder, Jenkins —le dijo en tono amenazante—. Haz lo que tengas que hacer mañana, pero no voy a consentir que, después de toda esta bufonada, no salga triunfante de esa sala. ¿Te ha quedado claro?

Aquella noche se le hizo mucho más larga. La imagen del anillo en aquel colgante lo estaba matando. ¿Por qué lo habría conservado? Y volvió a recordar cada uno de los instantes de la declaración de Florence, hasta que, de nuevo, como siempre y para torturarlo, volvió a ver su cuerpo desnudo en la cama de Tancredi y las náuseas aparecieron.

Al día siguiente, él no era el único que demostraba no haber dormido. Jenkins tenía también una cara horrible, aunque lo peor era reconocer el miedo en sus ojos. Grimm llevaba la misma ropa que el día anterior, lo que delataba que, si había puesto un pie en la cama, no había sido la de su casa. Pese a ello, su expresión era mucho más relajada.

En el juzgado los periodistas parecían haberse multiplicado y como no todos cabían en el interior, muchos se habían quedado en las escaleras, ávidos de la noticia del día que no sería otra que la sentencia.

En el interior, Florence estaba ya sentada en su sitio, pero estaba sola. La vio cómo se giraba varias veces hacia la puerta y notó su nerviosismo. El alguacil anunció la entrada del magistrado y ella tragó saliva mientras volvía a mirar hacia el fondo de la sala.

—No me puedo creer la suerte que vamos a tener —murmuró Jenkins.

—¿Por?

—Si su abogado no llega, no podrá hacer el alegato y los tendrán por allanados a nuestras peticiones.

El juez entró, se sentó y permitió que todo el mundo también lo hiciera.

Entonces miró hacia Florence y mostró su contrariedad. Justo en ese momento, las puertas se abrieron y un O'Brian completamente borracho y tambaleante llegó hasta ellos.

La cara de horror de ella era tan expresiva como la de satisfacción de Jenkins, que se frotaba las manos. Michael miró hacia Grimm y en seguida entendió que aquello tenía autor. «Buen trabajo», pensó.

—Señor O'Brian —pronunció el juez—, espero que tenga una buena razón para justificar su retraso y sus circunstancias.

El abogado intentó balbucear algo, pero las palabras surgían inconexas e ininteligibles y acabó desplomado sobre su mesa y lanzando leves ronquidos. El juez hizo una mueca de desprecio.

—Señoría —dijo entonces Florence—, ¿me permitiría unos minutos a solas con mi abogado?

—No sé qué se ha pensado, pero esto no es una sesión de té. Esto es una Sala de Justicia y ya hemos tenido suficiente con todo el espectáculo montado hasta ahora.

—Pero, señoría, se lo ruego, mi abogado no se encuentra en condiciones y yo...

La voz de Florence delataba toda su ansiedad. Michael tuvo que mirarla. Lo cierto era que sentía cierta lástima por ella, pero aquella borrachera iba a evitar que se saliera con la suya.

—Ya lo he visto que no se encuentra en condiciones —decía en ese momento el juez Harrelson—. Está evidentemente ebrio y tendría que echarlo de este juzgado.

—Estoy convencida que yo puedo...

—¡Silencio! —El tono ya era de evidente enfado—. No pienso concederle más oportunidades de ridiculizar este tribunal. Vamos a proseguir y, si su abogado no está en condiciones, tanto mejor. Esto acabará ya.

—Por favor —suplicó de nuevo ella—, déjeme al menos que sea yo quien pueda hacer el alegato.

—¿Usted? —Los ojos del juez parecían que se salían de sus órbitas—. Cállese de una vez y acate mis órdenes.

—Se lo ruego, yo...

—Si vuelve a pronunciar una sola palabra más le aseguro que la haré

detener por desacato y le anuncio que pueden ser seis meses de cárcel.

Michael vio cómo ella abría la boca y la cerraba varias veces. Dudaba de si intervenir. La amenaza del magistrado no parecía pueril ni un vana.

—Bien —dijo entonces—. Prosigamos. Atendiendo a que no se produce el alegato de la defensa entendemos que se allanan a la demanda por lo...

—Es usted el ser más vil, despreciable e injusto que haya en la Tierra y no se merece estar sentado en ese sillón.

Se había hecho un silencio sepulcral en la sala. Michael llegó a aclararse la vista. Aquella no podía ser Florence. Pero ella estaba mirando al frente con la barbilla levantada y una mirada de odio tan intensa que le cambiaba toda la expresión. Era Florence, pero una Florence distinta

—¡Alguacil! —gritó el juez.

Y entonces él vio cómo se la llevaban y entendió que aquello había ido demasiado lejos.

—Detén esto —le dijo a Jenkins.

Pero el abogado estaba tan perplejo que apenas pudo cerrar la boca para murmurar:

—No puedo.

—Declaro válido el divorcio y adultera e inmoral a Florence Howland, quien pierde el título y el tratamiento —se oyó la voz del Magistrado—. Los hijos permanecerán con su padre.

Minutos más tarde, Ressayre cruzaba el umbral de su puerta seguido del letrado y Jack Grimm y, por la fuerza e ímpetu de sus pisadas, Brick pensó asustado que había perdido su reclamación. Sirvió una copa a cada uno de los hombres en la biblioteca y esperó prudentemente a conocer más detalles por si podía ayudar. El carácter del vizconde aquellos meses había sido terrorífico de soportar y todo anunciaba que podía incluso ser peor.

—¡No puedo! —intervino en ese momento Jenkins como si prosiguiera una conversación que hubiera quedado pendiente—. Debemos esperar que el magistrado se apacigüe. Reconocerá, vizconde, que la afrenta de su... —No sabía cómo llamarla ahora que ya había quedado el matrimonio disuelto—. De la señorita Howland ha sido demasiado provocadora.

—¿Cuánto hay que esperar? —preguntó entonces intentando calmarse.

—No lo sé, milord. Máximo una semana. Tendré que hacer muchas gestiones

indirectas para llegar a pacificar al magistrado.

—Pues no sé qué hace aquí. ¡Empiece!

Jenkins dejó la copa que apenas había probado sobre la mesa y salió tan rápido de allí que Brick pensó que, muy probablemente, lo estuviera deseando y no le extrañaba; la furia de su señor se palpaba en el aire.

—Grimm —dijo entonces Ressayre con más frialdad—, ¿cree que podrá aguantar una semana?

—Lo intentaremos, señor. Lo peor es que, habiendo sido declarada indecente, le corresponderá compartir celda con las prostitutas y los guardias de seguridad tienen fama de no gastarse un penique en ese tipo de placeres y disputarse las guardias de noche.

Michael desvió la vista hacia el exterior mientras respiraba hondo y el movimiento de su mandíbula delataba su preocupación.

—He pensado —prosiguió Grimm— que podría sobornar a alguien lo suficiente para que la meta en una celda de castigo. No es nada cómoda, pero tiene la ventaja de estar aislada y permanentemente vigilada. Una semana sería lo máximo que alguien suele aguantar en ese tipo de cubículos. Pero necesitaré de una fuerte cantidad de dinero.

—Disponga.

Grimm no necesitó más para salir de la sala, aunque sin la corrección formal necesaria. Brick ya estaba acostumbrado a aquel tipo que parecía más un gánster sin juzgar la conveniencia de la amistad de su señor con él. Vio entonces como el vizconde fue a servirse una copa más y corrió a atenderlo.

—Márchese usted también, Brick. Déjeme solo. —Su voz había sonado tremendamente grave como si surgiese de las tinieblas.

## CAPÍTULO 7

Cuando cuatro días más tarde, Michael Ressay salió de la biblioteca ante el anuncio de su abogado de que había conseguido el objetivo. Brick necesitó del auxilio de diversos sirvientes para adecentar a aquel hombre que apenas había comido, solo había bebido y no se había aseado durante todo aquel tiempo.

Él mismo los llevó en el coche hasta la Corte, donde O'Brian los esperaba en la escalinata. Todos los hombres se saludaron, aunque de manea fría y cortés. El abogado de Florence les informó que el magistrado los esperaba, como muy tarde, en treinta minutos para que ella pidiese públicamente perdón. Era la condición que había impuesto para levantar la condena de cárcel.

Florence se hallaba en la cárcel que justo lindaba con los Juzgados y O'Brian iba a informarle de lo que debía hacer. Ressay insistió en estar presente en ese momento. No quería errores.

Los hicieron entrar en una sala grande, pero apenas iluminada ni ventilada, con lo que distintos olores, y ninguno de ellos agradable, se concentraban. Michael y su abogado habían quedado apostados en la pared bajo uno de las ventanas. A O'Brian lo habían hecho ponerse justo en medio de la sala frente a una línea pintada en el suelo, que le prohibieron, repetidamente, que traspasase.

Pasados unos instantes, una puerta se abrió y un ruido de cadenas les anunció que se trataba de Florence. Apareció entonces entornando los ojos molesta incluso ante la escasa luz de aquel habitáculo, lo que denotaba que llevaba tiempo sometida a la oscuridad total. El vestido se había roto en algunas zonas del extremo inferior de la falda como si hubiera estado sometido a un intenso rozamiento y había perdido el tono amarillento para estar ahora absolutamente sucio. El cabello solo estaba parcialmente recogido, desordenado y

despeinado. Hubo un momento que intentó retirárselo de la cara, pero las cadenas que le mantenía los brazos atados a la cintura no eran suficientemente largas. Era la imagen de la más absoluta degradación y Michael sintió como si algo le desgarrase las entrañas.

La hicieron colocarse en medio de la sala y que se mantuviera de pie. Estaba a unos tres metros de su abogado y también insistieron que no debía traspasar otra línea con la que estaba pintado el suelo a sus pies. Ella reconoció a O'Brian y le dirigió una sonrisa suave a modo de saludo. Miró entonces a su alrededor intentando reconocer más, pero la deficiente iluminación y el hecho de que estuviera dominada por el ventanuco que se reflejaba justo donde ella se encontraba le impedían ver más que sombras.

—Cinco minutos —gritó entonces el guarda.

—Lo siento —balbuceó el abogado—, ya le advertí que no era de fiar.

—No se preocupe O'Brian. Tampoco lo hubiéramos conseguido. —La voz de ella había surgido como en un susurro.

—Puede salir de aquí —dijo entonces el letrado—. Hemos hecho una petición conjunta las dos partes y el magistrado ha accedido.

Florence pareció no inmutarse ante la noticia. Michael pensó que, quizás, no lo había entendido.

—¿Me oye, milady?

—Ya no soy milady

—Lo sé... Lo sé... Yo... ¿Me ha oído?

—Sí, pero sospecho que no ha venido aquí para decirme solo eso. Si no, seguramente ya estaría fuera.

—Esto... hay una condición... Debe disculparse en audiencia pública y debemos hacerlo ahora mismo.

Florence volvió a mirar a su alrededor e intentó de nuevo distinguir entre las sombras. Michael se alegró de que él quedase tan lejos de su campo de visión.

—No —respondió.

—¿Nooo? Florence, por favor, no sabe lo que dice. Si no accede ahora, dudo mucho que el magistrado quiera volver a escucharla y no mintió cuando habló de seis meses.

—No tengo que disculparme cuando se cometió conmigo una injusticia y no tengo nada más que hacer los próximos seis meses. Hágaselo saber.

O'Brian empezó a balbucear palabras inconexas sin salir de su asombro. Michael sintió cómo su corazón se disparaba. No podía permitirlo. No podía dejarla allí. Avanzó un paso.

—Señor —gritó el guardia—, deténgase.

Hizo caso omiso y siguió avanzando hasta colocarse justo al lado del letrado, de manera que ella pudo ya verlo y reconocerlo.

—No traspase la línea —se oyó de nuevo al guardia.

No pensaba hacerlo, así que solo esperó que ella apaciguase su reacción. Las manos le temblaban y también el labio inferior. Había desviado la vista inmediatamente hasta el suelo y la pose un tanto desafiante que había adoptado con su abogado se había transformado en una actitud de absoluta sumisión.

—Pedirás disculpas y lo harás ahora —dijo él.

Ella lo miró fugazmente. El temblor pareció incrementarse hasta el punto que temió que se derrumbase allí mismo. Maldijo por lo bajo preguntándose por qué ella no tenía derecho a una silla.

—Yo... yo... —balbuceó— preferiría no hacerlo... yo...

—Lo harás —volvió a repetir.

—Por favor —susurró Florence—, no me obligues, por favor.

—Si no lo haces, traeré a los niños aquí.

La mirada de terror se clavó en sus ojos. Michael notó que incluso O'Brian estaba mirándolo calibrando hasta qué punto era un farol.

—¿Por qué harías algo así? —preguntó ella

—Así aprenderán qué te ocurre cuando eres desleal e indigno.

Y mientras había pronunciado esas palabras, la había señalado de arriba abajo como si su suciedad pudiera hacerse más patente.

El temblor se intensificó y esta vez, si no era por la rápida intervención de uno de los guardias que estaban asistiendo a la escena, se hubiera desmoronado. Michael tuvo que apretar los dientes para no lanzarse contra aquel hombre que mantenía sujeta a Florence por los codos, aunque, sin duda, lo estaba haciendo con absoluta corrección ¿Qué narices ocurría en su cabeza que no podía dejar de dañarla, ni de insultarla o humillarla y, sin embargo, se moría de ganas de ser él quien la abrazase y la protegiese de todo aquello? ¿Se estaría volviendo loco?

—Accedo —dijo entonces ella mirando a O'Brian—. Pediré disculpas.

Tan solo unos minutos después volvían a estar en la sala de vistas. Dado que se trataba de audiencia pública, había bastantes asistentes, pero la falta de programación y convocatoria oficial habían impedido que se conociese con total detalle, así que solo había los típicos curiosos que merodeaban por los juzgados a la caza de asuntos escabrosos.

El magistrado todavía no había llegado y Florence acababa de ser instalada en el centro de la sala, de nuevo sin silla en la que sentarse y con las cadenas todavía alrededor de su cintura y sujetando sus muñecas. Su aspecto totalmente sucio y desaliñado todavía contrastaba más con aquel espacio absolutamente pulcro y ordenado.

Las voces anunciando cierto alboroto en el pasillo central de acceso a la sala los distrajeron por un momento, hasta que las puertas se abrieron y aparecieron unos quince o veinte periodistas ávidos de emoción ante lo que iba a ser, sin lugar a dudas, un final adecuado a la historia sórdida que había circulado por los medios de comunicación.

Poco después el juez Harrelson entró y se situó en su sillón, y la miró con evidente aprensión, pero también con cierto regocijo al verla en el estado de indignidad en que se encontraba.

—Con la venia, señoría —dijo entonces el abogado defensor—, mi clienta comparece para expresar su más profundo arrepentimiento por las palabras vertidas en el juico que tuvo lugar la semana pasada. Se hallaba en un estado...

—¿Su clienta ha perdido la capacidad de hablar? —espetó entonces el juez

—No... no señor.

Florence cerró los ojos un momento y después los fijó directamente sobre la figura de aquel hombre que le parecía más un cuervo que un ser humano. Respiró profundo y empezó a hablar.

—Comparezco ante vos, señor juez, para expresaros mis disculpas en persona. Creo que no solo estaba nerviosa y confundida, sino que fui muy injusta. Me retracto públicamente de mis palabras y le solicito humildemente que pueda perdonarme.

El juez se la quedó mirando sin dejar traslucir qué pensaba. La sala se había quedado totalmente en silencio y todos estaban expectantes ante la resolución final que habían pactado.

—No me parece suficientemente sincera, mujer —dijo entonces el magistrado.

Jenkins se removió en su asiento y O'Brian cambió claramente la expresión a una que hablaba de temor.

—Lo soy, señoría. Se lo juro —dijo entonces Florence—, no dude de mi abatimiento. Nunca más volvería a hacer una cosa semejante.

—Pero ¿no le parece a usted que su afrenta fue tan abyecta que merecería algo más que un perdón?

—Lo que vos digáis, señoría —murmuró entonces ella.

—¡Letrados! Acérquense al estrado.

Ambos se levantaron y se apresuraron a llegar hasta la tarima. Michael los observó intentando descifrar en sus expresiones qué estaba ocurriendo. ¿Iba a desdecirse el juez de su promesa de liberación si ella pedía disculpas? No podría mantenerla mucho más tiempo en la celda de castigo y, si llegaba a la celda que le correspondía.... Seis meses eran demasiados días y demasiadas noches. Ella no iba a poder aguantarlo. Era demasiado delicada.

Vio entonces cómo O'Brian iba a hablar con Florence mientras Jenkins volvía al asiento. Su rostro delataba que algo no iba bien.

—¿Qué narices...?

—Por favor, vizconde, vea lo que vea, no intervenga.

—¿Cómo? ¿De qué me está...?

—Hágalo, milord, o su exmujer no saldrá viva de esta. Aguante, se lo suplico.

Ressy estaba a punto de coger a su abogado por el cuello para que fuera más explícito cuando, en ese momento, se oyó la voz del abogado defensor.

—Mi clienta acepta la conmutación, señoría.

—¿Conmutación? —preguntó en voz muy baja a Jenkins—. ¿De qué está hablando, Jenkins?

Su abogado solo lo miró exteriorizando el temor tanto con el temblor de sus labios como la mirada vidriosa.

En el centro de la sala, mientras tanto, se había producido algo de movimiento y Michael quedó atrapado en aquella visión por la que estaban retirando de la mesa central la mayoría de los objetos que se encontraban encima.

Florence seguía en pie, sin moverse, pese a que varios guardias pasaban en ese momento por su lado transportando cosas. El magistrado estaba hablando con el alguacil, quien a Michael le pareció que estaba muy pálido escuchando las instrucciones.

La mesa había quedado despejada y un guardia estaba desencadenando a Florence de las muñecas. Cuando lo hubo conseguido, la colocó frente a la parte más estrecha de aquella mesa rectangular de manera que, si levantaba el rostro, ella podría verlo casi enfrente.

—Ponga las manos aquí —le dijo el carcelero señalando un punto sobre la mesa.

Ella obedeció y eso provocó que su cuerpo dejase de estar erguido para estar levemente curvado hacia aquel soporte. Michael seguía más curioso que extrañado todos los movimientos que se estaban dando en la sala, sin entender demasiado. Notaba la tensión en el cuerpo rígido de su abogado, pero solo deseaba que ella lo mirase un momento. Siempre se había vanagloriado de saber qué pensaba ella solo mirándola a la cara, así que podía intentarlo ahora si ella ponía sus ojos sobre él.

Pero Florence insistía en mantener la mirada sobre la mesa. Michael miró a su alrededor y vio a casi todos los periodistas sentados en la primera fila y sonrientes. Algunos se habían colocado un poco más avanzados y estaban preparando sus cámaras con los trípodes. El público también parecía expectante y algunos, incluso, estaban haciendo bromas mientras señalaban hacia la zona central.

Empezó a tener la horrible sensación de ser el único que no estaba entendiendo qué ocurría allí. Giró la cabeza hacia su derecha y descubrió a Grimm mirándolo. Sus ojos sí estaban intentando transmitirle algo, pero estaba a demasiada distancia y los guardias de seguridad no iban a dejar que se acercase.

—Alguacil, proceda

La orden del magistrado lo despertó de sus cavilaciones y le hizo volver la vista hacia donde se hallaba ella. Entonces, vio a aquel hombre de casi dos metros, a quien el juez había llamado, junto a ella y observó cómo le ponía una de sus manos sobre la cabeza y la hacía bajarla un poco más, como si estuviese colocándola en una posición perfecta.

—Bien —volvió a hablar el juez—. Florence Howland, la declaro culpable de un delito de desacato a este tribunal. La pena es de seis meses, aunque con el objetivo de restablecer el orden con mayor rapidez y respetando las normas de la ciudad por las que el reo debe mostrar su conformidad, conmutó dicha pena y será flagelada un mínimo de diez veces.

Las últimas palabras empezaron a resonar en la cabeza de Michael como si se tratase de una pesadilla de la que no podía despertar. ¿Flagelada? ¿Diez?

—¿Qué... qué está diciendo Jenkins?

—Por favor, vizconde, se lo ruego. Ese hombre está completamente loco. No haga nada si no quiere empeorarlo todo.

El alguacil había levantado el brazo derecho mientras que la mano izquierda seguía colocada sobre la nuca de ella. En lo alto, una fusta que se parecía a la que él tenía en su casa como recuerdo de los tiempos en los que todavía se iba con carruaje.

Y, de pronto, la vara cayó sobre la espalda de Florence. El sonido había rasgado el aire, el golpe sobre su cuerpo había restallado y ella había proferido tan solo un gemido y su cuerpo se había contorsionado, aunque la presión que ejercía el alguacil sobre su cabeza había impedido que la levantase como efecto reflejo del impacto.

Algunas personas del público habían aplaudido y Michael notó la presión de la mano de su abogado sobre su hombro y entonces, se dio cuenta que se había incorporado y que el juez lo estaba mirando con una sonrisa en los labios. Aquel era el castigo que iba infringirles a ambos por haber convertido su juzgado en un espectáculo. Se sentó de nuevo derrotado.

El látigo volvió a caer una segunda vez. El gemido se reprodujo. Su rostro, que veía parcialmente, estaba contraído en una mueca de dolor, pero intentaba mantener la dignidad apretando los labios y evitando las lágrimas.

Tres, cuatro, cinco... El alguacil los contaba mientras su brazo seguía bajando con fuerza para que la fusta consiguiese su objetivo. Las manos de Florence se aferraban con fuerza a los lados de la mesa. Con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

Seis, siete, ocho... Las lágrimas habían aparecido. Lo pudo ver porque el verdugo había tenido que abandonar la posición inicial para imprimir más fuerza a su otro brazo y ella levantaba la cabeza en cada ocasión. Los labios

fuertemente cerrados y los ojos mirando hacia un punto perdido allí donde acababa la mesa. Pero aquellas lágrimas surgían de sus ojos sin que ello pudiera considerarse un llanto. Era únicamente una reacción a cada uno de los golpes que caían sobre aquella espalda.

Nueve. Y las rodillas de Florence fallaron, aunque su posición sobre la mesa impidió que cayese. El funcionario se detuvo un momento y miró hacia el juez. Este le indicó con la mirada que la obligase a volverse a colocar en posición. Cuando lo consiguió, empezó a levantar el brazo hasta que alguien interrumpió.

—Señoría. —Era uno de los periodistas que estaban entre el público—. ¿Puede pedirle que se detenga un momento en esa posición? Ya sabe usted. La cámara necesita un mínimo de inmovilidad.

El magistrado consintió con un leve movimiento de cabeza. Los periodistas se lanzaron hasta los bordes mismos de la baranda que marcaba el acceso a los estrados como si fueran buitres sobre la carnaza. El alguacil parecía orgulloso de lo que estaba haciendo y, buscando colocarse en una buena posición, levantó nuevamente el brazo y posó orgulloso.

Michael sentía como se estaba rompiendo por dentro. El estómago en un puño, el corazón golpeando con fuerza sobre su pecho y el dolor de sus piernas y brazos, que le pedían a gritos detener aquella locura que, encima, se había convertido en un espectáculo morboso.

—Gírenle un poco la cara, por favor —pidió un periodista—. Es que, si no, no se la ve.

El guardia volvió a poner su mano sobre la cabeza de ella y la obligó a girarla levemente hacia su izquierda. Su rostro, el rostro bello, tierno y dulce de su mujer forzado a mostrar todo su dolor y a posar macabramente.

—Perfecto

—Una más...

—Un segundo...

Diez.

Y el público aplaudió y se levantó como si estuviera en una obra de teatro y los periodistas se felicitaron a sí mismos por el brillante reportaje que habían conseguido. Y el alguacil se acercó y permitió tocar la vara mostrando los restos de ropa, sangre y carne que evidenciaban lo que acababa de ocurrir. Y

el juez se levantó de su asiento y abrió los brazos como si fuera un profeta mostrando la inmensidad de su obra antes de desaparecer.

Y ella se incorporó con mucha lentitud, intentando no perder la poca dignidad que todavía le quedaba, procurando quedar erguida, aunque su espalda se lo estaba impidiendo, aceptando la chaqueta que O'Brian había ido a poner sobre sus hombros con un cuidado y una suavidad increíbles.

Michael, sin embargo, no se podía mover. Se había quedado clavado en aquella silla y solo suplicaba internamente que ella lo mirase un momento. Quería saber qué ocurría en su interior. Si ella lo odiaría a partir de aquel instante cómo se merecía. Si alguna vez podría olvidar lo que allí había ocurrido.

Pero no lo hizo. Se marchó apoyándose en su abogado y cruzando el largo pasillo central de la sala, mientras las risas y aplausos seguían presidiendo el gran espacio. En el último momento vio cómo entraban Tancredi y su amiga Olga, y se lanzaban a ayudarla. Habían llegado tarde. Pero la imagen que vieron evidenciaba el horror que había pasado.

O'Brian le murmuraba a Mario Tancredi algo en el oído. Seguramente le explicaba el detalle de aquella crueldad. El cantante cambió su expresión a la de la absoluta perplejidad. Solo durante un instante. En cuanto recuperó la consciencia tuvo muy claro a quién dirigir una mirada del más profundo odio que pudiera ser expresado.

Cuando los ojos de Tancredi se clavaron en los suyos, Michael pensó que aquel hombre la amaba de verdad. ¿Qué había ya sin embargo en su interior? ¿Podía él hablar de amor? ¿Cómo alguien que ama puede provocar tamaño dolor?

Todavía permaneció unos minutos más cuando la sala había quedado totalmente vacía. Solo Jenkins y Grimm lo custodiaban expectantes a unos metros de distancia sin atreverse a decir nada.

Él mantenía los ojos fijos sobre la mesa en la que ella había sido torturada. Se levantó y se acercó hasta allí. La fusta seguía encima, abandonada, como si no hubiera sido la causante de la mayor de las brutalidades. Estaban en el siglo xx y una mujer había sido azotada en público hasta sangrar.

Su matrimonio había acabado definitivamente. Podía pensar que eso era lo que había ocurrido el día que la encontró en aquella cama desnuda, o cuando

se fue de casa asqueada ante la propuesta que él le hacía de fornicar sobre la mesa del comedor, o cuando el juez decretó el divorcio; pero se engañaba.

Su vida había dado el vuelco definitivo con cada uno de los golpes que ella había recibido y nunca más podría volver a lo que tenía. Todo se había ido de las manos. El odio lo había dominado y se había apoderado de su racionalidad. Los celos lo habían atrapado en una maraña de locura.

A partir de aquel momento, él podría morir. Ya nada le importaba. Ni siquiera sus hijos. Quería desaparecer. La mujer de su vida lo aborrecería toda la eternidad. Y él no era nada sin ella.

Y entonces las náuseas volvieron a aparecer y, sin poder evitarlo, vomitó sobre la mesa.

## CAPÍTULO 8

La estación estaba atestada de gente que iba y venía, y el ruido empezaba a resultarle demasiado irritante. Hacia veinte minutos que el tren que provenía de Chicago debería haber llegado y con él Martin Golsmith. Sin embargo, era imposible localizar a nadie entre aquella marabunta. Soltó un bufido y Jack Grimm lo miró significativamente.

—Si quiere, vizconde, lo busco yo.

—No lo conoces. Si me va a costar a mí reconocerlo, imagínate a ti.

Michael se sentía doblemente incómodo. No era solo que tuviera que estar en aquel lugar en el que era imposible evitar el contacto humano. Estaba también molesto ante la idea de tener que estar con Martin.

El telegrama no le había dado ningún detalle, pero él no se dejaba engañar. No haber contestado a ninguna de las cartas que desde hacía seis meses le estaban enviando insistentemente sus amigos iba a suponer, al final, tener que recibirlos.

Los quería y los echaba en falta; pero al mismo tiempo representaban todo aquello que él había perdido, eran su pasado, eran también una parte de ella.

Tendría que haber contestado, pero creía que sus respectivas obligaciones los iban a mantener demasiado ocupados. Martin y Margaret se habían establecido en Minnesota y atendían a niños abandonados de casi todo el país en un gran orfanato donde se les prestaba educación y asistencia sanitaria hasta que podían valerse por sí mismos. Se trataba de una pareja unida no solo por el inmenso amor, sino también por una devoción de servicio a los demás y una bondad innata. Tenían dos hijos. Arthur, de doce años, y la bella Anne, de siete a punto de los ocho, solo unos meses más pequeña que George.

Charles y Lizzy no tenían residencia fija. En los nueve años que llevaban en

aquel país habían residido en las principales ciudades, tanto como en los lugares más recónditos, incluidos Canadá y México. Él era el dueño de la principal compañía eléctrica del país y, cuando se trataba de establecer una nueva sede, siempre se prestaba voluntario a explorar las posibilidades. Su mujer no solo lo acompañaba, se había convertido en su principal consejera. Ambos eran aventureros e inquietos, aunque eso no les había impedido tener tres hijos: Robert, de seis; Sophie, de cuatro y el pequeño Anthony, de tres, como su propia hija Kathy.

El jefe de estación anunció entonces que estaba haciendo su entrada el tren. Michael permaneció erguido desde la posición privilegiada que le había conseguido Grimm en aquella monstruosa estación.

Pasados unos segundos vio descender del tren a un sinfín de personas que se mezclaron con los que ya había en los andenes a base de gritos y empujones. Cada vez se sentía más incómodo rodeado de toda aquella chusma de pocos recursos y menor educación, y su paciencia estaba llegando al límite.

Al fin lo vio. Como no podía ser de otra manera, salía de los vagones de tercera pese a que, muy probablemente, había pagado por uno de primera. Además, se había quedado rezagado porque estaba ayudando a una mujer y a su hijo a descender y después a caminar a velocidad de caracol por aquella estación. Iba cargado con una maleta roída, mientras que el pequeño se le agarraba al cuello como si fuera un mono de feria. La mujer se apoyaba en su otro brazo.

—Grimm—se limitó a decir Michael señalando con la mirada al trío.

Su fiel ayudante se dirigió hacia allí y vio cómo lo señalaba a él en lo alto de la escalera mientras tomaba la maleta que llevaba Martin y el bolso de viaje que intentaba arrastrar ella para conseguir acelerar el paso.

Minutos más tarde, Michael y Martin se fundían en un abrazo que el primero hubiera querido evitar, pero que fue imposible al tenerlo tan cerca y sentirse golpeado con un sinfín de recuerdos que los habían unido desde la infancia en el internado de Yorkshire.

—Permíteme que te presente a la señora de Right. Tiene la tensión un poco baja y hemos tenido algún sustillo en el tren, ¿no, Richard? —dijo entonces dirigiéndose al niño con ternura, que ahora lo miraba todo pegado a la falda de su madre—. Pero ahora ya se está reponiendo y lo acabará de hacer en

cuanto encontremos una cafetería donde reponernos.

Levantó la vista mirando a su alrededor y vio la cantina de la estación.

—¿Te importa? —le dijo a Michael—. Serán solo unos minutos. —Y bajando la voz, agregó—: Hace tres días que no come nada.

Michael miró hacia aquel antro abarrotado de gente gritando y puso un gesto de absoluto rechazo. Pero tenía que darle una alternativa a su amigo. Si no, lo conocía lo suficiente para saber que, con él o sin él, acabaría dando de comer a aquella familia.

—Mi coche está a solo unos pasos. En la naviera disponemos de una cafetería menos concurrida y podremos hacer algo.

—¡Perfecto! ¿Has oído, campeón? Vas a ver barcos. Barcos enormes.

El niño lo miró desde el suelo con unos ojos enormes y le sonrió al tiempo que volvía a tenderle los bracitos para ser aupado, lo que Martin no dudó en hacer.

—Gracias, señor —dijo entonces la mujer mirando a Michael—. No quisiera importunar.

Ressy la miró, pero no contestó. Hacerlo hubiera sido ser descortés o mentiroso porque, obviamente, sí que estaba molesto de pensar que tendría que compartir el espacio minúsculo del coche con ella.

—¿Y tu equipaje, Martin?

—¡Oh, sí, cielos!

La cara de consternación de su amigo era todo un poema y a punto estuvo Michael de echarse a reír. Al final, llamó a un mozo que había cerca y, después de averiguar el número, le indicó el compartimento y el lugar donde se hallaba su coche.

Durante el trayecto, Martin explicó, más para distraer al niño que para darle conversación a él, algunas anécdotas del viaje de más de tres días que los había mantenido encerrados en aquel tren. Con todo lo que aparentemente les había ocurrido, los veinte minutos de retraso le parecían ahora todo un ejercicio de puntualidad. En cualquier caso, confirmó con aquellas palabras que Martin, solo salir de Chicago, había acabado cediendo su compartimento privado a una familia con cuatro hijos y él había dado con sus huesos a la tercera clase donde había aliviado una gastroenteritis, un ataque de ansiedad y la rotura del dedo pequeño de una anciana.

Al llegar a la naviera, Martin todavía se empeñó en acompañar a aquella mujer hasta el comedor, pese a que podría haberlo hecho Brick, y les pidió comida para un regimiento que habría pagado de su bolsillo si no fuera porque Ressay lo impidió con un gesto a su empleada.

Michael pensó que todo aquello, en realidad, le aportaba la excusa perfecta que había estado buscando para evitar tener que estar demasiado tiempo a solas con su amigo; así que le indicó que, a su pesar, no había podido desconvocar una reunión de urgencia a la que tenía que acudir y que lo iría a buscar a la hora del almuerzo, instándole a que permaneciera en la naviera el tiempo que necesitase y que después dispusiese de Brick para llevarlo a su casa con el equipaje.

Cuando llegó la hora fijada, Martin, que ya había tomado un baño y se hallaba cómodamente sentado en uno de los silloncitos de la biblioteca principal ojeando un periódico, recibió el aviso de que el vizconde no había podido finalmente irlo a buscar, pero que había mandado a recogerlo a uno de los vehículos de la naviera para llevarlo al restaurante donde iban a comer.

Al llegar al sitio indicado, Martin fue conducido a uno de los salones privados de aquel lugar exclusivo con unas vistas impresionantes sobre la bahía del Hudson y allí compartió la comida con su amigo y otras cinco personas a quienes le presentó y con quienes la conversación fue muy distendida y se alargó hasta bien tarde.

Fue por ese motivo que Michael volvió a excusarse y, poniéndole a disposición otro coche, lo dejó para irse a arreglar unos asuntos muy importantes en el despacho, no sin antes indicarle que aquella noche estaban invitados a la fiesta que iba a dar Hugh Hollister, uno de los magnates más importantes del país.

Y así fue. El evento tuvo lugar en la última planta del Flatiron, el rascacielos donde se ubicaban los grandes almacenes que Hollister inauguraba junto con la sala de exposiciones y el restaurante panorámico donde se celebraba el convite.

Michael estuvo en todo momento atento a Martin y le presentó a un sinfín de personas, todas caracterizadas por haber hecho fortunas millonarias en tiempos relativamente cortos o, al menos, ese fue el tema central de las conversaciones que mantuvo con cada uno de ellos.

Ya en la madrugada, Martin comprobó que su amigo todavía podía alargar la noche bastante más, mientras que él se encontraba agotado por el viaje, así que se disculpó, pero decidió aceptar el ofrecimiento de un coche que lo llevaría a la mansión de Ressay.

Al día siguiente, cuando Martin bajó a desayunar, la doncella le informó que el señor se había levantado temprano y se había ido a trabajar dejándole recado de que lo recogería un coche a mediodía.

Pudo ver entonces a los niños y disfrutó explicándoles algunas historias de Arthur y Anne. George fue el que más preguntó, obviamente, pero también sabía que ese muchacho tenía una debilidad por su hija y que se escribían casi cada mes. En realidad, en muy buena parte, su presencia allí estaba instada por la niña quien, sin revelar nada de lo que contenían aquellas cartas, le hizo saber su necesidad de comprobar que todo iba bien.

Examinó el brazo del niño, que hacía poco había padecido una rotura, y prometió a Kathy que al día siguiente los acompañaría al Central Park para dar de comer a los patos del lago.

Hacia mediodía, Brick lo recogió y lo llevó hasta uno de los hipódromos de Conney Island. Allí, de nuevo, Martin pudo conocer a más nuevos empresarios, banqueros o simples inversores, con los que Michael se relacionaba a todos los niveles. Pudo comprobar que no solo tenían intereses económicos mutuos, sino que compartían la afición por las carreras de caballos, de galgos e incluso de coches, reciente diversión que se estaba imponiendo en algunos ambientes selectos.

El almuerzo finalizó con una visita a Dreamland, donde muchos de aquellos hombres habían invertido buena parte de su dinero, y la tarde se alargó mientras disfrutaban de todas las atracciones de aquel parque que competía con todo su esplendor contra el Luna Park.

Al salir de allí, Michael y Martin tuvieron el tiempo justo para vestirse y acudir a uno de los conciertos de la orquesta sinfónica que dirigía un ruso que estaba causando sensación por negarse a utilizar la batuta.

Aquella noche, Michael tampoco acompañó a Martin hasta su casa porque en la sala de conciertos se encontraron con uno de los banqueros que había conocido el día anterior y se empeñó en que hicieran una última copa que el doctor rehusó.

El día siguiente fue muy parecido al anterior, aunque, esta vez, llegó a almorzar con los chicos y en su encuentro con Michael los escenarios fueron una reunión de políticos en la Sala de Registros y la inauguración de una sala de fiestas en Broadway.

También se repitió el cuarto y el quinto día. Los escenarios cambiaban mientras que los magnates podían repetirse, aunque siempre parecía quedar alguien nuevo que conocer. Michael ejercía del acompañante perfecto presentándole siempre al desconocido, aportándole la copa que le faltaba o manteniendo la conversación por derroteros que a su amigo le fueran cómodos.

Sin embargo, Martin iba a tener que marcharse de nuevo y no estaba dispuesto a irse sin cumplir con el cometido que lo había llevado hasta allí. Por ello, aquella noche del quinto día, no se fue a la cama al llegar a la mansión y optó por esperar a su amigo en la biblioteca hasta que llegase de esa partida de cartas que lo había incitado en el último momento, justo cuando estaba a punto de subirse al coche de regreso.

No tuvo que hacerlo mucho rato. Solo una hora más tarde, oyó abrirse la puerta principal y salió al vestíbulo a recibirlo.

La expresión de Michael delató su incomodidad al verlo, pero intentó disimular alegando una fuerte jaqueca por lo que iba a tener que disculparlo, pero no podía hacer esa última copa que le pedía.

—Michael, no me rehúyas más. Si lo haces, tendré que cancelar mi billete. No puedo volver a casa así. Margaret me mataría.

Él apretó los labios y sin poner ninguna excusa más llegó hasta la biblioteca, donde su amigo le tendió una copa de brandy.

—Te la ofrezco, pero no debería hacerlo. He podido comprobar que tienes un alto grado de tolerancia al alcohol y eso solo se consigue con grandes dosis.

Michael se limitó a mirarlo, sentarse en uno de los sillones y bebérsela de un solo trago. Sabía qué quería y por qué lo había esperado, pero no se lo iba a poner fácil.

—Dime cómo estás —dijo entonces Martin.

—¿Es que no lo ves? —Michael abrió los brazos mientras lo decía y ponía en su boca una gran sonrisa—. Creo que es patente.

—No. No lo es. Veo solo una fachada.

—Perdona, lo que has visto es mi día a día. Rodeado siempre de amigos. Atendiendo cada día una nueva inversión. Llevando adelante una empresa. He descubierto que relacionarse con los americanos es bastante más placentero que con el grupo inglés y, además, ni siquiera era cierto que fuera la manera de asegurar mis intereses. Los lores y aristócratas no han dejado de invertir en mi naviera ni de comprarme mis barcos por lo que soy, tal vez, un poco más rico. Tengo también una vida sexual bastante animada, diversa y continuada. No he querido hacerte testigo de ello para no tentarte y tener que vérmelas con Margaret.

—Michael, soy yo, Martin.

Ressy desvió la mirada. Maldita sea si sabía quién era y por qué estaba ahí. Debería haber imaginado que no sería tan fácil.

—Mira —prosiguió entonces con voz suave—. Ya puedes imaginar que allí, en Minnesota, estamos alejados del mundo, por no decir que vivimos en nuestro propio planeta. Pero Charles y Lizzy nos hicieron una breve visita aprovechando que estaban relativamente cerca, en Thunder Bay, en Canadá, controlando la construcción de una nueva presa hidroeléctrica y Elizabeth quiso ponerse al día de los ecos de sociedad y se lanzó a la biblioteca en busca de los periódicos de los últimos meses. Ya la conoces, sobre todo para criticar todo lo criticable y cargar munición para su próximo artículo revolucionario. Me habías comunicado que te separabas y me pediste que respetase tu intimidad y así lo hice, sin exigirte nunca respuesta a las cartas que no dejamos de enviarte, pero lo que leímos y las fotografías que vimos...

Michael se levantó del sillón como empujado por un resorte. No quería tener esa conversación. Pero irse de la habitación no iba a servir de nada. Martin no fanfarroneaba cuando había dicho que cambiaría el billete y, al final, lo único que serviría sería echarlo de su casa.

Echarlo... como había hecho con ella.

Lo miró y vio, como siempre, aquella bondad en sus ojos grises. Cuando había mencionado las fotografías no dudaba cuál era la que más impresión les había causado. Fue hacia la alacena y se sirvió otra copa.

—Tuvo que ser muy doloroso —volvió a hablar Martin— y nada fácil. Algo de eso veo en el Michael que ahora llena sus horas con fiestas y gente. No me

expliques nada de aquello. No es por eso por lo que estoy aquí. Ni me has de dar explicaciones, ni voy a juzgarte o a juzgarla. Solo quiero saber cómo estás y tengo también el encargo de verla a ella. Debes agradecermelo. No te puedes imaginar lo que nos costó contener a Lizzy, puesto que ella quería sustituirme. Afortunadamente para ti, Charles tenía que volver a la presa y ella es incapaz de irse dos metros de su lado o de los niños.

—Sigue siendo tan impulsiva, ¿no?

—Más, yo diría. Es tremenda.

Michael bebió el último trago de su copa y pensó en servirse otra, pero recordó la velada insinuación que le había hecho su amigo y optó por evitarlo.

—Si quieres verla, lo mejor será que vayas a la Sala de Exposiciones Sapura. Hace una semana inauguraron una colección de nuevos artistas y ella es una de las pintoras. —Respiró y apoyó ambas manos sobre la repisa de la chimenea para no tener que mirarlo—. Tal vez no la reconozcas cuando la veas. Viste con ropas sencillas pero vaporosas, evitando cualquier cosa que se le ciña al cuerpo, y ha adoptado la moda más atrevida, que muestra los tobillos.

»Sale cada mañana de su apartamento en el Greenwich Village cargada con una gran carpeta y una bolsa de pinturas. A esa hora todavía lleva el cabello recogido, pero se nota que no ha puesto demasiado interés en hacerlo porque, normalmente, en poco menos de una hora ya le cae por los hombros. Camina sin rumbo fijo como deambulando, incluso a veces llega hasta Central Park. Sin embargo, siempre hay un momento que se detiene, busca un asiento en los sitios más insospechados y se pone a pintar. Quizás ha visto unos niños que están jugando, un árbol con apenas hojas o una mujer que vende fruta. Nunca puedes imaginar qué es lo que atraerá su atención. Pero puede pasarse horas sentada en el sitio escogido y sigue pintando, aunque la fuente de su inspiración haya desaparecido.

»Dos tardes por semana acude a la academia para señoritas donde da clases y le permite ganar el sueldo justo para pagar el alquiler y lo poco que debe comer. Está muy delgada.

»Las otras tardes se va a los Almacenes Star. Sube a la cuarta planta, moda caballeros. Va hasta la sección de complementos y se cuela por detrás de una estantería donde hay sombreros. El edificio es de cristal y es el único sitio

desde el que tiene visión del jardín trasero de esta casa. Espera a veces hasta la hora de cerrar y, si tiene suerte, ve a sus hijos salir a jugar.

»Por las noches siempre tiene algo que hacer. Acude a fiestas donde todo tipo de artistas, pintores, escultores, bailarines, cantantes o gente de la farándula se reúne y más allá de beber se dedican a mostrar sus habilidades mutuas y a ser animados o corregidos. Están hasta altas horas de la mañana.

»Después vuelve a casa. A veces, sola. Otras, acompañada por el siempre fiel Mario Tancredi. En la puerta se produce una eterna discusión. Él quiere subir. Ella se niega. Él acaba yéndose con la cabeza gacha. El rechazo no le sirve de nada. La siguiente vez que ella acuda a la ópera, él mirará al gallinero cuando cante su mejor aria. La crítica volverá a decir que nadie como él cantando canciones de desamor.

Volvió a erguirse. No debería, pero lo iba a hacer. Así que volvió a la alacena y se sirvió otra copa. Se la bebió de un trago. Sentía los ojos de Martin en su espalda.

—Te costará reconocerla —insistió—. Es ella, pero es distinta. El recato que la caracterizaba ha sido sustituido por una espontaneidad que, sin dejar de ser elegante, puede intimidarte. El peinado perfecto es a veces una melena sedosa al viento. Y... se ríe. Se ríe a carcajadas y el sonido es cantarín, un poco agudo, tal vez, pero sonoro y fuerte. Se ríe siempre y a todas horas, como si le estuvieran haciendo cosquillas. Y contagia a quien esté a su lado.

Se giró y miró a Martin que reflejaba en su expresión grave todo el dolor que estaba vertiendo en aquellas palabras que supuestamente solo describían situaciones.

—Dime una cosa, Martin —continuó—, ¿contigo se rio alguna vez? No me refiero a sonreír educadamente. Estoy hablando de una risotada, de una carcajada. ¿Lo hizo?

—No..., creo que no

—Conmigo jamás. Ocho años de matrimonio y nunca la había oído reírse.

Dejó la copa sobre la mesa y volvió a mirar a Martin.

—Mañana estaré aquí para llevarte de nuevo a la estación, a las cinco. Tienes todo el día libre para hacer las visitas que necesites.

Y se fue de la sala a intentar dormir o mal dormir, como todas las malditas noches de su vida.

Martin se quedó todavía unos minutos más. El relato de su amigo había sido desgarrador. ¿Qué había ocurrido que los había hundido de aquel modo? ¿Cómo era posible que un amor tan profundo estuviera anulado por el odio y el rencor? ¿Por qué tanta represión de sus verdaderos sentimientos?

Sin embargo, cuando al día siguiente estaba contemplando las pinturas de la nueva pintora que firmaba bajo el pseudónimo de Frence, lo que vio no fue, ni muchísimo menos, contención.

Allí había sentimientos intensos y enérgicos. Se expresaba alegría, miedo, ansiedad, ilusión, dicha.

Nunca hubiera imaginado que la tierna Florence, aquella muchachita tímida y apocada, fuera capaz de sacar de su interior y con tanta fuerza toda aquella riqueza de sensaciones.

Había podido ver la exposición con tranquilidad y decidió sentarse en uno de los bancos exteriores a esperarla.

No tardó mucho en aparecer. Efectivamente, era ella, pero no era ella. Iba acompañada de otra mujer mucho más voluptuosa, pero eso no le restaba belleza, aunque, sin duda, había perdido peso.

—¡Martin!

Lo había reconocido al instante y se fundieron en un abrazo que nunca hubieran podido darse en Inglaterra pues estaban en plena calle y no eran matrimonio. Pero la amistad que los unía estaba por encima de cualquier norma social y, además, aquello era Nueva York.

—¿Cómo está Margaret? ¿Y los niños?

Martin le explicó algunos detalles de su vida en Minnesota y de lo bien que se sentían en aquel lugar ciertamente apartado, pero donde ellos querían vivir. Arthur destacaba en especial en los estudios y Anne era una niña con pasión por el mundo del teatro. También le habló de Charles y de Lizzy, y de los tres pequeños.

—¿Has visto la exposición? —le preguntó Florence sintiendo cómo su corazón se disparaba ante la inseguridad de la valoración que su gran amigo pudiera hacer.

—Impresionante —respondió él.

—¿Sí? ¿Seguro?

—Florence, yo no soy un experto en pintura, pero estoy convencido de que

eres una gran artista y que vas a triunfar.

—No sé si es eso lo que busco, pero gracias.

Entonces volvió a aparecer su amiga, que se había retirado para permitirles algo de intimidad, y le indicó con claridad que estaban llegando tarde a algún sitio.

—Martin, me sabe mal, pero es que ahora...

—No te preocupes. Lo entiendo. Debería haberte avisado.

—Tal vez podamos comer mañana.

—Imposible. Me voy esta tarde.

—Vaya.

—Pero, volveré. Te lo prometo. Y lo haré con Margaret. Está deseando verte.

—Y yo a ella, no lo dudes.

La amiga volvió a hacerle señas.

—Tengo que irme —volvió a decir y, sin embargo, no se movía de allí—. ¿Has podido verle el brazo a George? Confío mucho en tu criterio.

—Sí. Está muy bien. Tiene movilidad y en unos pocos días recuperará la musculatura que ha perdido por el tiempo que lo llevó enyesado.

—Tuvo que ser un buen golpe para acabar con todo el brazo tan aparatosamente inmovilizado.

—Al parecer, fue más bien un tema de mala suerte en cuanto al punto de choque.

—¿Y Kathy? ¿Cómo estaba?

—Tan terremoto como siempre. Me ha obligado a ir al parque todas las mañanas.

—¿Llevas muchos días en Nueva York? —la pregunta había salido de su boca impetuosamente, pero no quería hacerle ningún reproche.

—Este es el sexto —respondió con suavidad—. De verdad que hubiera querido venir antes, Florence.

—No... no pasa nada. Es normal. Es lógico. Bien... Me ha alegrado mucho verte. Vuelve pronto.

—Lo haré.

Se habían cogido de las manos y, al final, como en sus mejores tiempos de juventud, él se llevó una de ellas a su boca, mientras le hacía una reverencia.

Florence le sonrió y volvió a ver a aquella jovencita, aunque sus ojos reflejaban dolor.

Echó a andar hacia la mansión. Sería un paseo largo, pero cruzando por el parque cortaría camino.

—¡Martin!

Se giró y la volvió a ver. Tenía las mejillas sonrosadas de la pequeña carrera que había hecho para llegar hasta él. La miró extrañado.

—¿Cómo está?

No dijo nada más ni pronunció ningún nombre, pero Martin supo sin ningún género de dudas a quien se refería. ¿Qué debía responderle?

—Razonablemente bien.

Ella solo asintió con la cabeza como si esa respuesta fuese la confirmación de sus pensamientos.

—Cuídale, por favor.

—No siempre es fácil.

—Lo sé. Pero tú hazlo.

Se giró y se fue volviendo a correr sin ningún pudor, tan distinta a la Florence que nunca hubiese alzado un pie por encima de un milímetro al andar.

Cuando Michael lo recogió con el coche, inició un parloteo absurdo sobre algunos problemas con los que se estaba encontrando con la construcción de su último barco. Al parecer, una confluencia de errores de carpinteros, pintores, ingenieros y decoradores estaba imposibilitando que la entrega se hiciera a tiempo.

Martin no lo interrumpió. Se molestó incluso en hacer ver que le interesaba aquello y no le recriminó en ningún momento que no dejara de hablar de estupideces para evitar mencionar lo único que ambos tenían en mente.

Sin embargo, en el andén de la estación, a punto de subir al tren, Michael enmudeció de golpe y lo miró un momento para acabar agachando la cabeza. De su boca no iba a salir la pregunta.

—Tenías razón. Está muy diferente. Y lo que es impresionante es su pintura. —Hizo una pequeña pausa y, en ese momento, el jefe de estación indicó que era el último aviso—. Me ha preguntado por ti Michael.

Ressy levantó la cabeza con rapidez, fijando su mirada en su amigo. El silbato del tren anunciaba lo inminente y Martin subió a los escalones del

vagón.

—¿Se ha reído contigo?

«¡Dios mío! Cómo está sufriendo este hombre».

—No, Michael. No se ha reído.

Y el tren inició su marcha.

## CAPÍTULO 9

Hacía mucho calor aquella mañana, pero la luz tenía tanta intensidad que hubiera sido una pena desperdiciarla. Estaba justo frente al Castillo de Belvedere y observaba casi de hurtadillas a una pareja sentada en la fresca hierba. Él la miraba con una pasión que sería capaz de encender la hoguera más húmeda y, de vez en cuando, le acariciaba las mejillas con los nudillos, como si tuviera miedo a que, si abría la mano, una fuerza superior se apoderase de él y la acabase arrastrando hasta su regazo y la tomase allí mismo. A ella solo la veía de espaldas, pero era capaz de sentir cómo se estremecía ante ese contacto.

Su mano aferrada al pincel se movía con rapidez sobre el lienzo como si tuviera vida propia y esa sensación era la que más le gustaba porque sabía que era en esos momentos cuando sus cuadros eran capaces de reflejar todo lo que estaba ocurriendo en su interior.

Era como si una fuerza cósmica conectase el mundo exterior con su corazón a través del pincel cual varita mágica. Había momentos en que creía ser capaz de seguir pintando con los ojos cerrados e, incluso, algunas veces permitía que unos cuantos trazos surgiesen así, directo de su imaginación.

Una ligera brisa le acarició el pelo, el hombre se había acercado a la mujer y había depositado un suave beso sobre sus labios, ella había levantado levemente la mano que tenía sobre la hierba a punto de acariciarlo, pero se retuvo en el último momento. Con seguridad estaba pensando que no era casto ni correcto.

«Abrázalo», pensó Florence. «No seas tonta, no pierdas la oportunidad de sentir su piel sobre tus dedos. Disfruta de su amor. Aprovechalo como si pudieras acabártelo».

Una tristeza del peso de una gran losa cayó sobre su corazón. En ocasiones le ocurría, aunque cada vez lograba mantenerla más a raya, pero cuando aparecía solo deseaba cerrar los ojos y desaparecer.

Se levantó. No podía dejar llevarse por esa morbosa y dolorosa sensación. Acabaría el cuadro aquella tarde después de intentar ver a los niños. Hacía varios días que no salían al jardín, muy probablemente debido al intenso calor. La señora Doubtfire tenía una extraña hipótesis sobre los efectos del sol en los niños.

Caminó por el sendero. Atravesaría el parque hasta llegar a Columbus Circle. Era una opción más tranquila y relajante que hacerlo por la ciudad. Sin embargo, una pequeña piedra la hizo tropezar y el estuche con todos sus pinceles se desparramó por el suelo. Dejó la carpeta con los lienzos a un lado y empezó a recogerlos.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mami!

Solo oír aquella vocecita había pensado en Kathy, pero le había pasado tantas veces confundir cualquier voz infantil con la de su hija que se obligó a mantenerse agachada con la vista en el suelo recogiendo sus pinturas. Sin embargo, de repente, unos bracitos infantiles le rodearon el cuello y el aroma de la lavanda la envolvió por completo.

—Mami, mamita, mami —decía la vocecita en su oreja y creyó quedarse sin aliento.

Se aferró a ese cuerpecito y cerró los ojos. A lo mejor no era ella. A lo mejor era una niñita confundida y pronto se la arrancarían de sus brazos. Pero se parecía tanto a la suavidad de su hija, a su dulce contacto, a su tierno abrazo... Hacía exactamente ocho meses y tres días que no la había podido tener entre sus brazos, ni le había podido hablar, ni la había podido consolar o leerle un cuento. Si no era ella, al menos era alguien que estaba consiguiendo darle un reflejo de lo que había sido.

La niña empezó a darle suaves besos en la mejilla y, finalmente, Florence abrió los ojos. Allí estaba Kathy. Su preciosa Kathy. Con su cabello rubio y sus ojos azules, con sus mejillas sonrosadas y sus labios bien perfilados. Su muñequita linda.

—Mami, mami —seguía repitiendo.

Florence tuvo que contener el llanto que estaba a punto de ocupar toda su

garganta. No debía hacerlo, no debía asustarla. Notaba en sus ojos brillantes que la niña también estaba intentando contener sus emociones. Le estaba acariciando con sus pequeñas manitas la cara y, en cada contacto, Florence sintió que estaba en el cielo.

—Cariño, cariño. Mi pequeña —empezó a balbucear tocándole la cabeza y los brazos como si tuviera que comprobar que no era una alucinación. Pero, de pronto, un mal pensamiento cruzó por su cabeza—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás sola?

Levantó la vista y buscó a su alrededor. Entonces lo vio. A unos cien metros parado en el camino, de la mano de George, que también miraba la escena sin mover un solo músculo. Se incorporó levantando al mismo tiempo a la niña con ella, de manera que no perdiera el contacto ni un segundo. Sabía que tenía que devolvérsela, pero intentaría mantener aquel contacto cálido el máximo tiempo posible, aunque fuese incorrecto y estuviesen en mitad de Central Park.

Caminó poco a poco hacia ellos centrando su vista en George. Estaba guapísimo. Su cabello seguía teniendo aquel tono ceniza como el de su padre, que le daba un toque distinguido. Los ojos almendrados y de aquel azul profundo que siempre pensó que quitaría más de un aliento cuando fuera mayor. Su expresión, sin embargo, era seria. Mantenía los labios apretados y, dado que ya estaba muy cerca, vio cómo su mandíbula se movía. Era tan similar a su padre.

Estaba ya tan solo a un metro y se detuvo. Aunque no lo mirase notaba la mirada de Michael fija sobre su persona. Ella la seguía manteniendo sobre George. ¡Si pudiera abrazarlo también aunque fuera un segundo! Se agachó para poder dejar a Kathy en el suelo. Sin embargo, la pequeña se aferró con más fuerza a su cuello. ¡Dios mío! ¡Qué difícil iba a ser aquello!

Tragando saliva tomó los brazos de la niña y, aplicando la mínima fuerza necesaria para no hacerle daño, empezó a separarla de sí misma. Kathy pareció entender que debía obedecer porque no se resistió demasiado. En el último momento, con sus manitas le cogió la cara y la giró hacia ella.

—¿Sabes? Vamos a ir a Deerfield. Papá dice que ha sido muy difícil que nos aceptaran y que somos muy afortunados. ¿Tú que crees, mami?

Florence vio la carita de ilusión de su hija y sonrió ante la estrategia de iniciar en ese momento una conversación para alargar el instante que las

mantenía juntas.

—Que papá tiene razón. Deerfield es una de las mejores escuelas que existen y os encantará.

—Pero es un internado. Tendremos que dormir fuera de casa.

—Sí, con un montón de otros niños y niñas de los que os haréis amigos, grandes amigos. Como papá con Martin y Charles.

Kathy le dio un beso en los labios y le sonrió.

—Eres una embustera.

La voz de George había sonado fría y Florence tuvo que mirarlo dos veces para asegurarse de que era él quien le hablaba. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Su hijo la miraba huraño.

—Te oí discutir con papá —continuó—. Tú no querías llevarnos a ese internado.

Florence respiró profundamente.

—Yo solo le dije a papá que prefería una escuela americana y que estuviera en la ciudad. Pero eso no significa que Deerfield no sea de los mejores colegios del país. No miento, George. Se trata de una escuela inglesa y estoy convencida de que, en verdad, debe haber sido muy difícil conseguir que os acepten.

—Yo no quiero ir a una escuela inglesa —contestó entonces el niño—. Soy americano.

—De padres ingleses —replicó ella—. Aparte de matemáticas, ciencias y literatura, os enseñaran a montar a caballo como auténticos caballeros y amazonas, y a bailar valsos, y a practicar esgrima y...

—¿Para qué quiero saber esgrima en Nueva York? —protestó George que había dulcificado la mirada y ya parecía más el niño que en realidad era—. Yo quiero ser arquitecto.

—¿Tú sabes lo guapo que vas a estar sobre un caballo y con la espada en alto? —respondió su madre con una sonrisa.

George también le sonrió. Aquella era su madre. Siempre dispuesta a hacer una broma.

—¿Y yo, mami? —preguntó entonces la pequeña.

—Tú vas a estar preciosa vestida como una princesa y moviendo las pestañas cuando te pidan el siguiente baile.

—¿Me enseñarán a mover las pestañas?

—No lo dudes. —Y Florence las aleteó para que vieran cómo se hacía.

Los dos niños empezaron a reír y, seguidamente, la niña empezó a intentar imitarla, aunque las muecas que hacía resultaban más graciosas que coquetas.

—Nos tenemos que ir.

La voz de Michael había sonado ronca. Florence lo miró desde abajo y sintió la frialdad de sus ojos azules sobre ella. Volvió a sentir la vergüenza corroyéndole el interior como durante todo el tiempo que había durado su convivencia. Por eso en el juicio intentó mantener en todo momento la vista al frente. Mirarlo era inundarse de la carcoma de su propia indecencia y se sentía obscena y sucia. Y lo peor había sido cuando tuvo que sufrir el castigo físico ante él y ante toda aquella gente. Cada golpe era una humillación mayor y sabía que para Michael había representado la culminación de la deshonra que ella había provocado en la familia.

Florence empujó con suavidad a Kathy hacia la mano de su padre. Miró a los dos niños alternativamente intentando empaparse de su visión para guardarla después como un precioso tesoro.

Se dieron la vuelta y empezaron a caminar. La niña tenía la cabeza girada hacia ella y Florence pensó que acabaría tropezando. Debía irse para que no siguiera haciéndolo, pero le estaba resultando muy difícil.

De pronto George se detuvo en seco, se soltó de la mano de su padre y se giró hacia ella, aunque sin moverse. Estaban ahora a unos dos metros.

—¿Por qué te fuiste?

Florence no se esperaba esa pregunta. Miró hacia Michael, que parecía estar todavía más aterrorizado que ella. ¿Qué les habría explicado?

—¿Por qué desapareciste?

¿Desaparecer? ¡Dios mío! ¿Y si nunca recibieron una explicación? Volvió a mirar a Michael. Por la expresión que tenía supo que, efectivamente, eso era lo que había pasado. Era la primera vez que estaban haciendo esa pregunta. Ocho meses sin saber qué había ocurrido.

—George —empezó a hablar con suavidad mientras ponía las rodillas sobre el suelo para asegurar la posición. Hasta entonces había estado en cuclillas y notaba pinchazos en sus piernas—. Mamá se portó muy mal. Hizo algo horrible. Y ya sabes qué ocurre cuando alguien se porta de manera incorrecta,

debe ser castigado para ser corregido.

Los labios de George se despegaron un momento, pero en seguida volvió a apretarlos. Si no lo hubiera hecho, el llanto hubiera surgido de su interior, Florence lo vio con claridad.

—Pero ¿por qué no pides perdón, mami? —intervino entonces Kathy con su inocencia perfecta—. Tú siempre me has dicho que, si se hacía con sinceridad, se te podía perdonar.

—Ya lo he hecho, cariño. Lo hago cada día. Pero a veces no es tan fácil.

—¿Por qué no, mami? —insistió la pequeña—. A lo mejor es que no te han oído bien. Papá te puede ayudar, ¿verdad, papi? ¿Harás que la perdonen?

Florence sintió que le fallaban las fuerzas. Sin mirarlo lo imaginó incómodo y nervioso.

—Cielo —dijo con toda la serenidad que fue capaz de sacar de su interior—, a veces... hay cosas que son muy complicadas de perdonar o que son directamente imperdonables. Hay que esperar.

—Pero ¿por qué el castigo que te pongan a ti me tiene que hacer daño a mí? —espetó George con rabia.

—George, ¿recuerdas cuando rompiste el jarrón del comedor con la pelota? ¿Te acuerdas que te castigamos sin jugar más con ella durante un día entero? Anne también se enfadó porque decía que era ella a quien le afectaba más tu castigo al no poder jugar contigo a su juego preferido; pero tú sabías que, en cualquier caso, ella estaba bien, ¿verdad? Es cierto que a veces otros sufren las consecuencias de nuestros actos y eso es lo que mamá ha hecho tan mal. No pensar en lo que os he podido dañar. Lo siento. Lo siento mucho. Espero que algún día me perdones.

George inició el camino de vuelta, pero antes de darle la mano de nuevo a su padre, volvió sobre sí mismo y en dos zancadas se plantó frente a su madre y la abrazó. Kathy aprovechó el momento para hacer lo mismo.

Florence estrechó los brazos con fuerza, aunque en el último instante temió hacerles daño y lo aflojó. Se dejó besar y los besó, y mantuvo a raya su llanto y su tristeza hasta que los vio desaparecer por el camino de la mano de su padre.

Quince días más tarde volvía a estar en Central Park aprovechando la sombra de unos árboles mientras recogía con su pincel la expresión de una

anciana. Estaba concentrada y relajada. La experiencia de haberse encontrado con los niños había sido muy turbadora, pero también había podido disfrutar por unos segundos de su contacto, de sus abrazos y de sus besos. ¡Si solo pudiera tenerlos ese poco espacio de tiempo!

De pronto, unas manitas taparon sus ojos por la espalda. Florence aguantó la respiración. No podía ser. ¿Otra vez? Siguió el juego y empezó a palparlas. Oía su risa contenida.

—Mmmm... No sé.... ¿Un ángel?

—Nooooo. —La risa era cada vez más evidente.

—Mmmm... ¿Un hada?

—Nooooo.

—¡Ah!!! ¡Ya lo sé! ¡Un pulpo de ocho patas!

—¡Mamá! —la reprendió la niña, pero inmediatamente destapó sus ojos y le permitió girarse para verla.

Estaba allí. Vestida con un lindo vestido verde de viaje y un sombrero a juego. A su lado, George, elegante como un caballero en miniatura. La señora Doubtfire los escoltaba a un par de metros y le dirigió una tierna sonrisa.

—¡Mamá! —dijo entonces George—, todos los pulpos tienen ocho patas. No tienes por qué dar ese dato cuando hablas de ese animal.

—¿Todos? —contestó ella haciéndose la sorprendida.

—Claro —volvió a decir el niño.

—Pero ¿los conoces a todos?

—¡Mamá! ¡Por favor!

Ella se echó a reír y mientras lo hacía abrió los brazos para sentir el contacto de sus hijos. Respiró hondo dejándose llevar por esa dulce sensación.

—Papá nos ha permitido venir a despedirnos. Nos vamos hoy a Deerfield —le explicó George—. Teníamos casi todo en el coche, pero él ha tenido que ir a la Naviera y ha dicho que aprovechémos el momento.

—Genial —respondió ella.

—Acompáñanos, mami. Así estaremos más rato juntos.

—Claro que sí, Kathy, vamos.

Empezaron a caminar con lentitud por el parque. George le empezó a explicar cómo había preparado él el equipaje, para después poder deshacerlo

ordenadamente. Kathy también quiso alardear de lo mismo porque había introducido en el último momento su muñeca más preciada.

Cuando ya les quedaba poco para llegar a la puerta de salida que quedaba justo frente a su casa, Florence se percató de la presencia de un hombre cuyo rostro no le resultaba desconocido, pero sí intimidatorio. Miró a la señora Doubtfire mostrando su nerviosismo y cogió con más fuerza la mano de sus hijos.

—Es Grimm, mamá —susurró George atento a su preocupación—, el hombre de papá.

—¿El hombre de papá?

—Bueno... No sé... Siempre está con él. Ha sido quien nos ha avisado de que estabas en el parque.

Florence volvió a mirarlo. Sabía que lo había visto en algún sitio, pero no recordaba dónde. Michael nunca le había hablado de aquel hombre. Claro que siempre había sido muy reservado con todo lo que se refiriese a su trabajo.

Dos coches estaban en la calle aparcados frente a la mansión. Ambos cargados de maletas. Brick estaba dando las últimas órdenes para que todo quedara bien colocado. Cuando la vio, le sonrió y se acercó a saludarla con una leve inclinación.

—Milady

—Ya no soy milady, Brick. Recuérdelo.

Él se limitó a sonreírle de nuevo y después volvió a mirar hacia los lacayos que estaban acabando de cargar algún que otro bulto.

—¿Todo eso es de los chicos? —preguntó extrañada por la gran cantidad de maletas y baúles que había.

—Papá también se va —dijo entonces Kathy.

—¿Se va? —La voz de Florence había temblado más de lo que ella hubiera deseado.

—A Canadá, milady —respondió Brick bajando la voz y algo inseguro de no estar cometiendo alguna indiscreción para con su amo.

—Bien, niños —dijo entonces la señora Doubtfire—, yo me voy. Espero que os portéis como los niños educados que sois.

—¿Usted también se va?

—Cerramos la casa, milady —respondió—. Todos los sirvientes hemos sido

recolocados.

—Pero... ¿por cuánto tiempo?

—Definitivamente, milady —intervino Brick de nuevo—. Solo me quedaré yo hasta que el señor me informe que se ha vendido.

Ella sintió un frío interior. ¿Se iba? ¿Vendía la casa? ¿Iba a desaparecer de su vida para siempre?

—¡Niños! ¡Al coche!

Su voz era inconfundible. La autoridad que desprendía también era innegable. Había aparecido como de la nada y estaba allí, a tan solo unos pasos. Vestía un traje negro y un chaleco gris. Llevaba un bastón en la mano, perfectamente enguantada. La otra la tenía metida en el bolsillo del pantalón. Florence recordó la sencillez con la que ella iba vestida. No tenía más que dos trajes de verano y ambos estaban ya bastante gastados cuando los había adquirido.

Todo el mundo pareció tocado por un resorte mágico y se movilizaron. Los niños se sentaron. Los sirvientes, incluyendo a la señora Doubtfire, desaparecieron tras las puertas de la casa. Solo Brick se mantuvo sosteniendo la puerta del coche abierta y el llamado Grimm a unos pasos, mirándolo todo como si hubiese algún peligro acechando.

Florence supo que estaba demás, pero la noticia de su marcha la había impactado de tal manera que sus pies habían quedado clavados en la acera.

—Adiós, mami —dijo entonces Kathy, lo que la despertó.

—Adiós, mi vida. Disfruta y sé buena.

—¿Podrás venir a vernos, mama? —Era George el que preguntaba.

—No lo sé George, pero ten por seguro que, si puedo, lo haré.

Les sonrió con toda la serenidad que pudo imprimir a su expresión. Después se giró hacia el parque. Michael estaba justo en su camino. Notó su mirada sobre ella, aunque, en ningún momento se atrevió a alzar la vista.

Echó a andar. Se alejaba de sus hijos y se alejaba de la casa donde había vivido durante ocho años. Cuando se había ido aquella horrible mañana de hacía ocho meses no había tenido la sensación de que fuera definitivo. Había vivido aquellos días como si de una pesadilla se tratase. Pero después de tantos meses y después de tantas cosas que habían ocurrido... Aquella casa iba a pasar a otros dueños, iban a ocupar sus pasillos y sus alcobas, sus salones y

su biblioteca. Pondrían sus propios muebles y las paredes oirían otras voces y otras risas. Todo lo que su matrimonio y su vida habían significado se borraría definitivamente de la memoria de las piedras.

Estaba a la altura de Michael. Él había sacado su mano del bolsillo y se apoyaba en el motor del coche. Se fijó que esa mano la llevaba sin guante y se sorprendió a sí misma echando de menos el calor de su contacto. Levantó un momento la vista y, sin poder evitarlo, quedó atrapada en aquellos ojos azules. No había odio, aunque tampoco amor. No había rencor, ni cariño. Era más bien expectación o curiosidad. Casi le dolió más aquella falta de sentimientos.

—¿Vendes la casa?

Se arrepintió nada más formular la pregunta. Él había dirigido una rápida mirada a Brick sospechando que había sido él la fuente de su información. Pero necesitaba saber si aquello se confirmaba.

—No lo sé. Dependerá de cómo vaya por Canadá. —contestó él con suavidad.

Le estaba hablando y eso la hizo emocionarse, como si un rayo de esperanza se hubiese colado en su interior. Si alguna vez pudiera volver a estar a su lado sin sentir el dolor de la vergüenza... Sin embargo, sabía que eso era imposible. La mancha se hallaba en su interior, tan dentro que nunca podría llegar a limpiarla.

Le hubiera gustado saber por qué se iba a Canadá, qué era lo que lo había empujado tan lejos. Pero no se atrevió. Había tentado demasiado a la suerte. Así que no preguntaría, pero algo debía hacer para desengancharse de esa mirada azul.

Entonces, vio cómo la mano apoyada en el coche se levantaba y le pareció que lo hacía a cámara lenta. Se acercó hasta su mejilla y notó el contacto de sus dedos sobre su piel. La aparente caricia solo fue un impulso por limpiarle un poco de pintura. Florence se dio cuenta de que se trataba del azul cobalto, aquel que más le recordaba a los ojos de él, y pensó que no podía ser tan solo una coincidencia, aunque, inmediatamente se reprochó a sí misma ese pensamiento. No podía albergar ninguna esperanza. Nunca podría deshacer el tremendo error que había cometido. Se estremeció ante lo definitivo que parecía todo aquello. Él pareció arrepentirse de haberla tocado porque retiró la mano rápidamente y sin más la rodeó, se subió al coche en el que también

iban sus hijos y, en cuestión de segundos ya no quedaba rastro de ellos.

En el coche, Michael se miró los dedos manchados de tinta. La había tocado y ella había reaccionado con temor. El temblor fue evidente tanto como su mirada de rechazo. Tampoco le extrañaba. Él tampoco era capaz de soportarse a sí mismo.

## CAPÍTULO 10

Le dolía tremendamente la cabeza y los ojos le escocían. Toda su piel estaba sensible como si cualquier roce pudiera herirla. Un cansancio difícil de superar por más fuerza de voluntad que estuviera dedicando lo hacía caminar con excesiva lentitud. El viaje de regreso había sido muy duro. Atravesar la península del Labrador en pleno invierno les había llevado demasiadas jornadas y había mermado todas sus energías. Pero la inclemencia del tiempo había comportado la imposibilidad de hacerlo por mar.

Necesitaba descansar. Muy probablemente con una noche durmiendo en su mullida cama sería suficiente. Rogó porque el telegrama que había enviado desde Boston avisando a Brick de su llegada hubiera arribado a tiempo para preparar la casa. Pero se necesitaba tiempo para poner a tono una mansión que había estado completamente cerrada dieciséis meses, así que, con un poco de suerte, podría encontrar su alcoba acondicionada.

La expresión de su mayordomo al recibirlo en la puerta lo hubiera conmovido si no fuera porque estaba demasiado molesto con el hecho de haber tenido que regresar. Por un momento estuvo tentado de negarse a hacerlo, pero lo que estaba en juego era una herencia sustanciosa a favor de sus hijos, más el título de Marqués de Fathom para George.

Cuando el matrimonio de Patrick y Olivia cumplió los cinco años sin descendientes, el hermano de Florence ya le había anunciado que iba a hacer testamento a favor de sus hijos. Sin embargo, nada hacía presagiar que iba a tener una muerte tan temprana, ni tan súbita.

Brick le confirmó que había podido arreglar su alcoba y que incluso había podido contratar una doncella y una cocinera para aquellos días en los que él permaneciese en su casa. Pese a ello, la casa estaba muy fría y optó por no

quitarse el abrigo mientras cenaba unos sándwiches en el pequeño comedor que había junto a las estancias del servicio, para gran consternación de su mayordomo, que no estaba acostumbrado a esas informalidades.

Se dirigió hacia la biblioteca donde habían podido encender una lumbre lo que, unido a la cobertura completa de madera, había logrado caldear la estancia.

—No cierre la puerta de la calle todavía Brick. Estoy esperando a Grimm.

—¿El señor Grimm se quedará a dormir, milord?

—No sé... tal vez. ¿Le podría preparar alguna cosa rápida?

—La de esta planta, señor, podría...

—No. Esa no. Déjelo. Ya le pagaré una noche de hotel. Mañana sabré si podré partir inmediatamente.

En aquella habitación nadie más se había alojado desde que había estado Florence y en ocasiones había estado incluso tentado de tapiarla. Si no lo había hecho era para evitar que los sirvientes tuvieran un motivo más de murmuraciones.

Menos de media hora más tarde Grimm estaba frente a él entregándole los informes por escrito que el ejército de informantes que trabajaba para él había redactado a lo largo de aquellos dieciséis meses de ausencia.

Ya había ido recibiendo resúmenes de aquello que se consideraba esencial, pero lo que ahora tenía en las manos era un registro minucioso y exhaustivo que sometía a cualquiera de los allí relacionados a una transparencia total sobre sus vidas.

Michael los ojeó. Hablaban de la mayoría de los propietarios de sus inversiones, de sus propios trabajadores que ocupaban puestos de mayor responsabilidad o exigencia de discreción, de los propios informantes escogidos de forma aleatoria, de sus principales competidores... Lo que había empezado como una necesidad puntual antes de establecer un negocio, se había convertido en una especie de obsesión paranoica por la información. Mientras Jenkins podía hablarle de la marcha de la bolsa y de los contratos con más influencia en su sector; Grimm y sus hombres le informaban de los más recónditos secretos de aquella misma gente con la que firmaba contratos.

Sin embargo, había un informe de entre todos aquellos que era el que en verdad lo había estado obsesionando desde que decidió regresar. El que le

hablaría de lo que había hecho Florence Howland.

Sabía que no habría nada excesivamente relevante, puesto que, si así fuera, se lo hubieran hecho llegar por correo; pero en la cotidianeidad, a veces, era donde se encontraba la esencia de una persona.

Miró a Grimm. Él supo qué quería, aunque primero le pidió permiso con un gesto, para servirse una copa. Ressay tampoco utilizó la voz para concedérselo.

—Ha expuesto tres veces a lo largo de este tiempo, una de ellas en la prestigiosa Gagosian. La crítica habla de ella como de una de las mejores pintoras del siglo xx. Eso y el haber ampliado las horas de la academia le han posibilitado cambiar de domicilio.

»Sigue en el Greenwich Village, pero ahora tiene alquilado un apartamento en una planta baja con dos habitaciones, cocina e incluso cuarto de baño. También hay un jardín interior que comparte con el resto de vecinos.

»Además, tener una vivienda más grande le permite aceptar visitas. Lo hacen los habituales, aunque últimamente se ha ampliado con una nueva amiga, Sibyll Foster, una jovencita de los bajos fondos con voz de soprano que llegó a alojarse en su casa durante tres semanas.

Grimm esperó a que su jefe asimilase la información que acababa de recibir. Todavía le quedaba por informar de algún tema más escabroso.

—Corre el rumor de que Lloyd Bullock la corteja.

—¿El dueño del Casino Theatre?

—Sí. Es información reciente, de hace un mes aproximadamente. Dicen que le ha encargado los escenarios de su próxima producción, Havana, que quiere estrenar en primavera. Se los ha visto juntos cenando en algún restaurante, ella ha recibido más de un ramo de flores de proporciones gigantescas y Tancredi ha protagonizado algún que otro disturbio por exceso de alcohol. Pero no hay nada seguro. En cualquier caso, el magnate no ha entrado en su casa. Ni siquiera los sábados, en los que han tomado la costumbre de juntarse y alargarlo hasta altas horas de la madrugada, sobre todo, la Saparova o Tancredi

Michael dio un sorbo al whisky que tenía en la mano. Últimamente necesitaba bastante dosis para empezar a notar los efectos calmantes sobre la rabia continua que lo comía por dentro. Aquella noche, necesitaría triplicarla.

—Tres veces ha ido a Deerfield, aunque lo ha intentado algunas veces más

—continuó—. Las veces que lo ha conseguido se coloca sobre una loma que hay a unos cincuenta metros desde donde tiene la posibilidad de ver cómo los niños hacen actividades al aire libre.

—¿Por qué no lo consigue siempre?

—No es nada fácil llegar sin transporte propio, milord. Hay que tomar un tren de Nueva York a New Haven y enlazar con otra línea de ferrocarril hasta Northampton. Pero solo lo puede conseguir si el primer tren sale puntual, a las cuatro de la mañana. Después en Northampton puede tomar un carruaje que, una vez al día, se desplaza hasta Deerfield y los alrededores para llevar viandas. La academia es la primera parada de un recorrido circular que le lleva unas dos o tres horas. Volver, por tanto, a cogerlo es imprescindible para poder regresar el mismo día, aunque, en cualquier caso, deberá hacer noche en New Haven, puesto que la circulación hacia Nueva York queda suspendida a partir de las veintitrés horas.

Michael desvió la vista hacia el fuego. No quería oír nada más. Le seguía doliendo la cabeza como si se la estuvieran martilleando desde el interior.

—Hay algo más, milord, que debe saber.

Estuvo a punto de decirle que ya tenía bastante y que se fuera de allí, pero Jack Grimm no era un hombre que disfrutase de la charla. Si quería seguir hablando debía ser importante. Le hizo un leve gesto de asentimiento, pero siguió con la mirada fija en la chimenea.

—La semana pasada se presentó en el sepelio de su hermano. Al principio solo hubo algunos comentarios entre los asistentes y algún gesto evidente de rechazo al separarse unos metros de ella. Sin embargo, el conde de Maine, John Fitzgerald, empezó a manifestar en voz alta su convencimiento de que no debían permitir que estuviera allí. Le siguieron otras voces hasta que finalmente tuvo que abandonar el camposanto.

Expulsada del entierro de su propio hermano. Hasta allí llegaba la venganza sobre quien se comportaba de manera indecente. ¿Era eso lo que él había estado persiguiendo desde el momento en que inició el divorcio? Algo en su interior le decía que aquello no solo era injusto. Era cruel. Pero ¿quién era él para renegar de ese comportamiento? El mismo que no le permitía ejercer de madre. Quien provocó que fuera torturada. Y, sin embargo, no podía retroceder. Cada vez que lo pensaba la veía desnuda, la veía riendo, la veía

con Tancredi...

—Señor. —Grimm le estaba llamando la atención ante la evidencia de que no le estaba escuchando—. Tiene que saber que lord Trenton la siguió.

Oír mencionar el nombre de aquel hombre le despertó todos los sentidos. Lo conocía. Lo conocía muy bien. No solo porque tenían intereses mutuos en varios negocios. Era la encarnación de la depravación hasta el punto que sabía sin ningún género de dudas que, en más de una ocasión, habían tenido que acudir los servicios de urgencias después de haber estado con una prostituta. El mismo Grimm tenía un informe completo de él en el que se relataban las actividades más degeneradas con todo tipo de víctimas inocentes.

Grimm se había quedado en silencio. Michael le dirigió una mirada interrogadora.

—Uno de mis hombres tuvo que intervenir. Esperar a que llegase la policía hubiera sido demasiado tiempo. Tiene un brazo roto y tres profundos arañazos en su cara. Estos últimos, autoría completa de Florence Howland.

¡Maldito fuera! Su imaginación voló hasta entender cómo ella había llegado a tener que arañarlo. ¿Tuvo miedo?

—Recompensa a tu hombre con el doble de la paga.

—De acuerdo, milord.

—¿Hay algo más, Grimm? Mañana tengo que ir al notario muy pronto.

—No, señor.

—Bien, pues. Hasta mañana entonces

Antes de llegar a su dormitorio le pidió a Brick que le sirviera algo para la fiebre. Sabía que le estaba subiendo y necesitaba estar totalmente bien al día siguiente, aceptar la herencia en nombre de sus hijos y marcharse de aquella ciudad, otra vez, a la velocidad del rayo. Cartwright, con todo su hielo, le parecía ahora un pueblo infinitamente más acogedor que la maldita Nueva York.

Al despertarse, al día siguiente, la fiebre no había mejorado, por lo que volvió a ingerir el té de canela que le habían preparado y prefirió no desayunar nada más. Jenkins lo recogió a las diez en punto, tal y como habían quedado, y Brick los acompañó conduciendo el coche cubierto.

El despacho del notario estaba en el último piso de uno de los más recientes rascacielos del East Village, desde el que se tenían unas vistas espectaculares

de Brooklyn.

Estaba todavía deshaciéndose del abrigo, el sombrero y los guantes cuando el notario Cranston acudió a recibirlos haciendo todos los honores. Después de preguntarle sobre el viaje que sabía había tenido que hacer para llegar hasta allí, les guio por un pasillo enmoquetado que cruzaba toda la planta, sin dejar de enorgullecerse de tener a tan ilustre cliente en su despacho. Sin embargo, segundos antes de entrar en la sala donde el testamento debía ser leído, una frase dejó a Michael clavado en el pasillo.

—La viuda y la hermana del difunto ya se encuentran en la sala.

—¿Cómo que la hermana del difunto? —preguntó Jenkins avanzándose a la cuestión que le martilleaba a él en la cabeza—. No tiene ningún derecho sobre los niños, mi cliente es el total...

—No viene en calidad de madre de los herederos principales, señor Jenkins, ella ha sido llamada también a heredar.

—Pero... eso no es posible. El difunto y su hermana no tenían relaciones.

—Creo que no puedo contestar a eso sin avanzar el contenido del testamento, querido letrado.

Tendió la mano hacia la puerta y la abrió. Michael cuadró los hombros antes de entrar intentando aparentar una normalidad que, en ese momento, no podía sentir. La fiebre, que no había cesado, lo estaba minando y, con aquella sensación de debilidad, le iba a ser muy difícil mantener su postura ante ella.

La sala era grande y rectangular. En el centro, había una enorme mesa de madera en la que cabían más de veinte personas. En la silla central justo frente a la puerta de salida había un hombre vestido todo de negro que muy probablemente ejercía de oficial. Ocupando uno de los laterales estaba Olivia de Howland y su hermano John Fitzgerald, a quienes saludó con una ligera reverencia y murmurando unas palabras de condolencia. Separados por unos cuantos asientos hacia la izquierda, Florence y Mario Tancredi.

Michael sabía que la comparecencia ante el notario debía hacerse siempre acompañado de un testigo. Debía ser alguien que pudiese acreditar la plena capacitación de quien iba a recibir una herencia y para certificarla debía cumplirse el requisito de conocer al heredero un mínimo de un año antes de la aceptación. Florence había escogido como su testigo a Mario Tancredi. El mismo hombre que la había besado, que la había seducido, que la había

amado... Efectivamente, hacía ya dos años de aquello y, sin embargo, para Michael era una herida abierta y supurante.

Se sentó en una de las sillas que tenía más a mano y ocupó el sitio central frente al notario, que se sentaba en ese momento. La cabeza le iba a estallar. Tancredi lo había mirado con arrogancia, como si estuviera dispuesto a emprenderla a puñetazos allí mismo. Ella solo había levantado un momento la vista, la había fijado en sus ojos y había notado cómo los entornaba ligeramente, como si se estuviera preguntando qué hacía allí.

—Bien —dijo el notario Cranston—, procederemos a la obertura y lectura de las últimas voluntades de Patrick Howland, marqués de Fanthom y...

Siguió un largo, aburrido y tedioso recital de términos legales que parecían no acabar nunca. Todo el mundo permanecía en un silencio expectante. Por fin, se iniciaron las disposiciones que tenían que ver con el destino de todo el patrimonio.

—Lego a mis sobrinos, George y Kathy Firth, hijos de Michael y de Florence, nacidos el....

La identificación de los niños precedió a la enumeración de todas y cada una de las propiedades que tenía el marqués de Fanthom, que no eran pocas y estaban desperdigadas casi por medio mundo. Sus hijos no tendrían que preocuparse jamás por nada referente al dinero. No sabrían lo que eran las penurias, ni la falta de comida o de abrigo. Lo mismo que podría haber tenido su madre, quien, sin embargo, vivía en un apartamento de cincuenta metros cuadrados en uno de los peores barrios de Nueva York y vestía un vestido que, sin duda, era de una lana basta y áspera. ¡Maldita sea! Tenía que dejar de desvariar. Era incapaz de pensar con ella en la misma sala.

—... nombrando usufructuaria de esta propiedad a mi amada esposa Olivia...

Como era de esperar, cedía los derechos de uso de su gran mansión de Nueva York y de la casa de los Hamptons a la viuda, a quien le brillaban los ojos y no parecía que fuera por la pena de la muerte de su marido.

—Por último, y con respecto de la propiedad de Londres, consistente en la edificación y sus trescientos acres, propiedad histórica del marquesado de Fanthom desde el siglo xv, lo lego en toda su integridad, libre de todo tipo de cargas, a mi hermana Florence Howland, quien espero que sepa perdonarme.

—¡No! ¡Me niego! ¡Esto es inmoral! ¡Inaudito! ¡Lo impugno!

Los gritos de Olivia eran agudos y estridentes, y apagaban los que muy probablemente estaba profiriendo también su hermano a la vista de los aspavientos que hacía. Michael, sin embargo, solo tenía ojos para la mano de Tancredi que había visto posarse sobre la mano de Florence, hasta que levantó la vista hasta su rostro y la vio mirar con fijeza al notario, como si así lograra descifrar dónde estaba la trampa de aquellas palabras, mientras el labio superior le temblaba ligeramente.

—Señora Howland —dijo entonces el notario intentando hacerse oír entre los gritos que continuaban—, su hermano me dio además esta carta personal para usted.

Y, extrayendo un sobre cerrado del sobre mayor donde había estado guardado el testamento, lo puso frente a ella sobre la mesa. Florence lo miró, pero no lo cogió. Tancredi apretó su mano como si así le infundiese ánimos para hacerlo.

—Señor Cranson —se oyó ahora la voz ruda de John Fitzgerald—. No podemos aceptar tamaña infamia. Mi cuñado era un hombre decente y había repudiado a esa mujer.

—Milord, siento decepcionarlo, pero yo mismo fui testigo de la modificación testamental que ordenó el marqués hace tres meses y, conocedores de la reacción y sorpresa que este cambio podía suponer, dispuso la presencia de cinco testigos diferentes que acreditaban su buen estado mental. Todas ellas personalidades indiscutibles y de total prestigio.

—¡Me niego a aceptarlo! —volvió a gritar Olivia de Howland—. Soy la marquesa de Fathom y la propiedad de Londres...

—Señora, lamento decirle que el título también está entre las propiedades que ha heredado su sobrino George y no podéis utilizarlo. Además, tenéis que saber que, no siendo vos heredera de las propiedades si no únicamente usufructuaria, no podéis impugnar estas disposiciones.

La cara de la mujer se tiñó de un rojo intenso como si estuviera a punto de explotar. Pero, entonces, pareció recordar algo y se giró con una sonrisa maliciosa sobre Ressay.

—Vizconde, cuñado mío. Tenéis que proteger los intereses de vuestros hijos que son aquí las víctimas de esta iniqua. ¡Impugnad vos el testamento!

El notario lo miró esperando una señal en un sentido u otro. Michael todavía seguía, sin embargo, obsesionado con la mano de Tancredi.

—Señor Cransom —intervino entonces Jenkins—, tengo entendido que tenemos un mes para impugnar y que, mientras no se resuelva, las propiedades quedan en reserva bajo su custodia. ¿Es así?

—Efectivamente, letrado. Así sería. Si no impugnan los herederos, deberán firmar en este acto la aceptación y podrán disponer de sus bienes inmediatamente. Pero si lo impugnan... —En ese momento pareció recordar algo y desvió la vista hacia el sobre para retirarlo de la mesa—. Perdone... tampoco esto podrá ser abierto.

La mirada de Florence fue de tal abatimiento que Michael llegó hasta sorprenderse. Parecía que le importaba más perder esa carta que la propiedad que estaba en juego. La reacción además había provocado que se soltase de aquella maldita mano y Ressayre pensó que podía respirar de nuevo.

—Pero eso no tiene importancia —dijo de nuevo Fitzgerald—. Lo importante es que se haga justicia. Tal vez, deberíamos leer todos esa maldita carta para comprobar si es cierto que estaba en sus cabaes.

—Conde de Maine, la carta es de naturaleza privada...

—Ni privada, ni nada. Esa mujer es una furcia. Puede haber realizado todo tipo de actos depravados para encandilar a su propio hermano. Sería capaz hasta de los actos más obscenos. Exijo saber...

—¡Silencio! —Cransom había perdido definitivamente la paciencia—. No tolero más ese lenguaje y esa actitud en mi notaría. Solo los legales herederos y, en su nombre, su representante pueden impugnar el testamento, así que, vizconde, dígame si quiere hacerlo o no.

—Disculpe, notario —volvió a hablar Jenkins—, usted mismo ha dicho que disponemos de...

—Acepto el testamento y no quiero impugnarlo —dijo entonces Michael, lo que provocó un silencio absoluto en la sala y que todas las miradas se concentrasen en su persona—. Dígame dónde tengo que firmar y acabemos con esto de una vez.

Sabía que la voz le había surgido áspera. Empezaba a notar un ahogo interno, como si no pudiese respirar, y le parecía intuir que la fiebre le había subido. Pero, además, había visto cómo Tancredi cerraba en un puño su mano derecha

mientras que la izquierda se posaba de nuevo atenta y consoladora sobre Florence ante las acusaciones de aquel imbécil de Fitzgerald. Aquel hombre ejercía el papel que él había ejercido durante ocho años. Había sido su protector, su defensor, quien podía calmar y reconfortar.

Se levantó con brusquedad y la fiebre le jugó una mala pasada provocándole un mareo que le obligó a sentarse de nuevo o más bien a caer sobre el sillón.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó el notario.

—Sí, sin duda. Prosigamos por favor. —La voz tenía un deje de jadeo que no pudo evitar.

El secretario puso frente a ellos unos papeles mientras que Olivia y su hermano se iban de la sala amenazando con ir a los Tribunales por aquella tropelía.

Michael firmó y deslizó los papeles hacia Florence. La miró de reojo mientras ella lo hacía y vio su mano temblar. El notario les tendió la mano, así como el secretario, y empezó a conducirlos hacia la salida.

—Señor Cransom. —Su voz era tan suave y aterciopelada—. ¿Puede darme la carta?

—¡Oh! ¡Por Dios! Tiene usted razón.

Minutos más tarde, los cuatro bajaban las veinte plantas en un lentísimo ascensor en el que solo se oía el crujir de la maquinaria y ante un ascensorista que, pese al saludo de buenos días, comprendió rápidamente que no debía iniciar ninguna conversación.

Sin embargo, justo antes de llegar al vestíbulo oyó la inspiración profunda de Florence y sus palabras.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

La miró. Su expresión era de verdadera preocupación y, por un momento, tuvo un enorme deseo de sentirse abrazado por ella, cuidado, atendido, mimado... El ascensor llegó a su parada. Ella seguía esperando la respuesta. Él no podía hacerlo sin que su voz le delatase. Finalmente Tandredi tiró de su mano y se la llevó unos pasos.

En el vestíbulo, Michael se topó con Hollister, quien con grandes aspavientos celebró la coincidencia alegando que, justamente, debía verlos aquel día. En aquella misma planta había un restaurante donde poder tomar un refrigerio y los invitaba.

Florence ya estaba en la puerta de salida cuando ellos eran conducidos a aquella cafetería. Seguía mirándolo como si en verdad estuviese preocupada por su salud.

Se tomó un té y el líquido caliente parecía que le estaba haciendo bien. Sin embargo, en segundos comenzó a sentir un nuevo ahogo, como si le fuera imposible respirar. Se disculpó con Hollister y le pidió que se quedara con Jenkins para acabar de solucionar el tema del que estaban hablando.

Al llegar a la puerta de salida se dio cuenta que un gran vendaval de nieve estaba azotando a los pocos transeúntes que había por allí. Por fortuna, Brick estaba justo al pie de las escalinatas. Solo eran unos pasos. Abrió la puerta y se preparó para recibir el frío.

Sin embargo, nada más poner el pie en el exterior, oyó su voz. ¿Todavía estaba allí? En efecto, intentando protegerse del frío se cogía las solapas del abrigo para subírselo hasta el cuello. Tancredi no estaba, pero John Fitzgerald sí.

—Déjame —había dicho ella

—No hasta que me digas cómo le convenciste, ¡bruja!

—No lo había visto desde hacía dos años.

—No es cierto.

En ese momento, Fitzgerald enmudeció al verlo a él en la puerta.

—¿A ti también te ha vuelto a seducir, Retsy? ¡Cómo, si no, permites que esta zorra se siga burlando de ti!

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a ella sin siquiera mirar a John.

—Mario ha ido a buscar un coche de alquiler —respondió.

Asintió con la cabeza. Mario, Mario, Mario. Él la protegía. Él la cuidaba. Él la atendía.

—¡No sabes lo que es la *honoradez*! —volvió a insistir el hermano de Olivia

—No —respondió ella—. Tengo una ligera idea de lo que es la *honradez* y, tal vez, también sepa algo sobre la *honorabilidad*; pero ha quedado patente que tú, de estos dos conceptos, no tienes ni idea.

Michael estuvo a punto de sonreír ante la audaz y rápida respuesta de Florence cuando, de pronto, vio que una tremenda bofetada le cruzaba la cara con tal intensidad que la tiró al suelo.

Un fuego interior le devoró las entrañas como si estuviese en el mismísimo infierno y, reaccionando como una bestia salvaje, se lanzó sobre Fitzgerald y lo apresó contra la pared mientras le apretaba el cuello.

Justo en ese momento, las puertas del edificio volvieron a abrirse y salieron cuatro o cinco personas, hombres y mujeres, cerrándose los abrigos para protegerse del frío. La escena que se les puso delante era terrorífica. Un hombre estaba ahogando a otro. La víctima empezaba a cambiar de color.

—¡Lo va a matar!

—¡Policía! ¡Llamemos a la policía!

—¡Socorro!

Michael seguía con la vista clavada en aquel ser despreciable. Lo veía con los ojos desorbitados y sabía que estaba sufriendo. Los labios empezaban a tener un extraño color violeta. Las manos, que intentaban deshacerse del brutal abrazo, perdían fuerza.

—¡Michael! ¡Por favor!

¿Era ella? ¿Florence? Apretó un poco más. La rabia que sentía solo se calmaba imprimiendo fuerza en sus dedos sobre la nuez de aquel ser.

—¡Los niños! ¡George! ¡Kathy! ¡Piensa en los niños! ¡Michael! ¡Los niños!

Entonces reaccionó. ¡Dios santo! Aflojó las manos y vio cómo Fitzgerald caía a sus pies como un títere sin cuerdas. ¿Lo había matado? Pero en ese momento, una tos y el movimiento de sus manos, que se abrían la chaqueta y la corbata para intentar dejar pasar más aire, le mostró que todavía estaba vivo.

Una sirena anunció la llegada de la policía. Levantó la vista. Florence estaba a su lado. Su expresión era de terror mientras miraba a Fitzgerald. A su espalda, aquellas personas los estaban mirando atemorizados sin atreverse a acercarse excesivamente. Tancredi estaba subiendo las escaleras de dos en dos. La sirena cada vez se oía más cerca

—¡Llévatela! —le gritó a Tancredi

—Pero... —intentó balbucear ella

—¡Llévatela! ¡Tiene antecedentes!

Entonces Tancredi pareció entender y, sin dar más tiempo a nada, la tomó de los hombros y se la llevó casi arrastrándola hasta el coche de alquiler que ya los estaba esperando.

Tancredi la protegería. Tancredi la cuidaría.

Miró de nuevo hacia el suelo. La carta de su hermano estaba allí.

## CAPÍTULO 11

Florence se había sentado en las escalinatas del Metropolitan, justo bajo una de sus columnas corintias desde la que podía divisar la puerta de entrada de su antigua casa. Había oscurecido y hacía mucho frío hasta el punto que la nieve había helado y mostraba su aspecto más amenazador. El Metropolitan había cerrado hacía ya un par de horas y habían dejado de pasar las decenas de personas que lo visitaban a diario.

Ella había sido una de aquellas personas en un tiempo que, ahora, se le antojaba muy lejano. Le encantaba perderse en aquel edificio. Todo en él era perfecto. Su arquitectura y sus exposiciones. La sala africana y la egipcia, la de arte moderno o la de clásico. La gente que lo visitaba solo por el placer de disfrutar del arte y aquellos que lo hacían para inspirarse y envidiar a los que habían sido capaces de plasmar, en un lienzo o en un material, una idea o un sentimiento. Seguramente, fue en sus salas donde ella había descubierto su pasión por la pintura.

Había empezado a visitarlo casi por aburrimiento, por no saber qué más hacer con una vida que, en realidad, lo tenía todo cubierto. La casa estaba ordenada por un regimiento de sirvientes organizados por un mayordomo y una gobernanta a los que nada se les escapaba. Los niños tenían su propio personal de servicio, más la institutriz diaria y, en días alternos, un profesor de música para cada uno que continuó incluso cuando empezaron a acudir con regularidad a una escuela para élites en Madison Avenue. Se había leído todas, o casi todas, las novelas de la biblioteca, odiaba bordar y tenía que hacer grandes esfuerzos para no bostezar con las visitas, tanto cuando acudían a su casa como cuando era ella quien lo hacía. El Metropolitan estaba allí, justo al lado de su casa. Una construcción imponente. Así que un día entró. Y,

entonces, se descubrió a sí misma maravillada ante la obra de Brueghel, Velázquez o Cézanne, y compró su primer pincel en la misma tienda que el Museo había instalado en el Hall central, junto con un cuaderno de dibujo y unos óleos, y quedó definitivamente atrapada.

Había empezado a cambiar su vida y en ese momento fue también cuando se inició su distanciamiento de Michael. Él, cada vez más sumido en su trabajo. Ella, a cada momento más inmersa en el arte. Él, que formaba parte del grupo social más selecto de Nueva York. Ella, que se codeaba con los parias, desarraigados y rebeldes.

Dos años más tarde estaba en la calle, a veinte metros de la que había sido su casa, sin atreverse siquiera a llamar a la puerta, pero sin poder moverse de allí. El Michael que había visto aquella mañana en el despacho del notario era un hombre muy diferente físicamente. Conservaba su atractivo indudable, pero se había dejado barba, su expresión era totalmente árida, vacía de la bondad que siempre lo había caracterizado y en los ojos tenían un brillo helador. Pese a ello, solo verlo supo que algo más le ocurría. Respiraba con dificultad y se le notaba incómodo. El ligero vahído que le sobrevino al levantarse le hizo pensar en alguna enfermedad; pero ya fue cuando intentó apartarlo de John Fitzgerald cuando no tuvo ninguna duda. Preso de aquella ira animal, ni siquiera había notado cómo ella le había cogido las manos para separarlas del cuello que estaba estrangulando y con ese roce advirtió la temperatura excesiva.

En cuanto Tancredi creyó que la había dejado a salvo en su casa, salió y llegó andando hasta el que había sido su hogar. Todo estaba demasiado cerrado, como había permanecido durante los dieciséis meses de ausencia, pero había llegado a ver luz en el piso superior y hacía una hora que había visto entrar al doctor Lancaster, el médico que siempre los había atendido. El hecho de que tardara tanto tiempo en salir solo podía ser prueba de que lo que fuera que estaba enfermando a Michael era grave. Por ese motivo, no dudó en lanzarse escaleras abajo al ver al galeno salir de la vivienda.

—¡Doctor!

La reconoció al verla. Pero su gesto contrariado le indicó que no le iba a ser fácil obtener de él la información que buscaba.

—¡Por favor! Dígame qué ocurre.

—Milady, yo...

—Doctor, usted sabe que el vizconde es mi marido ante los ojos de Dios — le dijo apelando a su creencia ultra católica.

—Pero... si él se entera de que yo...

—No se enterará. Soy la primera interesada en que no lo sepa. Dígame qué tiene.

—Es difteria, milady.

—¿Difteria? —repitió horrorizada ante la evidencia de una enfermedad que cada año mataba a centenares de personas.

—Debe haberla contraído en Canadá. Me consta que hay una epidemia en ese país y lo peor es que, justo por esa causa, la medicina que se ha demostrado más efectiva está prácticamente agotada en nuestra ciudad. Eso nos pasa por ser solidarios con los demás y olvidar que, por encima de todo nos debemos a nuestra patria....

—¿Qué medicina?

—Una antitoxina. Fue descubierta hace pocos años, por eso su comercialización todavía no está muy extendida; pero, si se toma a tiempo, la difteria deja de ser mortal. Lamentablemente, en el caso del Vizconde vamos a tener que confiar en su buen estado físico y en los remedios más tradicionales. Le he recomendado cataplasmas antiinflamatorias e infusiones contra la fiebre. No puedo hacer más. Intentaré volver en un par de días. Lo siento, milady, debo dejarla. Es muy tarde y mi señora estará preocupada.

Florence vio cómo se alejaba intentando llamar a uno de los coches de alquiler que pasaban por la Quinta Avenida. Volvió a mirar hacia la puerta. ¿Qué debía hacer? ¿Contaría Brick con toda la ayuda necesaria?

En ese momento, la puerta lateral del servicio se abrió y dos mujeres embozadas en sendos abrigos y con pañuelos que les cubrían la cabeza salieron a toda prisa. No tuvo ninguna duda. Se trataba del servicio que escapaba de la casa. La difteria era muy contagiosa y ese tipo de enfermedades causaba estragos, sobre todo, entre las clases menos adineradas, que no contaban con algunas comodidades necesarias, como una habitación sin corrientes de aire o una buena alimentación.

Una ráfaga de aire le recordó que si seguía allí mucho más tiempo sería ella la que, al final, enfermase. Podía volver a su casa y regresar al día siguiente.

Pero saberlo enfermo y vulnerable la estaba corroyendo por dentro. Si Olga la viera, le diría que estaba siendo absurda. ¿Por qué seguir pensando en un hombre que la había dejado de querer hacía tanto tiempo? Mucho más que eso, un hombre que la odiaba con todas sus fuerzas.

Sin embargo, su corazón seguía palpitando con fuerza cuando lo veía y sentía un dolor extremo al recordar el daño que le había causado. Su felonía lo había transformado en otro ser y, aunque nunca volviese junto a ella, sentía la necesidad de hacer lo que fuera porque ese hombre bondadoso y lleno de amor que la había cautivado volviese a predominar en el cuerpo de Michael. No soportaba ver cómo se destrozaba a sí mismo embargado por el odio. Y tampoco se lo merecían sus hijos que, si bien se habían quedado sin madre, deberían recuperar a su padre.

Sin apenas ser consciente de lo que hacía, se vio a sí misma aporreando la puerta de servicio. Brick tardó más de la cuenta en aparecer.

—Milady, yo... lo siento... No sé dónde está la doncella que debía abrir...

—Se ha ido Brick.

—¿Cómo?

—Las he visto hace un momento. Una mujer joven y otra más mayor y regordeta.

—La señora Thompson, la cocinera —murmuró Brick más para sí que como explicación.

—¿Era el único personal del que disponías?

Brick asintió. Se lo veía cansado y sobre todo muy preocupado. De otra forma, hubiera recordado que debía mantener la postura recta, no desviar la mirada y mostrar la dignidad que correspondía a la casa que servía.

—¿Cómo está, Brick?

El mayordomo miró hacia el interior y tragó saliva de manera evidente. Estaba claro que se estaba debatiendo entre decirle la verdad o mantener las apariencias de control. Pero saberse solo en una enorme mansión y con un enfermo muy grave al que atender no era tarea fácil.

—Brick, déjame entrar. Yo puedo ayudar.

—Milady, no me pida eso. Sabe que no puedo.

—Se trata de circunstancias especiales. ¿No crees que algunas normas pueden cambiar cuando eso ocurre? Solo quiero ayudar.

—Es que no... Si el señor se...

—Le diré que me he colado por la ventana, que no pudiste hacer nada para evitarlo.

—No sé, milady, yo...

—Brick, estás solo. ¿Durante cuánto tiempo crees que podrás mantenerte despierto para atenderlo? La difteria es muy grave.

—¿Cómo sabe...?

—El doctor Lancaster.

En ese momento un sonido estruendoso proveniente del piso superior invadió todo el espacio y Brick, sin dudar un segundo, se lanzó escaleras arriba. Florence lo siguió.

Se dirigieron directamente a la habitación principal que había ocupado siempre Michael. Al acceder lo vieron en el suelo, tirado. A su alrededor, la mesita de noche estaba desparramada y con ella todo lo que seguramente tenía encima, la lámpara, un vaso de agua, unos botes de vidrio...

Él estaba aferrado a la sábana como si eso pudiera impedirle caer más. Vestía solo un pantalón de algodón blanco, pero no llevaba camisa. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía que por ello estuviese viendo nada puesto que los tenía fijos en la cama. De la boca semi-abierta surgía unos jadeos que indicaban, sin ningún tipo de duda, la dificultad que tenía para tomar aire; pero lo que lo hacía más evidente era el tono azulado de sus labios.

—¡Ayúdeme, Brick! —dijo ella—. Tenemos que incorporarlo.

Lo hicieron, no sin dificultad ante la excesiva rigidez de su cuerpo. La falta de aire le estaba generando una tensión brutal. Pudieron, sin embargo, colocarlo en la cama, pero Florence insistió en que permaneciera sentado. Estaba muy caliente. Parecía poder respirar un poco mejor, aunque el resuello era fuerte.

—¡Abra la ventana!

—Milday, estamos a cinco grados bajo cero.

—¡Lo sé! ¡Ábrala y tome nieve del alféizar! ¡Póngala aquí! —Y le dio la camisa que encontró sobre la butaca y que muy probablemente era la que había llevado esa mañana.

Brick optó por no discutir más y obedecer. Mientras tanto, Florence repasó todas las lociones que había por el suelo. Encontró una de jengibre. Sabía que

tenía propiedades antipiréticas así que le serviría. A Michael lo invadió un ataque de tos. Apenas podía coger aire y las convulsiones de su cuerpo eran estremecedoras de manera que se iba como desmembrando con cada una de ellas. Ella se colocó a su espalda para conseguir mantenerlo en una posición más incorporada y, mojando una de las compresas que había cogido del suelo, se la colocó sobre la frente con la loción.

—Colóquele la nieve sobre el pecho.

—Milady...

—¡Por favor, Brick! ¡Hágalo! Martin Grishman me enseñó una vez que el hielo tiene propiedades antiinflamatorias casi milagrosas. No puede respirar porque hay algo en su interior que se lo impide.

El mayordomo se la colocó envuelta como estaba por la ropa a la altura del pecho. Florence, manteniéndola pegada a la piel desde su espalda, impidió que resbalase. El frío de la noche estaba entrando en la habitación, pero no quería cerrar la ventana. A fin de cuentas, la puerta cerrada garantizaba que no hubiera corrientes. Sabía también que para bajar la fiebre era importante huir del calor.

En pocos minutos la respiración de Michael pareció normalizarse. Estaba funcionando. Se mantuvo, sin embargo, en esa posición todavía un rato más, hasta que las piernas se le entumecieron y los brazos le empezaron a pinchar como si tuviera miles de agujas clavadas, por intentar mantener la compresa de jengibre en la mano y la camisa con nieve en su pecho.

Brick había acabado de recoger todo lo que había caído por el suelo y todavía recambió la nieve dos veces más utilizando para ello unas toallas del cuarto de baño. Además, se dedicó también a empapar otros paños con la medicina contra la fiebre y, siguiendo las instrucciones de Florence, se los colocó en muñecas y tobillos.

Finalmente, Michael ya podía tomar aire por la nariz. Florence notó que también había adquirido total consciencia de dónde y con quien estaba. Se lo acabó de confirmar la mirada de Brick, que mostró cierto azoramiento y el temblor de sus manos. Se apartó con cuidado y dejó que volviera a reposar sobre las almohadas sin recuperar la posición horizontal.

El mayordomo murmuró unas palabras y se fue de la habitación. Ella se dirigió hacia la ventana y la cerró. Sin embargo, no avivó el fuego. Un solo

tronco crepitaba. Suficiente para mantener la habitación en una temperatura no excesiva.

Volvió la cabeza hacia la cama y vio lo que hacía unos minutos estaba sintiendo, la mirada de Michael fija en su persona.

—¿Qué haces aquí?

El tono había sido susurrante, pero Florence sabía que no era porque quisiera hablar en voz baja, sino porque todavía sentía las consecuencias de su falta de aliento.

Se acercó y le quitó la última cataplasma de nieve. Después lo secó con una toalla. Él, con más vigorosidad de la que hubiera podido imaginar, paralizó ese movimiento tomándole una de las muñecas.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

—El servicio ha huido. Brick está solo. Completamente solo. Te prometo que, en cuanto seas capaz de bajar las escaleras sin ayuda, me iré. No tendrás que pedírmelo siquiera. No lo hagas por ti. No lo hagas por mí. Hazlo por Brick. Está desesperado.

En ese momento, como si hubiera estado esperando, el mayordomo apareció de nuevo en la habitación. Llevaba en las manos una bandeja con una taza de algo que olía como caldo. Se acercó al lecho y se detuvo un momento mirando a su señor, como pidiendo permiso para entregárselo. Su expresión era suficientemente evidente. Ojos rojos, tez pálida, labios resecos...

—No tengo hambre.

—Milord, el médico ha dicho que debe ingerir muchos líquidos y con el máximo alimento posible para estar fuerte.

—También ha dicho que cualquier persona que estuviera en esta habitación debía cubrirse boca y nariz.

Brick miró con cara de desolación a Florence. Ella sonrió y se dirigió a la cómoda. Sabía perfectamente dónde guardaba sus pañuelos de seda. Le colocó uno al mayordomo y se puso otro ella.

Tomó la bandeja de las manos del sirviente y sin esperar confirmación se lo puso a Michael sobre las piernas. Cogió la cuchara y recogiendo un poco de caldo se lo acercó a la boca. Él la miró a los ojos de manera profunda, pero Florence se vio incapaz de descifrar esa mirada. ¡Había cambiado tanto! Hacía dos años no habría necesitado ni una milésima de segundo para saber

qué pensaba.

Finalmente abrió la boca y ella siguió dándole de comer. Hacia la mitad él rechazó más comida. Le notó cansado. Retiró la bandeja y se la entregó a Brick.

—Vaya a descansar ahora. Mañana deberá sustituirme.

—Estaré en el sofá de la sala del fondo, mi... —En el último momento evitó el trato deferencial que no merecía.

—Gracias, Brick, si lo necesito, le aviso.

El mayordomo se fue. Ella desplazó el sillón lo más cerca que pudo de la cama y se sentó en él. Michael había cerrado los ojos, pero ella sabía que no estaba dormido. Ya era bastante que hubiera aceptado su presencia. Así que se mantuvo muy quieta y se relajó sin permitirse dormir. No era la primera vez que lo hacía. George había pasado un sarampión y fue ella quien estuvo a los pies de su cama durante siete días. Consiguió descansar utilizando tan solo periodos de cuarenta o cincuenta minutos cada tres o cuatro horas. Lo mismo había hecho con Kathy cuando la operaron de apendicitis.

La noche, sin embargo, fue larga. Por dos veces más Michael sufrió aquellos espasmos agónicos, aunque la fiebre parecía mantenerse en una temperatura alta sin ser alarmante. Ella utilizó el mismo remedio que la primera vez y funcionó en cada ocasión. Sin embargo, el ahogo parecía que, cada vez, aparecía con más fuerza. Y, cuando todo pasaba, Michael caía derrotado en un estado de semi-inconsciencia.

Con las primeras luces del alba, Brick apareció en la habitación. Le preocupaba dejarlo solo, pero sabía que era imprescindible dormir algo para seguir con fuerzas suficientes.

Fue a la cocina donde el mayordomo le indicó que había dejado preparado un pequeño desayuno. Después iría a dormir también a la sala que había arriba. El sirviente le había insinuado que podía ocupar su antigua habitación, pero no lo iba a hacer.

Sin embargo, cuando estaba a punto de subir de nuevo las escaleras, le asaltó un pensamiento. No estaba segura de su intuición, pero debía comprobarlo.

Abrió la puerta principal y salió a la calle. No llevaba abrigo. Se lo había dejado en la habitación de Michael la noche anterior, cuando se había lanzado

escaleras arriba. El frío era glacial. Aquel invierno parecía querer batir todos los récords. El suelo estaba helado y caminó con cuidado. Al llegar a la acera miró hacia un lado y otro. Avanzó unos pasos hacia el Metropolitan, pero inmediatamente después dudó y fue hacia el otro lado, subió por la Ochenta y dos, y solo unos metros más allá, lo vio. Apostado en la esquina, con un abrigo negro y un sombrero calado hasta las cejas. Pero era él, el hombre de Michael, como lo había llamado George.

La miró directamente a la cara, como si no le importara lo más mínimo que lo hubiera descubierto, pero esperó a que fuera ella quien se acercara.

—Necesito de su ayuda —le dijo ella sin más cuando lo tuvo a su altura.

Él se limitó a seguir manteniendo la mirada en una expresión vacía de contenido, como si no la hubiera oído ni la estuviese viendo.

—El médico me habló de una antitoxina que curaba la difteria. Dijo que estaba agotada en Nueva York, pero eso no es nunca del todo cierto. Debe encontrarla.

Esta vez sí que hubo un ligero cambio en su expresión hasta que sacó una de sus manos del bolsillo, se lo llevó al sombrero a modo de saludo y dijo:

—La tendrá aquí antes del anochecer.

—Gracias.

Él se giró y empezó a caminar.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó ella en el último momento.

Se detuvo y la miró de lado. Parecía dudar de si dar esa información.

—Jack Grimm, milady —dijo finalmente.

—Yo no soy milady.

—Lo sé.

—¿Podría hacerme otro favor? Avisar a mi amiga Olga de dónde estoy. Debe estar preocupada.

Asintió con la cabeza y se fue. Ella también lo hizo y, cuando entró en la casa, pese a que no tenía ni mucho menos la calidez de una casa habitada, sintió alivio pues la temperatura exterior era mucho peor.

Se fue directa hacia la salita del primer piso y se acomodó en el sofá. Muy probablemente no tardó ni cinco segundos en caer en un profundo sueño y estuvo durmiendo por espacio de dos horas.

Fue a la habitación de Michael y comprobó que todo parecía seguir igual.

No había tenido ningún otro ataque de asfixia durante ese tiempo, pero tampoco parecía mejorar demasiado. Brick fue a preparar otro nuevo caldo del que acabaron comiendo ambos mientras velaban al enfermo.

A primera hora de la tarde recibieron la visita inesperada de la señora Doubtfire, quien insistió en quedarse también a ayudar. Se había enterado de la noticia de la enfermedad del vizconde. Las dos criadas no habían dudado en explicarlo para justificar su marcha. Decidieron que sería una gran ayuda si les cocinaba. Así Brick y ella se turnarían para dedicarse únicamente al cuidado del enfermo.

Cuando el cielo empezó a tomar el color rosáceo que anunciaba el atardecer, Jack Grimm golpeó la puerta trasera de la casa. Le abrió la misma Florence y le regaló una enorme sonrisa cuando él le mostró el medicamento.

Se lanzó escaleras arriba y, después de leer las indicaciones, inició el tratamiento. Según explicaba, la mejora debía comenzar a notarse en unas pocas horas.

Aquella noche, también hizo ella la guardia, pero se sentía más esperanzada y, además, saber que ya eran cuatro para ayudar la tranquilizaba. Cuando al amanecer Brick apareció con el desayuno, Michael abrió los ojos. Su expresión delataba una clara mejoría.

Florence se fue a dormir sintiéndose mucho mejor también. Decidió, sin embargo, poner a lavar su vestido y aprovechar esas horas de sueño para que se secase. Mientras tanto, se pondría uno de los vestidos que la doncella, con las prisas, había dejado abandonado en una de las habitaciones del servicio.

La señora Doubtfire mostró su desacuerdo, pero ella le recordó que las ropas que llevaba no eran de mucha mejor calidad que aquel semi-uniforme que, incluso, era más de su talla que el traje de segunda mano que se había comprado. Si acaso, no era de su estilo, ya que ella había empezado a vestir con una moda bastante más atrevida de la que acostumbraban a llevar las doncellas para trabajar.

—Su ropa sigue aquí —dijo entonces la señora Doubtfire—, en la habitación de...

No acabó la frase. Señaló hacia aquella alcoba donde había permanecido los últimos meses de su matrimonio. Florence sintió una pequeña punzada en su estómago. Los recuerdos que la asaltaban no eran agradables.

—Se lo agradezco, pero estoy más cómoda con esto y será tan solo mientras mi vestido se seca.

Durmió cinco horas seguidas. Cuando se despertó, en un primer momento, ni siquiera sabía dónde estaba. El reloj de la repisa le señaló que eran las cinco de la tarde. Cuando vivía en esa casa, aquella hora se respetaba escrupulosamente para tomar el té. Por lo general, era la hora de las visitas y así se las agasajaba. Pero, si estaban solos, Michael y ella también lo tomaban.

Se dirigió a la cocina y le pidió a la señora Doubtfire que la ayudase a prepararlo. Grimm también estaba allí.

—¿Habló con Olga?

Él solo asintió con la cabeza. No sabía por qué, pero le gustaba aquel hombre taciturno que apenas hablaba, pero que tan leal y efectivo era.

Tomó la bandeja y fue hacia la habitación de Michael. Justo antes de entrar, oyó unas voces, pero no pensó que fueran otras personas que el vizconde y el mayordomo. Sin embargo, al entrar, tuvo que contenerse para no dar un respingo. Un oficial de policía estaba a los pies de la cama de Michael y la expresión de este no dejaba lugar a otra interpretación que un gran enfado. Brick no estaba.

—¡Ah! Muchas gracias por la cortesía. Realmente, me apetece mucho el té. Vaya sirviéndolo, señorita.

Michael la miró con una expresión que le resultó indescifrable. Florence, sin embargo, optó por obedecer la petición del uniformado. No le importaba haber sido confundida con la doncella. Con seguridad, hubiera sido mucho más difícil explicar por qué estaba allí siendo su ex mujer.

—Ya sé que ustedes los ingleses no están acostumbrados a acudir a la autoridad para solucionar sus problemas —dijo entonces el policía como si reemprendiese la conversación interrumpida por la llegada del té.

—No es una cuestión inglesa. Se trata de una costumbre aristocrática y, tratándose de quien se trataba, no tenía ninguna duda de que no se iba a comportar con esa nobleza, como lo demuestra también que fuera capaz de agredir a una mujer.

—Se trataba de una mujer indecente, milord.

—Está usted hablando de mi ex mujer

—Y en eso está la clave, vizconde, su ex. No soy yo quien le buscó ese calificativo. Tengo entendido que fue usted quien la acusó de adulterio e inmoralidad. No pretenderá ahora hablar de ella como si se tratase de una mujer honorable.

Hubo unos segundos de silencio. Florence estaba acabando de servir la segunda taza. Tenía ya que preguntar si querían leche y azúcar, pero no se atrevía a moverse. Prefería quedarse absolutamente inmóvil, de espaldas a ellos dos.

—Se trataba de una mujer que no llega a pesar cincuenta kilos arrollada por un mastodonte de más de cien.

—Él alega que hubo ofensa previa.

—No la hubo.

—¿Está usted seguro?

—¿Está usted insinuando que puedo no estar diciendo la verdad?

—No... no, señor. Y, supongo que, si localizásemos a su ex mujer, apoyaría la versión que usted me ha dado, lo que, teniendo en cuenta que estaban solos, nos daría el resultado de un dos a uno.

—No lo dude.

El hombre pareció tomarse unos instantes para asimilar la conversación. Se giró y, sin previo aviso, se colocó al lado de Florence, cogió una de las tazas y tomó el primer sorbo.

—¡Dios! ¡Qué amargo es este brebaje que tanto les gusta!

—Puede ponerle azúcar —murmuró ella.

—¡Puaj! No creo que eso pueda arreglarlo. —Y dejando la taza sobre la bandeja, miró a Michael de nuevo—. Bien, milord, pues no lo molesto más. Espero que se recupere pronto y recuerde que es mucho más efectivo solucionar los problemas recurriendo a nuestro sistema de justicia.

—Le aseguro que conozco la efectividad de su sistema.

El policía se llevó una mano al sombrero, saludó y salió de la habitación. Michael desvió la vista hacia la ventana. Florence se quedó unos instantes inmovilizada, pero después decidió actuar con normalidad y continuó preparando el otro té como sabía que le gustaba, con un poco de leche y sin azúcar. Se lo acercó a la cama y, al ver que no reaccionaba, lo dejó sobre la mesita de noche.

—Déjame solo, por favor —dijo entonces él.

Florence lo miró, pero Michael mantenía la vista hacia aquel punto de luz. Optó por obedecer y abandonó la habitación sin más. Por el camino se encontró a Brick y le informó que había pedido estar solo.

Decidió bajar a la biblioteca. Se había encendido la lumbre y aquella sala era siempre muy acogedora. En el escritorio había unos folios en blanco y unos lapiceros, algunos de ellos de colores, lo cual no era muy común de ver. Se sentía feliz por la mejoría de Michael y necesitaba expresarlo. Se sentó en el sofá y se dejó llevar. Dibujar y pintar era una delicia con aquellas piezas de calidad.

Cuando ya llevaba casi una hora, apareció Brick con una bandeja con una taza de caldo y un humeante solomillo. Ella se lo agradeció doblemente porque, para el mayordomo, comer en la biblioteca era poco menos que un sacrilegio; pero aquellos días, las formalidades habían quedado en suspenso.

Mientras comía, se dio cuenta que allí también estaba Jack Grimm. No lo había oído entrar. Se apoyaba sobre el marco de la ventana y veía caer una profusa nevada que había empezado un rato antes.

Florence siguió dibujando. Tenía una sensación extraña. Estaba en la que había sido su casa durante muchos años. Dibujando relajadamente pese a que en la misma sala había un hombre al que apenas conocía, pero con el que no se sentía incómoda. Era como haber regresado a aquel mundo de hacía dos años, pero con ese punto de discordia que le hacía recordar que debía sentirse contenta, aunque se tratase de una mera alucinación.

Brick entró en la biblioteca de nuevo para llevarse la bandeja.

—¿Ha comido bien, milady?

—De maravilla. La señora Douthfire es una increíble cocinera.

—Lo es, milady

En ese momento, un ruido en la puerta hizo que todos mirasen. Apoyado en el quicio, estaba Michael de Ressay. Se lo notaba cansado, casi sin fuerzas y, por un instante, pensaron que podía desmayarse.

—Milord —dijo rápidamente Brick, que fue el primero en reaccionar—, ¿qué ha hecho? ¿Por qué se ha levantado?

—Está bien, Brick —respondió él casi sin resuello.

—Perdóneme, milord, pero creo que debería regresar a la cama. Su

enfermedad es muy grave y...

—¡No! ¡Apártese!

Florence estaba mirando toda la escena de pie, manteniendo con una mano sus dibujos y con la otra los lapiceros. Toda aquella sensación de relajación se había esfumado. Ella sí sabía por qué estaba allí.

Él levantó la vista y la miró directamente a los ojos. Florence sintió aquel odioso escalofrío que recorría todo su ser y que le recordaba quién era, qué había hecho y por qué ya no era la vizcondesa de Ressayre.

Lanzó los folios pintados al fuego y dejó los lapiceros sobre el escritorio. Llegó hasta la puerta donde Michael todavía estaba apoyado, haciendo grandes esfuerzos porque no se notara que, si dejaba de sostenerse, acabaría en el suelo. Pero no se soltaría. Demostraría hasta el final que ya podía valerse por sí mismo.

—Adiós —dijo Florence evitando conscientemente decir ningún nombre.

Salió al vestíbulo y vio su abrigo sobre el banco junto a la puerta principal. ¿Lo habría llevado él para evitar que ella se entretuviese ni un segundo más? Sobre el abrigo un sobre. La carta de su hermano Patrick. No había vuelto a pensar en ella. ¿Cuándo la había perdido exactamente? ¿Cómo había llegado hasta allí?

La cogió casi con miedo. Estaba abierta. Sabía que había sido Michael quien lo había hecho, pero no creyó que tuviera derecho a reprocharle su falta de intimidad. Se puso el abrigo y salió a la calle. Seguía nevando. A paso ligero llegaría a su casa en unos veinte minutos. No había tiempo que perder. Tenía que saber cuáles fueron las últimas palabras de Patrick.

## CAPÍTULO 12

El médico le había aconsejado que no viajara de nuevo a Canadá hasta que no se encontrara más fuerte. Lo cierto era que la vida en aquel país no era nada fácil. No se trataba solo de que no se encontraban las más mínimas comodidades que eran tan habituales en una ciudad civilizada como Nueva York, era también que la mayoría de sus habitantes eran recién venidos empujados por la ambición y las últimas noticias sobre grandes minas de oro. El ambiente que se respiraba siempre era tenso, desconfiado y oportunista. Y si era difícil vivir en regiones como Alberta o Saskatchewan, hacerlo en la inhóspita Terranova había sido todo un reto.

Por ello, había ordenado abrir de nuevo su casa del 1009 en la Quinta Avenida y reanudó su rutina en la Naviera. También lo hizo con sus relaciones sociales. Fundamentalmente, con las de los últimos tiempos, pero sin descuidar acudir a un par de eventos organizados por el selecto grupo inglés.

Lo hizo de la mano de lady Hermione, asistiendo, primero, a la lectura de unos poemas de Shelley y después a un baile organizado por lady Francesca. Era curioso cómo no quedaba ningún resto de las murmuraciones que habían presidido sus encuentros hacía dos años. Parecía como si, en verdad, el divorcio y todo lo que comportó les hubiera saciado de por vida. Ni un solo comentario, ni una sola mirada, ni una sola sonrisa maledicente. Lo saludaron con total respeto y alguna que otra matrona le puso en sus brazos a su hija, su sobrina o su pupila en edad de casarse. No importaba que él fuera divorciado. Nadie recordaba ya a Florence y él era un hombre muy rico con posibilidades de matrimonio. Olivia de Howland también estaba allí. Pero su comportamiento fue como siempre, como si nada hubiera ocurrido en el notario. Por lo demás, aquel grupo selecto continuaba igual, a sus integrantes

no llegaba ni siquiera el efecto de la moda y ellas seguían vistiendo esos vestidos largos hasta los pies y cubriendo incluso el cuello. No se permitían mostrar más que ligeramente la piel de la cara pues en las manos era inconcebible no portar guantes. Ellos también acudían siempre a las fiestas con frac de riguroso negro y corte impecable.

En cuanto a sus amigos americanos, la recepción fue, como se esperaba, mucho más calurosa. Eran gente más espontánea, nada contenidos, risueños y alegres. Sus fiestas estaban siempre presididas por algún que otro espectáculo musical de bailarinas ligeras de ropa y, en consonancia, los asistentes no mostraban la rigurosidad en el vestir. Ellas mostraban más escote, hombros, cuellos e incluso tobillos. Ellos, si llevaban frac, lo hacían con el chaqué corto que les permitía mayor movilidad y, si no, se permitían trajes chaqueta de colores más variados. Los encuentros sociales del ámbito americano siempre eran diferentes y había abundancia de alcohol que todos bebían sin problemas. Allí no eran las matronas quienes le ofrecían las jovencitas. Ellas mismas se presentaban sin ningún rubor.

Sin embargo, después de un mes de haber sanado de la difteria, no podía demorar más la visita a sus hijos. Llevaba más de un año sin verlos. Lo había hecho la Navidad anterior, la primera de ellos en Deerfield. Pero no había ido más. Mantenía una correspondencia mensual con ambos en la que se limitaba a interesarse por sus progresos. Sus hijos, incluida la pequeña Kathy, le respondían con la misma formalidad y con una rectitud solo comparable a la perfecta caligrafía que utilizaban.

Sabía que no estaba siendo ni justo, ni bueno. Pero entre la sociedad inglesa aquello no era tan extraño. Estaba seguro que no eran los únicos niños que no eran visitados con regularidad por su padre. Él mismo había tenido un progenitor al que solo vio, durante los ocho primeros años de su vida, una vez a la semana en una recepción formal y, a partir de ese momento, una semana al año cuando regresaba de la Academia en la que fue internado hasta cumplir los veintiuno. Su madre tampoco era mucho más prolífica en sus visitas, aunque reconocía que, cuando lo veía, sí que lo abrazaba y lo besaba, a diferencia de su padre, al que solo estrechaba la mano.

Era cierto que esa vida no lo había hecho feliz, que muchas veces les había confiado a Charles y Martin su tristeza interior. Charles tenía unos padres

mucho más parecidos a los suyos, pero el tiempo que pasaba con la familia era bastante mayor, incluyendo todas las fiestas de Navidad y los tres meses de verano. El único problema fue que su padre murió siendo él muy joven y su madre entró en una especie de melancolía de la que nunca pudieron sacarla hasta su muerte. El caso de Martin era totalmente distinto. Huérfano de madre desde muy niño, su padre era un simple jardinero que se había esforzado en pagarle una buena educación gracias a sus ahorros y al golpe de suerte por el que uno de los condes a los que había servido le había concedido una herencia importante. Aquel padre se deshacía en muestras de cariño a su hijo y Michael siempre le recordaba a su amigo que debería sentirse orgulloso de aquello y aprovecharlo al máximo.

Ahora él, muchos años más tarde, estaba reproduciendo el estilo de vida en el que fue criado, pese a lo que había sentido entonces y lo que había recomendado. No fue así los primeros ocho años. Florence había tenido una madre no aristocrática y concebía la relación con sus hijos de una manera mucho más intensa. También había ayudado que los primeros cuatro años hubieran compartido amistad y encuentros con la familia de Martin y la de Charles. Todos ellos, con hijos de edades parecidas y esposas, sobre todo la de Charles, nada favorables a la rigidez inglesa.

Pero toda aquella vida se había esfumado de un plumazo y a él no le quedaba corazón que ofrecer ni siquiera a sus hijos. Se había transformado en una roca de hielo y lo mejor era que se distanciase; cuanto más, mejor de los niños. ¿Qué les iba a enseñar? ¿Crueldad? ¿Brutalidad? ¿Inhumanidad?

Había decidido aprovechar la visita y llevaba dos días en Springfield revisando el estado de todas sus inversiones. Tenía intereses en diferentes industrias allí instaladas, pero, sobre todo, la armamentística. Era curioso, seguramente tres años atrás hubiera rechazado ganar dinero con aquel tipo de negocio que estaba relacionado de manera directa con la muerte y la destrucción.

Sin embargo, aquella mañana ya era domingo y era el día en el que la academia abría sus puertas a los padres. Además, la jornada de febrero era especial puesto que la academia celebraba el aniversario de su creación. Se habían preparado una serie de actividades, incluyendo una obra de teatro que los alumnos ofrecerían a todo el público.

Michael no sabía si había sido aquello o el comentario que le había hecho otro padre el día que coincidieron en la visita, creyendo que era viudo como él, sobre la tristeza especial que rodeaba a los niños que se criaban sin madre, o recordar la mirada de Florence el día que se fue de su casa después de haberlo estado cuidando durante dos días enteros, o el dibujo que recogió bajo el sofá y del que ella no se había percatado cuando tiró el resto al fuego, en el que había representado a dos niños abrazando a un hombre, o las palabras de su cuñado Patrick en una carta cargada de remordimientos en la que se confesaba un hombre débil por no haber sabido prestarle su apoyo y darle su amor por encima de lo que la sociedad hubiera pensado... Pero lo cierto era que, impulsivamente, el mismo día que llegó a Springfield le envió un telegrama informándole de aquel calendario especial.

Se limitó a mencionar las actividades. No le dijo «puedes venir». Sin embargo, sabía que había muchas posibilidades de que se presentara. Pese a todas las dificultades que Grimm le había explicado. Pese a que aquella mañana se había levantado de nuevo fría y glacial después de haber estado nevando durante todo el día anterior y estar los caminos, muy probablemente, bastante intransitables.

Y ahora que se acercaba ese momento, se arrepentía de haberlo hecho y se sentía muy incómodo. Pero ya no podía hacer nada. Se puso el abrigo de piel y se dirigió al coche donde lo esperaba Brick. Había unas veinte millas hasta Northampton y, de allí a la academia, unas quince más de caminos bastante más complicados de atravesar y totalmente desolados, aunque aquel día, debido a los actos especiales, la carretera tenía un tráfico inhabitual.

Al llegar a la puerta, la vio. Estaba de pie en el camino, sin cruzar las puertas de acceso. Pese a que el abrigo, con seguridad demasiado fino para la época en la que estaban, la cubría bastante, pudo ver que se había puesto uno de sus vestidos antiguos. Era uno marrón que llegaba hasta sus pies. También sobresalía el cuello rígido que tapaba toda su piel y el inicio de un detalle decorativo que pretendía otorgar formalidad asimilándolo a los chaqués de hombre. Lo reconocía porque lo había llevado en varias ocasiones cuando vivían juntos, así que ya estaba viejo y, pese a la severidad de la moda inglesa, también algo pasado de moda; pero pretendía otorgar a su imagen un halo de distinción.

Brick condujo el coche hasta el aparcamiento interior y él bajo del vehículo y caminó de nuevo unos metros hacia las puertas de acceso. Ella lo había visto entrar con el coche y estaba esperando una señal que le indicase que, efectivamente, podía entrar. Él se la ofreció con un leve movimiento de cabeza, pero no la esperó y empezó a andar hacia el edificio principal. La oyó saludar a Brick cuando pasaba de nuevo por su lado, por lo que supo que lo estaba siguiendo.

Cuando faltaban unos diez metros para llegar al edificio escolar, salieron un hombre y una mujer a los que reconoció de inmediato como Adamson y Fleming, los propietarios de la prestigiosa academia, y se dirigieron hacia donde él se encontraba.

No creía que fuese algo habitual, salvo que hubiera ocurrido algo o tuvieran que advertirle de alguna cosa. Por el rabillo del ojo vio que Florence también había intuido que aquello no era totalmente normal y se había quedado paralizada. Él todavía avanzó unos metros.

—Vizconde —dijo entonces la señora Adamson—, es un honor que haya podido deshacerse de sus obligaciones para venir a la celebración de nuestro aniversario.

—Señora Adamson, señor Fleming —saludó él y, al verlos titubear, no pudo por menos que preguntar—. ¿Ha ocurrido algo con mis hijos?

—¡Oh, no! ¡No señor! Está perfectamente. Se llevarán una buena alegría cuando lo vean.

—Bien, pues... Si no hay inconveniente.

E inició el camino hacia la puerta, aunque con rapidez advirtió que todavía quedaba algo pendiente que decir.

—Ehhhhh —balbuceó Fleming—. Se se se señor.... Es que....

—¿Cuál es el problema? —Michael sabía que el tono le había salido un tanto más áspero de lo normal.

—Vizconde —habló entonces la señora Adamson—, sabe que, para nosotros, que usted nos haya confiado la educación de sus hijos es un privilegio y nos sentimos muy orgullosos, sobre todo, porque siempre hemos tenido en cuenta que se trataba de niños que tenían unas necesidades especiales.

—¿Especiales? —respondió él—. ¿Basado en las cuantiosas inversiones

económicas que he hecho para su institución?

—Esto, no... Bueno, sí. Su ayuda ha servido para muchas cosas, pero nos estábamos refiriendo al problema con... con... ¡vaya! Toda la experiencia familiar grave por la que habían atravesado, milord. Tiene que saber que nunca antes habíamos admitido a los hijos de una... de una... de una divorciada.

—Entiendo y esto ahora me lo explican ¿por?

Como respuesta ambos se limitaron a dirigir la vista a donde estaba Florence y entonces sí comprendió exactamente qué estaban insinuando. Ella posiblemente también, porque de la expresión de miedo en su rostro por lo que pudiera haberles pasado a sus hijos, cambió a bajar la cabeza avergonzada al notar las miradas sobre ella.

—Milord, no puede entrar.

—El resto de padres...

—Los niños....

—Nuestro prestigio....

—Es la madre —respondió él— y viene conmigo.

—Sí, vizconde, lo entendemos, pero...

—Es imposible —dijo Adamson—. Solo puede acceder gente de prestigio.

—Acabo de ver entrar a muchas doncellas con sus señores sin ningún problema.

—Pero en ese caso es distinto porque son el servicio y no se mezclarán con el resto de...

—Hágase a la idea que es el servicio.

—¿Perdón?

—Que se haga a la idea de que es mi doncella.

—Pero....

—¿Se limitará a estar en la zona del servicio? —intervino Fleming conciliador—. No digo durante todo el día. Ahora podrá estar un tiempo a solas con los niños; pero a la hora del lunch y cuando se realicen las actividades ella no podrá...

—No lo hará.

—¿Me lo garantiza, Milord?

Se limitó a levantar una ceja con una mirada arrogante. No soportaba que

pusieran en duda sus palabras.

—Bien... en ese caso.... Muchas gracias por asistir. Si me acompaña, lo llevaremos a la sala donde podrá recibir a sus hijos. Su... su doncella deberá quedarse aquí y esperarlo a que salga.

—No —respondió él—, vaya usted a buscarlos y tráigamelos al jardín.

—¿Señor?

—Y quiero que habiliten aquella glorieta para que podamos estar en su interior en diez minutos. No estoy dispuesto a tener que estar en el exterior todo el tiempo.

—Bueno, durante las actividades sí que podrán acceder a un sitio especial, un poco más apartado por el que....

—Estoy esperando, señora Adamson, y no soy hombre de esperas. Tráigame a mis hijos.

Los vio cómo se apresuraban a entrar en la casa para obedecer sus órdenes. Entonces, se giró y desanduvo los pasos hasta llegar a su altura. Ella le miró brevemente, pero volvió a dejar la vista en el suelo. Tenía aquella postura que siempre le había parecido la de la perfecta dama. Espalda recta, cabeza ligeramente inclinada hacia abajo de manera que nunca levantase los ojos con arrogancia, manos en el regazo, unidas por la muñeca. Observó un temblor ligero, ¿sería el frío?

—Deberás actuar en todo momento como si fueras la doncella, quedarte en los espacios en los que...

—Pero ¿no me echan? —La interrupción había ido seguida de una mirada expectante y una sonrisa.

—No, pero ¿me estás oyendo? Tendrás que....

—Sí, sí. Tranquilo. Me portaré bien. Espera.... Las doncellas no llevan este tipo de sombreros.

Y con rapidez se quitó los alfileres y se descubrió la cabeza. Tenía el pelo recogido en un moño, pero con el movimiento del sombrero, un mechón de su lacio pelo rubio se salió y quedó suelto. Michael lo miró y estuvo tentado de colocárselo bien. ¿Seguiría teniendo aquel tacto suave que recordaba? Sin embargo, se retuvo y, para no seguir pensando en ello, volvió a dirigir la vista hacia el edificio.

Unos criados estaban barriendo la glorieta cubierta que había a mano

derecha y, por los reflejos que observaba, habían encendido el fuego. El resto de los padres estaría dentro de la casa, en los salones comunes, o visitando las habitaciones o las aulas. No importaba. Lo importante era que Kathy, sin lugar a dudas, saltaría a los brazos de su madre como lo había hecho el día aquel en el parque y que George esperaría prudente, aguardando su turno, para después también abrazarla, de manera más serena, pero no por ello exenta de amor. Estaba haciendo aquello por sus hijos.

En ese momento, la puerta se abrió y guiados por el mismo señor Fleming aparecieron. La niña llevaba un precioso vestido plisado blanco, con una cinta de raso en su cintura, mangas anchas y medias tupidas. Un discreto lazo también blanco decoraba su cabello rubio ensortijado. Por abrigo únicamente llevaba una chaquetilla de piel que le cubría los hombros, el brazo hasta el codo y parte de su pequeño cuerpecito. George iba vestido con un perfecto traje chaqueta negro, camisa blanca y corbata gris, cubierto todo por un abrigo de lana negro.

Desde la misma puerta de entrada, los niños los miraron a ambos y se limitaron a hacer una pequeña reverencia con la cabeza. Después caminaron los siete u ocho pasos escasos que los separaban. Kathy tenía exactamente la misma postura que había visto en su madre instantes antes. George sí que le mantenía la vista a él y caminaba muy erguido, vigilando a su hermana y asegurándose de que no se retrasaba, puesto que sus pasos eran más cortos.

Michael no podía creerse que estuvieran teniendo una reacción tan fría. Educada, sin duda. Pero increíblemente distante. Miró de reojo a Florence. Imaginaba su decepción ante la indiferencia que los niños mostraban. Sin embargo, su expresión apenas había cambiado, solo un cierto brillo en los ojos reflejaba la emoción que debía sentir.

George y Kathy ya estaban justo frente a él. Ella hizo una genuflexión. Él se cuadró y bajó la cabeza para volverla a levantar seguidamente.

—Vizconde —dijo Fleming—, aquí le traigo a sus hijos. Disponen de una hora hasta que llegue el momento del *lunch* que se servirá en el salón principal, que está entrando a la derecha. El servicio, mientras tanto, lo hará en la cocina. Al finalizar el refrigerio, tendrá lugar la obra de teatro. Tiene usted asiento reservado en la fila uno. Disfruten.

Empezaron a andar hacia la glorieta escoltados por la mirada de Fleming

que se quedó allí permitiéndoles algo de intimidad. Florence caminaba dos pasos por detrás como correspondería a la doncella, respetando totalmente el papel que se le había asignado.

Mientras accedían a la glorieta salían los últimos criados. Michael pudo ver cómo en muy poco tiempo habían hecho de aquella estancia algo mínimamente agradable, muy probablemente gracias al calor que despedía un intenso fuego. En el fondo había unos sillones con cojines de colores y en medio una mesa donde habían dejado una jarra de agua y vasos, así como unos frutos secos. Miró a través de la estructura acristalada y vio a Fleming que alzaba la mano en señal de despedida y entraba de nuevo a la casa grande.

Entonces, oyó una risa, se giró y los vio a los tres agachados en el suelo, de manera que no podían verlos desde fuera y fundidos en un abrazo.

—Mami, mamita, mami —decía Kathy mientras la tocaba y la besaba sin parar dejando poco espacio a su hermano.

—Mama, dame otro beso —susurraba George acariciándole con increíble suavidad el pelo y ensortijándose en un dedo aquel mechón rebelde.

Florence sonreía y estaba resplandeciente. Los acariciaba a cada uno con una mano y los presionaba contra sí para notar todo su calor. Estaba en cuclillas, pero los continuos abrazos de Kathy acabaron finalmente por hacerla caer sentada. Se echó a reír con aquella carcajada que lo había obsesionado durante los meses posteriores al divorcio. La que nunca había expresado en casa. Los niños también rieron, al tiempo que empezaban a acomodarse sobre ella como si no quisieran perder el contacto físico ni un momento.

—Hay asientos —dijo entonces él con una voz que había surgido ronca.

Las risas se detuvieron y los tres se levantaron con rapidez poniendo todos, la misma expresión de remordimiento.

—Lo siento, padre —murmuró George y, como si fuera un perfecto caballero, tendió una mano enseñando a su madre y a su hermana el camino hacia los sofás.

Se sentaron adoptando de nuevo la máxima formalidad. Ellas, en el banco más largo, con las manos en el regazo, mano sobre muñeca, sin descansar la postura en el respaldo. George, algo más alejado, en la pequeña butaca, pero igualmente rígido.

Michael se había quedado de pie y los miraba petrificado. No había

pretendido aquello, maldita sea. Se recordó a sí mismo estrechando la mano de su padre.

—¿Queréis agua? —les dijo por intentar reducir la tensión que se había instalado.

Los tres negaron con la cabeza. Él era el intruso en aquella familia o así se sentía. Su presencia estaba evitando lo que realmente querían hacer.

—No tenéis por qué dejar de.... dejar de.... —Nunca jamás le habían faltado las palabras y en ese momento parecía un idiota—. No tenéis por qué dejar de estar juntos. Solo he dicho que podíais estar sentados donde corresponde.

Kathy no se hizo de esperar y, de un salto, se colocó sobre su madre. Florence tuvo que contener un gemido de dolor al recibir el impacto de su hija, pero le dirigió una mirada de agradecimiento. George dudó más. Se mordía el labio inferior y apretaba los reposabrazos de la butaca.

Michael se acercó al niño y le puso una mano en la espalda. Sirvió tanto de caricia como de pequeño empujón al tiempo que le daba la excusa perfecta.

—Vamos, déjame sentarme a mí aquí.

George se puso entonces justo al lado de su madre y ante la imposibilidad de conquistar más de ella por el acaparamiento de su hermana, le tomó la única mano que le quedaba libre y empezó a acariciársela.

Kathy fue la primera en empezar a hablar. Explicó miles de anécdotas sobre algunas de las amigas que había hecho, se quejó de la mayoría de las maestras por su rigidez y demostró su gran imaginación al haberles puesto a todas y cada una de ellas algún mote. Se vanaglorió de saber bailar la mayor parte de los bailes de salón y se le escapó contarles cómo se deshacía de la comida que no le gustaba.

George habló menos, dada la impetuosidad de su hermana; pero también contó más de una historia e hizo gala de unos grandes conocimientos sobre todo en ciencias físicas respecto de las que confesó haberse maravillado. Descubrieron que había hecho un gran amigo con el que compartía afición y, al parecer, perdían muchas de sus horas juntos entre las estanterías de la biblioteca con más ilusión que en las carreras de caballos o los torneos de polo. Reconoció que la esgrima era un deporte muy especial con el que se sentía a gusto, al margen de poder parecer un príncipe como le había dicho su

madre o no.

Hubo una crítica velada al hecho de que hubieran pasado las Navidades en la misma academia. Si bien en verano era más habitual que una gran cantidad de niños se quedara; en pascuas solo habían quedado ellos y dos niños más de diferentes edades. Pese a ello, en seguida manifestaron haberlo entendido por el hecho de hallarse fuera del país y, ni por asomo, se les ocurrió inquirir a su madre.

El tema de Canadá posibilitó que él pudiese intervenir en la conversación. Había empezado George preguntando, pero posteriormente la incontinencia de Kathy había tomado el relevo. Él les habló de los osos y de los arces o los caribús. También de los paisajes glaciales y de la ferocidad de las aguas contra su accidentada costa. Les explicó que había tenido que dormir en un campamento indio y que había empezado a invertir en la industria aeronáutica, lo que los entusiasmó.

—¿Y tú, mamá? —dijo entonces Kathy—. ¿Qué aventuras tienes que contarnos?

Florence, que durante toda su explicación sobre sus experiencias en el país vecino había permanecido callada sin perder un solo detalle de lo que él había dicho, se sobresaltó y pareció azorada con la pregunta.

—Nada, cariño —respondió—. Mi vida no es nada aventurera.

—Pero, mamá, ¿cómo qué no? —Era ahora George—. ¿Te parece poca aventura ser pintora? No tengo ningún amigo aquí que tenga una madre artista.

—¿No le habrás hablado a nadie aquí de mí, no, George? —La turbación de Florence era evidente.

—Bueno yo.... Yo.... A mi amigo Toni sí le he hablado de ti —respondió algo angustiado.

—Yo no, mami —intervino feliz Kathy—. Tú eres mi secreto. Me gusta tener un secreto.

—Es mejor así —dijo ella—. George, no lo vuelvas a hacer, yo...

—Mi amigo Toni me dijo que era alucinante tener una madre pintora y yo también lo pienso.

—¡Oh, no! George, no. Eso no...

Miró a Michael suplicándole ayuda, pero él estaba tan sobresaltado como ella ante el giro de la conversación. Si en realidad nunca les había explicado

qué había pasado con su madre cuando se fue de casa, mucho menos se le había ocurrido indicarles qué debían decir en aquel entorno. Pero estaba claro que lo mejor, sin ninguna duda, era evitar el comentario. No había más que recordar lo que había ocurrido al inicio de la visita.

En ese momento, un criado les indicó que empezaba a servirse la comida. Los cuatro se levantaron y salieron de la glorieta. Michael y los niños debían ir hacia la izquierda, donde estaba la puerta principal. Florence hacia la derecha.

—¿No vienes? —dijo George

—Yo no iré con vosotros —le contestó—. Nos vemos después, en la obra de teatro. Ni se os ocurra poneros nerviosos, lo haréis genial.

Ya no volvieron a coincidir en el mismo espacio. Los niños tampoco volvieron a mostrarse tan relajados y felices.

En la media tarde, muchos de los criados y doncellas se fueron. Michael se dio cuenta de que tomaban un carruaje tirado todavía por caballos que, muy probablemente, fuera el de viandas del que le había hablado Grimm. Supuso que ella también lo había tomado. Era la única manera de superar las dieciséis millas hasta Northampton de donde saldría el tren.

Sin embargo, justo cuando la obra acabó y los niños actores estaban saludando, vio a Kathy sonreír mirando hacia el fondo. ¿No se había ido? Le tocaría a él llevarla en el coche y no quería hacerlo. No iba a soportar estar en aquel pequeño espacio ni siquiera la media hora que podía durar el trayecto hasta Northampton; pero, si no lo hacía, no llegaría a tiempo de tomar el tren.

Cuando los niños se fueron, la dirección de la academia todavía les pidió que se quedaran un poco más. Querían ofrecerles una taza de té, pero Ressay sabía que era una manera de pedir más fondos. Aguantó con educación la explicación y extendió con rapidez el primer talón para irse.

Fuera no la vio. Seguramente estaba con Brick. Sin embargo, cuando llegó al aparcamiento se dio cuenta que iba no iba a poder irse de allí hasta que el resto de padres se fuera ya que su vehículo estaba al fondo de todo. Florence no estaba. Le hubiera preguntado a Brick, pero no quería demostrar ningún tipo de interés. A fin de cuentas, era justo lo que quería ¿no? No tener que compartir con ella aquel ridículo habitáculo.

Tardó más de media hora en liberar el vehículo. Se había quedado helado

esperando, pero en cuanto se sentó en el interior y se acomodó con las mantas se sintió mejor. Pensó en sus hijos. Los recordó abrazando a su madre y sintió una pequeña punzada de celos. A él no le habían dado ningún beso. Hacía tanto tiempo que no sentía el contacto sincero de una caricia.

Fuera estaba anocheciendo y el viento había arreciado. Tenía un largo trayecto hasta Nueva York, unas seis horas, lo que significaba que sería más de media noche cuando llegara a su casa; pero no quería hacer noche por allí. Estaba ya cansado.

De pronto la vio. Iba caminando por la carretera. Su paso parecía ligero, pero se curvaba un poco hacia delante para contrarrestar la fuerza del viento. Tenía el abrigo empapado. Debían quedar más de diez millas hasta Northampton. Por rápida que fuera tardaría horas.

Llegaban ya a su altura. Brick lo estaba mirando por el retrovisor esperando que él le diese la orden de detenerse. No lo iba a hacer. Ella ni siquiera se lo había pedido. Se había ido sin avisar, sin despedirse, cuando él se había mostrado amable y la había dejado venir.

Brick redujo la velocidad, pero él hizo caso omiso. Al final, la sobrepasaron. Ya estaba. Ya no tenía que verla. No era su problema. Hacía tiempo que ella había dejado de ser asunto suyo. Se lo había buscado ella.

En ese momento, empezó a nevar.

—Da la vuelta Brick

Oyó una exhalación. Quizás había estado conteniendo el aire por no decirle lo que pensaba. En cualquier caso, dio la vuelta tan rápido que tuvo que agarrarse para no caer. Llegaron a su altura y volvieron a cambiar de dirección. Ella se había detenido al verlos. Su expresión delataba sorpresa, pero no alivio. Brick detuvo el coche justo a su lado. Michael abrió la puerta.

—Sube.

Ella pareció dudar.

—¿Estás seguro? Yo... yo no quisiera molestar

—Sube —repitió—. Solo hasta Northampton.

Asintió con la cabeza y subió sonriente. Se sentó justo frente a él y saludó a Brick. Este arrancó de nuevo. La vio estremecerse. ¿Tenía frío? Se sacó la manta de encima y se la tendió. Él ya había entrado en calor.

—Gracias —le dijo ella.

Michael miró hacia la ventanilla, pero de reojo vio cómo se arrebuja y apoyaba la cabeza en la otra ventanilla.

Al atravesar Northampton, Brick volvió a reducir la velocidad del vehículo y a mirarlo por el retrovisor esperando instrucciones. Él la miró a ella. Se había quedado dormida por completo. Tenía una expresión serena en la cara y una medio sonrisa en los labios. Después miró al retrovisor.

—Hasta Nueva York, Brick.

## CAPÍTULO 13

Él también se había quedado dormido durante un rato. Cuando se despertó, la vio tumbada en el asiento. La manta había resbalado hasta el suelo. Se la volvió a colocar. Seguía teniendo la misma expresión de relajación.

Casi nunca la había visto dormir. Mientras estuvieron casados solo compartían alcoba en los momentos concretos de intimidad. Después, cada uno dormía en su cama. Sabía de otros matrimonios que dormían juntos y él alguna vez había estado tentado de pedirselo, pero nunca se atrevió. Ella siempre había sido tan formal, tan perfecta... Ahora ya no había lugar.

—¿Cuánto queda? —le preguntó a Brick.

—Una media hora hasta llegar a la entrada de la ciudad, señor. Después, dependerá del tráfico, pero a estas horas creo que no habrá demasiado.

Asintió con la cabeza y dejó que su vista se perdiese en la oscuridad. De golpe el coche hizo un brusco movimiento a derecha y luego a izquierda.

—Lo siento, señor —dijo en seguida Brick—, era una alimaña. He tenido que esquivarla.

—No se preocupe —respondió, pero en ese momento estaba más pendiente de ella quien, con el vaivén, se había despertado y se estaba incorporando, con una expresión de confusión.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos? ¿Me he dormido?

—En breve llegaremos a Nueva York.

Ella le miró directamente a los ojos, aunque con rapidez apartó la vista como casi siempre en los dos últimos años.

—Gra... gracias. Yo...

No dijo más. Giró la cabeza hacia la ventanilla e intentó ver algo del exterior, seguramente intentando distraer su atención para no ser tan consciente

del reducido espacio del coche y de su cercanía. Estaba claro que se sentía incómoda. Michael accionó la pequeña luz que había en el interior del coche. Quizás sin esa excesiva oscuridad, el ambiente mejoraría.

La vio echar mano a su muñeca y maniobrar con algo. En unos segundos apareció un brazalete dorado que, hasta ese momento, había permanecido oculto bajo las mangas del vestido. Tenía un aspecto extraño. No era una joya porque a la vista estaba que no tenía ningún valor.

—¿Qué es eso? —le preguntó sin poder evitar la curiosidad.

—¿Esto? La pulsera del decoro. —Y se mordió el labio inferior como si se la hubiese pillado en falta—. Hacía tanto tiempo que yo... que no estaba... que no debía comportarme.... —Soltó un bufido corto—. Bueno, yo... he preferido ponérmela.

—¿La pulsera del decoro? —Su ignorancia era sincera.

—Sí... ¡Ah! ¡Claro! No tuviste hermanas —lo dijo como si eso lo explicase todo—. Sirve para recordar el comportamiento adecuado.

Parecía contenta de tener un tema de conversación que versase sobre algo diferente a ellos dos.

—No lo entiendo —insistió—. ¿Cómo te ayuda a recordarlo?

—Muy sencillo. Con esta ruedecilla. —Y le mostró un mecanismo que, al hacerlo rodar, claramente estrechaba más el brazalete.

Entonces él se lo cogió de las manos y lo miró. En efecto, no tenía ningún valor. Estaba hecho de un material sencillo. Probablemente, de níquel o cobre. Podría llegar a cubrir unos cinco centímetros de una muñeca. La superficie exterior era lisa. La interior tenía una serie de protuberancias algunas más puntiagudas que otras.

—Pero, esta parte... ¿no es molesta?

La vio sonreír como lo haría con un niño que estaba siendo educado y no aprendía bien la lección.

—Claro, si no lo fuera, no conseguiría su objetivo.

—No lo entiendo —volvió a decir él.

—Mira. —Entonces, poniendo mucho cuidado en no rozar sus dedos, volvió a coger la pieza y empezó a señalar partes de la pulsera—. Esto se pone aquí y primero se aprieta al máximo por aquí y, después tienes que mantener siempre los dedos sobre la ruedecilla e ir girándola así, hasta que lo notas un poco más

y si, crees que estás sintiendo algún impulso inadecuado o se te olvidan las normas del decoro, un poco más. Solo hay que estar atenta a hormigueos en los dedos y pulir bien el interior para que no haga heridas porque podrían supurar y...

Michael no se podía creer lo que estaba oyendo. ¿Estaba relatando el funcionamiento de un mecanismo de tortura? ¿Lo hacía como si fuera lo más normal del mundo? Con un movimiento más brusco de lo que le hubiera gustado, le cogió fuertemente la mano y subió de un tirón la manga del vestido. Allí estaba. La prueba física de lo que le había estado relatando. Tenía toda la muñeca amoratada y todavía se veían evidencias de los punchones interiores. Abrió la boca intentando coger aire. No podía creerse el horror que tenía frente a sí. ¿Cómo alguien se infringía ese dolor voluntariamente? ¿Recordar las normas del decoro? Un escalofrío interior le recorrió todo el cuerpo. Aquella postura típica de la muchacha recatada y perfecta, la que ponía una mano sobre su muñeca... Aquello solo era una manera de disimular cómo se accionaba la pulsera. Y entonces una imagen bloqueó todo su cerebro. Kathy, la pequeña Kathy, con su manita sobre su propia muñeca y un gesto casi imperceptible que había visto durante el *lunch* y que, por un momento, lo llevó a estar a punto de preguntarle si le dolía algo.

—¿Kathy llevaba esto puesto?

La pregunta había surgido con la voz más alta de lo que le hubiera gustado. Lo vio en el rostro de Florence. Estaba asustada por su reacción.

—Sssssí, claro.... Pero te lo vas quitando... Llega un momento que no lo necesitas... Es solo al principio... Yo... yo creí....

Desvió la vista de nuevo hacia la muñeca de ella. La tenía todavía apresada con firmeza. Notó su resistencia, como si quiera desprenderse. No quería. La sujetó, pero para hacerlo, tuvo que presionar con más fuerza. La miró a la cara. Había empalidecido. Volvió a mirar las magulladuras y, sin saber muy bien por qué, empezó a acariciarlas con el pulgar. Ella se puso muy tensa y le pareció que incluso aguantaba la respiración. ¿No soportaba su contacto?

En ese momento, el coche se detuvo.

—Hemos llegado, señor —se oyó decir a Brick.

Estaban frente a la casa de ella, en Greenwich Village. Si ella se extrañó de que conociera exactamente dónde vivía, lo disimuló. Eso sí, aprovechando el

desconcierto del momento, se deshizo de su mano y salió del coche murmurando un «gracias».

Michael se dejó caer en el respaldo del coche. ¿Qué había hecho durante ocho años? ¿Cómo es que desconocía tantas cosas de la mujer con la que había vivido?

Una semana más tarde, salía de su casa con el corazón latiendo como si fuera un adolescente. No sabía si lo que había decidido contaría con su aprobación, pero necesitaba hacerla partícipe. Su matrimonio estaba roto, pero no iba a permitir que sus hijos reprodujeran su modo de vida. Él no había sido un buen padre, ni lo podría ser. Ella, sin embargo, podía darles otra perspectiva y, en cualquier caso, ellos la echaban en falta y si solo era la mitad de lo que lo hacía él, entonces ya era agotador. Tal vez aquel hombre de la academia tenía razón. Los niños sin madre crecían infelices. Él no quería eso para sus hijos y tampoco soportaba más ver el sufrimiento de ella. Tal vez con aquel cambio ellos consiguieran, en algún momento, encontrar el verdadero amor y vivirlo.

Subió al coche y le dijo a Brick que fuera directo a Washington Square Park donde Grimm le había informado que se había detenido aquella mañana. Normalmente, una vez que había escogido lugar, no se solía mover en varias horas; pero tenía ganas de llegar para asegurarlo.

Accedió al parque por el lado este. No había demasiada gente. A fin de cuentas, se trataba de un día entre semana de una fría mañana de febrero. La vio muy cerca del arco. Estaba de pie, frente a su caballete. Así un pincel con la mano sin enguantar, aunque la otra, la que había sufrido el efecto de aquel maldito brazalete, sí estaba resguardada del frío por un guante de lana. Se cubría el cuello y parte de la cara con una gruesa bufanda. Era obvio que tenía frío, pero parecía totalmente concentrada en el lienzo que tenía delante.

A punto de llegar se dio cuenta de que no estaba sola. Tancredi estaba allí, sentado en un banco a su lado. La miraba embelesado. Se detuvo. Dudó. Se dio media vuelta. Volvió a mirarla. Finalmente, dio los últimos pasos y se colocó frente a ella, tapándole la visión de lo que estuviera dibujando, pero de manera franca y directa, manteniendo así también el contacto visual con él. Verlos juntos le volvió a traer a la mente aquella amarga imagen que no se le borraría nunca.

Mario Tancredi abrió la boca como si fuese a decir algo, pero la cerró de

inmediato y se limitó a mantenerse a la expectativa, sin bajar la mirada. Ella sí que, después de un momento, retiró la vista hacia un lado y se hizo patente su nerviosismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó—. ¿Están bien los niños?

—Perfectamente —respondió él—. Vengo a ofrecerte que me acompañes al Trinity School. Tengo visita concertada para las doce.

Ahora sí lo miró de frente. Su asombro era obvio. Su labio inferior tembló un poco y se lo mordió. Sin más, empezó a recoger todas las pinturas. Tancredi se levantó y empezó a ayudarla. Ella se detuvo un momento y lo observó. Él pareció entender y, con un gesto de cabeza, volvió a dejar las cosas que había recogido y se fue. Antes se giró hacia él dedicándole una mirada furibunda.

—Estoy muy cerca de casa —dijo entonces ella—. ¿Podría cambiarme de ropa? No voy muy adecuada.

Michael asintió con la cabeza. Caminaron distanciados hasta llegar al portal del edificio de apartamentos. En ningún momento él se había prestado a ayudarla a transportar nada, pese a que era evidente que no le era fácil llevar caballete, pinturas y papel. Ella sacó una llave de un pequeño bolso y abrió. Después pareció dudar.

—¿Quieres entrar?

No debería. Sin embargo, asintió. La siguió a través de un pasillo hasta llegar a otra puerta que ella abrió con otra llave.

Un pequeño vestíbulo permitió que ella se liberase rápidamente de todo lo que llevaba encima. Volvió a titubear.

—¿Quieres verla?

Se limitó a mirarla. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Por qué no la esperaba en la calle? Tal vez porque quería ver si en esa casa había algún rastro de Tancredi, algo que le confirmase que seguían manteniendo una relación.

Florence interpretó su silencio como un consentimiento.

—Ven —susurró.

Lo condujo hacia la izquierda donde en seguida el pasillo abocó a una sala algo más grande con unas grandes cristaleras que daban a un jardín. Estaba algo desordenada. Tenía una manta sobre el sofá, otro caballete en medio y varias pinturas y lienzos desperdigados. Al fondo había una puerta que ella ya

estaba abriendo. Accedieron a una especie de distribuidor que daba a dos puertas más. Eran dos habitaciones con una cama en cada una de ellas. Allí el orden era total. Una estaba decorada como si fuera para un niño. La otra tenía unas muñecas sobre la cama.

—O'Brian me dijo que si alguna vez... si alguna vez las cosas cambiaban, deberían tener donde dormir.

Él buscó su mirada, pero ella lo eludió bajando de nuevo la cabeza y moviéndose de nuevo hacia el pasillo por el que habían accedido. Desde la puerta de entrada hacia la derecha, el apartamento tenía otras estancias que, a diferencia de las que daban al jardín parecían caracterizarse por la falta de luz natural. Un baño, una cocina minúscula y otra puerta que ella solo señaló.

—Es mi habitación. Si quieres, te sirvo un té mientras me cambio.

—No. Gracias.

Se dirigió hacia la sala para esperarla. Sin embargo, en el último momento sintió una especie de rabia interior. Ella no podía negarle el derecho a ver su alcoba y eso era lo que había hecho. Quizás, para evitar que viera una chaqueta de hombre o una cama cubierta de seda roja.

Se giró y en dos zancadas se plantó en el marco de la puerta. Se trataba de un espacio minúsculo. Tan solo una cama individual, una mesita de noche, una silla y un armario ropero. No tenía más ventanas que un respiradero. Estaba claro que había sido o despensa o habitación de la doncella. Ni una pieza de hombre. Nada que pudiera indicarle la presencia de nadie más. Había dejado las habitaciones principales para el improbable caso de que sus hijos se quedaran mientras que ella dormía en un cubículo.

Sostenía un vestido en cada mano. El de la derecha era uno que él reconocía. Formaba parte de su vestuario antiguo, como el que había llevado a Deerfield, pero de color gris. Formal, austero y pasado de moda. En la izquierda, un traje chaqueta de color crema, entallado en la cintura y bordado al final de la falda.

—El de la izquierda —dijo él.

Florence dio un respingo. No se había dado cuenta de que estaba allí.

Cuando asimiló sus palabras, se sonrojó. Aquello recordaba demasiado a ocho años de convivencia en el que ella, muy a menudo, le preguntaba su opinión sobre qué ponerse. Dejó el vestido gris en el armario y estiró el otro sobre la cama. Se quitó la bufanda y el abrigo y los dejó también sobre el

lecho. Siguió con el sombrero que colocó sobre la mesita y los guantes que tuvieron el mismo destino. Entonces llegaba el turno del vestido que llevaba. Uno negro y dorado, de ropas vaporosas, abierto en el escote y también en la espalda, mangas hasta los codos y lazo en la cintura. La vio morderse el labio inferior y mirar de reojo hacia la puerta. Echó mano hacia el lazo. Temblaba.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para darse media vuelta y dirigirse hacia la sala. A mitad de pasillo oyó como ella cerraba la puerta.

Media hora más tarde estaban frente a las puertas del Trinity School. Los recibió una amable mujer de unos cincuenta años llamada señora Peterson y que se presentó como la directora. Los niños estaban en clase y les fue enseñando las principales estancias, así como alguna que otra aula, a través de un pequeño ventanuco que daba al pasillo. Era una edificación de cuatro pisos que contaba con todo tipo de comodidades para niños de entre seis y dieciocho años. Se trataba de una escuela mixta, algo considerado como estrambóticamente moderno, pero la directora defendió que era la mejor manera de asegurar una sociedad justa y con igualdad de oportunidades como proclamaba la constitución americana.

Disponía de pistas de juegos al aire libre en la parte trasera que, obviamente, no tenían las dimensiones de Deerfield, pero que permitían actividades deportivas. Contaba con una capilla y un comedor de amplias proporciones, y llegó a mostrar, incluso, las cocinas y espacios reservados para el profesorado.

Florence lo miraba todo como si fuera una niña pequeña entusiasmada con un juguete nuevo. Él se limitó a escuchar y a observarla a ella. Mientras les mostraba una sala que hacía las veces de laboratorio, también les habló de las técnicas que utilizaban para que, en el inicio de curso, todos los niños se integraran con normalidad y conociesen las normas que habían de regir en la escuela.

—¿Habría alguna opción que se incorporaran a mitad de curso? —preguntó Michael.

—No solemos aconsejarlo, pero podríamos hacer una excepción. Creo que me dijo que el mayor tiene diez años y la pequeña cinco, ¿es así?

—Efectivamente.

—No habría problema. Eso sí. Me gustaría que antes del primer día pudiera

tener una entrevista con los tutores respectivos. Es importante que conozcan cualquier circunstancia personal que pudiera estar afectando a los niños y que pueda entorpecer su integración o su adaptación. Y tenemos todos que estar muy seguros, también, de que no hay nada que afecte a la comunidad.

—Tal vez... —susurró entonces ella no demasiado convencida de si podía hablar—. Quizás debería saber que el vizconde y yo....

—De su divorcio ya tengo conocimiento, señora. —La interrumpió ella de manera seca, pero con una sonrisa dulce en los labios—. No merecería el cargo que tengo si me dedicase a dar visitas a cualquiera que me lo pidiera sin evaluar primero si se trata de alguien digno. Ese aspecto ya lo tengo claro. El hecho de que estén ambos aquí me demuestra, en cualquier caso, que mi juicio no ha sido erróneo y que, divorciados o no, son unos padres que velan por la educación de sus hijos.

Florence se sonrojó. Michael, sin embargo, la observó con admiración. Le gustaba aquella mujer por la fuerza que mostraba y le gustaba esa escuela porque ella parecía encantada.

Llegaron así a la última sala común. Se trataba de un espacio rectangular y de grandes proporciones con todo un lado acristalado y que daba a un jardín lleno de plantas de todo tipo que presagiaban un espectáculo de color en primavera, aunque en ese momento estuvieran tapadas de nieve. La pared de enfrente estaba cubierta de pinturas enmarcadas. El centro de la sala ocupado por mesas de diferentes medidas, sillas, taburetes, caballetes, tornos de barro...

—Le llamamos la sala de la creación y todos los niños pasan por aquí una vez a la semana. Cuando entran no se les indica qué deben hacer. Cada uno de ellos hace lo que quiere. Unos pintan, otros dibujan, algunos trabajan con el barro o también se puede bailar, a veces aprovechan para estudiar o para leer, cualquier cosa es válida menos holgazanear. Hemos descubierto que, de manera libre y voluntaria, la capacidad de estos niños por continuar mejorando es increíble y, después de estar una mañana por aquí, son más obedientes y están más frescos y concentrados para estudiar.

Ella lo miraba todo como hechizada por el espacio. Tocaba con las puntas de los dedos las sillas y las mesas, así como las obras que se encontraban a medias. Entonces empezó a mirar una a una las pinturas de la pared.

—Están por orden de antigüedad. Obviamente, ese Cézanne o ese Velázquez no son más que copias del original; pero a los niños les va muy bien ver cómo y qué han creado algunos hombres en la antigüedad. Más adelante verá que la pintura es ya más original, pero también más moderna.

Los condujo hasta el final de la sala donde, efectivamente, el tipo de pintura se parecía mucho más a los de los nuevos pintores.

De pronto, Florence se quedó petrificada ante un cuadro y luego clavó su mirada en la señora Petterson. Michael miró qué le había generado esa reacción. Se trataba de un fresco en el que una madre leía un cuento a una niña pequeña. El realismo de las expresiones era espectacular e, incluso, la movilidad que parecía desprenderse del libro abierto. Miró la firma «Frence». Entonces lo entendió.

—¿Cuándo...? —estaba empezando a balbucear ella.

—En su primera exposición, señora Howland. Soy una gran admiradora suya.

Florence se limitó a asentir con la cabeza e intentar esconder su turbación.

Salieron de allí y se dirigieron al despacho de la directora.

—Y bien, ¿qué decide, vizconde?

Internamente le agradecía que se dirigiese solo a él. Si conocía su historia, sabría que era él quien ostentaba sin fisuras la patria potestad.

—Es mi deseo que puedan estar inscritos lo antes posible, ¿algún inconveniente?

—Ninguno, milord. Puede ser incluso mañana mismo.

—Tardaré una semana en disponer las cosas para hacerlos venir.

—Ningún problema. En una semana. Deberá dejarme la solicitud de inscripción firmada.

Le puso unos papeles impresos delante y él los leyó con calma. Sin embargo, un segundo antes de estampar la firma, miró a Florence.

—¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto —respondió ella totalmente desconcertada.

Salieron a la calle. Brick esperaba en la puerta.

—Cruzando por el parque pueden llegar en veinte o veinticinco minutos a casa —dijo entonces Michael—. He pensado que si estás en el Great Lawn pueden quedarse un rato cuando no haga demasiado frío o llueva.

Su cara reflejó de inmediato la exaltación que sentía, hasta el punto que su respiración se agitó y tuvo que abrir un poco la boca para poder acoger todo el aire que necesitaba. Segundos más tarde notó como intentaba contener la emoción bajando los hombros, mirando al suelo y colocando una mano sobre la muñeca de la otra. Ese gesto que antes le había parecido enternecedor y que ahora le era tan sintomático de una gran angustia. Alargó una mano y, agradeciendo que estuviera enguantada, forzó a que ella se desligase. Después subió al coche y le ordenó a Brick que arrancara inmediatamente y lo alejara de allí.

Se acabó. Ya había hecho lo que se había propuesto. Ya había cumplido. Sus hijos volverían a ver a su madre. Florence volvería a ver a los niños. No era propiamente un signo de normalidad, pero era lo más parecido. Cada uno en su lugar. Donde les correspondía. Y él... él debía encontrar una nueva vida. Lo que había estado haciendo era tan solo sobrevivir. Ir de un lado a otro. Dejar pasar los días sin aferrarse a nada ni a nadie.

Aquella noche acudió a una de las fiestas que Hugh Hollister ofrecía. No había aceptado la invitación, pero conocía el exceso de las veladas neoyorkinas y no les molestaría que apareciera sin avisar.

Efectivamente, se encontró con un saludo afectuoso y una copa de champán en la mano solo entrar. El mismísimo Scott Joplin amenizaba la velada con su piano y las risas acababan de llenar los pocos espacios sin ruido. Aquella era una gente que no soportaba ni el silencio, ni la tranquilidad.

Michael vio a Aaron Pemberton, un tejano que llevaba un tiempo tras él para hacer negocios juntos, convencido de que la riqueza que poseía tenía más que ver con la suerte que con la elección correcta de las inversiones. Decidió que empezaría aquella misma noche a hacer el giro que quería en su vida y, tras un breve intercambio, cerraron el trato por el que le vendía todas sus participaciones en la industria armamentística de Springfield y de Canadá.

Se sentía eufórico y se sentía diferente. La felicidad ya sería otra cosa. Vendría más adelante cuando lograra olvidarla. Se sirvió otra copa de champán.

—Hola. —La voz se había hecho oír a través de la música y para hacerlo su dueña se había acercado a su oído y le había permitido oler su fragancia a violetas.

Se giró para mirarla. Era Jane Hollister. Se trataba de una jovencita de veintidós años. Su rostro ovalado junto con su pelo corto y ensortijado enmarcaba una boca pequeña, pero perfectamente perfilada, una nariz recta y en forma de botón, y unos ojos negros no demasiado grandes, pero que se abrían mucho como si así pudiera aprehender todo lo que había a su alrededor. Llevaba un vestido muy escotado que dejaba cuello y hombros desnudos sin ningún tipo de joya. Era en verdad preciosa y, sobre todo, pensó, la otra cara de la moneda de Florence. Inmediatamente después de pensarlo, se arrepintió. Él tenía quince años más que aquella chiquilla y además era la hija de su amigo.

—Hola —la saludó cortés—. Te he visto antes bailar. Te gusta este nuevo ritmo, ¿no?

—Mucho —le sonrió—. Es muy divertida, ¿no te parece? Aunque a ti no te he visto bailar.

—Me temo que yo soy de otro tiempo.

—¿El de los valeses?

—Entre otros.

—¿Eres un buen bailarín de valeses?

—Tal vez lo fui. Ahora me temo que ya no tengo edad.

—¿Por qué dices eso? No eres mayor.

—Treinta y siete años es toda una eternidad, te lo aseguro.

—A mí no me lo parece. Estás en la edad justa.

—¿En la edad justa?

—En la edad justa para ser... para ser mi profesor de baile.

—¿Perdona? Creo que te defiendes muy bien tu sola.

—Con los valeses, no.

—No necesitas saber bailar valeses hoy en día.

—Si algún día me caso, no podré inaugurar el baile. Se sigue haciendo con un vals.

—Tu marido sabrá guiarte, no lo dudes. Tu solo déjate llevar.

—Te tomo la palabra.

—¡Hombre! ¡Si estás aquí! —Hugh Hollister se había situado frente a él con una gran sonrisa de oreja a oreja—. Te estaba buscando. Has hecho feliz a Pemberton, pero, amigo mío, ¿por qué te has deshecho de esas inversiones por

tan poco precio? Si lo llego a saber...

—Me dijiste un día que no querías invertir en armas.

—Cierto, cierto... Pero tú te has hecho tremendamente rico con ellas. Lástima ser un hombre de principios, si no lo fuera... —Y girándose hacia su hija, dijo—. Veo que lo estás cuidando como te he pedido, ¿verdad, cariño?

—Lo estoy intentando, papá, pero él no está siendo muy cortés.

—¿Debo matarlo? —soltó una risotada.

—No quiere enseñarme a bailar vales.

—¡Querido Ressayre! Eso es una gran ofensa.

—Hollister —respondió él intentando seguir la broma—, su hija no se merece que un viejo como yo le machaque sus pies. Me temo que ya estoy algo oxidado.

—Tonterías, Ressayre, querido amigo. Sois jóvenes. Ambos. Y no habría mayor honor para mí que un verdadero aristócrata enseñara a mi hija los secretos del baile más romántico del mundo.

Y, con la inconstancia que lo caracterizaba, dio por terminada la conversación y se giró hacia el salón de nuevo saludando a otro invitado al que también trató de gran amigo. Michael tomó otra copa que, en ese momento, un criado le servía. El cosquilleo de las burbujas bajó por su esófago al mismo tiempo que la cálida sensación de la embriaguez le nublaba algo la vista.

—Estás atrapado.

Jane le había hablado de nuevo al oído, pero esta vez, al hacerlo había hecho rozar los cuerpos y, otra vez, el olor a violetas le había inundado las fosas nasales. La miró. Seguía ahí a escasos centímetros de él, tan cerca que le pareció que cuando respiraba su aliento hacía que el vello de la piel de su tez se erizase.

—Vas a tener que enseñarme —volvió a susurrar— y esta vez no admito ninguna excusa.

## CAPÍTULO 14

Florence miraba jugar a sus hijos en la gran explanada y sonrió feliz. Hacía un precioso día de mayo y aquella noche se estrenaban las Ziegfeld Follies, que suponía su segunda intervención en la decoración de escenarios.

Le gustaba ese tipo de trabajo porque a diferencia de sus pinturas, en las que se limitaba a dejarse llevar por su inspiración interior, con los decorados debía esforzarse en entender qué era lo que el director de la obra quería transmitir tanto como interpretar al autor o enmarcar a los actores. Le había hecho conocer a muchísima gente del mundo del espectáculo y, aunque Olga y Mario seguían siendo sus más fieles amigos, Broadway le había abierto las puertas a nuevas experiencias que no se acababan nunca.

Definitivamente, aquella ciudad era increíble y la había descubierto en los dos últimos años y medio. Le parecía inconcebible que hubiera estado viviendo durante ocho años sin conocer todas las oportunidades que brindaba. Pero aquello era el modo de vida inglés. Cerrado, exclusivo, intransigente y obtuso.

Y, sin embargo, cómo lo echaba de menos a él; cómo seguía doliendo el alma cuando recordaba lo que le había hecho, lo que había dejado perder... No lo había vuelto a ver desde que visitaron el Trinity School, pero había cumplido su palabra. Desde el momento en que los niños fueron matriculados, la señora Doubtfire los recogía y los devolvía a casa cruzando el parque. Ella los esperaba en algún punto del camino, cada vez más cerca del inicio, dadas las ganas que siempre tenía de abrazarlos y podían quedarse entre una hora o dos, dependiendo del clima y de la luz solar. La señora Doubtfire a veces se quedaba, pero la mayoría de las ocasiones aprovechaba para ir a comprar o sencillamente volvía a casa y ella era quien los llevaba, aunque se limitaba a

vigilar que cruzasen la Quinta Avenida con cuidado. Ella no se atrevía siquiera a pisar la otra acera, donde se hallaba su antiguo hogar.

—¡Mamá! —Era Kathy quien interrumpía sus pensamientos—. Ahora ya me toca ir al parque. Me lo has prometido.

—De acuerdo, cariño. Tienes razón. ¡George! ¡Vamos!

—¡Oh, mamá! ¿Por qué tenemos que ir al parque infantil? Ya no tengo edad.

—Porque Kathy sí la tiene y ella lo necesita.

Refunfuñando se acercó a ellas y se negó a darle la mano que le tendía su madre.

—Ya soy mayor, mamá. No hace falta que me tomes la mano.

—Lo sé. No te la pido por eso, sino porque yo sí estoy haciéndome mayor y tengo miedo a caer.

Le enterneció ver la carita de susto de su hijo y cuán rápido le dio la mano, creyéndose aquella pequeña mentira. No se cansaba de tener contacto físico con sus hijos. Esa era otra de las cosas que se había negado a sí misma durante muchos años. Si ahora viviera con ellos no dejaría de acariciarlos. Pero debía estar contenta con lo que tenía. Tan solo cuatro meses atrás vivía con la angustia de ni siquiera poder verlos.

Al llegar a la zona de columpios se sentó en un banco. Kathy le pidió a su hermano que la empujara y él solícito lo hizo. Florence puso los pies sobre el banco, se abrazó las rodillas y apoyó la cabeza sobre ellas. No era una postura correcta, pero mucho menos teniendo en cuenta que era una mujer de treinta años con dos hijos. Esas eran las típicas normas sociales que ahora le daban lo mismo. No tenía que gustar a nadie. Podía ser espontánea. No necesitaba de nada ni de nadie. Su pasión por la pintura le permitía pagarse un apartamento y vivir dignamente, aunque sin comodidades. Era libre. Esa era la recompensa. La otra cara de la moneda era la soledad.

George se había despistado y el columpio de Kathy le golpeó el pecho. Su inicial cara de susto, seguida del disgusto, le hizo mucha gracia y se echó a reír. Su hijo la oyó y la miró algo receloso. De pronto, cambió su expresión abriendo mucho los ojos

—¡Papá!

Se giró y, en efecto, allí estaba. De pie, apoyado en un árbol. Vestido, como siempre, impecablemente; aunque ahora menos clásico, con una chaqueta de un

gris plateado que le cubría las caderas, chaleco y pantalones a juego cortados por un buen sastre, corbata granate y una camisa blanca perfectamente almidonada. Se había cortado el pelo y, aunque seguía siendo rubio, tenía ligeros toques castaños.

Se levantó de un golpe, pero se quedó dónde estaba mientras los niños lo saludaban. A su lado, tenía una razón más para avergonzarse. Llevaba una sencilla camisa blanca y una falda negra que se ajustaba demasiado a su cintura, mostrándola más delgada de lo que realmente estaba.

—¿Nos vamos a tener que ir ya? —preguntaba Kathy en ese momento.

—No —respondió él—. Seguid jugando. Mamá y yo tenemos que hablar.

Aquellas palabras no presagiaban nada bueno y el miedo se apoderó de su interior. Le disparó el corazón y notó una ligera debilidad en las piernas. Lo vio acercarse, pese a que mantenía la vista en el suelo todo lo que podía. Si normalmente le costaba enfrentarse a su mirada, en aquel momento tras oír aquella frase, era totalmente incapaz.

—¿Nos sentamos? —dijo él cuando llegó a su lado.

Ella asintió y lo hizo en una esquina del banco. Él ocupó la otra. Un frío vacío entre los dos evitaba que se rozasen. Los niños siguieron jugando.

—He querido venir a decírtelo antes de que te enteres por los diarios.

Había empezado a hablar sin más preámbulos, sin necesidad de iniciar una primera conversación banal y superficial. A ella, el corazón le latía más rápido. Su cabeza intentaba pensar, pero le era imposible.

—Mañana lo anunciarán.

Su voz sonaba grave. Los silencios entre cada frase no auguraban nada bueno. Cerró un momento los ojos, pero se obligó a abrirlos poco después.

—Me he prometido a Jane Hollister.

Ahí estaba, la gran noticia. El corazón, que hacía un instante galopaba, se había detenido de golpe, estaba segura, y una gran congoja empezó a subirle por el estómago y quería llegar a la garganta. ¡Dios mío! ¡No podía llorar! Michael odiaba los espectáculos dramáticos. Recordó las viejas enseñanzas. Inspirar, expirar. Inspirar, expirar.

—¿Para cuándo la boda? —Era su voz la que había surgido de su garganta y le parecía imposible poder hablar.

—Mediados de junio.

¡Un mes! ¿Un mes?

—¿Por qué tan pronto?

Ahora sí, ahora sí que habría notado que los labios le habían temblado y que la angustia dominaba su tono, ¿o no?

—Podría estar embarazada.

Si la hubieran abofeteado en aquel momento, no hubiera sentido nada pues el dolor que se le acababa de instalar en el abdomen era infinitamente mayor. De todos modos, lo recordaba. Era el mismo mal que se le había instalado los primeros días desde que la descubrió en casa de Tancredi.

Miró a sus hijos. Hasta aquel momento, había podido decir que ella lo había hecho padre y que eso siempre preservaría una parte de su relación. Pero ahora ya no. Ahora iba a tener un hijo con otra mujer.

Lo imaginó acariciándola, besándola, susurrándole palabras al oído, embistiéndola, cayendo sobre ella con la satisfacción que golpeaba todavía todos sus sentidos.

—Se lo diré esta noche a los niños —dijo él de nuevo.

Y, mientras lo decía, notó cómo, con su mano enguantada, separaba sus manos del regazo e impedía que se cogiera la muñeca, evitaba una postura que a ella le ayudaba a no perder el control.

Se levantó de un golpe. Se acabó. Ya no podía más. Los niños la vieron y se acercaron corriendo. Estaba claro que no habían perdido un ojo de lo que pudiera estar ocurriendo entre ellos dos.

—¿Ya nos vamos?

—Sí —dijo ella, aunque se arrepintió puesto que su inflexión denotaba lo que estaba ocurriendo en su interior—. He recordado que tenía que hacer algo. Mañana nos vemos.

—Mañana es sábado, mamá.

Se obligó a mirarlos y a sonreír. Notaba la mirada de Michael. ¡Maldita sea! No aguantaba más.

—Cierto. Lo siento. El lunes entonces. —Y con las pocas fuerzas que había en su interior miró a Michael—. Felicidades.

Forzó que su paso fuera lento y pausado reteniendo las ganas que tenía de salir corriendo. Aquello era el punto final de un capítulo que hacía mucho tiempo no encontraba la manera de cerrarse.

Michael se quedó mirando cómo se iba. Elegante, firme y distinguida pese a llevar aquellas sencillas ropas. Pausada, fría y austera. Lejana y distante. Por un momento, le había parecido que sentía lo que estaba oyendo. Por un instante imaginó que le pedía que no lo hiciera y le confesaba que lo amaba. Pero de su boca jamás saldrían esas palabras. Un «Te amo» que mucho antes de su infidelidad ya no pronunciaba.

Pero no. Si algo no había sido, era falsa. Ni siquiera cuando más temía por ser expulsada de su casa, se le ocurrió decirlo para evitar las consecuencias. No lo quería y, posiblemente, nunca lo había querido. A diferencia de él, que se consumía por dentro, que iba a casarse con otra mujer sin poder dejar de amarla.

Jane. La intrépida Jane. Pensó en ella con cierta ternura, pero no se sentía culpable. Sabía que ella tampoco lo amaba a él. Así que, esta vez, era diferente. No partía del engaño. Jane era divertida y juntos habían descubierto que la vida podía ser muy fácil. Ella lo ayudaba a no pensar. Él le consentía todos los caprichos. Cierto que ya venía de una familia acomodada a la que no le faltaba de nada, pero su rango y su fama de hombre experimentado le otorgaban a ella una libertad que su padre, por mucho dinero que pudiera darle, no conseguía proporcionarle.

Si algo en realidad le costaba más era, justamente, la relación con Hugh Hollister. No dejaba de pensar que entre ellos había menos distancia de edad, doce años, que entre él y Jane. Sin embargo, a aquel hombre no solo no le importaba, sino que había sido el principal inductor de su relación. Tanto que, a veces, le embargaba la horrible sensación de que Jane estaba solo obedeciendo los mandatos de su padre y, entonces, acababa pensando que estaba reproduciendo un estándar. A fin de cuentas, había llegado a la conclusión que Florence se casó con él impelida por su familia a contraer matrimonio con un aristócrata, sobre todo tras el regreso de Margaret.

Jane era tan increíblemente diferente. Tan espontánea, tan rebelde que era imposible pensar que aquella mujer estuviera siendo sometida por nadie. Además, al inicio, lo único que hubo entre ellos fue mucha diversión, algunos arrumacos y apasionados besos. Tan solo dos veces habían llegado más lejos y en ambas él había ejercido el control de culminar en su vientre. De ahí que la sorpresa de su posible embarazo le pareciera, al principio, tan inverosímil y

se plantease esperar hasta estar completamente seguros.

Pese a ello, asumió su responsabilidad. No le resultaba tan horrible tener otro hijo. Tal vez fuera su oportunidad de hacer las cosas mejor y la alegría de Hugh Hollister ayudó al resto y accedió al compromiso.

La conversación con sus hijos no fue difícil. Aquellos niños tenían una extraña relación con él. Sabía que lo querían, pero nunca jamás se enfadaban con él, nunca le recriminaban nada y nunca le exigían. Aceptaron sus palabras y solo Kathy preguntó si debería llamar «mamá» a Jane, a lo que le respondió que podía llamarla como quisiera.

Los siguientes días fueron una vorágine de celebraciones y fiestas que se iban multiplicando a medida que las diferentes amistades de Hollister o cuyas iban haciéndose eco de la noticia. De los preparativos de la boda se encargó ella totalmente.

Él se limitó a avisar a sus amigos Charles y Martin por telegrama rogándoles que vinieran. Quería verlos. Tenerlos allí con él en aquel momento. Aunque sus sentimientos eran en parte ambivalentes y no sabía hasta qué punto su interés por verlos era para que no le permitieran desdecirse o para que lo hicieran entrar en razón y le impidieran el matrimonio. Fuera como fuera, le contestaron confirmando que en una semana estarían allí con sus esposas e hijos.

Por eso, el día anterior, se había propuesto agotar la fiesta hasta el final. Disfrutar de esa deliciosa inconsciencia en la que se encontraba y lo iba a conseguir en la fiesta que, en el Times Square, habían ofrecido los dueños del New York Times, íntimos amigos de los Hollister. El alcohol corría a raudales, pero la orquesta se limitaba a tocar melodías suaves.

Jane estaba espectacular, con un vestido hasta los pies, de seda roja lleno de pedrería, tirantes finos y ajustado al cuerpo. Se movía sin parar buscando la aprobación y el piropo de cualquiera que estuviera cerca.

Michael decidió apartarse a un rincón y dejarla disfrutar. Su presencia evitaba algunos comentarios mientras que, si la veían sola, eran más atrevidos. Era curioso cómo con ella los celos no existían.

Un hombre, a quién no creyó conocer, se le colocó justo al lado y le hizo un gesto con su copa para que brindaran. Era alto y robusto sin estar gordo. El pelo cortado casi al cero, cejas espesas y perilla bien recortada. Llevaba un

traje negro que denotaba potencial económico, corbata a cuadros, chaleco y camisa blanca, y varios dedos recubiertos de anillos. Le siguió el juego y brindó con él.

—Felicidades —le dijo.

—Gracias, pero lamento tener tan poca memoria. ¿Nos conocemos?

—Usted a mí, no, pero yo a usted sí —contestó.

—¿Esa desventaja piensa solucionarla?

—Sí, pero antes, dígame una cosa. Se lo ve relajado, tranquilo; a diferencia de otras veces que me lo he cruzado y que, si me permite la expresión, siempre tiene un gesto huraño. Entiendo que su próximo matrimonio lo está haciendo feliz, ¿puedo confiar que nada va a enturbiar esa felicidad?

Volvió a mirar al extraño sujeto de arriba abajo. No le gustaba cómo estaba iniciándose aquella conversación, pero también era cierto que se había propuesto que aquel día iba a disfrutar hasta que apareciese el primer rayo de sol. No tenía, por tanto, de qué desconfiar. Debía ser un amigo de Hugh Hollister, si no, no hubiera entrado en aquella fiesta y aquel empresario no era alguien a quien se engañase con facilidad.

—Va a depender de lo que me diga, amigo; pero sí, ha escogido un buen día. No tengo ganas de enemistarme con nadie. Estoy en una fiesta celebrando mi compromiso con la que, sin duda, es la mujer más bonita de la noche y corre el champán.

—Me alegro, amigo. —Y, dejando la copa sobre una repisa cercana, le ofreció esa misma mano mientras se presentaba—. Lloyd Bullock, vizconde, a su disposición.

Le tendió la mano casi automáticamente, pero sus ojos se entornaron y apretó la mandíbula. Aquel hombre era el dueño del Casino Theatre. Grimm no le había vuelto a hablar de él, pero eso solo significaba que la información que le había dado seguía intacta, sin novedades en un sentido u otro.

—Veo que ahora sí sabe quién soy —continuó el hombre perspicaz ante su gesto—. Así que no tendré que perder el tiempo con demasiadas explicaciones, ¿verdad?

—Usted dirá.

Bullock cogió dos copas de whisky del camarero que en ese momento pasaba a su lado. Le ofreció una y se quedó la otra. Dio un buen sorbo. Estaba

acostumbrado a beber.

—En verdad, su prometida es bellísima.

—Eso ya lo sé. Creo que usted pretende decirme otra cosa.

Lo miró. Parecía dudar. Finalmente, se pasó la mano libre por la cabeza hasta llegar a la nuca como si se estuviese sacando de encima alguna preocupación.

—Quiero su bendición para mi matrimonio con Florence Howland.

Michael sintió cómo si la sangre le hirviese, pero respiró profundamente y buscó la manera de aparentar tranquilidad.

—Creo que no entiendo bien lo que pretende.

—Se lo he dicho. Y lo he hecho de manera clara y concisa. Voy a pedirle a Florence Howland que se case conmigo y quiero que usted me confirme que no va a poner ningún tipo de obstáculo. A fin de cuentas, usted también lo va a hacer y creo que es lógico suponer...

—Mire, señor....

—Bullock, pero llámame Lloyd.

—Señor Bullock. No sé si alcanza a comprender qué significa un divorcio.

—Yo sí. ¿Lo sabe usted?

—Empieza a resultarme bastante incómoda esta conversación y no quisiera ser descortés, pero...

—Dígame claramente que no va a poner ningún impedimento.

—¡Maldita sea, Bullock! ¡Déjeme en paz y haga lo que le plazca! ¡No es mi mujer! ¡Hace mucho que dejó de serlo!

—Pero si ella le pregunta...

Michael no lo dejó continuar. Cogió las solapas de su chaqueta y lo lanzó contra una de las paredes, en un rincón, lejos de las miradas ajenas.

—Ella no me va a preguntar. Lárguese de aquí.

—Suélteme, Ressay. No sé si es consciente, pero le aseguro que tengo un buen gancho de izquierda. Yo lo estoy tratando con educación.

Tenía razón. Estaba perdiendo los nervios innecesariamente. A fin de cuentas, le estaba pidiendo algo muy sencillo.

—De acuerdo. Voy a decírselo con corrección. Creo que se ha extralimitado viniendo a explicarme sus pretensiones. No me une nada a Florence. Tal vez a quien debiera preguntarle es a Mario Trancredi.

—¿Mario Tancredi? No me diga tonterías. ¿No creerá de verdad que ella está con ese hombre? Lo que ocurrió hace tanto tiempo, sinceramente... Yo creo que solo pudo ser como consecuencia del opio... Tancredi es solo un buen amigo, aunque él siga enamorado. Pero usted, sin embargo, sí la tiene absolutamente apresada.

—¿Cómo dice?

—Sus hijos, vizconde. Ella haría lo que fuese por esos niños y por estar con ellos, aunque sea un segundo al mes y usted lo sabe. Ella ha aceptado cualquier cosa y estará siempre sometida a usted y a su inestable personalidad.

Michael estuvo a punto de volver a empotrarlo con la pared. Sin embargo, ello solo redundaría en acrecentar ese comentario malicioso sobre su racionalidad.

—Si tanto la conoce, sabrá que los ve diariamente...

—Hasta que usted decida que se acabó.

—No... no tengo por qué.

—Me parece bien, pero garantíceme que, si ella accede a casarse conmigo, usted mantendrá la posibilidad que ella los vea a diario.

—Claro que sí. No tendría motivos. Ella es su madre. Hace tiempo que lo entendí y...

—Tampoco tiene motivos para tenerla vigilada y lo hace.

Algo helado le recorrió el cuerpo de arriba abajo. ¿Cómo sabía aquel hombre de sus encargos a Grimm?

—Bien, entonces, ¿puedo confiar en su palabra?

Le estaba tendiendo la mano. Como antes, cuando se había presentado. Pero ahora estrechársela iba a significar algo más. Lo hizo. Entonces Bullock le sonrió y llevándose un dedo a la frente a modo de saludo, se fue.

Al día siguiente, antes de ir a buscar a sus amigos a la estación, le pidió a Grimm que suspendiese todo tipo de vigilancia sobre ella. En dos semanas se casaba y, por la determinación que aquel hombre había mostrado, no le extrañaría que ella también lo hiciese en breve.

## CAPÍTULO 15

—**E**stá hecho un hombrecito —le dijo Margaret con una sonrisa.

—Es mucho más impresionante lo de Arthur. Son los catorce años más maduros que he visto en mi vida. ¿De verdad ayuda a su padre en las operaciones quirúrgicas? —preguntó Florence.

—Sí. Pero tiene el mismo interés por el cuerpo humano que por cualquier invento o maquinaria. A veces creo que no es de este mundo.

—El que no es de este mundo es Anthony —exclamó entonces Lizzy—. ¿Vosotras creéis que es normal?

Todas miraron al pequeño de cinco años que estaba de cabeza debajo de la rama de un árbol mientras al tiempo improvisaba unos versos que rimaban. Las tres mujeres se echaron a reír. En verdad, parecía un ser muy especial.

Llevaban un rato paseando por Central Park y se acababan de sentar cerca de Belvedere Castle. En un rato, Margaret y Lizzy tendrían que volver al 1009 de la Quinta Avenida ya que sería la hora de cenar. Florence se iría entonces a su casa.

Los niños jugaban juntos como si no hiciera años que no se veían. Entre ellos siempre parecía que habría algo especial que los relacionaba con un vínculo más fuerte que, incluso, el de la familia.

Margaret y Lizzy habían sido muy respetuosas con ella. En ningún momento le habían preguntado sobre lo que pasó. Solo les había interesado saber si ella estaba bien en ese momento. Pese a ello, había preferido explicarles la verdad. No había podido perdonarse a sí misma, pero eso no significaba que viviera escondiéndose de aquel hecho que había marcado tan profundamente su vida.

Ambas se mostraron comprensivas limitándose a escuchar sin juzgar ni

expresar opinión. Llegaron, incluso, a conocer a Tancredi y en ningún momento le expresaron rechazo, aunque no pudo decir lo mismo de Charles que, con su carácter impetuoso, optó por marcharse del teatro donde habían ido a ver un ensayo. Martin, sin embargo, fue cortés y acabó alabando su voz. Tancredi le había demostrado tantas veces que podía contar con él sin darle nada a cambio que no le parecía justo excluirlo de las presentaciones. Para bien o para mal, formaba parte de su vida.

En cualquier caso, el momento más importante para ella fue cuando los llevó a una de las exposiciones que en aquel momento habían recogido alguna de sus obras. Para Florence, la opinión de sus amigos de toda la vida era muy importante. Los cuatro, sin excepción, se mostraron entusiasmados con sus pinturas. Martin ya había visto algo cuando la visitó dos años antes, pero Margaret llegó a reprenderlo porque no le había hecho justicia y Elizabeth, con su espontaneidad habitual, la llegó a comparar con los grandes de Francia. Florence pensó que, si los hubiera tenido cerca durante aquellos primeros tiempos de su afición, tal vez no hubiera acabado escondiéndose y buscando otros ambientes donde expresarse. Pero no tenía mucho sentido pensar en lo que podría haber sido.

No hablaron en ningún momento de lo que los había llevado allí. Prefería no pensar, aunque era muy difícil si se leía la prensa. La preciosa hija de uno de los millonarios más ricos del país se casaba con un vizconde inglés. Y la boda iba a tener lugar en tan solo dos días.

Cada vez que pensaba en eso, se le hacía un nudo en el estómago y sentía unas tremendas ganas de llorar, pero se esforzaba en pensar otra cosa, después de recordarse a sí misma que Michael sería por fin feliz. Desde que se había comprometido no se habían vuelto a encontrar, pero ella no había podido evitar espiarlo, aunque le diera vergüenza reconocerlo. Lo había visto salir de la naviera o entrar a alguna de las continuas fiestas a las que acudía y ya no se le veía ese rictus en la cara que lo había deshumanizado. Volvía a ser el Michael que ella recordaba, el de la mirada bondadosa y la sonrisa dulce. Por eso, a veces, dolía más. Porque sabía que nunca más lo iba a tener y porque la causa de esa felicidad era otra mujer.

Ni siquiera podía consolarse pensando que el matrimonio era un ejercicio de responsabilidad por su parte ante el embarazo de ella. Lo cierto era que, según

le explicaron Margaret y Elizabeth, había resultado finalmente una falsa alarma; pero ellos decidieron seguir adelante con la boda. Si no era en aquel momento, sería más adelante. Era incluso mejor así, puesto que habían planeado un viaje de novios por toda Sudamérica y tenían pensado recorrer tierras inhóspitas y visitar algunas tribus indígenas por el Amazonas. Según decían, Jane Hollister era una gran aventurera.

Y era precisamente la antítesis de lo que ella había sido durante todos sus años de convivencia, quien lo estaba haciendo feliz. ¿Qué vida habían vivido ambos que no podían reconocerse en ella ninguno de los dos? Y, pese a ello, recordaba cada minuto de su convivencia con él y lo hacía inmersa en el amor que siempre le tuvo, desde la primera vez que le vio, parado junto a Martin, moviendo nervioso el sombrero, apartando la vista cada vez que ella lo pillaba mirándola, negándose mutuamente lo que habían sentido nada más verse.

—¡Mamá!

El grito era de George y no presagiaba nada bueno. Miró hacia allí y vio a todos los niños haciendo un círculo alrededor de un bulto que...

—¡Kathy!

Salió corriendo hacia allí seguida de Margaret y Lizzy. Cuando llegó, se dio cuenta que estaba todos metidos hasta las rodillas en una especie de lodazal que habían hecho ellos mismos tirando agua del estanque. George ya tenía a la pequeña Kathy en brazos. Su rodilla derecha sangraba copiosamente. Había caído y había ido a dar con la única piedra que había en aquel fango espeso. Se quitó los zapatos y caminó con dificultad hasta donde estaban ellos. La niña, en cuanto la vio se tiró a sus brazos.

—Pero ¿qué habéis hecho?

La voz que preguntaba era la de Arthur, que aparecía de detrás de un seto en donde había estado buscando, según había anunciado, unas plantas autóctonas.

—Ha sido idea de Anne —dijo Anthony asustado—. Queríamos imitar el entorno del Amazonas.

—¡Chivato! —gritó su hermano Robert.

—Ha sido culpa mía —dijo entonces George—. Yo debía vigilarla

Un llanto desconsolado empezó a oírse y vieron que se trataba de Sophie

—Pero ¿a ti qué te pasa? —dijo su madre.

—¡La he empujado yo! ¡La he empujado yo!

—Se acabó, niños. —Era la sensatez de Margaret—. Salid de allí todos. Vamos a tener que rascaros con un cepillo de crin toda esa roña.

Kathy seguía haciendo pucheros abrazada a su madre y la rodilla presentaba un aspecto horrible. Pero la herida no era demasiado profunda. Arthur sacó un pañuelo limpio y se lo puso encima haciéndole creer que tenía propiedades mágicas.

Florence se puso los zapatos de nuevo como pudo y sin dejar de llevar a la niña en brazos caminaron hacia la salida más cercana a su casa. El grupo era bastante patético ya que Margaret y Elizabeth también habían acabado ensuciándose al ayudar a los niños a salir del lodazal.

Habían salido ya del parque y debían cruzar la Quinta Avenida. Estuvo a punto de dejar a la niña en el suelo para que acabara ella de hacer el camino que quedaba, pero Kathy lo notó y empezó de nuevo a lloriquear. Miró hacia la rodilla y, efectivamente, el pañuelo ya se había empapado de sangre. Sabía que no era grave y que, además, Martin estaría en la casa y podría curarla, pero también veía que su hija tenía miedo y no quería forzarla.

Sin embargo, justo al llegar a la puerta ocurrió lo que estaba temiendo. El coche conducido por Brick llegaba al mismo tiempo que aquel grupo tan especial de niños y mujeres llenos de barro. La cara del mismo Brick hizo patente el ridículo aspecto que debían tener.

La puerta se abrió y salió Michael, quien nada más mirarlos solo tuvo ojos para la niña y su cara se torció en un gesto de temor. Florence quiso tranquilizarlo, pero no debía ser demasiado agradable verla a ella y a la niña con manchas de barro y sangre por todo el vestido. Para colmo, Kathy, al ver a su padre volvió a proferir en un llanto más fuerte.

En dos zancadas se colocó frente a ellas y, por un momento, pensó que le arrancaría a la niña de los brazos. Pero se retuvo y notó cómo intentaba conservar la calma.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha caído —contestó ella—, se ha abierto la rodilla. No creo que sea grave.

En ese momento, Martin salió de la casa avisado por el resto del grupo que había hecho abrir la puerta, pero se quedaron allí para no perderse detalle de

lo que podía ocurrirle a la niña.

—A ver, a ver. Dejad actuar al médico, ¿no?

Kathy lo miró con carita de espanto y se cogió más al cuello de su madre que, por un momento, pensó que no la iba a dejar respirar.

—Pero bueno, princesa, ¿qué tenemos aquí?

—Por lo que he visto, papá, se trata solo de un corte superficial, aunque es muy probable que se haya roto alguna pequeña venilla sin importancia. Pero mueve la articulación sin problemas y no se le ve el hueso. Así que, quizás, requiera algún punto de sutura y, eso sí, habría que limpiar bien, y...

—Arthur, Arthur —lo detuvo su padre con casi un susurro de voz—, la estás asustando.

El niño enmudeció y miró a Kathy, quien en efecto había abierto los ojos como platos y temblaba como una hoja.

—Cariño —volvió a decir Martin de nuevo dirigiéndose a la pequeña—, esto se va a curar muy, muy rápido. Para empezar, un beso de mama en la frente. ¿Mamá?

Florence sonrió y, efectivamente, le dio un beso suave en la frente.

—Y, ahora, otro de papá en la pierna justo aquí. ¿Papá?

Michael agachó la cabeza y con mucha dulzura la besó donde Martin había puesto el dedo, como si obedecer al médico fuese lo único que se pudiera hacer en ese momento.

—Bien, ahora vas a venir conmigo y le pondremos un agua mágica que tengo ahí dentro.

—¿Agua mágica?

—Sí. Un agua cristalina y transparente como nunca la habrás visto, que cuando cae sobre una herida la acaricia con suavidad hasta curarla. ¿Nunca te he hablado de ella?

La pequeña movió la cabeza a izquierda y derecha.

—Pues vamos a solucionar eso. Ven

Se lanzó a sus brazos y Martin entró en la casa seguido de Michael y de todo el resto del grupo. Florence no se atrevió. Ciertamente que había estado cuando él había enfermado, pero aquello había sido distinto y no dejaba de recordar que, tan pronto como fue mínimamente capaz, él la echó de allí. No sabía si quedarse a esperar noticias o irse cuando, de pronto, se dio cuenta de que no

estaba sola. Jane Hollister estaba allí, de pie, junto al coche, vestida con un precioso traje chaqueta de color rosa, elegante y extremado a un tiempo, con un sombrero a juego que le cubría en parte un precioso pelo azabache cortado a la moda. Y la estaba mirando. Lo hacía con unos ojos negros profundos y en la boca, pequeña y pintada de un rojo brillante, una sonrisa amable.

Sin ser demasiado consciente se miró a sí misma. Un vestido barato con un simple lazo bajo el pecho y una falda plisada llena de barro y sangre. No llevaba sombrero, había quedado olvidado en el césped. Debía tener el pelo despeinado y, cuando se miró los dedos para intentar echar mano a su cabeza y arreglar algo, se dio cuenta de que, si lo hacía, iba a ser todavía peor, pues los llevaba totalmente cubiertos de tierra.

—No se preocupe —le dijo entonces Jane—. Está bellísima. Es la más pura manifestación de una madre.

Florence pensó que aquella mujer era mucho más dulce y sensible de lo que la prensa decía de ella, caracterizándola como una alocada irresponsable. Le sonrió.

—Se lo agradezco, pero no creo que lo piense todo aquel que me cruce de aquí a mi casa. Van a creer que he salido de un manicomio.

—Brick la llevará.

Florence sintió una puntada de celos. Aquella mujer ya disponía del servicio de Michael como si fuera el suyo propio. Sin embargo, era lo más normal y estaba siendo amable.

—No se moleste. Está anocheciendo y ya se sabe... De noche todos los gatos son pardos.

En ese momento la puerta se volvió a abrir. Michael apareció con la niña de la mano. La pequeña se recogía la falda para que no le rozase la rodilla que estaba envuelta en una gran venda. Todavía no la habían cambiado y tenía restos de barro en su otra pierna y en el vestido.

—Mira, mami. Martin me lo ha curado y no me ha hecho daño.

—Genial, cariño. Martin es el mejor doctor del mundo.

—Sí, pero también me han curado los besos de papá.

—No lo dudo, princesa

—¡Jane! —dijo entonces la pequeña dirigiéndose a la joven—. No podré ir a tu boda.

—¿Qué dices, cielo? —le dijo Michael con mucha calma—. No puedes no ir.

—Cambiadla de día. Yo no puedo ponerme el vestido nuevo con esta herida —No se puede cambiar de día, cariño —insistió Michael.

La niña empezó a hacer pucheros ante lo que ella consideraba una absoluta incomprensión por su gran problema.

—Kathy, pequeña —intervino entonces Florence—, ¿por qué no puedes ponerte ese vestido precioso con esa herida?

—Porque se verá —respondió la pequeña.

—Y ¿qué problema hay? —volvió a insistir Florence—. Todo el mundo se dará cuenta de que has sido alguien muy, muy valiente, esforzándote en asistir al mayor acontecimiento de la historia pese a tu gran mal. La gente hablará de ti durante décadas. Serás el ejemplo de cualquier niña de aquí a la eternidad.

—¿De verdad? ¿Eso pasará?

—No lo dudes. Dirán que eres una heroína. Ya sé que tú prefieres ser una princesa, pero las heroínas escasean, ya te lo puedo asegurar, y...

—Ser heroína está bien.

—¿Entonces? ¿Acompañarás a papá para que pueda ser totalmente feliz?

La niña asintió con la cabeza y después miró hacia su padre que permanecía inmóvil mirando la escena.

—Bien —volvió a hablar Florence—. Me voy. —Y mirando a Jane, agregó—: Que tengáis un maravilloso día.

Se giró y empezó a caminar hacia el parque.

—Michael —oyó la voz susurrante de Jane a su espalda.

—¡Brick! ¡Brick!

—No, no es necesario —dijo comprendiendo qué estaba ocurriendo.

—Brick te llevará —ordenó Michael—. Cuando vuelvas —continuó hablando con el chófer— no aparques. Nos iremos directamente al Metropolitan Life Tower.

Subió al coche y notó el olor a un perfume, con seguridad el de ella. Era fresco y dulce a la vez. Kathy le dijo adiós con la manita y ella le devolvió el saludo.

Ressy entró en el edificio tal cual vio que el coche arrancaba, aunque, en el último momento, se dio cuenta de que Jane y su hija todavía estaban en las

escaleras. Se giró para esperarlas, pese a que lo que de verdad quería era encerrarse en su habitación unos segundos para recuperar la tranquilidad. Jane lo estaba mirando con una ceja levantada desde la acera y sin hacer ningún ademán de entrar.

—Jane, por favor —le dijo con delicadeza intentando que no se notase su estado de ánimo—. Tú vas preciosa, pero yo no he podido vestirme todavía.

Había tenido muchos problemas en la naviera aquella tarde y se le había hecho tarde. Los esperaban en su fiesta de despedida de soltero en el último piso del número 1 de la avenida Madison, el edificio más alto de la ciudad, y acabarían siendo los últimos en llegar.

En su habitación se puso uno de los fracs que le habían preparado. Solía preferir a Brick atendiéndolo, pero eso de tenerlo como persona de referencia para todo acababa pasándole factura.

Se miró al espejo. Allí estaba el hombre que se iba a casar. Recordó la imagen de Florence al lado de Jane. ¡Dios mío! ¡Cómo podía seguir siendo tan bella pese a las manchas, al horrible vestido, al pelo despeinado! Ciertamente, Jane también lo era. Algún diario había dicho de ella que era la mujer más bonita de Nueva York, pero eso era porque no habían visto a Florence con sus cautivadores ojos azules.

Jane no le había hecho ningún comentario, aunque sabía que entre ellos flotaba una pequeña tensión después del encuentro con Florence. En el coche, la presencia de sus cuatro amigos diluyó cualquier malestar.

En la puerta del enorme rascacielos, los estaban esperando un montón de periodistas, con sus preguntas y sus cámaras. Todos sabían que debían entrar haciendo ver que no eran más que una molestia más del ambiente.

Montaron en el ascensor y, segundos antes de que se cerrasen las puertas, un joven vestido como un oficinista se coló en el interior, murmurando un «Perdón» educado. Se colocó en primera fila, de espaldas a todos los demás. El edificio era público, pero la fiesta era privada y, a aquellas horas, las oficinas no estaban abiertas. Además, cuando el ascensorista le preguntó a qué piso iba, dudó hasta decir «El penúltimo», como si no lo tuviese claro.

Michael miró de reojo a Grimm quien, como siempre, había llegado antes a la zona para inspeccionarla, dado que, desde hacía un tiempo, tenía más enemigos de los que le gustaría. Al hombre no le había pasado desapercibida

aquella intromisión y no le quitaba la vista de encima. Notó entonces el sudor en las manos de Jane. Ella también lo miraba con evidente terror. Le estrechó la mano haciéndole saber que no debía preocuparse. Que él la protegería. Ella le miró de reojo y le sonrió como si lo entendiera.

El ascensor se detuvo en la penúltima planta, la cuarenta y nueve, y el hombre se apeó, aunque resultó claro que no era un destino pues se veía absolutamente apagada. El ascensor volvió a cerrar las puertas y subió el último piso.

Solo acceder, se dieron cuenta de que allí estaba todo el dinero de Nueva York concentrado. Las risas, la música y el ruido de las copas al chocar dejaban claro que hacía ya un rato que la fiesta había empezado.

Michael miró a Grimm y después se dirigió a sus amigos.

—Cuidádmela un momento. Tengo algo que hacer

—Yo diría que es ella la que nos va a tener que guiar.

Había contestado Charles, aturdido ante lo que veía ante sí y pese a que, si había alguien acostumbrado a la juerga y a las fiestas, ese era Charles de Charmington. Pero era cierto que Nueva York y su gente superaban, con mucho, los grandes eventos ingleses e incluso franceses.

Ressy prescindió del brillo de alarma que vio en los ojos de Jane. Parecía más un ruego que otra cosa, pero en ese momento todos sus sentidos debía dedicarlos al extraño sujeto que había en la planta de abajo.

Cuando abrieron las puertas que daban a las escaleras y volvieron a cerrarlas tras de sí, el silencio volvió a aparecer. Grimm sacó una pistola de su cinturón. Bajaron ambos con cuidado de no hacer más ruido del imprescindible.

Las escaleras tenían dos tramos. El primero, de unos diez escalones, luego había a un descanso al que ellos habían llegado. Desde allí salía otro tramo más. Oyeron entonces cómo se abría la puerta de acceso a la planta cuarenta y nueve.

La oscuridad era total, pero ellos ya habían habituado algo sus pupilas y tenían todas las alarmas puestas. El ruido de unas pisadas les indicó que, en efecto, alguien estaba empezando a subir de manera titubeante. De golpe, se paró y poco después oyeron un chasquido y una tenue luz apareció. Se trataba de una cerilla que ayudó a que ellos localizasen al hombre mientras que este,

cegado por el brillo de la llama, tan solo miraba a sus pies para no caer.

Se trataba del joven del ascensor y, al verle mejor la cara, Michael pensó que le era familiar. En cualquier caso, Grimm no dio más opción a la espera. En dos zancadas, se plantificó delante del joven y le colocó la pistola en la frente. El joven tembló de manera evidente y, fuera por efecto de eso o de que el tiempo había agotado la cerilla, esta cayó al suelo y volvieron a sumirse en la oscuridad.

—¿Qué narices has venido a buscar? —La voz de Grimm sonaba muy tenebrosa en medio de la oscuridad.

El joven se mantuvo tercamente en silencio. Entonces, Grimm lo empujó de nuevo escaleras abajo y volvieron a acceder a la planta cuarenta y nueve. Michael les siguió y al llegar al vestíbulo encendió él mismo otra cerilla para buscar el interruptor de la luz. Cuando lo encontró, lo accionó.

El rostro del joven apareció entonces frente a él. Lo estaba mirando de frente, casi con cierto descaro. Volvió a pensar que lo conocía, pero no recordaba de dónde.

—¿Vas a hablar o voy a tener que meterte esto en la boca?

Debía tener unos treinta años y vestía un traje chaqueta que, a todas luces, se había comprado en unos grandes almacenes. Tenía el pelo rubio, con la raya en medio y bien peinado hacia atrás. Sus ojos mostraban enfado, pero su rostro no era el de alguien peligroso. Más bien parecía alguien muy inocente.

—Yo te conozco —dijo entonces Michael.

—Trabaja para usted, señor —intervino Grimm—, en la sección de ingeniería de la Naviera.

Cierto. Ahora lo recordaba. El señor Paterson, el ingeniero jefe, le había hablado bien de él, como una joven promesa con muchas capacidades.

—Trevor Mathews, ¿no? ¿Qué haces aquí?

El joven apretó los labios como demostrando que no iba a hablar y sus ojos volvieron a mostrar un brillo especial.

En ese momento, el ruido de unas pisadas claramente de mujer, que corrían por las escaleras, los distrajo a los tres y, antes de que pudieran reaccionar, la puerta se abrió y apareció Jane.

—¡Por favor, Michael! —sollozó y miró horrorizada la pistola que apuntaba a la cabeza del joven—. ¡No le haga daño!

Ressy se quedó estupefacto. Miró al joven, que ahora sí había abierto la boca mirándola a ella. La mirada se le había transformado en un cúmulo de ternura y amor imposible de no ver.

—¿Qué narices...?

El joven fue a echar mano de algo del bolsillo y Grimm reaccionó haciéndole una llave. Lo tiró al suelo boca abajo para acabar con una rodilla sobre la espalda de Mathews y la pistola presionando la nuca.

Jane había lanzado un grito y estaba temblando pegada a la pared. Le quedaba bien poco para desmayarse.

—Vamos a tranquilizarnos todos —dijo entonces Michael.

Se acercó a los dos hombres y metió él la mano en el bolsillo para sacar lo que había en su interior. Se trataba de una rosa blanca con el tallo cortado muy pequeño y la flor casi sin abrir. Ressay la miró como si se tratase de un mecanismo extraño. Entonces volvió a mirar a Jane, que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Yo diría que esto es para ti. —Y se la entregó.

Ella la recogió con las manos temblorosas y después volvió a mirar al hombre tirado en el suelo, que ahora resoplaba con rabia, pero sin atreverse a mover por no despertar mayor ira de quien le mantenía la pistola tan cerca.

—Grimm, suéltalo.

Su ayudante lo obedeció sin rechistar y, levantándose del suelo, se quedó de pie un paso tras él. Continuaría allí, tenso y expectante, por si tenía que reaccionar. Trevor Mathews también se levantó y se quedó mirando al piso, con el traje arrugado y una expresión de desconsuelo en su rostro.

—Llévatela arriba —le dijo de nuevo a Jack Grimm.

—Por favor —susurró ella—, no te imagines lo peor, no, no....

—No voy a hacerle nada. Yo no llevo armas. Ve con Grimm. Luego hablamos.

Era curioso. Muy probablemente se encontraba delante de un nuevo triángulo amoroso, pero, por alguna razón, en ese momento no se sentía la víctima, sino justo el intruso.

Grimm y Jane desaparecieron del vestíbulo. Michael conocía aquella planta. Eran los despachos de los abogados de la compañía en la que él mismo tenía acciones. Echó a andar hacia uno de ellos. Había estado allí una vez y su

propietario, un regordete fanfarrón, tenía whisky. La puerta estaba abierta. Pensó que al día siguiente tendría que advertir de los graves problemas de seguridad que había.

Sirvió dos copas y, dejándolas sobre la mesa, se sentó en una de las sillas. Trevor lo había seguido, pero todavía dudaba de si debía aceptar la copa. Finalmente lo hizo, aunque se la bebió de un trago y volvió a servirse otra.

—La bebida nubla el entendimiento —le dijo entonces Michael—. Si se te ha ocurrido beber así antes de entrar aquí, no me extraña que hayas hecho una tontería semejante.

El joven lo miró y frunció el ceño.

—No lo quiere a usted —le dijo entonces—. Me ama a mí.

Michael respiró hondo.

—Lo primero ya lo sabía. Lo segundo lo he sospechado hace unos minutos cuando la he visto desencajada mientras me suplicaba que no te hiciera daño.

Trevor Mathews volvió a beber de la copa, pero esta vez, con mayor control. Se pasó una mano por el pelo hasta llegar a la nuca.

—Y, sabiendo que no lo quiere, ¿se va a casar con ella?

—A veces el amor no lo es todo.

Lo miró furibundo y por el movimiento de su mandíbula vio que estaba haciendo grandes esfuerzos para no lanzarse sobre él.

—Solo está con usted porque yo la dejé. Fui yo quien le dijo que se tenía que buscar a alguien millonario.

—Entonces debería sentirse orgulloso. Le hace más caso de lo que nunca he visto que hiciera a su padre.

Agachó la cabeza. Parecía estar a punto de desmoronarse.

—Dígame —preguntó entonces Michael—, ¿por qué la abandonó?

—Míreme y mírese. No hacen falta más respuestas —contestó lacónico.

—Pero ahora está intentando por todos los medios que yo me replantee mi decisión.

Empezó a llorar. Lo hacía como en un rumor. Moviendo más la espalda y los hombros en ligeras convulsiones que soltando lágrimas.

—No puedo.... Me muero sin ella. Le pedí que lo dejáramos, sí. Estaba obsesionado con que su padre me rechazaría cuando supiera quién soy. No le creí cuando me dijo que se enfrentaría a quien hiciese falta. Y le dije... le

dije... le dije que ya me había cansado de ella. Que se buscara otro. Y lo hizo, vaya si lo hizo. Lo hizo esa misma maldita noche. Los vi cómo se besaban en la puerta de su casa.

Michael también recordaba aquella noche. Fue el día en el que inscribió a los niños en el Trinity y le prometió a Florence que los podría ver a diario. Cuando se había dado cuenta de que ella había construido una vida en la que no contaba él para nada y que era absurdo mantener otra ilusión porque lo único que quería ella era estar con sus hijos.

—Lo he estado intentado —siguió hablando el joven—. Me he forzado a mirarla y verla feliz con usted, pero me estoy rompiendo por dentro, haciéndome pedazos. Necesito estar con ella. Aunque sea solo como su criado. Jamás podré darle riquezas, ni caprichos, pero podré servirla.

—Trevor —dijo entonces muy suavemente—. Jane y yo hemos compartido algo más que unos besos.

—¿Y cree que me importa? ¡Me da lo mismo!, ¿me oye? Yo la amo. La amo con todo mi ser. Cuando se quiere a alguien de verdad, solo importa eso. La seguiría queriendo, aunque hubiera mil como usted.

Se levantó y se acercó a la ventana. La ciudad se extendía a sus pies. Las luces la proclamaban la ciudad más avanzada del mundo. Pero en su interior seguían sucediéndose las siempre dolorosas historias de desamor.

—Trevor. —Y esperó a que el joven levantara la cabeza—. Necesito un ingeniero que me ayude a desarrollar la industria de aviones más potente de Norteamérica. ¿Me ayuda?

## CAPÍTULO 16

Los niños ya no iban al colegio, pero Margaret y Elizabeth habían tomado también la costumbre de llevar a sus hijos al Great Lawn cada tarde y acababan haciendo una gran fiesta cada día aprovechando que los días de julio todavía eran suficientemente largos. Juntos habían recorrido cada extremo del Central Park y habían compartido muchos juegos que la habían retrotraído a su infancia.

Era como estar en una burbuja en la que el resto del mundo desaparecía. Por las mañanas seguía llevando su vida como siempre e, incluso, por las noches seguía disfrutando de sus amigos y acudiendo a aquellos encuentros en los que siempre la espontaneidad y la creatividad los embargaban a todos. También seguía pintando, tal vez con mayor productividad que antes pese a dedicarle menos tiempo; pero notaba que su pincel era más rápido y más preciso. Cuando, además, O'Brian le anunció que el Metropolitan Museum of Art había decidido hacer una exposición con todas sus pinturas y que se inauguraría en unos días, la alegría la desbordó. Aquello era como un premio. El mejor museo de la ciudad acogería obras suyas. Se sentía como en una noria a toda velocidad.

Pero las tardes, no. Las tardes eran un remanso de paz. Las tardes la convertían en madre y en niña a la vez.

Sabía que en algún momento aquello acabaría. Que Margaret volvería a Minnesota para atender sus responsabilidades en aquel gran orfanato que había levantado con su esfuerzo y el de Martin. Que Elizabeth seguiría de nuevo a Charles en alguna otra de sus intrépidas inversiones mientras, al tiempo, organizaba a la sección femenina de la localidad para asociarse y reivindicar sus derechos. Así había sido y así sería.

Pero el tiempo que habían compartido juntas de nuevo le había enseñado a quererlas más y le había dado a sus hijos la oportunidad de volver a estar con aquellos niños que podrían ser su familia más cercana.

Hacía un par de días, sin embargo, que no se veían. Martin había sido llamado a inaugurar un centro hospitalario en Perth Amboy y se había llevado a su familia con él. Inicialmente, Elizabeth también se iba a quedar con sus hijos, pero acabaron cambiando de opinión cuando los niños se enteraron que podrían ir a la playa. Sus hijos, George y Kathy, se negaron. Ellos ya habían estado muchas veces en la playa cuando acudían a los Hamptons con sus tíos. Aunque Florence sospechaba que no querían apartarse de ella y eso la llenó de orgullo tanto como de una cierta tristeza, pues tampoco sabía si aquella reacción era como consecuencia de la marcha abrupta de su padre, que los niños no acababan de entender.

Michael se había ido sin apenas despedirse de nadie y dando el espectáculo más sonado de Nueva York, del que, habiendo pasado diez días, todavía hablaba todo el mundo. El día de la boda, con todo preparado, Michael apareció con un tercer padrino que, vestido de chaqué, se colocó al lado de Charles y Martin. La música había sonado y la novia había entrado en la iglesia atestada de gente y del brazo de su padre. Sin embargo, en el último momento, no fue Michael de Ressay quien avanzó para tomar a la novia, sino aquel misterioso padrino que, pese al estupor, pero en parte también aprovechándose de ello, acabó desposando a la bella Jane Hollister.

La ceremonia en la iglesia finalizó y mientras todavía los invitados se preguntaban qué había ocurrido y si habría o no convite, los novios junto con Michael y Charles habían desaparecido. Elizabeth le confesó que estaban en Canadá, pero no quiso darle ningún dato más. Florence desconocía si lo hacía por sentirse molesta o cómplice de su marido.

George y Kathy actuaron como siempre, intentando respetar las decisiones de sus padres; pero Florence sabía que, sobre todo el mayor, se sentía un tanto confuso por aquel cambio tan brusco, al tiempo que también reconocía un punto de alegría por cuanto, en realidad, nunca había estado demasiado contento con el matrimonio de su padre.

Ella sentía también ese sentimiento ambivalente. Por un lado, reconocía que el hecho de que Michael no se hubiese casado había relajado aquel dolor de

estómago que la atenazaba siempre que pensaba en ello; pero al tiempo lo imaginaba triste. Fuera lo que fuese lo que había guiado aquella actitud, no tendría que haber sido fácil entregar a otro hombre, delante de centenares de invitados, a quien iba a ser su mujer.

Aquella tarde, la señora Doubtfire había traído a los niños y le había dicho que tenía que ir a hacer unas compras de última hora. Ella los tendría que llevar a casa cuando oscureciera. No le importaba. Saber que no estaba Michael significaba que no había riesgo de encontrárselo en la puerta del que había sido su hogar.

Kathy pidió un rato de columpios infantiles y George y ella la complacieron pues todavía se compadecía de sí misma por la herida de la rodilla que ya estaba totalmente curada, pero le había quedado una pequeña cicatriz.

Florence se sentó en el banco mientras George la empujaba en el balancín. Había pintado aquella escena en su último cuadro, pero no había quedado totalmente satisfecha, era difícil trasladar al lienzo el movimiento del cabello de su hija y la mirada cariñosa de su hijo.

—Vaya vergüenza. Este parque ya no es lo que era si tiene que soportar la presencia de rameras.

Se giró para ver quién había dicho aquello, aunque en realidad había reconocido la voz de su cuñada Olivia. Iba acompañada de una mujer joven y un niño de unos siete u ocho años a quien no reconocía, pero por su forma de vestir estaba convencida que formaba parte del reducido y exclusivo grupo inglés.

—Olivia. —Y saludó con una ligera inclinación de cabeza—. Me iré en seguida.

—¡Oh, no! No es necesario. Ya no nos apetece estar aquí, ¿verdad que no, lady Clarice?

La mujer asintió con la cabeza más asustada que convencida.

—Lamento haber perturbado tus planes —le replicó.

—Tú y el pelele cornudo de tu ex marido sois una vergüenza para los de nuestra clase.

Sintió cómo la ira la inundaba, pero no iba a caer en semejante provocación. Los niños estaban allí, de momento ajenos a todo lo que estaba pasando y prefería que así siguiese.

—Olivia, te ruego me disculpes, creo que ya tengo que irme.

—¿Sabes que mi hermano murió? —le espetó.

—No... no sabía nada. Te acompañé en el sentimiento...

—Arruinado por el desgraciado de tu ex. Lo hundió en la miseria. Le quitó todo lo que tenía hasta que le dio un infarto.

—No creo que Michael tuviera nada que ver, yo...

—¿No? ¡Y tampoco con el suicidio de lord Trenton, ¿verdad?!

Florence optó por callar, pero tuvo que morderse el labio para no responder a aquello. Aquel hombre la había intentado violar en plena calle y, si no hubiera sido por la aparición de un alma caritativa a quien nunca pudo dar las gracias, lo hubiera hecho. No sabía qué le había ocurrido, pero tampoco iba a compadecerse de esa muerte.

—Ressy lo arruinó también. Se hizo cargo de sus deudas para después ejecutarlas. Tuvo que vender su casa de los Hamptons a unos nuevos ricos norteamericanos con los que yo ahora tengo que convivir.

—Todo el mundo sabe que, si contrae deudas, las deberá pagar y, en el caso de Trenton, eran todas del juego, ni siquiera eran honorables.

—Y lo dice la fulana que fornicó en público.

—¿Tía? ¿Tía Olivia?

George se acercaba con Kathy de la mano. Florence sentía cómo la rabia no la dejaba respirar. Su cuñada miró a los niños por un momento y después de nuevo a ella, evidenciando todo el desprecio que pudo.

—Vámonos, Clarice. Esto apesta.

Se marcharon dando cortos y seguidos pasos, como le habían enseñado a ella que debía hacerse cuando debía marcharse rápidamente de un lugar. Las grandes zancadas eran solo para animales.

—Era tía Olivia, ¿no? —dijo George—. ¿Por qué no se ha quedado?

—Yo no me acuerdo de ella —intervino entonces Kathy—, ¿es mi tía, también?

—Sí, cariño —respondió Florence—, pero tenía prisa. Otro día la podréis saludar.

—Entonces ¿podemos quedarnos un poco más? —preguntó la pequeña.

—Sí —contestó ella—, hoy nos quedaremos aquí hasta el final. ¿De acuerdo, George? Vas a tener empacho de columpios.

Kathy se fue corriendo de nuevo hacia el balancín, manifestando toda su alegría.

—Y... ¿la voy a tener que empujar yo todo el rato? —inquirió George con una ceja levantada.

—¡No! —rio ella—. Hoy vamos a enseñarle para que nunca más nos lo pida. ¿Te parece?

El niño la cogió de la mano y fueron ambos hacia el balancín.

El tren en el que viajaban Michael y Charles había llegado a Pennsylvania Station aquella misma mañana y ya en el vestíbulo compraron uno de los diarios para comprobar que los ecos de sociedad habían dejado de analizar los por qué y los sin sentido de una boda en la que el novio había cambiado en el último momento.

—¿Se acabó?

—Parece que sí. En todo caso, cuando se me vuelva a ver, supongo que habrá un día o dos de chismorreos y se acabó.

—Y bastante bien parado habrás salido de esta. ¿Quién lo iba a decir del siempre perfecto, discreto y comedido vizconde de Ressay?

—¿Quieres decir sumándolo a lo de hace dos años y medio?

Charles lo miró circunspecto.

—Lo siento —dijo—, no me refería...

—No te preocupes —lo interrumpió—. Es algo que está superado.

Subieron al coche de alquiler. No había avisado a Brick para evitar ningún tipo de indiscreción que alertara a los periodistas. Fueron primero a la Naviera. Michael quería hablar con Jenkins para que le informara cómo se habían ejecutado las órdenes que él había dado en relación a las nuevas inversiones. De que el dinero fluyera con diligencia hacia la industria de Canadá dependería que el primer prototipo de avión fuera un éxito. De la maestría de Trevor Mathew no dudaba y menos acompañado de la intrépida Jane Hollister. Para ellos era vital conseguirlo, puesto que querían presentarse ante el multimillonario Hugh Hollister como unos ganadores y obtener, de esa forma, su beneplácito, aunque Michael sabía que no les era necesario. Aquel hombre quería a su hija por encima de muchas cosas y también por encima de

una boda escandalosa.

Jenkins los tuvo hablando de números, ratios, intereses y cambio de divisas durante toda la mañana. Después comieron algo rápido y siguieron trabajando hasta media tarde. Grimm también había pasado y le había entregado toda una serie de informes que necesitaba leer. Charles empezaba a aburrirse. No tenía prisa, pues sabía que Elizabeth no volvería de la playa hasta el domingo, pero estaba cansado del viaje.

—¿No podríamos continuar en casa? Así ves a los niños antes de que se acuesten

—De acuerdo —respondió Michael—. ¡Jenkins! ¡Grimm! Acompañadnos.

Minutos más tarde, cuando el cielo de Nueva York ya mostraba ese precioso tono malva y anaranjado, accedían a la gran mansión de la Quinta Avenida.

—¡Milord! ¡Milord! ¡Alabado sea el señor! ¡Menos mal que ha venido! —Era la señora Doubtfire quien estaba gritando y llorando.

—¿Qué ocurre? —Michel supo inmediatamente que algo relacionado con los niños había pasado.

—¡Vizconde! —Ahora era Brick el que aparecía por la puerta—. Vengo de comisaría. No me han dejado verlos.

—¿De comisaría? ¿Qué está pasando?

—Los han detenido a todos, señor —respondió Brick.

—¿Cómo que detenidos?

—Mientras estaban en el parque. Ha venido la policía a primera hora de la tarde y nos lo ha comunicado. Pero me han dicho que a mí no me pueden decir nada más, que tiene que ser su padre quien los recoja.

—¡Maldita sea! ¡Vamos! ¡Al coche!

La comisaría estaba tan solo a unas manzanas de allí por lo que, en muy poco tiempo, pudieron llegar. Brick se quedó esperando en el vehículo, mientras que Michael de Ressay y Charles de Charmington, seguidos de Jenkins y Grimm, entraron en tropel.

—Soy el abogado del vizconde de Ressay —empezó a hablar Jenkins con el funcionario de policía que había en el mostrador—. Nos han comunicado que sus hijos están aquí.

—Sí, sí. Ha venido antes el criado. Si es su padre, podrá llevárselos.

—Hágalo inmediatamente —dijo el abogado—, y dígame a su superior que

exijo una explicación.

En ese momento, un hombre uniformado con bastantes insignias en la solapa salió de una de las habitaciones interiores.

—Dejen de armar escándalo en mi comisaría.

—Jefe —intervino de nuevo Jenkins—, soy el representante legal del vizconde de Ressay, propietario de Naviera Ressay. Alguien ha cometido una tropelía con sus hijos. Exigimos saber por qué están aquí

El comisario jefe miró al funcionario.

—¿Son los de la tipa esa?

—Sí, jefe.

—Están aquí para su protección —dijo entonces de nuevo aquel hombre—. No podíamos dejarlos solos en el parque.

—Pero ¿estaban solos? —preguntó Michael.

—No, pero había que llevarse detenida a la mujer.

—¿Qué mujer?

—La madre.

—¿Por qué debían detenerla?

—Por escándalo público.

Michael sintió como si le hubieran golpeado en la cabeza. Se hizo un silencio sepulcral en el vestíbulo mientras todas las miradas se dirigieron a él. Apretó los puños y contuvo por un momento la respiración.

—Pasen por aquí si quieren recoger a los niños —dijo entonces el funcionario señalándoles una puerta.

Michael empezó a andar seguido de Charles de Charmington.

—Milord —habló Jenkins—, me quedo aquí a tramitar todos los papeles.

Le dio permiso asintiendo con la cabeza y, mientras tanto, vio cómo Grimm desaparecía por la puerta. No era amigo de las comisarías y su presencia allí no parecía ya necesaria.

Caminó por un largo pasillo bastante oscuro hasta que llegaron a una especie de nuevo vestíbulo de proporciones bastante grandes. Se dio cuenta de que estaba en la parte trasera de la comisaría. Una puerta se abrió a su izquierda y vio la luz de una farola iluminando un vehículo negro sin ventanas. A la derecha escuchó unos ruidos y al girarse vieron que aquella puerta no era de madera, sino de barrotes de hierro. Un policía lideraba una fila con más gente.

Los ruidos de las cadenas eran evidentes.

Michael y Charles se apartaron a un lado. La columna tenía cuatro personas en total, el policía y tres mujeres atadas por las muñecas y los tobillos con dificultades por mantener el paso porque las cadenas no daban demasiado de sí. Florence era la segunda. La miró un momento y en su mente resonaron las palabras «escándalo público». Ella levantó un momento la vista, pero al verlo, inmediatamente la bajó. Siguió caminando hasta que la subieron a aquel vehículo por la parte trasera.

El primer policía apareció entonces por otra puerta.

—Aquí los tiene, señor. He esperado para que no se cruzasen con...

George y Kathy aparecieron por detrás. Sus caras reflejaban que habían estado llorando, pero ninguno de los dos hizo ningún aspaviento al verlo. Se limitaron a ponerse a su lado con una extrema corrección. Kathy temblaba todavía con restos de los espasmos que la habrían mantenido en el llanto. Los cogió de la mano y desanduvo el pasillo.

Al llegar a la parte delantera, Jenkins los esperaba con unos cuantos papeles en la mano y les hizo un gesto indicándoles que ya podían marcharse. Se abrió la puerta y vio a Brick al lado del coche. Los niños sí se lanzaron a él, quien los recibió con evidente emoción.

—Un momento —dijo entonces y reuló de nuevo hacia el mostrador donde el policía lo miraba con cara de espanto—. Dígame qué estaba haciendo.

—¿Cómo? —balbuceó.

—La mujer, la madre de los niños, ¿qué estaba haciendo?

—Esto... —miró hacia los papeles—. Esto... estaba en el parque, señor.

—Eso ya lo sé —replicó—. No le estoy preguntado dónde estaban. Quiero saber qué estaba haciendo.

—Ya se lo he dicho, señor.

—¡Maldita sea! ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué era escandaloso?

—Pe... pero...

—Milord —era la voz de Jenkins—. Por favor, ahora se lo explico.

—¿Qué narices tienes que explicarme? ¡Quiero saber...! ¡Exijo saber qué estaba haciendo para que la detuvieran a ella y a mis hijos!

—Estar en el parque, señor —volvió a decir el policía—. Es una condenada por inmoralidad, no puede estar en un parque infantil.

Miquel empezó a sentir unas nauseas horribles. ¿Estaba entendiendo lo que estaba entendiendo?

—¿Me está diciendo que la han detenido por no hacer nada más que estar en un maldito parque?

—¡Ya está bien! —Era el comisario jefe quien había vuelto a salir de su despacho alertado por las voces—. Haga el favor de irse de inmediato de aquí o ahora lo haré detener a usted.

—Vamos, milord, por favor —decía Jenkins en ese momento.

Charles le puso un brazo sobre los hombros y lo empujó hacia la puerta. Notaba todo su cuerpo temblar. Sus hijos lo miraron con horror al entrar en el coche.

—Jenkins —dijo entonces recuperando la voz—, busca a Grimm. Os quiero en mi casa en veinte minutos.

—Sí, señor, allí estaré.

Cogió a Kathy y, poniéndola sobre sus piernas, la abrazó. Después puso una mano sobre el hombro de George.

—Sacaré a mamá de aquí. Os lo prometo.

Kathy le dio un beso en la mejilla.

Dos horas más tarde conseguía entrar en la cárcel del condado. Habían tenido que sobornar a media prisión, pero no era precisamente el dinero lo que en ese momento le faltaba. Estaba en aquella sala grande, oscura y fría donde le había exigido que pidiese disculpas la otra vez.

Oyó unas pisadas. La puerta se abrió y aparecieron dos guardias de seguridad llevándola encadenada. Le habían indicado a él que no podía traspasar la línea que había pintada en el suelo. Ahora la colocaban a ella en el borde de la otra línea y le exigían lo mismo. Los guardias se apartaron a cada una de las paredes

Se quedó allí, en el centro. Con la cabeza baja, los hombros descuadrados. Las manos una sobre otra.

—Florence —le susurró—, vas a tener que ser fuerte. No puedo hacer nada hasta el lunes.

Ella siguió sin moverse. No lo había mirado ni un solo instante. Parecía

como si hubiera perdido la capacidad de valerse por sí misma.

—Florence, ¿me oyes? —volvió a decirle.

Nada. Seguía inmóvil. Detectó tan solo un ligero movimiento de una mano, la que posaba sobre su muñeca, y recordó el mecanismo de aquel horrible brazalete.

—Pequeña, mírame.

El apelativo hizo algún efecto. La vio estremecerse. Pero seguía con la mirada en el suelo.

—Florence, tendrás que ir al juzgado. Allí estará Jenkins. Haz todo lo que él te diga y no pasará nada. Pero no podrá ser hasta el lunes. Este fin de semana está de guardia el juez Harrelson y no nos conviene que te vea.

Un nuevo estremecimiento. Recordar los días en los que había estado sometida al juicio por divorcio era lógico en aquel momento, pero mencionar a la bestia que la había torturado estaba haciendo mella.

—Pequeña, por favor, ¿lo entiendes? Es muy importante que aguantes hasta el lunes y que hagas todo lo que te pida Jenkins. Aunque tengas que pedir perdón, ¿de acuerdo?

Levantó un momento la vista, apenas una fracción de segundo, para volver a bajarla rápidamente.

—Los niños... —balbuceó.

—Están bien.

—Kathy lloraba mucho.

—Está perfectamente. Florence, por favor, dime si me has entendido. Es muy importante que lo hagas. Tienes que aguantar hasta el lunes y, cuando estés ante el juez, hacer todo lo que te pida Jenkins que hagas. Es posible que tengas que pedir disculpas y lo harás. ¿Me estás oyendo?

Entonces volvió a mirarlo un momento más y seguidamente vio como sus hombros empezaban a moverse en pequeñas convulsiones y un sollozo surgió de su garganta y después otro y otro. Y otra vez, por una milésima, sus ojos se le mostraron y estaba llorando. Y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que la veía llorar, porque las lágrimas de cuando fue azotada habían sido más un reflejo de los golpes, pero lo que estaba viendo ahora no tenía nada que ver. Era un llanto desconsolado, profundo, desgarrador... La más pura manifestación de la tristeza y la desolación. Y era tan fuerte, tan espasmódico,

que la hizo desfallecer y caer de rodillas en el suelo.

—¡No traspase la línea! —gritó el guardia cuando vio que pretendía acercarse.

Prescindió de la orden. No podía dejarla allí. Se lanzó él también al suelo arrodillándose frente a ella y la cogió de los hombros para intentar sostenerla.

—¡Florence! ¡Florence! ¡Pequeña! No llores

—Pediré perdón... lo haré... pediré.... Pero... es que... no sé... no sé... no sé qué he hecho mal.... Pediré perdón... pero no sé.... Yo... yo... Michael..., te prometo... Michael, es que no lo sé... quiero hacerlo bien... pero no lo sé... no lo sé

—¡Apártese! ¡Maldita sea! ¡No la toque!

El guardia le dio un golpe en la espalda con el fusil, mientras que el otro lo levantaba por los codos.

—¡Se ha acabado la visita!

—¡No! ¡Por favor! —Era probablemente la primera vez que suplicaba en su vida—. ¡No lo haré más! ¡No la tocaré! Pero, por favor, déjenle una silla

—¿Se estará quieto, de verdad?

—Se lo prometo. Denle una silla, por favor.

El guardia lo miró furibundo, pero no se movió. Miquel pensó que era mejor callar. Ella seguía llorando y repitiendo que no sabía qué había hecho mal, presa de una ansiedad que la dominaba por completo.

—Florence, mírame. No has hecho nada malo. Mírame. ¡Florence! Por favor. Escúchame.

Le pareció que el llanto disminuía un poco de intensidad y que podría hacerse oír, así que aprovechó el momento

—Florence, es por la condena. La declaración de inmoralidad llevaba aparejado la restricción de circulación por parques infantiles. No podías estar allí. Solo ha sido eso.

Entonces, los sollozos se calmaron un poco y levantó el rostro bañado en lágrimas y le dejó ver toda aquella tristeza condensada, pero ahora también con un halo de sorpresa

—Pero... pero... yo... había estado muchas veces... muchas.

—Ha habido una denuncia.

El silencio inundó la sala y Michael por un instante pensó que era mejor oír

el llanto, porque el rostro de Florence, que seguía levantado, pasó de la tristeza y la pregunta, a la decepción y la derrota.

—Olivia —susurró.

Él ya sabía quién había sido. Se lo había confirmado Jenkins, pero verlo y oírlo de su boca le sonó a mayor traición.

—Florence, ¿has entendido lo de que no puedo hacer nada hasta el lunes?

Ella asintió con la cabeza. Empezó en ese momento a levantarse, como si una fuerza estuviera surgiendo de su interior y la ayudase a mantenerse firme. Se quedó, sin embargo, con una posición sumisa y todavía oía cómo su respiración contenía algún hipo.

—Podrás hacerlo, ¿verdad? Aguantarás hasta el lunes ¿de acuerdo?

Volvió a asentir.

—El tiempo ya ha acabado —dijo en ese momento el guardia.

—¡Un segundo! ¡Por favor! ¡Se lo ruego! —lo miró suplicante.

Aquel día estaba siendo el primero de muchas cosas. Michael de Ressay estaba rogando. En los diarios sería un buen titular.

—Florence, una cosa más.

Ella lo miró.

—Tendrás que ir a la celda de castigo.

Su expresión mostró la pregunta sin necesidad de formularla con palabras.

—Es mejor —insistió él.

—Hay ratas —susurró Florence y Michael notó cómo se le partía el alma. Siempre le había dado miedo ese animal.

—Es mejor —volvió a decir—. La otra celda... los guardias de seguridad se la sortean para...

La comprensión apareció en sus ojos por un segundo y al siguiente el terror lo ocupó todo

—¡Se acabó! —volvió a decir el guardia.

Y Michael vio cómo se la llevaban mientras ella lo miraba aterrorizada. Rezó una oración imposible. Le pidió a Dios que la salvaguardase del miedo, del frío, del dolor y de la tristeza, y que se lo enviara todo a él y acabó susurrando «Por favor, por favor, por favor», en una súplica absurda.

## CAPÍTULO 17

En la sala, mientras esperaba que apareciese ella, Michael se sentía débil. Era cierto que apenas había comido durante aquel fin de semana y que el momento en el que tuvo que explicarles a Martin, Margaret y Elizabeth lo que había ocurrido, cuando llegaron el domingo por la noche, lo había hecho sentirse tan mezquino y tan culpable que acabó vomitando lo poco que había cenado y eso que, en ningún momento, sus amigos profirieron una palabra de acusación. Pero su debilidad respondía a algo más que la respuesta física de su organismo; era un miedo profundo.

Desde el instante en que había vuelto a pisar aquella sala recordó la cruel tortura a la que fue sometida. Eso y la posibilidad de la que Jenkins le había advertido, de que su detención podría comportar hasta seis meses de cárcel, lo tenía anclado en el terror.

Miró a su alrededor. Afortunadamente, aquel día la sala estaba vacía. Había pagado todo tipo de recompensas tanto en comisaría como al único periodista que se había enterado, para que no viera la luz la noticia. Si el juicio se convertía en algo público, el juez podía tener la tentación de emitir una sentencia ejemplarizante.

Solo Charles estaba sentado en el banco que había justo a su espalda. Los demás se habían quedado y él lo agradecía. Así podían prepararlo todo.

Jenkins estaba también nervioso. Lo notaba en su continuo restregar de manos.

—Jenkins, lo hará bien —se obligó a decirle—. Y, en cualquier caso, no dude que sé que esto no es culpa suya.

El hombre lo miró agradecido. Era posible que fuera de las pocas veces que él se mostraba amable con aquel abogado que, a fin de cuentas, hacía todo lo

que él le pedía.

Entró el juez. Era un hombre bastante joven, de menos de cincuenta años. Jenkins le había asegurado que tenía fama de compasivo.

Seguidamente oyó las cadenas y la vio aparecer flanqueada por dos guardias de seguridad que la dejaron en el centro de la sala. Ella lo había mirado un instante y en sus ojos vio una fuerza que lo conmovió.

El secretario leyó los cargos. Jenkins tomó la palabra y realizó un discurso repleto de términos legales que, según le había explicado, pretendía demostrar que, dada la ignorancia en el alcance de lo que significaba su condena de inmoralidad, debían exonerarla de las consecuencias. Siguió poniendo ejemplos de sentencias anteriores en las que alguien quedaba eximido de su culpa cuando recibía órdenes de un superior. Esa parte era la que tenía que demostrar que ella estaba allí por expreso deseo del padre y tutor de los niños.

El juez escuchaba atentamente y escribía en un papel. De vez en cuando, lo había mirado a él y después a ella.

Por fin, tras una media hora, su abogado concluyó y la sala quedó por un momento en el más completo silencio.

—Señor Firth —dijo entonces el juez—. ¿O debo llamarlo vizconde?

—No, no, señoría —balbuceó él y se dio cuenta de que el miedo le estaba provocando ese temblor—. Soy Michael Firth, el título no es algo que aquí tenga ninguna importancia.

El juez le sonrió. Parecía que el comentario humilde le había gustado.

—¿Confirma que había dado instrucciones a la señora Howland de que fuera al parque con sus hijos?

—Sí, señoría.

—¿Desconocía la prohibición de permanencia que comportaba la declaración de inmoralidad?

—Sí, señoría. La desconocíamos ambos.

—Y, dígame una cosa, ¿por qué estaba Florence Howland cuidando de sus hijos si la sentencia también había supuesto la declaración de adulterio y la disolución del matrimonio?

—Señoría. —Y tomó aire para continuar recordando que Jenkins le había advertido de ese momento crucial—. La sentencia dictada por el juez

Harrelson ha sido totalmente respetada en todo aquello de lo que éramos conscientes; pero, pese al divorcio y sus motivos, Florence Howland es y ha sido siempre una buena madre. Mis hijos la echan en falta y aunque sé que su educación debe recaer sobre mí, el cariño y amor que una madre puede dar yo no podía suplirlo

El magistrado hizo una clara señal de aprobación. Michael expiró el aire que había estado conteniendo.

—Florence Howland —dijo entonces dirigiéndose a ella—. ¿Ha entendido la gravedad de su falta?

—Sí, señoría. —Y su voz había sonado casi imperceptible.

—¿Le han informado de la lista de lugares que deberá evitar en lo sucesivo y, como mínimo, durante los cinco años siguientes a su condena?

—Sí, señoría, me los han leído en prisión.

—¿Podría recordarlos ahora?

—Yo... yo... son básicamente todo tipo de lugares donde puede haber niños. Escuelas, parques, zoológicos, espectáculos infantiles... No lo olvidaré, señoría.

El silencio volvió a apoderarse de la sala. El Juez escribía unas notas.

—De acuerdo —pronunció—. Pese a los antecedentes que la preceden, haré una excepción y declaro en suspenso la condena de seis meses de prisión. Deberá estar en vigilancia durante los dos años que restan hasta la prescripción de su primera condena y la condición suspensiva comporta que, si por cualquier causa cometiera falta o delito, vendría obligada a cumplir esta condena en toda su integridad más la que correspondiese por la nueva. ¿Ha entendido la condenada los términos de la sentencia?

—Sí, señoría.

—Bien. Secretario, declare finalizada la sesión.

El secretario lo obedeció mientras el juez ya desaparecía por la puerta lateral. Los guardias desencadenaron a Florence. Jenkins había caído derrotado sobre la silla, mostrando ahora todo el estrés acumulado. Charles se había acercado hasta poner una mano sobre los hombros de Michael en señal de apoyo y afecto. Él solo tenía ojos para ella y rogaba internamente que lo mirase. Florence seguía con la cabeza baja.

Una vez desencadenada se la vio algo desconcertada. Miró hacia la puerta

sin tener muy claro si debía salir por allí. Michael se acercó. Le había traído una capa fina que le había prestado Margaret. Se la puso sobre los hombros para cubrir el vestido sucio que llevaba. Con el mismo gesto la empujó con suavidad por el pasillo. Ella se dejó hacer.

Llegaron a la calle. Brick esperaba con la puerta del coche abierta. Cuando Florence lo vio, se detuvo un momento y pareció resistirse a subir.

—Apesto —murmuró.

Michael no replicó, pero volvió a empujarla con suavidad y la hizo entrar. La puso a su lado. Charles se sentó en frente. El trayecto hasta su casa era corto, pero tampoco había mucho que decir. Así que permanecieron en silencio.

Al llegar, antes casi de que el coche se detuviera, la puerta se abrió y la cara ovalada de la bella Olga Saparova apareció con una sonrisa tierna

—¡Olga! —El temblor de Florence fue evidente.

—Vamos, Frency —le dijo su amiga ayudándola a bajar.

Michael y Charles se quedaron en el interior. Florence empezó a andar, aunque, de golpe, se detuvo y se giró a mirarlo. El corazón de él empezó a golpearle con fuerza.

—La otra vez también estuve en la celda de castigo.

Ressy la miró con una expresión indefinida y después se limitó a asentir con la cabeza.

—Gracias —dijo entonces de nuevo Florence.

Y giró sobre sus pasos y se dejó llevar por Olga. Al entrar en su casa, Florence se dio cuenta de que allí había más gente, pero lo que no se imaginó fue ver a la señora Doubtfire y a una doncella. Olga la empujó hasta la sala principal. Allí en medio habían colocado una bañera que humeaba. Entre las tres mujeres la desvistieron como si se tratase de una princesa. Nadie decía nada, pero cada roce era una caricia. La introdujeron en el agua y sintió como todos sus músculos reaccionaban desentumeciéndose. No se había dado cuenta de hasta qué punto estaba tensa.

La doncella le pasó una esponja suave por la espalda con un gel que olía a lavanda y a rosas. Era una especie de lujo verse allí cuidada y mimada mientras veía las flores del jardín. Al poco, apareció de nuevo Olga con una bandeja en la que había dos platos que olían maravillosamente. La ayudaron a

salir, la secaron y le pusieron un camisón de seda azul y una bata a conjunto que habían sido suyos en otro tiempo. Miró a la señora Doubtfire extrañada.

—Ya le dije que toda su ropa continuaba en la alcoba de la primera planta, milady. Intacta.

La sentaron en la mesa. Olga le indicó con mucha suavidad que debía comer. No lo había hecho en aquellos tres días y, ciertamente, tenía hambre. Con seguridad lo había cocinado la señora Doubtfire y, como si recordase sus gustos, le había preparado una deliciosa crema de verduras y un oloroso guiso de ternera con guisantes.

Mientras estaba comiendo aparecieron cuatro jóvenes que, como si lo hubieran hecho toda la vida, vaciaron la bañera, la limpiaron y la sacaron de la sala. A la mitad de la comida sintió un sopor inmenso. Olga, absolutamente atenta a todas sus necesidades, le acarició la cara y, quitándole el tenedor de la mano, la guio para levantarla y conducirla a su habitación. Alguien había puesto un ramo de flores en la mesita y la pequeña alcoba se había impregnado del olor fresco.

Mientras Olga la tendía en la cama, oyó el timbre de la puerta y unos susurros. Entonces, en el marco de la puerta apareció la cara dulce de Martin. Olga se fue de la habitación y cerró tras de sí.

—¿Cómo estás? —le dijo él con suavidad.

Ella notó que si abría la boca se echaría a llorar y no quería hacerlo. Lo confundiría. Lo cierto era que no estaba mal. No le había ocurrido nada. Estaba en su casa. Acababa de ser mimada, bañada y alimentada. Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Te ha mordido algo?

Michael se lo había dicho. Le había hablado de las ratas. Solo recordarlas se estremeció. Se había quedado en un rincón, cogiéndose las piernas con las manos, todo lo recogida que pudo, sin apenas moverse, intentando no respirar si era necesario para que aquellos asquerosos animales la obviaran. La comida, que no probó, la colocaban justo en el otro extremo y, cuando estaban a punto de llevársela, cogía algunos trozos y los escondía. Así, las ratas se acercaban, olisqueaban, intentaban colarse por algún resquicio de su ropa que ella mantenía muy pegada a su cuerpo y, la mayoría de las veces, acababan acudiendo a la comida y la dejaban tranquila. Solo tenía que mantener aquel

rincón de comida con reclamos. Igual que cuando debía hacer sus necesidades. Siempre lo más lejos de donde ella se situaba. Había intentado mantener la cordura al saber el tiempo que pasaba. Él le había dicho que aguantase hasta el lunes. La primera vez que había estado allí había sido mucho peor porque no tenía final y, hasta que no se le ocurrió el engaño de la comida, había tenido que soportar las acometidas, no siempre únicamente curiosas, de las ratas. Pero a ratos se quedaba dormida y en algún momento la había despertado un cosquilleo y había descubierto a alguna de esas alimañas sobre sus hombros o sobre sus rodillas. Siempre contuvo su primera reacción de movimientos bruscos, temerosa de que eso las hiciera más violentas y la mordiesen.

—No —le contestó en un susurro—, solo algún arañazo en las piernas.

Martin retiró con mucho cuidado la sábana que la cubría y le examinó las piernas. Sacó entonces del maletín del que en ese momento fue consciente, una loción y unos algodones y mojándolos los fue poniendo en cada pequeña herida que encontró. Hizo lo mismo con los brazos y después le examinó cuello y orejas.

Después la sentó en la cama y con un fonendoscopio la auscultó tanto en pecho como en espalda.

—¿Has pasado frío?

—No... no mucho... era humedad.

—Respira hondo.... Tose.... Vuelve a respirar hondo.

La volvió a tumbar en la cama. Le examinó los ojos, palpó su cuello por detrás de las orejas y siguiendo un camino que debía conocer fue moviendo sus dedos hasta los hombros. Le levantó los brazos e hizo lo mismo con las axilas.

—¿Hay algo que te duela o que te moleste?

Ella negó con la cabeza.

—¿Crees que podrás dormir por ti sola o necesitarás tomar algo?

—Creo que dormiré. Estoy cansada.

—En cualquier caso, te dejo esto. —Y depositó un pequeño pote sobre la mesita—. Si te despiertas antes de un par de horas o tienes un sueño poco reparador, toma diez gotas.

—Creo que podré dormir hasta mañana.

—Eso sería ideal. Pero también puede pasar que estés tres o cuatro días

durmiendo a horas intempestivas y más a menudo que en tiradas largas. Pero eso ya estará bien. Volveré mañana.

Le dio un beso en la frente como si fuera una niña pequeña. La tapó hasta el cuello y, dirigiéndole una sonrisa, se levantó y se fue.

Ella cerró los ojos. Lo cierto era que solo quería dormir y que le era indiferente en ese momento si no despertaba más. No era tristeza, era indiferencia. Pero no pensaría más. Así que fue entrando muy poco a poco en el sueño.

Cuando despertó tardó unos segundos en saber dónde estaba. Era extraño. Había soñado que seguía viviendo en la casa de la Quinta Avenida, lo que no le había pasado nunca desde que se había ido de allí hacía dos años y medio. Se sentía descansada y las voces que oía en la sala le indicaban que había, de nuevo, bastante gente en su casa. Se puso la bata y salió a ver quién era.

Hasta que no llegó a la sala no pudo reconocer las voces. Sin embargo, cuando vio a Margaret y a Elizabeth sentadas tranquilamente en el sofá hablando con Olga y Mario, no pudo entender nada. Además, una doncella les estaba sirviendo lo que parecía té o café y los sonidos de fuera anunciaban, sin ningún género de duda, que estaban todos los niños jugando en el jardín. Era su casa, pero no era su casa.

Mario fue el primero en verla. Se levantó de un salto y su expresión pasó de la sorpresa a la ternura. La cogió de una mano y la acompañó hasta sentarla entre Margaret y Lizzy. Ambas la besaron y le acariciaron la espalda y los brazos con suavidad. Olga le pasó su taza de té para consternación de la doncella que, al verla, ya había servido una y se quedó sin saber qué hacer con la taza en la mano. Eso era lo que tenía no entender qué significa tener servicio.

Tancredi fue hacia el jardín y llamó a George y Kathy. Acabaron apareciendo los cinco niños en el quicio de la puerta, aunque sus hijos se lanzaron a su cuello con tanta brusquedad que por poco tiran todo el servicio. Se echaron a reír. Margaret optó por levantarse y dejarle sitio a George, que se había quedado sin espacio al haberse sentado Kathy en el regazo.

Empezaron a explicarle el juego que estaban haciendo. El resto de los niños se sentó en el suelo y comieron galletas. La doncella seguía consternada intentando atender a toda aquella gente que no conocía las normas mínimas de

formalidad en mesa, sobre todo, el horror de que los niños también la compartieran.

Lo curioso era que, aunque todos estaban hablando y riendo, era como si apenas los oyese o haciéndolo no consiguiese entenderlos. Por eso su vista se concentraba en aquella doncella que, como ella, estaba allí, pero parecía no formar parte de aquello.

Así estuvieron un rato. Ella intentó ser educada y participar de la conversación que había, pero, desafortunadamente, no creía que lo hubiera conseguido en realidad. Al final, Margaret dio por concluida la visita haciendo referencia a que ella debería dormir. No pudo replicar. No sabía si era lo que en verdad necesitaba.

Kathy empezó a lloriquear. Florence la miró intentando compartir su preocupación, pero cada vez se sentía más alejada. De pronto, oyó con claridad lo que decía.

—Pero sí está bien. ¿A que sí, mamá? ¿A que estás bien?

—Claro que sí, cariño.

—Pues nos quedamos. Papá nos ha dicho que, si estaba bien, nos podíamos quedar —manifestó la niña mirando a Margaret.

—Mañana quizás sí —intervino Elizabeth—, pero hoy mamá necesita descansar.

—Yo la ayudaré a hacerlo. ¿A que sí mamá?

—Yo... yo... No entiendo.

—Frence —habló entonces Olga—, tus hijos quieren dormir aquí. Ressay les ha dado permiso, pero solo si tú estabas bien.

El corazón se le disparó. ¿Dormir con sus hijos?

—¡Oh! Sí, sí, por favor.

Kathy empezó a palmear y dar saltitos de alegría. George la miró con los ojos muy brillantes.

—¿Estás segura, mamá? Si estás muy cansada...

—No, no... estoy bien.

Horas más tarde, acabaron los tres en la misma cama, la de George. Florence se durmió oliendo el suave aroma infantil y aquella noche no se despertó hasta bien entrada la mañana, cuando la doncella, que parecía haber vuelto a aparecer como por arte de magia, entró en la habitación y les dijo que

había preparado unas tortitas.

Desayunaron en el jardín. Se sentía bien. Relajada y tranquila. Pero, de nuevo, la embargó aquella extraña sensación por la que le parecía que ella no pertenecía a aquel espacio o aquel tiempo. Los niños le hablaban, la brisa le acariciaba la cara, el sol hacía subir la temperatura de su piel y, sin embargo, era como si no fuera ella. Como si se estuviese viendo de lejos. Comparó aquel sentimiento con la imagen de un cuadro. Era algo que estaba allí en frente. Que había surgido de ella, pero que no le pertenecía.

Martin apareció con su maletín y la llevó hasta su habitación para volverla a examinar. Se repitió toda la secuencia del día anterior. Estuvo a punto de decírselo. Pero ¿cómo explicarlo? «Martin, me estás viendo y yo a ti, pero me siento como si yo no fuera yo, como si estuvieras auscultando otro cuerpo, como si pudiera volatilizarme en cuestión de segundos. Dime si tienes alguna esencia que cure eso». No podía.

Se dijo a sí misma que debía darse unos días y así lo intentó en los siguientes. Los niños no se volvieron a quedar a dormir, pero era difícil estar sola un solo momento. Siempre y en todo momento había alguien allí. Margaret, Elizabeth, Olga, Martin, Charles, Mario, la señora Doubtfire, la doncella, que se llamaba Mary, Sybill, Bullock, O'Brian... No sabía cuánta gente más podía aparecer. Los niños solían llegar cada tarde y jugaban en el jardín y se quedaban a cenar. Después, alguien los recogía y cualquiera de aquellas otras personas se quedaban hasta que ella se dormía en su cama y acababan apareciendo antes de que se despertase.

Ayudaba el hecho de que estaba durmiendo diez y doce horas de un tirón. Como si cayese en una especie de letargo. Y agradecía tantas atenciones, pero, al mismo tiempo, sentía a veces unas ganas enormes de decirles a todos que no volvieran más.

De Michael no sabía nada. Todas sus visitas ponían especial cuidado en no mencionarlo. Como si nunca hubiera existido, como si no fuera justamente la persona que faltaba, como si fuera de otro mundo, de un mundo irreal. Tan solo sus hijos, en algunos momentos, explicaban algo en el que alguno de los personajes era «papá»; pero hasta cuando lo oía de boca de sus hijos, le sonaba igual de ficticio. Pero lo cierto era que estaba en todas aquellas muestras. En el personal que la atendía, fuera Mary, la señora Doubtfire o los

cuatro lacayos que venían a diario a preparar el baño; en la cuidada organización de todos ellos, siempre presentes, nunca más de dos a la vez. En definitiva, en cada segundo de aquella extraña existencia en al que se había convertido su vida, aunque fuese en la omisión y en la ausencia.

Hasta que O'Brian le recordó la exposición del Metropolitan Museum of Art. En ese momento, la toma de consciencia del día en el que estaban le hizo darse cuenta que había estado toda una semana en su casa, sin hacer nada más que dormir, comer y dejarse mimar. Aquella no podía ser ella. Debía ser otra persona que se había adueñado de su cuerpo.

Se miró las manos. Tampoco había pintado. Nada. Ni una sola vez había cogido el pincel. Ni siquiera lo había echado en falta. Estaba todo allí, en su casa, desperdigado como siempre, preparado para cuando le viniese la inspiración. Pero lo cierto era que ahora ya no era tan fácil encontrarlos. De manera muy sutil otras cosas se habían empezado a adueñar del espacio. Un pañuelo cubría los óleos malva. El servicio de café había ocupado el sitio donde estaban los lienzos. El caballete había sido apartado hasta la pared para permitir un paso más franco al jardín.

Se levantó del sofá y su reflejo apareció en la ventana. Llevaba un precioso camión color melocotón que recordaba con vaguedad. Se lo había comprado Michael en uno de sus viajes a Sudamérica, pero apenas se lo había llegado a poner porque era de verano y lo había traído en pleno invierno. El último invierno que estuvo en el 1009 de la Quinta Avenida.

El joven abogado interpretó su movimiento como una indicación de que quería marcharse y se levantó también del asiento en señal deferente. Sin embargo, se quedó todavía un instante recordándole que no estaba forzada a ir a la inauguración que tendría lugar en dos días. Que podía ausentarse todavía un poco más del mundo exterior. Que, en el Metropolitan, estaban acostumbrados a las excentricidades de sus artistas.

Realmente no le apetecía ir. Lo que tan solo quince días antes la había llenado de orgullo y satisfacción, ahora era como si fuera mérito de otra persona.

—Estoy ahora cansada —murmuró—, lo pensaré mañana.

—Sssí... sí. Claro. Hay tiempo todavía.

—Gracias. —Y dirigiéndole una sonrisa continuó—: Me sabe mal, de

verdad, pero voy a descansar un rato.

—Por supuesto... eehh, tal vez pueda yo prepararte algo para dormir.

La doncella hacía un rato que se había ido a comprar unos dulces, según había dicho, pero había estado mucho tiempo sin servicio y O'Brian lo sabía, había estado allí muchas veces. Él mismo había sido miembro de la más exquisita aristocracia irlandesa y después de una gran decepción amorosa, había abandonado voluntariamente el lujo y la comodidad.

Sin embargo, se quedó todavía un poco más, nervioso, dándole vueltas al sombrero, sin saber bien qué decir, como si estuviera esperando algo. Entonces llamaron a la puerta y él soltó un bufido como de alivio.

Entró Elizabeth, iba cargada con una gran caja que colocó en mitad de la sala. Parecía mentira que alguien tan pequeño y delgado hubiera podido cargar con aquello. O'Brian aprovechó para decir que se iba. Lizzy lo acompañó a la puerta porque, hasta en eso, le habían tomado el relevo como anfitriona y, antes de oír cerrarse la puerta, escuchó unos susurros.

Cuando volvió su amiga, desembaló la caja y orgullosa mostró un gran asiento de mimbre. Sonriendo lo colocó mirando a la ventana, aunque para ello tuvo que volver a desplazar el caballete. Esta vez lo colocó tras la puerta.

—Lizzy, os estáis turnando para no dejarme sola, ¿verdad?

—No exactamente... Bueno, sí... Ha sido culpa mía, Frency. Yo... yo pasé por un trauma y sé lo que es. Lo reconozco en tu mirada y en tu manera de moverte. No quiero que pases por esto sola...

—Me has llamado Frency.

—Sí, ¿te molesta?

—No. Me extraña. Solo eso. —E inspirando y respirando una vez muy profundamente continuó—: No estoy bajo ningún tipo de trauma, Elizabeth. Lo que yo he pasado no tiene nada que ver con lo que tú tuviste que soportar. —Volvió a inspirar y expirar—. Entre otras cosas porque tú eras un ser inocente al que unos malvados dañaron sin ningún motivo. Yo, sin embargo, soy culpable, Lizzy.

—No digas eso. Ni se te ocurra. Tú no te mereces que...

—No digo que me lo merezca. Sé que se trata de unas normas anticuadas y retrógradas, pero yo las conocía, Elizabeth. Sabía las consecuencias de mis actos. No pensé en ellas, por supuesto, pero sería falso pretender hablar de mí

como una inocente y cándida jovencita sometida a la perfidia de nadie.

»Lo que sí puede decirse, sin embargo, es que me dejé llevar y que lo he estado haciendo siempre. Ni siquiera tengo claro si pinto porque realmente quiero hacerlo o porque es la manera de ser aceptada en un entorno social que valoran eso de mí, como antes valoraban mi perfecta educación.

—Y ¿quién está libre de las influencias de los demás, Florence? ¿Cómo estar seguro de que todo lo que hacemos o decimos es genuinamente nuestro?

—No lo sé. Seguramente tienes razón. Pero el problema es que todos mis actos generan consecuencias y lo hacen sobre personas a las que quiero con toda mi alma. Puede ser fantástico decir «Oh, lo siento, no quería hacerte daño» o «No me di cuenta», «No pensé»... Pero, al final, lo haces una y otra vez.

Elizabeth hizo un amago de contestar hasta que la miró a los ojos y le pareció entender que ya no podía decir nada más.

—Elizabeth. Necesitaré tu ayuda.

—La tendrás.

## CAPÍTULO 18

Michael miraba a través de los enormes ventanales de su despacho que daban a la gran nave exterior donde se realizaba la botadura. Le gustaba colocarse allí para verlo. Tenía una amplia perspectiva y era el momento en el que el esfuerzo de meses tenía su reconocimiento o su castigo. Un pequeño error podía provocar el desastre. Él lo había vivido dos veces. Y era increíble sentir cómo la impotencia se convertía en la protagonista de la voluntad de todo el mundo mientras veinticinco metros de manga, doscientos setenta de eslora y cincuenta de altura se hundían en el mar.

Ahora no había ningún barco que botar, pero miraba al mar y le parecía que había sido espectador igualmente de un gran desastre: el que había hundido su matrimonio y su vida. Cuando le parecía imposible que se alejasen más, que pudieran romperse en mil pedazos más, algo aparecía y demostraba que todavía se podía empeorar. El problema era que siempre se cebaba todo sobre la misma víctima y de nuevo la imagen de Florence sacudida por un llanto desconsolado inundaba toda su mente.

—Milord. —Su secretaria interrumpió sus pensamientos—. Milady está aquí.

—¿Milady? ¿Qué milady?

—¡Oh! Lo siento. Ya le he dicho que no soy... Lo siento, Michael.

Florence entró en el despacho y su corazón por un momento se detuvo para después lanzarse a una carrera desbocada.

—¿Querrá tomar algo? —le preguntó su secretaria.

—No, muchas gracias —contestó ella.

La mujer cerró la puerta al salir y Michael todavía tardó unos segundos en reaccionar y decirle que se sentase en el sofá. Ella lo hizo y él ocupó el que

había enfrente. Seguía notando los latidos en la base de su garganta y una ligera sudoración recorrió todo su cuerpo. Si aquello no eran los síntomas de un infarto, se le debían parecer mucho.

—Michael. —Su voz era dulce y suave—. Vengo a decirte que acabo de comprar un pasaje para el Italy, que zarpa el domingo.

El Italy era el último barco que había construido. Lo había finalizado hacia un año y, desde entonces, se había convertido en el más solicitado para cruzar el Atlántico. En el interior había una sala exclusiva para los clientes más selectos, la más bonita, con las mejores comodidades, con las mejores vistas.... La sala Florence.

—Por favor —volvió a hablar ella y entonces se dio cuenta de que él no había hecho ni un gesto ante la noticia de ella—, no te enfades con el viejo Gilmore. Estaba muy poco receptivo a atenderme temeroso de tu reacción. Le he prometido que te lo diría yo misma.

—Debería haberme llamado —dijo él, pero en seguida pensó que, tal vez, su voz había sonado demasiado grave y añadió—: Solo debería preocuparse si no te ha vendido el mejor camarote.

—Pues, ahora sí que te vas a enfadar. Viajo en tercera. No sabía que tus barcos fueran tan horriblemente caros. —Y acabó la frase con una sonrisa, como si lo más normal del mundo fuera que estuvieran bromeando sobre el hecho de que ella iba a irse al otro lado del mundo.

Sintió una punzada en el pecho. La tercera clase se instalaba en las profundidades del barco. Allí no solía haber calefacción y cuando el barco estaba en alta mar podía hacer mucho frío. Además, apenas se ventilaban sus camarotes, que acogían a todo tipo de gente. Desde gente humilde a más de un truhan y pendenciero.

—No lo pienso consentir. Dime en qué barco vuelves. Viajarás en primera en ambos trayectos.

Ella se mordió el labio inferior y retiró la vista para ponerla sobre la pequeña mesa que había entre los dos. Él sintió que como si la garganta se le empezase a cerrar.

—¿Tienes billete de vuelta? —preguntó.

—No.

Solo una sílaba. Una única palabra de dos letras.

—¿Te vas a quedar en Europa?

—No lo sé. —La voz le surgía ahora como en un susurro—. De momento iré a Londres, a ver la propiedad de mis padres. Después quiero ir a París.

—¿París?

—Lizzy enviará un telegrama a su prima Sophie para que me acoja los primeros días. Después, ya veremos.

Volvió a reinar el silencio entre ellos.

—¿Piensas establecerte en París?

—No lo sé todavía. Dicen que un pintor que se precie tiene que haber estado allí al menos una vez.

Sonrió de nuevo como en señal de paz.

—¿Y los niños?

La vio cerrar los ojos. Seguramente se esperaba la pregunta. Respiró hondo y volvió a abrirlos para centrarlos en él. Con franqueza, como si así pudiera mostrarle toda su verdad.

—Había pensado que se quedarán a dormir conmigo esta noche y yo misma se los explicaré.

—¿Qué les explicarás?

Volvió a respirar profundo antes de responder, pero no apartó los ojos de él.

—Que necesito hacerlo. Que tal vez no nos volvamos a ver nunca o tal vez sí. Que no lo sé. Pero que ni siquiera por ellos puedo quedarme. Pese a lo que los quiero.

El dolor del pecho se expandió a su estómago. Apretó las manos contra los brazos del sofá para que no se notase el temblor que lo estaba dominando.

—Esta noche ¿no es la inauguración?

—Sí.

—Tendrás que atender a la prensa.

—Me da lo mismo la prensa. Prefiero estar con ellos si tú lo permites. El sábado tendré que recoger la casa y el domingo hay que llegar antes de las siete de la mañana.

—Tercera clase —murmuró él recordando que eran los primeros en subir y los últimos en bajar.

—Sí, tercera clase.

—¿Cuándo los recojo el sábado?

—Sobre las once puede estar bien.

Entonces se levantó del sofá. Ya estaba todo dicho. Se dirigió hacia la puerta. La abrió.

—Michael, gracias por todo lo que has hecho estos días. Me ha ayudado mucho. De verdad. Adiós.

Se fue y el despacho en el que se encontraba se convirtió en el paraje más desolador que jamás hubiera visto.

Solo veinte minutos más tarde, Ressayre entraba en su casa y cerraba la puerta de un gran portazo.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth!

La furia que exhalaban sus gritos hizo que los criados que se iba encontrando se apartasen temblando. Él fue abriendo una a una las diferentes salas de la primera planta.

—¡Elizabeth!

—¿Qué ocurre, Michael? —Era Charles quien lo llamaba y al fin lo vio, entraba desde el jardín.

—¿Dónde está tu mujer?

Charles lo miró con suspicacia. Estaba claro que no parecía tener intenciones amables para con ella.

—Ahora mismo no lo sé; pero, aunque lo supiera, creo que no te permitiría verla en ese estado. ¿Quieres decirme qué narices está pasando?

—Michael, cuéntanos qué ocurre, ¿quieres? —Era Martin quien hablaba.

—¡No! ¡Que nos lo explique tu mujercita! —volvió a vociferar.

Los tres amigos se miraron como si se estuvieran midiendo mutuamente.

—¡Holaaaaa! ¡Tenemos hambre!

—¡Sí, sí! ¡Vamos a comeeeeeer!

Eran los niños que entraban, como siempre, con más estruendo del que sería recomendable y aparecieron seguidos de Margaret y Lizzy, que, al verlos, comprendieron de inmediato que algo extraño estaba ocurriendo.

—Niños —dijo Margaret—, subid a vuestras habitaciones para cambiaros de ropa, mientras la señora Doubtfire acaba de preparar la cena. Tenemos una exposición que ver y hay que ir un poco más decentes que esas ropas hechas un desastre del parque.

Los niños subieron refunfuñando hasta que, a mitad de escaleras, Anne los

retó a una carrera hasta la última habitación y todos, a excepción del siempre comedido Arthur, se lanzaron peldaños arriba.

Michael no había dejado de mirar a Elizabeth lanzándole miradas de odio. Ella no le apartó la vista en ningún momento pese a que, solo verlo, había reconocido el enfado en él y sabía por qué se producía.

Charles había caminado muy lentamente hasta ponerse al lado de su mujer. Estaba claro que estaba dispuesto a protegerla de su amigo, aunque la mirada altanera de ella parecía decir que no lo necesitaba.

—Vamos a sentarnos —intentó conciliar Martin.

—¡No! ¡No me quiero sentar! —gritó de nuevo Michael.

—A gritos no pienso tolerar que te dirijas a mi mujer —dijo entonces Charles con dureza.

—Da lo mismo, Charles, déjalo —intervino Lizzy—. ¿No ves que es incapaz de solucionar sus problemas de otra manera que con odio y violencia?

—¡Maldita seas! —vociferó Retsy—. ¡No interfieras en mi vida! ¡No lo hagas! ¡Y no te atrevas a juzgarme! Te tolero porque eres la mujer de él, pero mi paciencia tiene un límite y has traspasado todas las líneas rojas.

—¡Michael! —Charles tenía los puños apretados y los ojos a punto de salirse de sus órbitas—. Te exijo que cambies tu actitud o acabarás pateado en el suelo.

—¡Díselo! —siguió gritando a Elizabeth—. ¡Dile a tu marido lo que has hecho! ¡Dile cómo has convencido a Florence para que nos abandone!

—Yo no he hecho tal cosa.

—¿Dónde se va Florence? —preguntó entonces Martin.

—¡A París! ¡Se va a vivir a París con la ayuda de ella! ¡Estarás contenta! ¿Qué le dirás a los niños? ¡Eh! ¿Les vas a explicar lo buena amiga que has sido con su madre convenciéndola para que los abandone?

—¡Está claro que no se puede hablar contigo! —replicó Elizabeth—. Así que no pienso darte ninguna explicación.

—¡No! ¡No te vas de aquí hasta que me expliques por qué narices tienes que meterte en la vida de todo el mundo!

Y al ver que Elizabeth no pretendía hacerle caso, la fue a coger de la muñeca para impedirle marchar. Charles confundió el gesto con un ataque y reaccionó sin más propinándole un puñetazo que, por un momento, lo desestabilizó sin

llegar a hacerlo caer. Entonces miró con odio a su amigo y, cogiendo aire para impulsarse, se lanzó hacia él. Martin lo detuvo poniéndose en medio y cogiendo de los brazos a Michael, aunque contenerlo estaba siendo muy complicado.

—¡Basta! —gritó Margaret, quien no acostumbraba a perder jamás la compostura por lo que todos quedaron paralizados—. Se acabó. Todos fuera. Al jardín.

El gesto adusto de la mujer no admitía réplica y era tan raro verla expresarse con aquella rudeza que nadie osó contradecirla y fueron saliendo uno a uno al exterior donde una ligera brisa anunciaba el crepúsculo.

Habían quedado en silencio y se miraban unos a otros recelosos. El labio de Michael sangraba un poco y tenía el pelo despeinado.

—De acuerdo —volvió a decir Margaret más calmada—. Ahora, Michael, nos vas a decir qué es lo que te ha enfurecido de esta forma.

El aludido levantó la vista hacia Elizabeth, pero después miró a Margaret. Aquella mujer siempre le transmitía paz.

—Florence me acaba de comunicar que se va a Europa el domingo. Se va para no volver. Elizabeth la va a ayudar posibilitando que viva con su prima.

—¿Lizzy? —preguntó Margaret.

—Me pidió ayuda. Me dijo que quería ir a París. Que si conocía dónde podía hospedarse. Le ofrecí que fuera a casa de Sophie y Robert. Ya les he mandado el telegrama.

—¡Por Dios del cielo, Lizzy! —Era Charles el que ahora hablaba—. ¿Por qué has hecho algo así?

—Se iba a ir de todas formas —replicó.

—Tal vez no —volvió a contestar su marido—. Lo que está claro es que tú le has brindado la manera.

—¿No os ha demostrado ya con creces que no es una mujer que se rinda por algo tan banal como no tener casa?

—¡Nunca se hubiera ido! —intervino de nuevo Michael—. Ahora estaba bien. ¿Y los niños? ¿Has pensado en ellos?

—Pero ¿cómo puedes estar tan ciego? ¿Bien? ¿A qué le llamas estar bien? ¿A vivir bajo el miedo de que por cualquier causa puedan llevarte de nuevo a la cárcel? ¿A no poder llevar a tus hijos jamás a un parque? ¿A estar siempre

sometida a una sociedad que te mira con desprecio? ¿A vivir sola y conformarte con ver a quien más quieres un ratito al día?

—No deberías haberte involucrado —repuso Charles—. Michael es mi amigo y...

—Lo siento, Charles, pero te equivocas. Yo no he optado entre amigos. No se trataba de hacerlo entre Florence o Michael. Esto no va de eso. Esto es más sencillo. Se trata de hacer algo justo y bueno. Y es de justicia ayudar a alguien que te lo está pidiendo. Ella se iba. La decisión ya la había tomado. Ya lo había hecho una vez. Se fue de esta casa sin saber dónde ir, expulsada por su marido y rechazada por su propio hermano. ¿Creéis de verdad que la iba a detener, con su situación actual, algo tan sencillo como no conocer a nadie en París? ¿Querriais que se quedará por algo tan absurdo? —Y mirando solo a Michael finalizó—. ¿No te has parado a pensar lo que ha sufrido?

Todos quedaron en silencio. Elizabeth los miró uno a uno, pero no parecía que nadie estuviese entendiendo su punto de vista y menos su propio marido, que solo tenía ojos para su amigo. Emitió un leve soplo y se giró para marcharse. Sabía cuándo no era bien recibida.

—No te vayas, por favor.

Era Michael quien había hablado, aunque lo había hecho casi susurrando. Elizabeth se quedó paralizada y al mirarlo vio cómo le temblaban los labios y que tenía los ojos sumamente brillantes.

—No te vayas —volvió a repetir—. Lo siento. Estaba... estaba... Lo he hecho todo mal, ¿verdad? Yo... yo... Tal vez sea lo mejor... pero... ¡Dios, Lizzy! ¡Me estoy muriendo por dentro!

Su cuerpo estuvo a punto de desmoronarse, pero fue la misma Lizzy la que acudió en su ayuda y lo sostuvo con su poca envergadura hasta que Charles y Martin también reaccionaron y lo acercaron a uno de los bancos para que se sentara.

—Todavía estás a tiempo —dijo entonces Elizabeth—. Habla con ella. Pídele que no se vaya.

—¿Y para qué, Lizzy? —respondió Michael—. Tu misma lo has dicho. Aquí no tiene vida. Yo se la robé.

—Devuélvesela. Dile que la amas.

—No servirá de nada. Ella no me quiere.

—Sí te quiere.

—¡No! ¡No, Lizzy! Hace mucho tiempo que dejé de amarme si es que alguna vez lo hizo. Y no la culpo. Yo... yo siempre estaba pendiente de mi trabajo. Yo no valoraba nada de lo que era ella. Y luego... Lizzy, no sabes todo lo que le he hecho. No lo sabes.

Sus palabras reflejaban toda la desesperación que estaba sintiendo, pero también lo hacían sus gestos pues mantenía la cabeza gacha y varias veces se pasó ansioso las manos por el pelo, como si así pudiera borrar los recuerdos o la historia.

—A ella no le importa. Ella te quiere.

—Te equivocas. Y no me ha mentado nunca. Ni una vez lo dijo para convencerme de que se quedara en casa. Ella odia todo lo que yo represento. La han sometido tantas veces que solo cuando se liberó de mí consiguió ser quien ella quería ser. Yo soy su yugo.

—Habla con ella —insistió Elizabeth.

Michael ya solo negó con la cabeza. No salían más palabras de su interior. Margaret le acarició los hombros al tiempo que se sentaba a su lado.

En ese momento, volvieron a oír a los niños. Aparecieron al poco, vestidos y arreglados, y se dieron cuenta de que se había hecho la hora fijada para la inauguración de la exposición de Florence. Afortunadamente, era en el Metropolitan, que estaba a solo dos minutos de su casa.

—Tenemos que irnos —murmuró Martin.

—Id. Tranquilos —respondió Michael—. Ya estoy bien.

—Yo me quedo —dijo Charles.

—No, de verdad, Charles. No es necesario.

—¿Papá? —Georges estaba justo frente a él—. ¿Te ocurre algo?

—Nada, hijo. He tenido un día complicado en el trabajo.

—Venga, chicos —habló entonces Lizzy—. Vamos a ir tirando o, si no, no llegamos.

—Me quedo con papá.

—George, ve con Lizzy. Es la exposición de tu madre. Le apenará no verte. Yo me quedaré.

—No, de verdad. Estoy bien —insistió Rissy.

—Vente, papá —dijo entonces Kathy—. Por favor, ven con nosotros.

—No... no... no puede ser. Id vosotros. Pero avisad a la señora Doubtfire que os prepare una muda. Esta noche os quedáis en casa de mamá.

—Bien, ya iré a casa de mamá después, pero ahora no me muevo de aquí — volvió a decir George y para reafirmar sus palabras se sentó en otro banco con los brazos cruzados.

—Si George no va, yo tampoco —pronunció entonces Kathy también muy seria.

—Yo no he visto nunca ningún cuadro de tía Florence —balbuceó el pequeño Anthony—, yo sí quiero ir.

—A ver —volvió a intervenir Margaret con la autoridad que la caracterizaba—. Iremos todos sin excepción. —Y, mirando a Michael, continuó—: Tú también.

Ressy miró a sus amigos y después a las caritas expectantes de los niños. ¿Qué más daba? Tal vez fuera la última vez que la iba a ver.

Solo minutos más tarde cruzaban el gran vestíbulo del Metropolitan Museum of Art y llegaban a su sala principal donde más de un centenar de personas estaba celebrando lo que habían calificado como el descubrimiento de la luz pictórica.

Michael vio de lejos a Tancredi y Olga, y se preguntó si ellos ya sabían que Florence se iba o si, incluso, habían sido los primeros en saberlo. Intentó mantenerse alejado y se dedicó a mirar los cuadros de ella.

Eran verdaderas obras de arte. Las expresiones faciales no solo hacían que aquellos personajes parecieran de carne y hueso, sino que transmitían sentimientos. Jugaba con la luz y los colores tanto como con las temáticas. Ya fuera en el retrato de unos hombres jugando al ajedrez, como en el de los marineros en el mar, o los niños abrazando a unos padres al despedirse en la puerta del colegio, la cotidianeidad estaba presente, pero cargada de emociones. Michael recordó el dibujo que había guardado de cuando ella estuvo cuidándolo por la difteria y el que había visto expuesto en la escuela. Ya aquello le había parecido maravilloso.

La exposición ocupaba varias salas. Debía haber unos cincuenta o sesenta lienzos y tardaron un buen rato en verlo todo. A Florence no la habían visto. El alcalde había acudido también a la muestra y estaba atendiéndolo junto con el director general del Museo. Les había avisado O'Brian y ahora era también él

quien les indicó que volvieran a la sala principal para escuchar los discursos pertinentes.

—Esperad —dijo entonces Arthur—, nos queda por ver todos los de aquel pasillo.

Y señaló un amplio corredor donde se veían algunos cuadros colgados.

—Aquellos no son de Florence —dijo Martin—. Solo son los de estos espacios...

—¡Claro que lo son, papá! Se ve desde aquí.

—¿Qué ves desde aquí, Arthur? ¿La firma? ¿O ya eres capaz de reconocer el estilo de cada pintor con ver su obra a diez metros de distancia? —se burló un poco Margaret.

—No. Lo que soy capaz de ver a esta distancia es el sello Ressayz. Justo en ese cuadro se ve perfectamente.

Todos miraron hacia donde Arthur señalaba y vieron que se trataba de la representación en la que unas damas subían a un coche intentando escapar de la suciedad que había a su alrededor. La portezuela del vehículo, en efecto, tenía un escudo y a simple vista se veía que era el del Vizcondado de Ressayz.

—Vaya —dijo Charles—, va a tener razón el sabidillo. Has tenido suerte que estuviera representado el lema, chaval.

—No es cuestión de suerte. A fin de cuentas, está en todos.

—¿Qué dices? —Fue su padre quien preguntaba.

—Pues eso, que en todos los cuadrados de Florence aparece el escudo de los Ressayz

—No es verdad —dijo Anne.

—Claro que lo es. Si es como un juego. Hay que descubrirlo. No siempre es tan evidente.

—¿De qué hablas? —insistió Margaret.

—¿Pero es que soy el único que lo ha visto? Mirad. —Y señaló un punto del cuadro que tenía más cercano en el que, fijándose, se veía en la casa lejana del fondo, la singular «R» con la que se representaba el emblema familiar.

Todos se acercaron a verlo todavía incrédulos. Entonces, se oyó la voz de Anne y, al mirar hacia donde estaba, la vieron que señalaba en otro cuadro un punto oculto a simple vista; en concreto, la hebilla del zapato de una de las jóvenes que aparecían retratadas y allí estaba de nuevo el escudo. Los niños

se lanzaron entonces a una loca carrera por ir descubriendo todas y cada una de las «R», seguidos por los adultos, que todavía tenían en sus caras la incredulidad reflejada. Estaba en todos y cada uno de los cuadros. A veces en la estampación de un libro, otras en un colgante semi-oculto, en ocasiones de forma manifiesta presidiendo la puerta de una gran mansión... Hasta que llegaron a uno de los pasillos laterales cuya pared del fondo estaba presidida por una de las pinturas más grandes que había expuesta. Se trataba de un lienzo de tres metros por dos en el que un hombre de espaldas contemplaba desde lo alto de un acantilado el mar embravecido y un barco azotado por las olas. El paisaje era algo tenebroso, sin embargo, el hombre, del que tan solo se intuía su perfil, parecía majestuoso, imponente, sereno y poderoso.

—Aquí no está —dijo George como si estuviera decepcionado y, mirando la firma, continuó—: Y es de mamá.

Todos miraron el cuadro observando cada detalle, intentando descubrir la famosa «R» sin éxito.

—Pues claro que aquí no está. Es normal —dijo entonces Arthur con su acostumbrado tono de voz algo soberbio al tiempo que extrañado porque el resto del mundo no viese o entendiese lo que él comprendía a simple vista.

—¿Cómo que es normal? —preguntó su padre—. Pero ¿no has dicho que estaba en todos los cuadros de Florence?

—Pero en este no hace falta —insistió el niño.

—¿Por qué no va a hacer falta? —replicó de nuevo Martin.

—¡Porque es papá!

Se giraron al unísono a mirar a la pequeña Kathy, quien estaba ante el enorme cuadro mirándolo con una sonrisa y un brillo especial en sus ojos.

—¡Es papá! —volvió a repetir.

Cuando volvieron a mirar la pintura no hubo ya ninguna duda. El pelo rubio ceniza, el porte aristocrático, la mano sosteniendo un bastón con elegancia, el barco lejano...

Michael sintió cómo todas las miradas se giraban hacia él, al tiempo que un temblor interior le recorría el cuerpo. ¿La «R» era él? ¿Había estado presente en todas sus creaciones? No supo con claridad cuándo el grupo que conformaban se deshizo y, a su lado, solo estaba Charles. Él no dejaba de mirar el retrato.

—Vamos —le dijo su amigo muy suavemente mientras lo empujaba hacia el salón principal.

La rueda de prensa hacía un rato que había empezado. Florence estaba en medio, flanqueada por el alcalde y por el director de la exposición. Le estaban preguntando por su viaje a París. Lo acababa de anunciar y esquivaba las cuestiones que tenían que ver con su vuelta.

—Nos acaba de comunicar Lloyd Bullock que él también parte a París, ¿se van juntos, Frence? ¿Tienen algo que anunciar?

—No —respondió ella serena—. Se trata de una mera coincidencia. El señor Bullock lleva su espectáculo de Havana a la ciudad francesa, aunque estaré encantada de contar con una cara amiga en un país tan lejano.

—No desesperes. —Era Elizabeth quien le susurraba haciéndose oír a través de los periodistas—. Habla con ella.

Michael tragó saliva. Era fácil decirlo. Difícil hacerlo. ¿Qué significaba aquello? ¿Habría aceptado el cortejo de Bullock?

La rueda de prensa se deshizo. Florence estaba todavía despidiendo a algunas personas. Cuando vio a sus hijos una gran sonrisa le iluminó el rostro. Los besó y después saludó con cariño al resto del grupo teniendo para todos alguna palabra o alguna caricia. Anne le estaba diciendo algo y señaló hacia donde él se encontraba. Ella miró y la sorpresa por verlo allí inundó su rostro. Como siempre, segundos más tarde los ojos bajaron inmediatamente al suelo. Pese a ello, empezó a caminar hacia él. Michael pensó que tendría que haber sido él quien lo hiciese, pero las piernas le temblaban demasiado.

—Hola —dijo al llegar—. No esperaba que vinieras.

Quería hablar, pero tenía la boca pastosa y unas ganas terribles de llorar. Necesitaba serenarse. Por el rabillo del ojo vio cómo Charles se llevaba al grupo intentando dejarles algo de intimidad, algo que parecía imposible en aquella gran sala. También advirtió cómo un periodista los señalaba mientras hablaba con otro ¿Los reconocería? ¿Creería que tenía allí alguna historia que contar?

—¿Te ha gustado?

La voz de Florence había sonado quebradiza y, cuando la miró, se dio cuenta que estaba esperando su valoración como lo haría una niña ante su maestro.

—Es... —Carraspeó para aclarar su voz—. Es extraordinaria.

Ella levantó la cabeza con una sonrisa enorme y algo ruborizada.

—Gracias.

En ese momento, apareció de nuevo el alcalde y, sin reparar en su presencia, se la llevó de allí para presentarle a alguien. Florence todavía lo miró un segundo más antes de ser deglutida por el resto de invitados.

—No me extraña que sea tan sumamente rico. —Lloyd Bullock estaba a su lado mirando también en dirección a Florence—. El pasaje que he comprado para el barco del domingo me ha costado tanto como tres meses del alquiler de la mansión más cara de Nueva York. Espero que el camarote Almirante valga la pena.

—Ha tenido suerte —le respondió Ressay—. Ese camarote no siempre está en venta.

—Ya me lo han dicho. Es más, me han asegurado que podrían anulármelo en el último momento si alguno de los grandes de la compañía lo exigiese. ¿Es así?

—Sí. Es la condición.

—Y ¿cree usted que alguno de sus socios o usted mismo pudiera acabar exigiéndomelo?

Michael lo miró por primera vez puesto que también él había mantenido la vista hacia delante. No tenía muy claro qué le estaba preguntando. Pero sí sabía qué quería saber él.

—¿Lo ha aceptado? —La voz le había temblado.

—No. Me ha rechazado. Dos veces. Pero quiero intentarlo de nuevo en París. Dicen que es la ciudad del amor.

No sabía si sentir alivio o angustia.

—Michael —dijo entonces Margaret que había aparecido justo a su lado—, Florence dice que, si no tienes inconveniente, se va con los niños. Que mañana mandes recogerlos a las once.

—Dile que sí —respondió.

—¿Y si se lo dices tú?

—No. Díselo tú.

Y sin más empezó a caminar con paso rápido, casi a la carrera, hacia la salida. Tenía que escapar de allí. Se estaba ahogando.

## CAPÍTULO 19

Estaba doblando la ropa con cuidado. No era de calidad, pero era la que tenía. Olga le había dicho que con lo que había ganado de sus últimas ventas podía permitirse todo un vestuario nuevo, pero prefería ser prudente. Sabía lo que era no tener un penique y le daba miedo volver a encontrarse en esa situación. Europa podía ser un sueño muy caro y, aunque la propiedad de sus padres generaba unas rentas nada despreciables, se había propuesto que aquello sería íntegramente para sus hijos y no quería tener que hacer uso de ello.

Abrió las ventanas. Estaba siendo una noche muy calurosa. Iba a echar de menos aquella casa. Era pequeña y tenía humedades en invierno, pero había sido su refugio y aquel rincón del jardín era espectacular.

Oyó como alguien llamaba a la puerta. Se quedó un momento parada, expectante. Eran más de las doce de la noche. Demasiado tarde para visitas. Pero otro nuevo golpe no despertaba dudas. Alguien estaba pidiendo entrada.

Miró a la habitación de los niños. Si fuera alguien con malas intenciones no sería educado llamando con golpes delicados, ¿no? Recorrió el pasillo procurando no hacer demasiado ruido y esperó un segundo. De nuevo resonaron los golpes.

Abrió la puerta y frente a ella con el pelo revuelto, sin sombrero, corbata desanudada y una expresión indescifrable, estaba Michael de Ressay

—¡Dios mío! ¿Ha pasado algo? ¿Lizzy? ¿Margaret? ¿Los niños?

—No, no. Nada. No ha pasado nada.

Se miraron de nuevo. Había algo oscuro en sus ojos que ella no podía reconocer. Era Michael, pero parecía otra persona.

—¿Quieres pasar?

Él solo asintió con la cabeza. Ella se echó a un lado y entonces entró él y empezó a caminar por el pasillo. No lo hizo con la seguridad y confianza que lo caracterizaba. Parecía dudoso y no paraba de pasarse la mano por el pelo. Llegaron a la sala. Él miró hacia la habitación de los niños. Tal vez quería asegurarse que estaban bien y por eso había ido.

—¿Quieres verlos?

Volvió a confirmar su deseo con la cabeza. Ella abrió el paso hasta llegar a la habitación de George donde los dos niños estaban durmiendo.

—No han querido dormir separados —susurró para no despertarlos.

Él se había quedado a su lado. Sin rozarla, pero muy cerca. Oía su respiración fuerte y profunda. Notaba su olor, el mismo que la envolvía cuando años atrás la abrazaba.

—¿Se los has dicho?

Florence sabía a qué se refería. Ahora fue ella quien se limitó a asentir con la cabeza, pero después le pareció que tenía que dar alguna explicación más. Era su padre. Había venido a ver cómo estaban. Preocupado por cómo hubieran podido reaccionar ante la noticia de que su madre los volvía a abandonar una vez más. Él iba a tener que hacerse cargo otra vez de todos sus cuidados.

—Les ha costado dormirse, pero, al final, lo han hecho serenos. He estado todo el rato a su lado.

Michael la miró de nuevo con aquella mirada indescifrable. Después empezó a andar hacia la sala. Ella cerró las puertas y lo siguió. Se había quedado en medio de la habitación, pero tenía la vista fija en el montón de ropa que había sobre la mesa, señal inequívoca de que había empezado a hacer las maletas. Al notar su presencia, se giró y clavó sus ojos en ella.

—Dime la verdad —pronunció lentamente—. Dime por qué te vas.

No se esperaba esa pregunta. ¿Qué debía hacer? No quería que ninguna de sus explicaciones sonase a reproche, pero tenía miedo de que así lo pareciese. Desde lo de Tancredi no había sido capaz de transmitirle con palabras nada de lo que en verdad sentía o pensaba y, cada vez que lo hacía, tenía la sensación de que había empeorado más la ya funesta consideración que él tenía de ella. Respiró profundamente. Lo intentaría.

—No pude decírtelo, pero el día de... el día de la detención, mientras estaba

en el parque, George me hizo una pregunta muy extraña. Me preguntó cómo se sabía cuánto le tenías que cobrar a un amigo por un favor. Yo no entendía nada hasta que me aclaró que en el colegio había oído que su madre cobraba por sus favores.

Apartó la vista un segundo de él, sintiendo cómo el rubor y la vergüenza teñían sus mejillas. Volvió a respirar intentando serenar a su corazón, que se había disparado y anunciaba a golpes que la ansiedad estaba apareciendo de nuevo.

—Después pasó todo y ni siquiera le pude aclarar qué significaba aquella frase. Luego, en comisaría, te vi y me miraste y... y... volví a ver el desprecio y la aversión que te produzco. —Inspiró y expiró—. Puedo con todo, Michael. Puedo vivir sola y puedo vivir sin dinero. No necesito comodidades. No echo de menos las fiestas ni los encuentros sociales. Podría incluso no pintar. Pero... pero... no puedo con esa mirada. —La voz se le quebró. ¡Maldita sea! Ya estaba allí el primer sollozo—. No te estoy recriminando nada, Michael. Sé que la merezco. Sé que has intentado no aborrecerme y soportarme, pero que no puedes y lo entiendo. Lo entiendo, de verdad. Pero me parte el alma ver esa mirada. Me destroza por dentro, me rompe todo y... y... algún día George o Kathy entenderán qué significan ciertas cosas y, pese al tiempo pasado, las oirán, no podré evitarlo, entonces... entonces... Si yo veo tu mirada en ellos..., yo... yo no podré... —Los sollozos no le dejaban acabar de hablar—. ¡Dios mío! Lo siento. Sé que soy una cobarde, que estoy huyendo, pero no puedo, Michael, lo siento mucho, yo....

Michael avanzó los pasos que los separaban y le levantó la cara con sus dos manos. Ella cerró los ojos.

—Florence, mírame. —Levantó los párpados lentamente intentando calmarse—. Dime qué ves. Dímelo.

Lo miró de frente y se perdió en el color azul de sus ojos brillantes.

—Dime qué ves —insistió él.

Entonces, en su cerebro apareció una idea que la hizo temblar. Las lágrimas seguían brotando de sus ojos, pero era como si una pequeña esperanza estuviese taimando su pena.

—Dilo, Florence —volvió a repetir en un susurro.

—¿Me quieres?

Michael cerró los ojos un segundo y respiró aliviado. Volvió a abrirlos y a clavarlos en sus pupilas.

—Con toda mi alma y todo mi ser —respondió.

El corazón de Florence empezó a palpar con tanta fuerza que tuvo que abrir la boca para poder coger aire.

—¿Me quieres? —balbuceó de nuevo.

—Más que a nada en el mundo. Jamás dejé de quererte, pero he vuelto a enamorarme de ti si es que eso es posible.

—Pero ¿me perdonas?

—¿Perdonarte? Eres tú quien debe perdonarme a mí.

—¡No! ¡No! Por favor, ¿me perdonas? Necesito saberlo. Tú... si eso sigue entre nosotros, nunca...

—Te perdono, Florence. Te perdoné en el mismo instante, pero estos malditos celos no me dejaban pensar. Te amo, Florence, y me muero si pienso que otro hombre puede tenerte. Pero ¿sabes? Puedo entenderlo. Eres preciosa. Eres la mujer más perfecta del mundo. Cualquier hombre mataría por estar contigo. Fui tan imbécil que, en lugar de entenderlo e intentar merecerte, te abandoné y acabaste buscando el amor que yo no fui capaz de darte.

—No te culpes, por favor. Tu no tuviste ninguna responsabilidad. Yo...

—Te quiero, Florence, y conseguiré que vuelvas a quererme. Solo déjame estar a tu lado e intenta perdonarme por todo lo que mi asqueroso odio ha sido capaz de hacerte. Te lo demostraré cada día.

—¿Volver a quererte? Michael, yo te amo. Y volveré a ser la mujer que tú quieres.

—Ni se te ocurra. Te quiero a ti. Quiero a esta nueva mujer. La que se enfrena a todo. La que manifiesta sus sentimientos sin ningún recato y los muestra al mundo a través de un lienzo. Eres la mágica Frence.

Entonces la besó y ella pensó que podría morir allí mismo y no le importaría. Notar sus labios suaves y poderosos, su lengua curiosa y ansiosa, hizo que todo su cuerpo se erizase. ¡Hacía tanto tiempo que no reconocía los efectos del deseo!

Ya no se dijeron nada más. Solo podían acariciarse y besarse, y sin casi saber cómo se encontraron en su habitación desvistiéndose mutuamente. Él la trataba con la máxima dulzura, pero no podía ocultar el ansia que lo superaba.

Ella se moría por tenerlo, pero intentaba contener la pasión que dominaba sus manos.

Cayeron en la cama. Las últimas ropas desaparecieron. Él se puso sobre ella, con las manos a ambos lados de su cara. Ella levantó las rodillas y lo atrajo. La penetración fue lenta, sin dejar de mirarse. Él jadeaba y tenía ligeras gotas de sudor en su frente.

—Te quiero, Florence —le dijo.

Y el estremecimiento que sintió en su interior pudo notarlo él. Inició el movimiento basculante muy lentamente y en pocos segundos estaba al borde del orgasmo.

—Dámelo —le susurró él mirándola—, dámelo a mí. Quiero verte gozar.

No podría haberlo evitado, pero se sintió aliviada al ver tanto amor en sus ojos mientras ella se dejaba llevar por el éxtasis. Perdió por un momento la consciencia y, al recobrarla, una sonrisa dulce la recibió.

—Eres preciosa —le dijo.

La besó en los labios y se colocó de espaldas llevándosela consigo hasta ponerla sobre él. Florence se apoyó en las rodillas todavía con él en su interior. Michael le acarició los pechos, la atrajo hacia sí y la besó. Después le puso las manos en las caderas y la acompañó en el movimiento que, de nuevo, la haría entrar en el paraíso de los placeres.

Habían hecho el amor muchas veces durante su matrimonio y siempre había sentido un deleite increíble, pero el sentimiento de estar haciendo algo indecoroso, aunque fuese con su marido, había castrado muchas veces su goce y mermado su capacidad de disfrutar. Aquello, sin embargo, era diferente. Ambos estaban liberados de cualquier restricción. Se sintió poderosa y lo cabalgó. Los ojos de él refulgían presos del deseo y lo oía jadear. Eso y su propio placer la condujeron directo a otro orgasmo y, cuando ya creía que no podría sentir más, notó que era él quien alcanzaba el clímax.

Se durmieron abrazados en aquella cama minúscula sin una sola palabra más. Con solo suaves y tiernos besos.

A media noche, Florence se despertó sintiendo de nuevo las caricias de Michael y, de manera inmediata, el deseo volvió a apoderarse de ella. Volvieron a hacer el amor y a quedarse dormidos. Y, por la mañana fue el ruido que hizo Michael colocando una silla bajo el picaporte de la puerta lo

que la despertó.

—¿Qué haces?

—Asegurarme que los niños me dejan darte los buenos días como es debido.

—¿No has tenido bastante?

—¿Lo has tenido tú?

—No. Ven aquí.

Esta vez él se tomó todo el tiempo del mundo para besarla en todos los rincones de su cuerpo antes de penetrarla. Ella hizo lo propio con sus manos, haciendo resbalar las yemas de sus dedos por todos sus músculos. Al final, fue él quien alcanzó el orgasmo primero, pero después se dedicó a hacerla llegar a ella con las caricias estimulantes de su mano sobre su sexo, mirándola embelesado, haciéndola sentir única.

Se levantaron y se vistieron. Cada pocos segundos se tocaban y se acariciaban, como si no pudieran retener sus manos y tuvieran vida propia.

Fueron hacia la sala. Los niños parecían seguir dormidos. Florence decidió que los despertaría, aunque al entrar en la habitación vio que no hacía falta. Los pequeños ya se estaban vistiendo. Sus rostros estaban algo tristes. Ella recordó el contenido de su última conversación y le asaltó una duda. ¿Qué significaría para su futuro lo que acababa de pasar entre ellos?

—¿Qué se oye, mamá? —preguntaba George—. ¿Quién hay en casa?

—¡Ah! Es papá.

—¿Ya viene a buscarnos? —dijo entonces Kathy con cierta ansiedad.

—No... no...

Entonces apareció la cara de Michael por la puerta, asomando solo la cabeza como si se tratase de un juego.

—¿Quién quiere tortitas?

—¡Yo! —La niña empezó a aplaudir.

George la miró como si fuera un niño grande, intuyendo más que comprendiendo; pero no dijo nada. Se acabó de vestir y fueron todos hacia la minúscula cocina.

—Podéis sentaros —dijo entonces Michael—, no tardo ni dos minutos.

Solo había dos sillas. George ocupó una y Florence la otra con Kathy en sus piernas. La pequeña seguía entusiasmada mientras que el niño había adoptado un aire de prevención. Florence se mordió el labio ¿Qué debía decirles? ¿Qué

explicación darles? No lo había hablado con Michael ¿Qué pasaría con su viaje a Europa? ¿Y con su casa? ¿Volvería al 1009?

—Papá —habló entonces George—, ¿estás seguro de saber hacer tortitas?

Ella lo miró. Tenía un huevo en una mano, el azúcar y la leche sobre la encimera, el paquete de harina en su otra mano, con la que se había rascado la frente de manera que había dejado un rastro blanco sobre su piel, y una expresión de desolación tal que parecía estar sometido al peor de los enigmas.

Empezó a reírse. No podía contenerse. Estaba tan tremendamente gracioso. George la miró circunspecto por un momento, pero luego no pudo evitarlo y explotó también en una gran carcajada. Kathy se unió a ellos.

Entonces él la miró y se arrodilló frente a ella. Florence calló de golpe. No entendía su reacción.

—Te estás riendo —murmuró.

—Yo... yo... lo siento... estás tan...

—¿Te he hecho reír yo? —volvió a preguntar.

—Papá, es que tienes harina aquí. —Y Kathy le puso su dedito sobre la ceja.

Él las miró. Después miró a George que también había callado de golpe. Él hizo algo inesperado. Se miró la mano de harina y, llevándosela hasta su nariz, se la pintó de blanco. Entonces abrió los brazos como mostrándose a sí mismo y de nuevo los tres prorrumpieron en una sonora carcajada. Él todavía se tiró algo más de harina encima y Florence acabó levantándose para quitársela de las manos mientras no dejaba de reír.

—¡Trae, payaso! Vas a poner la cocina hecha un desastre. Ya las hago yo. Id al salón y poned la mesa.

Michael y los niños obedecieron y en unos minutos habían dado cuenta del montón de tortitas que ella hizo en un momento. Después, George y Kathy quisieron salir al jardín y ellos se quedaron en el salón, sentados en el sofá y mirándolos desde allí. Él se había sentado y ella se había recostado sobre su tórax. Michael le acariciaba la cabeza y le daba tiernos besos, pero de vez en cuando, como si no pudiera retener las ganas, la alzaba y la besaba en la boca, respirando profundamente para retener su deseo, consciente de la cercanía de sus hijos.

—¿En qué piensas mientras pintas? —le preguntó de golpe.

—No sé... Es más bien como si no pensase. Dejo que mis manos tomen el

control y las figuras van apareciendo, cada vez más evidentes, surgiendo de una cortina hacia la luz.

—Quiero verte.

—¿Verme?

—Quiero mirarte mientras pintas.

Sonrió y se incorporó. Sacó el caballete que había quedado relegado tras la puerta y puso un lienzo en blanco encima. Cerró por un momento los ojos y después volvió a mirar la tela vacía. Entonces, como siempre, apareció algo y sus manos empezaron a moverse con rapidez.

La sensación era deliciosa. Podía crear, oler las pinturas, perderse en aquel cuadro que le estaba ofreciendo otras de sus representaciones y, al tiempo, escuchar las risas de sus hijos en el jardín y la respiración de Michael tras ella sin quitarle los ojos de encima.

Perdió la noción del tiempo e incluso del espacio, hasta que oyó cómo sus hijos entraban en la sala. Por la luz de fuera debía ser ya casi mediodía.

—Mamá —dijo George—, es increíble. Esa expresión... es papá, pero no la había visto nunca

Se giró y vio cómo Michael la estaba mirando con un brillo increíble en los ojos. Volvió a mirar su propio retrato y se sonrojó. Ella sí sabía cuándo había visto ese gesto. En qué momento del más puro placer había captado esa mirada cargada de amor.

—Está muy guapo —dijo Kathy.

Florence seguía sintiéndose muy turbada. No debería... Michael se había colocado detrás, le pasó el brazo por la cintura y, atrayéndola hacia sí, le dio besos en la nuca.

—Yo también quiero besitos —volvió a decir la niña.

Y entonces él deshizo el abrazo y cogió a la pequeña en brazos y empezó a besarla en la cara, en el cuello, en los brazos y ella se reía sin parar, mientras él le daba vueltas por toda la habitación.

Llamaron a la puerta y todos se quedaron quietos mirándose. Florence se dirigió hacia el pasillo. Volvían a insistir y, segundos antes de abrir, recordó que era sábado, que supuestamente debería estar haciendo las maletas y que sus amigos le habían dicho que se pasarían para celebrar una pequeña despedida.

En efecto, al abrir entraron en tropel Olga, Mario, Sybill, Turner, el viejo violinista, y Constance, la joven escultura que se les acababa de unir y que le había pedido que la enseñara a bailar vals.

—¡Espera, Olga!

—Ya, ya, ya. Estoy preparada para tus excusas, pero no te vamos a dejar sola esta noche te pongas como te pongas.

—¡No! ¡Por favor!

Y siguieron entrando en tropel hasta que los vio detenerse de golpe. Ya habían llegado y, sin duda, habían descubierto a Michael y a los niños. Pasó entre ellos y entró hasta donde estaba su familia.

—Eh... eh... Lo siento, yo...

Olga se había quedado sin palabras, lo cual era muy raro en ella.

—Turner, Sybill, Constance.... Estos son Michael Ressay y mis hijos, George y Kathy.

—¿Se han suspendido las clases de vals? —dijo entonces Constance con su habitual desparpajo pese a sus escasos veinte años.

—Lo siento... no me había acordado. Yo... no voy a poder.

—Yo puedo ser un buen maestro —dijo entonces Michael y su cara reflejó cierta ansiedad, como si lo más importante para él en ese momento fuese que aceptasen su ofrecimiento.

—No, no —balbuceó Olga—. Creo que será mejor que nos vayamos.

—De verdad —insistió Michael—. Quedaos. Soy mejor bailarín que ella, aunque sea cierto que me tragué algún horrible palo de niño.

—¿Me oíste? —balbuceó Olga recordando las crudas palabras con las que habló de él al encontrarse a Florence frente al lupanar.

—El problema no es que te oyera. El problema es que no te escuché, ni entendí lo que decías. Ahora sí lo he comprendido —respondió Michael—. Además, si le enseña Florence, Constance corre el riesgo de creerse la parte masculina del baile. Te aseguro que lo haré mejor.

Florence se echó a reír y el ambiente se distendió de golpe.

—Bien, entonces —dijo Turner—, chicos, ayudadme a apartar los muebles. Tenemos que hacer de esa sala una pista de baile.

Los niños empezaron a ayudar emocionados, de la misma manera que también lo hicieron todos los demás.

—¿Dónde dejó los sándwiches? —preguntó entonces Sybill.

—Mmmm, ¿sándwiches? Tengo un hambre brutal —comentó el niño.

—¡Pues, venga! Nos los comemos todos. Así no tendremos que guardarlos.

Se lanzaron hacia los emparedados y mientras daban cuenta de ellos, Michael vio cómo Mario Tancredi se deslizaba por el pasillo procurando que nadie se percatase de su huida. Lo siguió y lo pudo llamar justo cuando salía ya por la puerta del exterior.

—¡No te vayas!

Mario se detuvo, pero no se giró. Se quedó de espaldas, con la cabeza gacha como si fuera a recibir una reprimenda.

—Sé que es injusto lo que te pido —continuó Michael—, que debe ser doloroso para ti, pero ella te quiere y tú... tú la has cuidado, te has preocupado por ella. Seguramente, te la mereces más que yo, pero no puedo renunciar a ella. Yo....

—Hace tiempo que renuncié a ella, Ressy. Nunca dejó de quererte y ya no sirvieron más las palabras confusas con las que la seduje aquella vez. Pero, tener que soportar mi presencia es más de lo que nadie podría pedirte...

—Quiero que estés. Quiero que sea feliz, Mario, y tú formas parte de su felicidad.

El hombre se giró, lo miró y caminó de nuevo hacia el interior de la casa. Michael le sonrió.

—Ahora me gusta Sybill —le murmuró cuando lo tuvo a su lado.

Ressy levantó una ceja y profundizó su sonrisa.

—Creo que le gusto, pero... no sé si atreverme.

—Hazlo y, si te rechaza, pídeselo otra vez.

Cuando entraron en la sala de nuevo, el rostro de Florence delataba su preocupación, hasta que vio la sonrisa de ambos.

Estuvieron toda la tarde bailando al son de las mil y una melodías que Turner era capaz de interpretar, como si fueran una gran familia, como si lo único que tuvieran que hacer en la vida fuera aquello.

Cuando el sol ya se escondió y la oscuridad se hizo la protagonista del jardín, empezaron a plantearse marchar.

—Vamos, chicos —volvió a disponer Turner—. Ahora, a volver a colocar las cosas en su sitio. Hay que restablecer el orden.

—Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien —dijo Olga— y el junco ese que te tragaste se flexiona cuando hace falta. Totalmente comprobado.

Se echaron a reír todos y empezaron a moverse hacia la puerta

—Florence, vamos nosotros también a casa.

Ella sintió cómo le embargaba la emoción. «A casa». Aquellas palabras sonaban a verdadera melodía.

—¡No! —gritó la pequeña Kathy dejándolos a todos estupefactos.

—¿Kathy? —dijo Michael agachándose a la altura de la niña—. ¿Por qué dices que no?

—¡No! ¡No! —seguía diciendo la pequeña soltando pequeños pucheros.

—Es igual, Michael —dijo entonces Florence poniéndole una mano sobre el hombro—. Es normal. Son muchos cambios para ella. Ya mañana nos vemos.

Michael sintió cómo el terror se apoderaba de nuevo de él. ¿Dejarla aquí? ¿Separarse de ella? Nunca más.

—Kathy —intervino George entonces—. ¿No quieres que mamá venga a casa?

—¡No! —volvió a decir la niña con claridad.

—No pasa nada, de verdad. —La voz de Florence sonaba quebradiza—. Es pequeña. Necesita tiempo.

—No te dejaré aquí —dijo entonces Michael con una voz que parecía surgir de las profundidades.

—Michael, tengamos paciencia.

—Ven aquí, chiquitina. —Era Mario quien hablaba—. ¿Qué es lo que no quieres? ¿Que mamá vaya a casa con vosotros o que os vayáis todos a casa?

—Quiero estar aquí —farfulló la pequeña—. Aquí es divertido. En casa, no.

El respiro de alivio de todos fue previo a algunas risas que se escaparon.

—Cariño —intervino entonces Michael—, en casa también puede ser divertido.

—¡No! Yo quiero quedarme aquí y desayunar tortitas juntos.

—Lo haremos en casa —insistió su padre.

—¡No! Allí no se puede.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no?

—Porque la señora Doubtfire se enfadará mucho —respondió la pequeña con los ojos muy abiertos.

La carcajada general acabó de relajarlos a todos.

—Invitaremos a la señora Doubtfire a que se siente también con nosotros y organizaremos bailes por las tardes y montaremos una escuela de vales en el salón principal —respondió Ressayre.

La carita de la niña se encendió y empezó a dar palmas y saltitos mientras todos reían. Entonces Michael cogió a Florence de la cintura y, sin importarle estar en medio de toda aquella gente, la besó con ternura en los labios.

—Ahora, esposa mía, ¿querrás venir a nuestra casa?

## EPÍLOGO

El muelle presentaba una intensa actividad, como siempre que un gran barco partía hacia el viejo continente. Pese a ello, la mayor parte del pasaje ya se encontraba a bordo y los mozos se apresuraban por subir los últimos equipajes. Los aprovisionamientos ya habían sido cargados desde el día anterior y se encontraban bien custodiados en las bodegas del gran buque de lujo.

Las dos grandes chimeneas lanzaban el energético vapor desde primera hora de la mañana y el casco construido totalmente en acero reforzado lucía brillante y orgulloso, tanto como la madera caoba de su interior.

Michael estaba nervioso y no dejaba de lanzar miradas de reojo a Florence, que seguía despidiéndose de Margaret y Elizabeth, dedicando más tiempo del que él hubiera deseado. A Kathy también se le notaba su ansiedad, aunque la exteriorizaba de una manera más evidente dando saltos alrededor de las tres mujeres y, de vez en cuando, incordiando a Anthony con quien la unía una relación especial. George, sin embargo, se mantenía a su lado, quieto, erguido y en tensión, esperando pacientemente que su madre acabase. Pero le reconfortaba tenerlo junto a él, de la misma forma que a Martin y a Charles.

El escaso personal de la naviera que trabajaba en domingo había salido también de las oficinas para despedirse y, junto a ellos, Jenkins y Grimm, sobre los que había depositado toda la confianza otorgándoles amplios poderes para que dirigieran conjuntamente todos sus negocios. No había dos seres en el mundo de quienes pudiera fiarse más. Exceptuando, tal vez, a sus amigos, Martin y Charles, en cuestiones personales, pero, sin duda, aquellos dos hombres iban a defender sus intereses como si fueran suyos propios.

En cuanto volviera de Europa tenía pensado convertirlos precisamente en

eso, en propietarios y socios. Si no lo había hecho antes era por el propio consejo de Jenkins, quien lo había considerado más bien un acicate al que podrían optar si cumplían con unos objetivos de rendimiento económico.

No lo había querido discutir. Aquel hombre jamás le daría un mal consejo. Además, estaba la cuestión de Grimm. No era una persona de despacho. Su vida había estado siempre en la calle y le iba a ser difícil acostumbrarse a reducir su acción al espacio de una oficina de veinte o treinta metros cuadrados. Pero era un líder nato. No tenía ninguna duda. Pese a su carácter taciturno, reservado y algo ceñudo, hombres y mujeres lo obedecían sin rechistar y mostrando una confianza ciega. Por eso lo había puesto al frente de su negocio, porque buena parte de su fuerza residía en sus más de mil cuatrocientos trabajadores.

Grimm había manifestado sus reservas. Alegó falta de conocimientos y aptitudes puesto que era incapaz de reconocer su propio potencial y, mucho menos, alardear de él. Finalmente, accedió por la petición expresa como favor personal que Ressay le había manifestado y con el plazo límite que marcaría su regreso, reservándose el derecho a poder declinar la entrega de las acciones que Jenkins había establecido como suficientes para compensar los esfuerzos que dedicarían durante un tiempo.

Michael estaba satisfecho, aunque seguía inquieto. Quería irse de aquella ciudad y de aquel país lo más rápido posible. No soportaba recordar que cualquier pequeño error que pudieran tener podría enviarla a ella a la cárcel. Legalmente, no había medio alguno de revocar la sentencia dictada que la mantenía en una condena condicional durante dos años. Por eso debían marchar y cada minuto en New Jersey se le hacía una montaña.

Podría haber escogido algún que otro estado americano en el que no hubiera reconocimiento de sentencias mutuas; pero eso seguía siendo arriesgado puesto que la tendencia entre estados era justamente esa reciprocidad y las leyes, a diferencia de las resoluciones emitidas por un juez, sí cambiaban a golpe de intereses o de dinero.

Irse a Europa era la mejor decisión y, además, cumpliría así con el deseo de Florence de poder vivir un tiempo en París. Quería hacerla feliz, mostrarle que respetaba sus deseos y su afición; darle todo lo que pidiese.

La sirena del Italy lanzó su primer aviso, el que se producía media hora

antes de zarpar para recordar a los rezagados que debían embarcar con rapidez. A ellos no debía preocuparles puesto que el capitán ya había sido advertido de que tendría un ilustre pasajero. Nada menos que el propietario de aquel barco y de unos doce más que cruzaban otros mares, además del Atlántico. Así que no se les ocurriría partir sin asegurarse que estaban bien instalados.

Sin embargo, Michael agradeció el sonido porque eso provocó que la eterna despedida en la que estaban sumidas Florence, Elizabeth y Margeret finalizase, por fin; aunque, por otro lado, suponía que el resto de los amigos de Florence no habían podido llegar a tiempo.

Se dirigieron así a la rampa de acceso específicamente colocada para ellos y que los conducía directo a la cubierta principal, donde estaban los camarotes denominados Almirante.

Obviamente, había accionado el derecho de preferencia ante Lloyd Bullochk, pero el empresario teatral ya se lo esperaba. Tanto que ni siquiera había hecho las maletas y Ressay le había añadido un veinte por ciento sobre la devolución del pasaje, en concepto de molestias.

La señora Doubtfire y Thomas lo esperaban en el interior. Les había ofrecido la posibilidad de quedarse, pero no dudaron en sumarse a la aventura. Eso les haría mucho más llevadero el viaje de entre doce o quince días, dependiendo del tiempo, que les llevaría atravesar el Atlántico. Además, el barco disponía de un servicio específico para ellos.

Michael permitió que los niños se lanzasen por la pasarela al encuentro de la señora Doubtfire, que ya les había prometido unas galletas especiales que, según ella, combatían cualquier mareo.

Cuando ellos ya habían avanzado algunos pasos, una algarabía los hizo detenerse y mirar hacia el principio del muelle. Entonces vieron la causa de tremendo bullicio. Al frente de una especie de orquesta en movimiento formada por trombones y violines preferentemente, Olga Saparova y Mario Tancredi, rodeados de algunos otros hombres y mujeres que era obvio que eran del mundo del espectáculo, estaban accediendo con flores y grandes letreros.

Al llegar donde Florence y Michael estaban, se inició una especie de número coordinado de acrobacias y bailes mientras músicos y cantantes entonaban una

canción de despedida.

Florence notó como sus ojos se llenaban de lágrimas de emoción. Le habían dicho que no podrían ir a despedirla dada la precipitación con la que se iban y ella les había creído. Al final, todo había sido una estratagema para sorprenderla y, en efecto, lo habían conseguido.

Miro a Michael quien, con una sonrisa en la boca, no parecía tan sorprendido. Muy probablemente a él sí que le hubieran confesado sus verdaderas intenciones. Florence imaginó que le habría costado mucho mantenerlo en secreto, puesto que parecía siempre y en todo momento dispuesto a contentarla y a evitar que pudiera estar triste por cualquier motivo.

Cuando acabaron la pieza musical, todos la rodearon y por un momento la separaron de Michael para recibir infinidad de abrazos y besos. Se sentía feliz y emocionada. Los iba a echar de menos, pero también sabía que la petición de Michael de irse a Europa era lo mejor. Los niños podrían vivir experiencias nuevas, ella podría conocer otras tendencias pictóricas y, sin duda, no habría ningún riesgo de que pudieran separarlos.

—No me olvidarás, ¿verdad?

Era Olga quien le había hablado una vez que el grupo se disolvió y pudieron retirarse un poco para compartir aquellos últimos minutos antes de zarpar.

—Jamás. Has sido, eres y serás toda la vida una gran amiga. Sin ti no estaría aquí. Prométeme tú que vas a luchar por tu sueño.

Olga torció un poco el gesto. Era bailarina por vocación, pero su ilusión era escapar de la compañía de varietés en la que estaba en ese momento y poder dedicarse al ballet clásico que, un día le confesó, era lo que en realidad la entusiasmaba.

—Ya sabes que eso es un tanto más complicado. Hay cosas que no pueden dejarse de un día para el otro.

—¿Te parece más complicado que Michael haya dejado en veinticuatro horas la naviera para embarcarse en un viaje que es probable que nos lleve más de dos años?

—Tu marido es un temerario

—Bueno... técnicamente no es mi marido. —Se echó a reír—. Me estoy fugando con un hombre para vivir en pecado.

—No conozco matrimonio que se ame más que vosotros —replicó Olga— y,

pese a lo que pude decir de Ressay en un inicio, te aseguro que creo que ese hombre vale la pena. ¿Qué va a hacer con la naviera?

—La deja en manos de Jenkins y Grimm. En realidad, los quiere como socios, pero eso se formalizará a nuestra vuelta.

—¿Grimm? Pero... ¡si es un mafioso!

—No digas eso de Jack. No lo es. Tiene un gran corazón, aunque lo esconda bajo esa apariencia distante. A Michael lo adora.

—Frence, siempre tan buena y considerada con todo el mundo. Recuerda lo de O'Brian.

—Y tu recuerda que fue justamente para servir a Michael y que, en cualquier caso, todos podemos equivocarnos.

—Pero algunos nos equivocamos por ponerle sentimientos a nuestras decisiones, él las toma desde la frialdad que le da ser un mercenario.

—Olga, eres excesivamente dura con él. ¿Por qué? Tú no eres así.

Olga se mordió el labio y retiró la vista, aunque tal vez de manera inconsciente acabó dirigiéndola hacia la esquina donde se hallaba el sujeto del que hablaban, en una postura que cualquiera hubiera calificado de desdén.

Frence vio cómo sus miradas se cruzaron por un momento para, en seguida, desviarse hacia puntos totalmente distintos.

—¿Olga?

La aludida volvió a morderse el labio y se sonrojó.

—Pero... ¿qué hay entre tú y Jack Grimm? —le preguntó acercándose al oído para que nadie pudiera oírlas, pese a que estaban apartadas.

La aludida la miró y Florence notó la duda en su mirada.

—Ni siquiera yo lo sé —respondió finalmente.

En ese momento el barco volvió a lanzar aquel sonido potente que anunciaba que levarían anclas de inmediato. Florence miró hacia la balastrada donde Michael, impaciente, la miraba.

—Tienes que irte ya —dijo Olga y empezó a empujarla con suavidad.

—Me debes una explicación.

—Va a tener que ser por carta —respondió riendo.

A llegar a la pasarela, Michael le tendió la mano para ayudarla a subir y Florence le dio el último beso a su amiga. Después todavía tuvo una última mirada hacia Elizabeth y Margaret, que con sus maridos e hijos seguían allí,

de la misma forma que el grupo de funambulistas y artistas que, pese a haber finalizado el número que habían preparado como despedida, seguían improvisando otras cosas.

Accedieron al barco y las maniobras para zarpar se iniciaron inmediatamente. Florence sentía aquel sentimiento ambivalente por el que la tristeza y melancolía de abandonar a sus amigos se mezclaban con la alegría y expectativa de aquel viaje que, para ella, iba a ser un renacer y que les permitiría volver a ser una familia.

Minutos más tarde, el muelle era ya una miniatura y la brisa fresca del mar se colaba por todos los poros de su vestido.

Ella seguía apoyada en la baranda de cubierta hasta que notó el abrazo en su espalda de Michael, que acabó apoyando la barbilla en su hombro.

—No estés triste —le murmuró él.

—No lo estoy, de verdad. Es solo que necesito mi tiempo para decir adiós.

—Debes decir hasta pronto.

Sonrió. Él siempre tenía respuesta para todo, sin embargo, «pronto» no era demasiado adecuado para dos años.

—¿Estás seguro de esto, Michael? Tal vez es demasiado tiempo. Tú...

Michael la giró y, sin dejarla acabar, le dio un beso en la boca que volvió a despertar todos sus deseos. Habían hecho el amor unas cuantas veces desde que se habían reconciliado. Seguramente muchas más de las que pudieran considerarse normales. Pero no por ello parecía saciarse, sino más bien al contrario.

Él detuvo el beso, pero siguió muy cerca de ella, a escasos centímetros de su boca. Su respiración era jadeante, lo que anunciaba que él también se había excitado.

—Solo quiero estar contigo. ¿Para qué gano tanto dinero si no puedo utilizarlo para estar unos años solo al servicio de mi amada?

—No te imagino inactivo.

—No lo voy a estar. —Y sonrió con picardía—. Te aseguro que lo que yo entiendo por estar a tu servicio no tiene nada de inactivo.

Florence se echó a reír. Aquellas palabras insinuaban muchas cosas y todas ellas le apetecían.

—Ven —le dijo entonces Michael—. Tenemos que hacer una cosa antes de

prepararnos para nuestra primera cena en alta mar.

La condujo por unos pasillos y una serie de escaleras que, por un momento, le hicieron perder su sentido de la orientación, hasta que llegaron a una puerta donde un letrero anunciaba que se trataba del salón Florence. Michael se había detenido para que ella fuera consciente de a dónde iban a acceder, aunque, después de sonreírle brevemente con actitud nerviosa, abrió la puerta.

Al acceder al interior, Florence pudo entender el origen de aquel nerviosismo. La sala estaba decorada al más puro estilo florentino, con contornos redondeados y suaves tapices con rincones de la Toscana y de su ciudad principal. En el centro, una representación pictórica de la Galeria degli Uffizi era la única obra de un artista desconocido. El resto de cuadros eran todos de ella.

Sin embargo, la sorpresa principal estaba en la mitad de la sala. El capitán, vestido con sus mejores galas y flanqueado por dos marineros, también vestidos con el uniforme de ceremonias, ocupaba el centro de la sala. A un lado, Thomas y la señora Doubtfire y, al otro, sus hijos George y Kathy, que portaba un precioso ramillete de flores violetas.

—Florence Howland —dijo entonces Michael—, ¿quieres casarte conmigo y ser la mujer de mis sueños, otra vez?

Ella le miró y de nuevo sus ojos ardieron como consecuencias de las lágrimas. Los niños sonreían nerviosos.

—Pero, Michael..., yo

—Te amo. Te amé desde el primer momento en que te vi. Te amaba cuando creía odiarte y me provoqué el mayor dolor de mi vida al separarte de mí. Necesito que te cases conmigo, que me aceptes de nuevo como tu esposo y que sepas que cada día daré gracias al cielo porque me hayas perdonado y porque...

Florence no le dejó acabar. Esta vez fue ella quien se abalanzó sobre sus labios y se los selló con un beso que, si no hubiera sido por el carraspeo del capitán y por la presencia de tanta gente, podría haber durado mucho más.

—¿Podemos iniciar la ceremonia? —preguntó entonces el capitán.

—Podemos —respondió Florence.

Una nueva vida iba a empezar y lo haría con el amor de su vida y delante de sus hijos. No creía que pudiera haber una felicidad mayor.

FIN

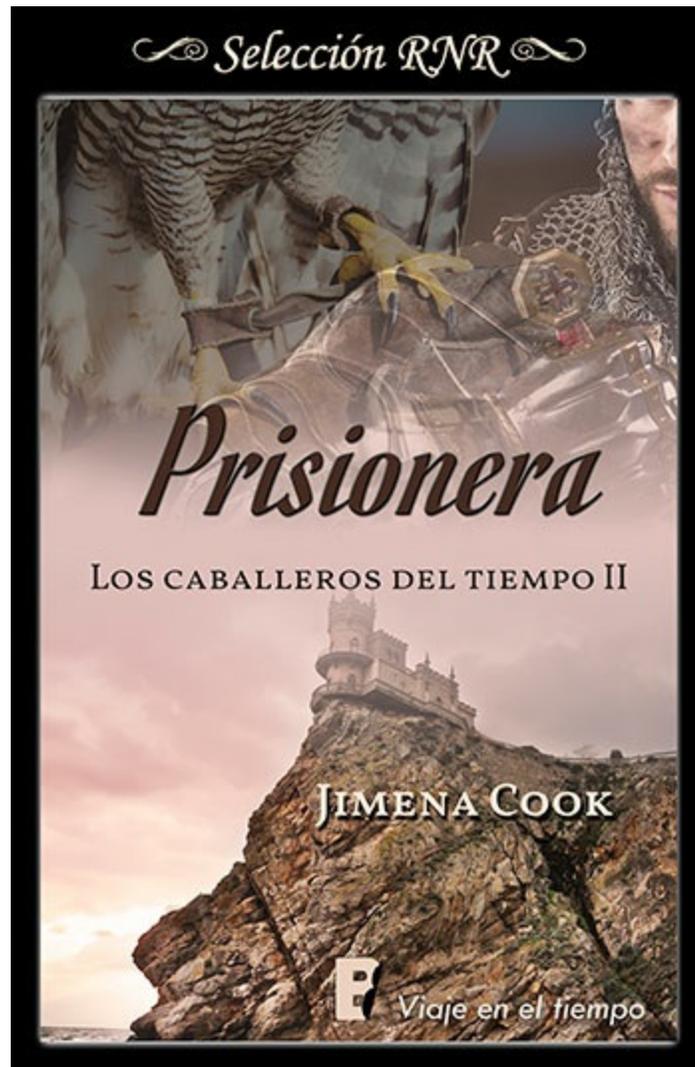
Si te ha gustado

# Esperando su perdón

te recomendamos comenzar a leer

## Prisionera

de *Jimena Cook*



## PRÓLOGO

—¡P ero su majestad! —dijo Tomás Becket, obispo de Sant Andrews—. ¡No puedo hacer lo que usted me ordena! Si me descubren, todos los fieles que me respetan perderán su confianza en mí.

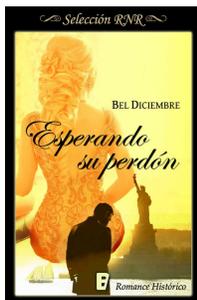
Juan i se detuvo frente al gran ventanal de la sala, lugar en el que se despachaban las reuniones secretas en su castillo de Windsor. Apenas pestañeaba, su mirada fría estaba fija en el horizonte. Al oír la respuesta del obispo, arqueó ligeramente las cejas y una media sonrisa se dibujó en su rostro. Se giró con lentitud mientras juntaba las palmas de sus manos como si fuese a orar. Se acercó despacio hacia Becket y se detuvo frente a él; apenas había una distancia de cuatro pasos entre ambos.

—No quiero recordarle que su cargo actual dentro de la iglesia es gracias a mí. Me da igual que me traigan a la joven, me es indiferente si la matan, lo único que quiero es el anillo que porta y no me importan las artimañas y medios que utilicen para conseguirlo, excelentísimo. —Su rostro se tensó, lo que marcó aún más las arrugas en su frente—. ¡No fracase en esta misión! Si lo hace, habrá traicionado a la corona, por lo tanto me habrá traicionado a mí.

Dicho esto el rey se giró y desapareció tras la puerta de madera que aislaba la habitación en la que se encontraban. El obispo estaba pálido; su frente, al igual que las palmas de sus manos, sudaba. Extrajo un pañuelo blanco, con bordados de oro, del amplio bolsillo de su túnica para limpiarse las gotas que caían de su frente. Se puso su capa negra y salió de la sala con rapidez.

En el bosque cercano al castillo de Windsor, en la oscuridad, una figura de la que solo se distinguía su silueta observaba cómo el religioso se alejaba de las inmediaciones de este. Entre sus manos, este personaje siniestro y oculto tras sus vestimentas negras retenía una vara, la cual retorció hasta que terminó rompiéndola. Las astillas cayeron al suelo; una especie de rugido salió de su garganta. Se deshizo del resto de madera que retenía entre sus manos, tapó su rostro bajo la capucha de su capa oscura, y se escabulló entre los árboles.

**Michael de Ressay y Florence de Fanthom se amaron desde el mismo instante que se conocieron y pese al compromiso de ella con el mejor amigo de él, acabaron casándose y uniendo sus vidas en la promesa del matrimonio.**



Pero, ocho años más tarde, Florence ha cambiado. Ha descubierto una afición que le apasiona: la pintura y se siente aprisionada en el rígido entorno inglés con el que se relacionan pese a vivir en Nueva York, la cuna de la modernidad, el desarrollo y el dinamismo.

Ese choque le lleva a dudar de sus sentimientos por su marido y a cometer una infidelidad que él descubre.

El odio se instala en el matrimonio y ni siquiera el divorcio y el distanciamiento podrán apagar el fuego de un sentimiento tan intenso porque, en realidad, por debajo de ese desprecio, Florence y Michael se siguen amando profundamente.

Y es en la confluencia de esas dos grandes pasiones donde transcurrirán sus vidas hasta que una de esas fuerzas consiga arrastrarlos por un único cauce.

**Bel Diciembre** es el seudónimo con el que me dedico a mi pasión más oculta: leer y escribir novelas románticas. Nacida en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona en 1968, estudié Filosofía en la Universidad de Barcelona licenciándome en 1992. En los primeros años me dediqué a dar clases tanto en institutos de secundaria como en escuelas de adultos y otras academias. En 2005 obtuve también la Licenciatura en Derecho dedicándome a la gestión y dirección de empresas por lo que en 2011 también obtuve un Master en Administración de Empresas.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Bel Diciembre

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-965-2

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## NOTAS

[1] El Boston o vals inglés es un tipo de vals más lento que el tradicional vals vienés

## Índice

Esperando su perdón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Bel Diciembre

Créditos

Notas